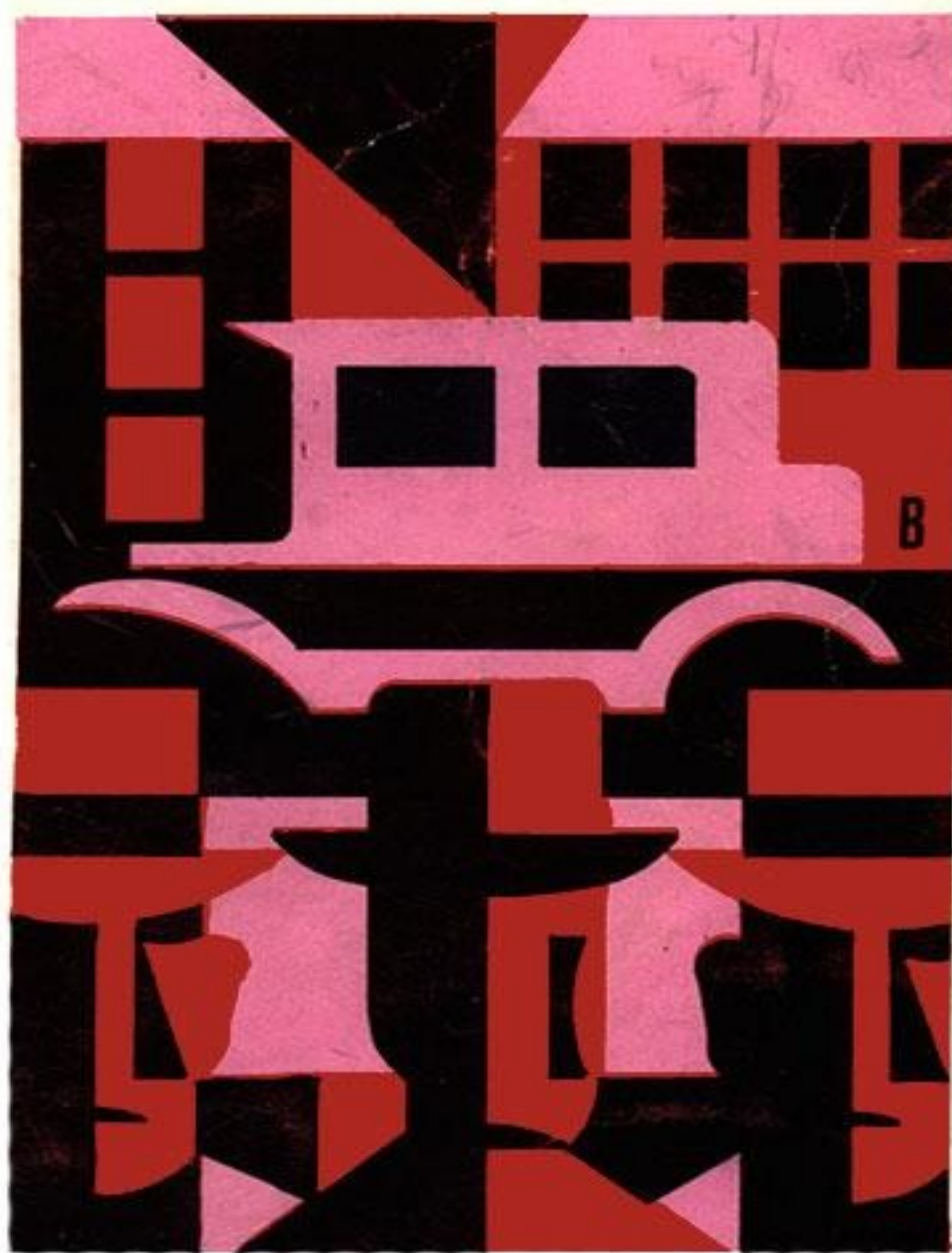


EL SÉPTIMO CÍRCULO

MEDIODIA DE ESPECTROS

por

JOHN DICKSON CARR



se

Lectulandia

Un lunes a la tarde, Jim Blake, periodista y autor del último «best-seller» —el Conde de Monte Carlo—, toma un tren hacia Nueva Orleáns, enviado por una gran editorial neoyorquina para que escriba una nota sobre la personalidad de James Claiborne Blake (conocido por Clay), quien ha de comenzar, desde esa ciudad, una campaña para conquistar una banca en el congreso.

Cuando llega a Nueva Orleáns, un hombre llamado Alec Laird pone a Jim en contacto con dos famosas mujeres que en ella habitan: Yvonne Brissard, a quien se la vincula con Clay, y Florence Yates, que maneja cierta casa muy exclusiva. Esto lleva al periodista al corazón de una ciudad poblada de rumores, política, y oscuras hazañas anónimas, extrañas llamadas telefónicas, misterio..., y también de inesperada muerte.

Lectulandia

John Dickson Carr

Mediodía de espectros

El séptimo círculo - 237

ePub r1.0

Titivillus 29.12.2018

Título original: *The Ghost's High Noon*

John Dickson Carr, 1970

Traducción: Manuel Barberá

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Mediodía de espectros

Portada edición norteamericana

Portadilla

Noticia

Primera parte: Buscando a ciegas

1
2
3
4
5

Segunda parte: Buscando fantasmas

6
7
8
9
10

Tercera parte: La búsqueda del enamorado

11
12
13
14
15

Cuarta parte: En busca de un asesino

16
17
18
19
20

Notas para el curioso

Colección de «El séptimo círculo»

Sobre el autor

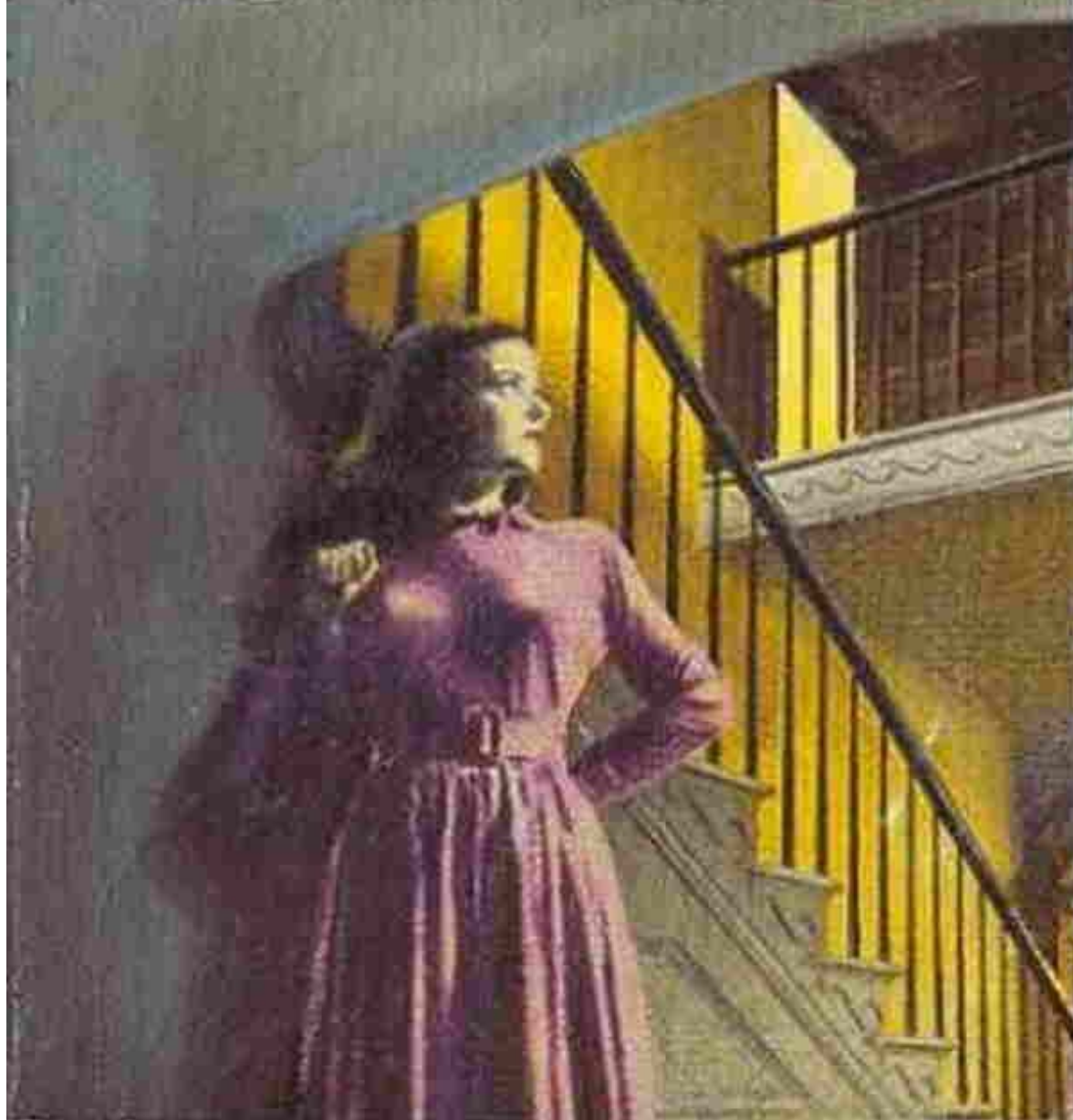
Notas

\$4.50 U.S.A.
\$5.95 CAN.

"Its charm and intricacy easily
make it worthwhile."
—*New York Times Book Review*

John Dickson Carr

THE GHOSTS' HIGH NOON



EL SÉPTIMO CÍRCULO



**COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.**

*A Edna Seaman,
con gratitud.*



NOTICIA

JOHN DICKSON CARR nació en Pensilvania, Estados Unidos de Norte América, en 1905. Por el lugar de su residencia y por el escenario de sus novelas se le considera, sin embargo, un escritor inglés. Es secretario del Detection Club, de Londres.

It walks by night, su primera novela policial, data de 1930 (antes había intentado los estudios jurídicos, el periodismo y la novela histórica, «abrumada de arcaísmos y espadachines»). Sus obras policiales, que ya pasan de treinta, combinan hábilmente la rapidez de la escuela americana con el rigor intelectual de la escuela inglesa. Se distinguen por un planteo increíble, por un desarrollo ortodoxo y por una solución impecable; su ambiente fantasmagórico suele recordar las New Arabian Nights de Stevenson, y las invenciones de Chesterton.

Del vasto catálogo de sus obras mencionaremos: The Black Spectacles^[1], The Waxwork Murders^[2], Till Death do us Part^[3], The Seat of the Scornful^[4], The Hollow Man^[5], The Eight of Swords^[6], He Who Whispers^[7], The Four False Weapons^[8], The Blind Barber^[9], The Case of the Constant Suicides^[10], Death Watch^[11], Patrick Butler for the Defense^[12], In Spite of Thunder^[13], Fire Burn^[14]. Bajo el seudónimo de Carter Dickson ha publicado My Late Wives^[15], The Judas Window^[16], Death in the Five Boxes^[17], Night in the Mocking Widow^[18], The House at Satan's Elbow^[19], Dark of the Moon^[20], y otros.

Su obra ha merecido el aplauso de Sir Hugh Walpole, de J. B. Priestley y de Milward Kennedy.

Primera parte

BUSCANDO A CIEGAS



El tren dejó Washington a las 10.45 p.m. Había iniciado su viaje en Manhattan y era el New York-Atlanta-New Orleans Limited, número 37, el tren más lujoso que corría por el sur. Cuando partió de Washington la noche de aquel lunes, en el mes de octubre de 1912, Jim Blake acababa de subir de un salto.

Esta crónica debe empezar con el motivo de su viaje.

A las nueve y media de la mañana de aquel mismo día —lunes 14 de octubre—, Jim Blake se encontraba terminando el desayuno en su departamento de soltero, situado en la parte sur de Gramercy Park, Nueva York. A su lado, de pie, la señora McCool aguardaba el momento de ponerse a limpiar. De altura un poco más que mediana, delgado y no mal parecido en su fuerte estilo anglo-sajón, podía considerarse que Jim, a los treinta y cinco años, era un hombre muy afortunado. Estaba sirviéndose otra taza de café y había encendido su primer cigarrillo, cuando sonó el teléfono.

Lo llamaba el coronel Harvey, de Harper. El expresivo coronel George Harvey, presidente de la majestuosa editorial de la plaza Franklin, era además el activo director de *Harper's Weekly*, y su nombre aparecía destacado en la tapa todos los sábados. Y George Harvey poseía muchas aptitudes. Había cautivado autores, hipnotizado al periodismo y sacado hábilmente a la firma de una tremenda crisis financiera, al comenzar el siglo. Pero en esos días no todos confiaban en su juicio; había gastado tanto en propaganda, que los directores estaban alarmados.

La voz del coronel Harvey, imponente aunque algo chillona, sonó con acentos de cordialidad a lo largo del cable. Esa vez se le había dado por adoptar un aire protector.

—¡Buenos días, muchacho! No te habré sacado de la cama, ¿verdad?

—¡No, nada de eso! Si algo lo preocupa, coronel Harvey...

—Así es mocito. Pese a tu flamante prosperidad y a tu liberación de viejos yugos, ¿sigues dispuesto a aceptar una comisión especial para el *Weekly*?

—Con todo placer, si es que me interesa. ¿Cuál es esa comisión?

—Una pregunta complementaria. ¿Conoces a Nueva Orleans?

—Casi nada.

El teléfono se resistió a creer esto.

—¡Oh, vamos! ¿Hiciste el colegio secundario en el Sur, y a pesar de eso, aseguras que Nueva Orleans no te es familiar?

—Son cosas que pasan. Conozco perfectamente Richmond y Charleston, y Atlanta bastante bien. Hace años, de estudiante, estuve una vez en Nueva Orleans para visitar a un compañero llamado Leo Shepley, y en aquellas correrías me divertí en grande. Pero eso es casi todo. Como he vivido tanto tiempo fuera del país...

—Jim, un buen periodista puede defenderse en cualquier lugar. Este trabajo requiere tu sello personal; estoy seguro de que saltarás sobre él.

—Aún no me ha dicho de qué se trata.

—Ni pienso decírtelo por teléfono.

—¿Tan secreto es?

—No tiene nada de secreto. ¿Podrías venir a verme aquí esta mañana?

—Por supuesto. ¿Dentro de una hora?

—Bien. Aún no he mirado los horarios de trenes, pero es posible que debas moverte mucho. Convendrá que tengas pronta una valija, por si acaso.

—Espéreme a eso de las diez y media, o tal vez antes, coronel. La valija estará lista y esperando. Hasta luego.

Jim colgó el tubo y volvió la cara.

—¡Señora McCool...! —dijo.

—Su valija ya está lista, señor —anunció la Sra. McCool, emergiendo del cuarto de baño con un maletín en una mano.

—Apenas oí que era el coronel Harvey, adiviné que la precisaría —agregó, con voz que adquiría acentos líricos—. ¡Coronel Harvey! Un nombre grandioso, con cascabeles y todo. Y digo yo, ¿de dónde se ha sacado el grado de coronel? ¿En la Guerra de Cuba, como el coronel Roosevelt?

—Bueno... no. Cierta vez que lo nombraron ayudante militar de un gobernador de Nueva Jersey. En el sentido que usted piensa, es tan coronel como el primer Cornelius Vanderbilt fue comodoro. Pero consiguió el título honestamente, hasta donde es posible; y lo sigue usando.

—¡Dios le dé suerte, señor, y a usted también! ¿Así que se nos va para Nueva Orleans?

—Sí, muy probablemente. Gracias por haberme preparado la valija, señora McCool.

—No tiene por qué darlas. Es un placer. ¡Pero Nueva Orleans, ahora! —y, al exclamar esto, la señora McCool adoptó un aire sombrío—. Es una ciudad de pecado y perversión, me han dicho.

—Es una ciudad civilizada, señora McCool. Y muy liberal.

—¿Liberal, eh? Si usted quiere decir chupandina y mujeres que es lo que quiere decir, hágalo sin rodeos y avergüence al que oiga. No es que yo vaya a decir que usted sea libertino e inmoral, peor de lo que son casi todos los hombres; aunque en Londres, según todos cuentan, lo tuvieron a mal traer un par de inglesas muy frescas, más de lo que queda bien a un caballero yanqui escocés.

Jim no podía desconocer la aversión de la señora McCool por las hijas de Albión. Pero en cuanto a precisión verbal era una especie de purista.

—De ascendencia escocesa, señora McCool —la corrigió un poco demasiado bruscamente—. El escocés es el que viene en botellas^[21].

—Seguro, y del que ya tomó bastante, aunque tampoco diré que esté borracho. —Nuevamente cambió el tono y continuó—: ¡Oh, Cielos! ¿Quién soy para criticar a los que son más que yo? Bueno, bueno, vaya a la oficina del coronel Harvey, y a Nueva Orleans también, si es que debe ir. Allí no habrá muchas de esas condenadas inglesas que lo tientan, gracias a Dios.

Jim tomó el sombrero, la valija y un diario matutino cuyos titulares apenas miró fugazmente, descendió la escalera y salió al aire de un día otoñal, fresquito pero no frío en realidad. Contempló los árboles maltrechos, en el cantero de la plaza. Cruzó la calle en dirección a su banco, la sucursal Gramercy Park de Atlas Title & Trust Co., y sacó algo más del dinero que podía necesitar.

Luego, cavilando...

Al regresar de Estados Unidos un año atrás, con derechos de autor acumulados a su favor por El Conde de Monte Carlo, compró un Peerless de 50 H.P. y aprendió a manejar. En este momento lamentaba no haber esperado. El Cadillac 1912 lucía un arranque eléctrico automático (con el cual ya no era necesario dar vueltas a la manija, que a veces funcionaba y otras no) y lamparitas eléctricas en lugar de la molesta luz de acetileno.

De todos modos, el Peerless era un automóvil de primera calidad. Por un momento fugaz, Jim jugó con la idea de presentarse conduciéndolo en la plaza Franklin aquella mañana, pero esto fue sólo un instante.

Nueva York había cambiado durante su ausencia; pero es que, tal como solía decirse, la ciudad no cesaba de transformarse. Dos años antes se había inaugurado la nueva Estación Pennsylvania. Leones de piedra miraban altaneros la Quinta Avenida desde una nueva Biblioteca Pública. Estaba casi terminado el nuevo y monumental Edificio Woolworth, que elevaría al cielo sus sesenta pisos por encima de Broadway, entre la calle Barclay y la plaza Park.

Pero el problema del tránsito endemoniado, un desfile de vehículos tirados por caballos, ahora complicado con automóviles nada silenciosos, había cambiado para empeorar. Aunque era partidario del transporte a motor, Jim Blake rara vez usaba su auto en la ciudad, salvo cuando la cruzaba para salir de ella o regresar. Como casi todos los automóviles tenían su dirección a la derecha, no era fácil discernir el tránsito que venía en sentido contrario en una calle congestionada.

Por último, abundaban los automóviles de taxímetro. Volviendo a cruzar Gramercy Park, Jim hizo señas a uno que estaba a la puerta del club contiguo a su casa. Mientras el auto avanzaba entre resoplidos hacia el Este, en dirección a la Cuarta Avenida, y luego al Sur, más allá de la Plaza Unión, para el largo trecho por Broadway abajo se arrellanó en el asiento trasero y desdobló el diario.

—Esta misión para el *Weekly*... —musitó por lo bajo.

Harper's Weekly, el semanario de Harper, cuyo subtítulo era “El periódico de la civilización”, había sido una poderosa fuerza política desde los días en que las caricaturas del difunto Thomas Nast contribuyeron mucho a desbaratar las nefandas maquinaciones de William Tweed y su pandilla allá por 1870 y pico. Fuese cual fuere la misión que el coronel Harvey pensaba encomendarle, Jim deseó ardientemente que no tuviera nada que ver con la política.

Sin embargo, por donde quiera que uno mirase, era imposible eludir la política. A medida que se aproximaba el día de la elección, todos los diarios vibraban con el rugir de una lucha triangular por la presidencia de Estados Unidos, en que el candidato republicano, William Howard Taft, tenía como contrincantes al gobernador Wilson por parte de los demócratas y el turbulento Theodore Roosevelt por los progresistas, con un partido fundado por él cuando los caudillos republicanos se negaron a proclamar su candidatura en Chicago. Wilson decía que Roosevelt era un megalómano, Roosevelt decía que Wilson parecía y hablaba como un boticario, y ambos formulaban observaciones nada halagüeñas para Taft.

Seguían firmes en la brecha; aquel mismo día el coronel Roosevelt pronunciaría un discurso en Milwaukee. Pero aun T. R., eterno acaparador de títulos de tamaño catástrofe y una bendición para los caricaturistas, había sido desalojado de las primeras planas. La guerra acababa de estallar en los Balcanes, y unidas Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro marchaban contra Turquía. Era necesario impedir a toda costa una Conflagración europea.

Allí, en Nueva York, durante el fin de semana, se había celebrado una conferencia de figurones demócratas en el hotel Astor. El transatlántico *Mauritania* zarparía esa tarde para Southampton y Cherburgo, llevando...

¡Ah, no importa eso!

Poco después de las diez, el auto de alquiler depositó a Jim frente a la Casa Harper. Perseguido por incendios calamitosos desde la fundación de la firma, casi un siglo atrás, los hermanos Harper decidieron, al promediar la década de 1850, tener un edificio a prueba de incendios en cuanto fuese posible. Y lo habían logrado. Ahí estaba, erguido, apenas cambiado exteriormente sino por el hollín, alzando sus cinco pisos de hierro, piedra y ladrillo, a la sombra del Puente de Brooklyn.

Jim pidió al conductor que lo esperase y avanzó a trancos hacia la entrada principal, bajo la estatua de Benjamín Franklin que coronaba la puerta, y subió por la sólida escalera, de más de tres metros y medio de ancho, a lo que todavía se llamaba el primer piso o planta de oficinas.

Aquello siempre le había parecido oscuro, a pesar de los ostentosos ventanales. A derecha, frente al conmutador telefónico, estaba sentada la gentil Miss Polly Wrench, con su blusa almidonada y su alto rodete, vigilando el horario de entradas y salidas del personal menor.

—¡Buenos días, señor Blake! ¿Cómo está usted?

—Nunca mejor, Polly. ¿Y tú?

—Un poco triste, creo; pero sin un motivo real —dijo Polly, e inmediatamente se puso juguetona—. ¿De quién se trata esta mañana, estimado y muy famoso autor? ¿Del señor Alden o...? Ah, no... perdón. Debe ser el coronel Harvey, ¿no?

—Estando en ese conmutador, Polly, sabes que así es. ¿Puedo dejar aquí esta valija mientras estoy arriba?

—¡Claro que sí, por supuesto! Déjela ahí; yo se la cuidaré.

Jim se dijo que ni siquiera el interior del edificio había podido cambiar mucho, aparte de las indispensables concesiones al momento actual. Luz eléctrica, sí. Teléfonos, sí. Máquinas impresoras modernas, para el segundo cuerpo que estaba más allá, cruzando el patio, obviamente sí. Pero no ascensor. ¡Ascensor, jamás! Hubiera sido demasiado fácil.

En cada uno de los pisos y todavía en buen estado de conservación, un puente cubierto conducía a la torre circular del patio. Por dentro de aquella torre subía la famosa escalera caracol, de hierro forjado para que durase eternamente, que había conocido las pisadas de tantos escritores, dibujantes y pintores. El Coronel estaba sólo un piso más arriba. Jim Blake, cuyo estado físico era excelente, subió a la carrera.

El venerable anciano Henry M. Alden, director del “Harper's Monthly Magazine”, tenía su oficina en el mismo piso que el coronel Harvey. Pero así como el refugio de Alden era poco más que un cubículo polvoriento, atiborrado de papeles, con una única ventana, el presidente y director general ocupaba un sector de dimensiones y lujo casi espléndidos.

Por encima de bibliotecas que llegaban a la altura de los hombros o tableros de caoba, por encima de paredes revocadas con algún material que relucía como arpillera dorada, todo el recinto de la oficina se veía rodeado por un friso de cuadros pintados por artistas de Harper. Contra una de las paredes, una gran fotografía enmarcada de John Pierpont Morgan, que fue tan generoso en sus préstamos, cuando se los necesitó.

George Brinton McClellan Harvey, el hombre de Vermont que se había “hecho solo”, estaba sentado tras un escritorio de tapa lisa. Tenía un cigarro habano inclinado hacia arriba, en un lado de la boca, y con su mano derecha mantenía abierta una guía de ferrocarriles. Sus grandes anteojos con armazón de carey, no menos que el infaltable cigarro y la ropa bastante llamativa, hacían de él una figura fácilmente identificable. Aun cuando el oscuro cabello estuviese salpicado de canas, su vitalidad no había disminuido una pizca. Por señas, pero lo más cortésmente posible, indicó a Jim una silla.

—Por si yo estuviera confundido —empezó a decir con una entonación menos galante— o hubiera juzgado mal el efecto que suele producir un poco de éxito, quiero que una cosa quede bien entendida.

Las palabras siguientes fueron disparadas a mansalva contra su visitante:

—¿No se te habrá subido el triunfo a la cabeza, hasta el punto de no querer ocuparte de noticias corrientes, como hacías antes?

—No, por supuesto. No soy tan orgulloso. ¿Por qué?

El coronel Harvey se quitó el cigarro de la boca y se enderezó.

—No será mala idea recordar —anunció— que también yo empecé de reportero. Puedo afirmar sin inmodestia que he recorrido un largo camino desde que conseguí mi primer empleo en un periodicucho de pueblo, a tres dólares la semana. Pero no se trata de eso. Hablemos de otras cosas.

Al llegar a esto, el coronel Harvey se aclaró la garganta con un carraspeo.

—El señor James Blake —continuó, dirigiendo la palabra al retrato de J. P. Morgan, como si Jim no estuviese allí— es descendiente de una antigua familia muy respetada en el condado de Westchester, desde que sus antepasados emigraron de Virginia hacia el Norte, a principios del siglo diez y ocho. En virtud de que uno de aquellos antepasados virginianos contribuyó a fundar el colegio “William and Mary” en 1693, es tradición de la familia que, en cada generación, el hijo mayor concurra a la segunda de nuestras instituciones de enseñanza, en orden de antigüedad. El actual James Blake, hijo único, se graduó en 1900. Dado que es admirador de Richard Harding Davis, que fue el primero en popularizar como romántica la figura del periodista...

—El mismo Davis era también una especie de figura romántica —señaló Jim—. Lo sigue siendo, aunque ya debe estar por los cincuenta.

—Dick tiene la misma edad que yo —espetó vivamente el coronel Harvey—. Fue director gerente del *Weekly* desde el 90 al 94, y todavía ninguno de los dos está como para cuarteles de invierno. Pero volvamos a James Blake. Siendo admirador de Dick Davis y teniendo tras él la influencia familiar, logró entrar de cronista principiante en el *Banner*, de Nueva York.

—Seamos justos con el muchacho. Tiene una habilidad especial para redactar historias vívidas, y olfato o suerte para encontrar noticias por sí mismo, aunque con una lamentable inclinación hacia las descripciones de crímenes cuando se le permite elegir. Y le ha ido bastante bien. En 1904 fue designado corresponsal del *Banner* en Londres, puesto que desempeñó durante siete años.

—En 1911 escribió una novela, *El Conde de Monte Carlo* que, según él asegura, se basa en intrigas y espionajes de la vida real... nuevamente crímenes, ¡fíjese bien, por favor! Aunque proyectados sobre un fondo de diplomacia europea. Con sorpresa de todos, incluyéndome a mí, *El Conde de Monte Carlo* se ha convertido en un “best-seller” avasallador en ambas márgenes del Atlántico. Actualmente Jim Blake ejerce su profesión sólo en condición de “nuestro enviado especial”. Puede permitirse el lujo de ser exigente.

—Perdóneme, Coronel, pero, ¿quién es exigente? Usted me dijo que tenía un trabajo para mí, y aquí estoy.

—Entonces, Jim, escucha atentamente. En el segundo distrito electoral de Luisiana...

—¿Así que volvemos a la política? ¿Es una misión política la que piensa encomendarme?

—¡Por supuesto que sí! En momentos como éstos, ¿qué podías esperar? ¿Has venido siguiendo la sección “Comentarios”, del *Weekly*?

—Sí, Coronel. Es material bueno, capaz de sacudir al lector. Pero el *Weekly* ha concentrado sus esfuerzos en disparar sus flechas arteralmente contra Teddy Roosevelt. Sin contar los dibujos de páginas interiores, por lo menos cuatro veces este año le ha hecho caricaturas en la tapa, presentándolo como algo entre payaso de circo y Benedicto Arnold. Las notas editoriales generalmente concluyen con una especie de estribillo: “¡Abajo el demagogo! ¡Destruyamos la posibilidad de un tercer período! ¡Salvemos a la República!”. Parece que no pensarán más que en Teddy Roosevelt.

—Él es quien no piensa más que en sí mismo, ¿o no? *Vox populi, vox mei*^[22]: eso es Teddy.

—Y usted ha dejado de propiciar al gobernador Wilson; hace bastante más de un mes que no dice nada a favor suyo. No habrá habido algún entredicho entre ustedes dos, ¿verdad? Circula el rumor de que...

—Es más que un rumor; es historia antigua —pronunció el coronel Harvey, aspirando una gran bocanada de humo—. Pregunté al hermano Wilson, a boca de jarro, si a su juicio mi apoyo lo perjudicaba. Me dijo que así lo creía. En el sentir popular, la Casa Harper está asociada con la Casa Morgan. Eso no tiene nada de malo en Nueva York o, en general, en toda la zona del Este; pero es el peor veneno para los palurdos del Oeste del Mississippi.

”Dicen que me enfurecí y me enojé con el hermano Wilson, pero es mentira. Me sentí un poco ofendido, nada más. Puesto que fui casi el único en promoverlo a la gobernación de Nueva Jersey, tengo el *derecho* de sentirme ofendido. Pudo haber tenido más tacto con sus amigos.

”Pero no te confundas, muchacho. Todavía sostengo a T. Woodrow Wilson, aunque no armo tanto barullo; estaré con él hasta el 5 de noviembre. Ganará; merece ganar, y, de todos modos, este año los demócratas pueden ganar con cualquiera menos con el hermano Bryan. ¿Y ahora estás dispuesto a escuchar mi propuesta?”.

—Soy todo oídos.

El coronel Harvey aplastó su cigarro en un cenicero. Se puso de pie, caminó ruidosamente por la oficina; luego, no menos ruidosamente, volvió a su sillón y a través de sus grandes anteojos miró con fijeza a su visitante.

—Los dos primeros distritos electorales de Luisiana —dijo a continuación— están en Nueva Orleans, en parroquias vecinas, a ambos lados de la calle Canal. El candidato demócrata para la Cámara de Representantes, por el segundo distrito, es un

abogado joven, más o menos de tu misma edad, que se llama... A todo esto, Jim, ¿cuál es tu segundo nombre? ¿O no tienes ninguno?

—Sí. Es Buchanan, un nombre de familia. Pero nunca lo he usado en mi firma. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque ese hombre que se presenta para el Congreso también se llama James Blake. Nunca podrá haber confusión entre ustedes dos, ya que él es James C. Blake, y la C quiere decir Clairborne, un lindo nombre antiguo también; los amigos lo llaman Clay. Es un individuo pintoresco y buen orador, según me han dicho; parece gustarle a todo el mundo. Yo quiero, Jim, un artículo sobre la personalidad de Clay Blake.

Jim intentó una última resistencia a esa hipnótica mirada.

—¿Pero por qué, después de todo, asignarme un artículo político a mí? Tanto Wilson como Roosevelt se declaran progresistas. Yo soy conservador, hasta reaccionario, si es que soy algo; desconfío de los progresistas y detesto a los reformistas. En nombre de la cordura, Coronel, dígame... ¿Por qué me confía una nota política a mí?

—En primer lugar —respondió el coronel Harvey—, porque los artículos sobre personalidades son los que haces mejor. El que me escribiste hace diez y ocho meses en torno a la actriz... ¿cómo se llamaba?, era un verdadero primor. Todos los lectores tuvieron la sensación de haber conocido a la mujer en persona y saber cómo era. En segundo lugar, porque éste no es asunto puramente político; es de interés humano. Y aun eso no es todo. Cuando entraste aquí, te hablé de noticias comunes, pero esto no lo es. Puede que aquí haya un gran asunto.

—¿Cómo se entiende?

—No te preocupes del aspecto “progresista”; Clay Blake, como la mayoría de los sureños, es tan conservador como tú. Por lo general, los candidatos para el Congreso se encuentran por docenas y nadie se inquieta. Este caso es diferente. No puede salvarse de salir electo porque no tiene oposición; allí ningún republicano ha tenido la más mínima perspectiva desde que en 1877 sacaron a puntapié al último aventurero de esos que llegaban al Sur atraídos por el desorden que imperaba después de la Guerra de Secesión. Como ves, todo indica que debe salir triunfante. Pero se susurra que hay un cierto enemigo decidido a hacerlo fracasar.

—¿Quién quiere hacerlo fracasar? ¿Y cómo?

—Eso es lo que mis espías no han podido decirme. Yo espero que lo descubras tú. Por lo menos, algo muy extraño está pasando en la Ciudad de la Media Luna^[23]. Supongo que eso debe interesar a un buceador de aguas profundas como tú.

Jim se levantó y alargó la mano.

—¡Por supuesto, Coronel, que me interesa mucho! Siento haberme querido zafar demasiado pronto.

—¿Entonces, aceptas?

—Con placer. No conozco Nueva Orleans, pero conozco a alguien que puede informarme sobre las condiciones que voy a encontrar allí.

El coronel Harvey, luego de estrechar la mano de Jim, extrajo otro cigarro de un bolsillo y lo movió como la batuta de un director de orquesta.

—Entendámonos. En principio, quiero material para la edición de este sábado. Si hay perspectivas para una buena nota, y aun quizás la posibilidad de ganar a los servicios telegráficos, vería la conveniencia de concederte una semana más para que te luzcas. Pero preferiría algo para este sábado. Y ya sabes que los artículos se reciben hasta la última hora del jueves, de modo que no tendrás tiempo para enviar tu nota por correo. Telegrafíala desde Nueva Orleans, o pásala por teléfono a un redactor interno, como hacías en tus días de principiante. ¿Estamos?

—Estamos. ¿Alguna indicación más?

—Queda la cuestión del tren. He descubierto que no es indispensable que salgas corriendo esta mañana —y, al decir esto, el coronel Harvey daba golpecitos sobre la guía de ferrocarriles—. Lo mejor, a mi juicio, es el New York-Atlanta-New Orleans Limited, que es un convoy de mucho lujo y parte de la Estación Pensilvania a las 4,48 p.m. Puedes salir hoy, lunes, y llegarás a la Estación Terminal de Nueva Orleans, el miércoles a la madrugada, ¿qué te parece?

—No, me parece que no.

—¿No quieres? —refunfuñó el coronel Harvey—. ¿Qué significa eso?

—Ya le anticipé que tengo alguien que me proporcionará información necesaria, ¿no?

—¿Te refieres al amigo y condiscípulo que en otros tiempos te oí mencionar una o dos veces? ¿Cómo era? ¿Leo... no sé, cuánto?

—¡No, Leo Shepley, no! Leo es un libertino y *bon viveur*^[24], aunque si alguno lo tomara por idiota, se llevaría un buen chasco. Él solía venir a Nueva York, en plan de diversiones picantes una vez cada tanto, cuando yo trabajaba en el *Banner*, pero hace más o menos ocho años que no sé nada de él.

—¿Entonces?

—El que yo digo se llama Charley Emerson y vivió en Nueva Orleans. Se destacó mucho en el *Centinela* como el mejor cronista policial del país y la máxima autoridad sobre esa zona.

—¿En el *Centinela*, eh? —y el Coronel empezó a hurgar en sus bolsillos—. El niño mimado del viejo Alec Laird, si no me equivoco. Alec debe estar ya chocho, pero tengo entendido que ha elegido un buen sucesor. Y en el *Centinela*, Jim, el nombre de George Harvey abre cualquier puerta. Si necesitas alguna ayuda, bastará con que enseñes esta tarjeta al director gerente.

—Usaré la tarjeta, si me hace falta; pero puedo conseguir lo que preciso mediante Charley Emerson. Gracias. No hace mucho Charley cobró una herencia de un pariente bien provisto; no una gran fortuna, pero lo bastante para retirarse y no pasar privaciones. Vive en Washington ahora, según me dijo textualmente, “para observar las sandeces de la escena política”. Si tengo que lanzarme ya mismo al asalto de Charley, será mejor que tome un tren local a Washington. A mediodía hay uno. Así

que quizás no pueda tomar el que usted... —pero al llegar aquí, Jim se interrumpió bruscamente—. ¡Espere, un momento!

—¿Qué pasa contigo, muchacho?

—Si ese elegante Limitado hace el trayecto Atlanta-Nueva Orleans, tiene que detenerse en Washington.

—Se detiene en Washington. Hace una parada de veinte minutos más o menos. ¡Pero, oh, Señor de las alturas! Puedes tomar de todos modos el tren de lujo, y pasar esta noche en Washington.

—Ésa era mi idea.

—Entonces, todo está bien, Jim; lo demás corre por tu cuenta. La paga habitual en tu caso, más una buena gratificación si sacas algo bueno. Y gastos, por supuesto.

—Hablando de eso, Coronel, ¿la partida de gastos permitirá tomar una cama baja a la ida y a la vuelta?

—Mi estimado amigo —dijo el coronel Harvey con un dejo de grandiosidad—, vas a representar el *Harper's Weekly*. Toma un compartimiento privado para ti solo. ¡No, espera! Un tren que salga de aquí a mediodía te puede dejar en Gastown no mucho después de las seis. ¿Conoces a Dice Reynolds, nuestro hombre de Washington?

—Sí.

—¡Perfecto! Llamaré a Dice para pedirle que haga las reservas del caso en Nueva Orleans y te espere en la estación con los boletos. Nada más... salvo que, si quiero comunicarme contigo, ¿en qué hotel de Nueva Orleans piensas parar?

—El mejor me parece el Saint Charles; es el único que conozco.

Jim se puso de pie y tomó su sombrero, que estaba en el escritorio. El Coronel lo acompañó hasta la puerta.

—Una última palabra, muchacho. Olvídate de esa obsesión por los delitos y la policía. Sigue el consejo de un hombre que en un tiempo fue director gerente del *World*, de Joe Pulitzer: los sucesos misteriosos de la vida real no se parecen en nada a los sucesos misteriosos que se leen en novelas de Conan Doyle o Arthur B. Reeve. Ni tampoco a los de *El Conde de Monte Carlo*. Adonde tú vas no habrá bellas y enigmáticas inglesas que te distraigan de tu trabajo. No encontrarás ningún espía del Emperador de Alemania, que al final del libro termine siendo otra cosa. Es una simple tarea periodística; no la desvirtúes. Y ahora, adiós, buena suerte y no me defraudes.

Jim bajó la escalera de caracol, en cuyos escalones metálicos resonaban sus pisadas, que el eco de la vieja torre devolvía. Tenía tiempo de sobra para tomar un tren del mediodía; aún no eran las once. El asunto empezaba a gustarle, y se sentía inusitadamente exuberante, sin saber por qué.

Sin duda el coronel Harvey tenía razón. No debía buscar sensacionalismos al volver una esquina, ni siquiera esquinas, si a eso vamos; ni en el adusto edificio Harper, ni viajando rumbo a Nueva Orleans en un tren de las líneas del Sur, ni

tampoco en Nueva Orleans misma. Si en *El Conde de Monte Carlo* había puesto más verdad de lo que cualquiera podía creer, era porque mucha gente en esta tierra ha llevado realmente vida de intriga y aventuras verdaderas, y muchos caminan del brazo del peligro como si fuese una querida.

Pero no Jim Blake. ¡Jim Blake, jamás!

Sin embargo, mirando ahora la verdad escueta, ¿hubiese él deseado una vida así? ¿Hubiese podido soportarla? Franz von Graz no la disfrutó; Franz era el prototipo del hombre perseguido. En la novela, por supuesto, la identidad de Franz quedó tan disimulada, que podía considerárselo un personaje ficticio. ¿Pero cómo había terminado aquel austríaco que prestaba servicio en las filas de Alemania Imperial? ¿Lo encarcelaron o murió, ya sea por algún descuido suyo o porque, tal como Franz temía, la Wilhelmstrasse había decidido que sabía demasiado?

Jim llegó al piso de la contaduría, oscuro como siempre, con penetrante olor a humedad y a Biblias viejas. Polly Wrench seguía sentada junto al conmutador. Jim retiró su valija, dio las gracias a Polly y bajó la ancha escalera que conducía al vestíbulo.

Estaba en el mejor de los mundos. No se dejaría envolver en ningún sensacionalismo, y no quería nada de eso. Era un observador indiferente, un cronista y nada más. Nada personal podría...

Y entonces sucedió.

Vagamente percibió pisadas ligeras que cruzaban la contaduría y descendían la escalera detrás de él. Miró de reojo por sobre su hombro derecho justo cuando la chica que venía cuatro o cinco escalones más arriba, pisó mal en un escalón y perdió el equilibrio, cayendo de cabeza.

La valija bajó saltando por los escalones y resbaló por las baldosas del piso. Jim no la volvió a ver después de soltarla; tenía los brazos demasiado llenos de femineidad. Tuvo que armarse de fuerzas para sostenerla, pues de lo contrario hubiesen caído los dos rodando como el maletín.

Vaciló, pero logró sostenerse de pie, con el brazo izquierdo pasado por la cintura de ella y soportando su peso contra brazo y hombro. Aunque no pesada, era muy flexible. Jim tuvo conciencia de una blusa de seda blanca, de una falda y saco sastre de sarga azul, y de una densa cabellera rubia oscura bajo un sombrerito de paja. Una carterita de malla dorada pendía de su muñeca derecha, sujeta con una cadena.

En aquella posición tan falta de dignidad, cabeza abajo y tan inclinada que Jim no podía verle la cara, la mujer habló con un balbuceo suave, oscuro y sin aliento.

—¡Oh, esto es horrible! —y tembló toda ella—. No sé cómo... ¿Quiere dejarme en el suelo? ¡*Por favor, déjeme en el suelo!*

La llevó al pie de la escalera, deslizó las manos por debajo de los brazos de ella y la apoyó en el suelo, de frente a él.

—¡Ah! ¡Siento mucho...! —dijo ella, llorando—. Ni siquiera llevo una de esas horribles faldas ceñidas; no comprendo como he podido ser tan torpe. Ha sido una

gran cosa que usted me sostuviera, pero le pido disculpas. ¡Estoy tan terriblemente afligida!

Y levantó la vista, mirándolo a los ojos.

Jim se sintió un poco atolondrado.

—Señora —empezó a decir retóricamente—, puede usted lamentar las circunstancias de nuestro primer encuentro. Permítame decir que yo las aprecio tanto como aprecio el haberla conocido. Usted es inglesa, ¿verdad?



Calculó que su edad estaría alrededor de los veinticinco años; cuando conoció el dato, resultó que tenía veintisiete. “Bella” hubiera sido una palabra demasiado ampulosa para calificarla. Pero era muy bonita, con esa clase de simpatía sana y ese aspecto de frescura que parece irradiar inocencia y hasta candidez. Lo contemplaron unos grandes ojos de color azul verdoso, lo contemplaban entre un fleco de pestañas oscuras. Sin embargo, nadie hubiese dicho que aquella mujer era cándida. A pesar de su turbación y su aire compungido, los labios rosados mostraban un sentido del humor que luchaba por manifestarse. Las proporciones admirables de su cuerpo parecían destacadas, más que ocultas, por el traje de severo corte sastre.

Algo más había sucedido mientras se miraban.

El tira y afloje de la atracción mutua fue una fuerza evidente en aquel vestíbulo en penumbra; casi se lo podía respirar. No cabía duda de que ella lo había sentido tanto como Jim; la mirada intensa de los ojos azul-verdosos lo publicaba mientras lo tuvo cara a cara.

—¿Inglesa? —preguntó ella, tratando de sobreponerse a la confusión—. Supongo que salta a la vista. Sí, soy inglesa. Y usted es el señor Blake, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—He visto su retrato en algún sitio. Usted... usted escribió ese libro tan entretenido. Y usted vivió en Inglaterra, ¿no? ¿Puedo preguntarle si hace mucho que está de vuelta en Estados Unidos?

—Un año justo. Se cumplió el 11 de octubre. Ahora bien, ya que conoce mi nombre...

—Sí. ¡Qué ingrata soy! Me llamo Matthews. Gillian Matthews. Suelen llamarme Jill.

—Siendo así, señorita Matthews, ¿puedo preguntar qué hacía en este sombrío edificio? ¿Es escritora o dibujante?

—¡No, cielos! Nada tan atractivo ni fascinador. Usted, en su condición de autor famoso...

—No soy autor famoso. Soy un periodista que trabaja buscando un tema. Pero tengo un coche esperando ahí fuera. ¿Me permite que la lleve a algún lugar de la ciudad?

—No, realmente no —dijo Jill Matthews llorando—. Estaría mal. ¡Sería horrible!

—Perdóneme, pero, ¿qué tiene de horrible el que ofrezca conducirla a algún sitio? Eso no se considera ofensivo ni aun en Londres.

—No me ha entendido, señor Blake. Eso no es lo que yo quise decir.

—Por mucho que deteste contrariarla, ¿no cree que sin duda esa alarma es desproporcionada con mi sugerencia? Ya que el destino, literalmente hablando, nos ha reunido, parecería que estamos destinados a conocernos más. ¿Tan desagradable le resulta esa idea?

—¡De verdad, señor Blake! Usted se obstina en no entender.

—¿Cómo es eso?

—La idea no tiene nada de desagradable. Yo no estaría en contra de que nos conociésemos mejor, tal como usted lo ha expresado. Pero no hay manera de que así ocurra; no podríamos, aunque fuese nuestro más caro deseo. Yo parto hoy de Nueva York; vuelvo a mi patria.

En el *Mauritania* sin duda. Con el codo, Jim rozó el diario que se había metido en un bolsillo; una blasfemia se trazó con caracteres fácilmente legibles a todo lo ancho de su cerebro.

¿Pasa eso alguna vez? Se conoce a una chica por la cual uno sería capaz de hacer piruetas: cabello rubio oscuro, una Circe de carne blanca y rosada, todo cuanto se requiere para hacer soñar a un hombre; y ella se aleja de uno en menos que canta un gallo. Por otra parte, hoy y mañana no significan siempre.

—A todo esto —dijo él—, yo tengo que tomar un tren a mediodía, con destino a Washington, para cumplir la primera etapa de una misión periodística. Pero usted entiendo que no partirá hasta la tarde. ¿Vive con personas de su amistad o en un hotel?

—Para en el hotel McAlpin, sólo que...

—El hotel McAlpin no dista mucho de la Estación Pensilvania, la puedo dejar en el hotel. Por lo menos, tendremos tiempo de cambiar opiniones y descubrir que pensamos igual sobre todo lo creado; y más adelante, cuando volvamos a encontrarnos...

—¡Ah, qué tontería! ¿Cómo es posible que volvamos a encontrarnos?

—Fácilmente. Por lo general, llevo una vida ociosa. Y no creo ser excéntrico, como le demostrarán algunos hechos sencillos. La tarea que debo cumplir sólo exigirá unos días. En cuanto conozca la verdad acerca de cierto complot para arruinar a un hombre decente, estoy poderosamente inclinado a seguirla a dondequiera que usted se encuentre. Usted es encantadora, Jill; sería capaz de sacar a un anacoreta de su cueva y perturbar las meditaciones del mismísimo Marco Aurelio. Yo la seguiré, mi dulce hechicera, y daré con usted finalmente aunque tenga que poner en movimiento a todo Scotland Yard para encontrarla.

—Yo... Sí, ojalá lo haga. Usted es más que excéntrico; está loco de remate. Y a todo esto... ¿no es ésa la mujer del conmutador, que le está haciendo señas ahí arriba?

Jill señaló. Jim se dio vuelta.

Polly Wrench estaba realmente de pie en lo alto de la escalera, con un brazo levantado.

—¡Señor Blake! —gritó.

Al advertir por la expresión de su rostro que la mirada de Polly se enfocaba más allá de él, sintió de pronto ruido de pisadas allí, en el vestíbulo; Jim volvió a girar el cuerpo. La gran puerta de calle estaba abierta de par en par, y frente a ella pasaba mucha gente por la acera. Jill Matthews había desaparecido.

—¡Señor Blake! —gritó Polly—. El coronel Harvey quiere saber...

—Y yo también —replicó Jim, gritando a su vez, y salió disparado hacia la calle.

No pudo ver a Jill; en ese momento, al menos. Del otro lado de la plaza había tres coches de alquiler, dos abiertos y uno cerrado, además de un único automóvil. El auto de Jim seguía esperando, vuelto ahora en la otra dirección. Pero el chofer también había desaparecido.

Jill debió haber corrido mucho. La vio sentada en una de las victorias, pero esto ocurrió en el mismo instante en que el cochero hizo restallar el látigo, el carruaje echó a andar y se perdió de vista en el tránsito apretado de vehículos que enfilaban hacia la parte alta de la ciudad.

Jim se lanzó veloz a atravesar la plaza; pero tuvo que retroceder, para no ser arrollado. Tres segundos después el despreocupado chofer salió de una taberna, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

No tenía sentido ordenar a gritos que persiguiera a un coche que ya no se veía; tampoco se podía indicar cuál de las posibles rutas había tomado. Jim volvió a entrar, a buscar su valija, salió, dijo al cochero: “¡A la estación Pensilvania!” y se quedó echando chispas durante todo el camino.

El coronel Harvey había declarado que algo condenadamente extraño estaba ocurriendo en Nueva Orleans. Tan condenadamente extraño como eso era también la conducta de Jill Matthews. No opuso reparo a que la llamase por su nombre de pila; no protestó (muy por el contrario) ante ciertos audaces galanteos esbozados en el vestíbulo del edificio Harper. Pero se negó a compartir con él un coche desde la plaza Franklin al Hotel McAlpin. Más aún, llegó a calificar de “horrible” la perspectiva, y todo esto sin otra explicación que el hecho de estar a punto de volver a su tierra.

El primer impulso de Jim, o sea el de llamar por el camino al hotel McAlpin, no habría resuelto nada aunque hubiera estado seguro de que ella se encontraba allí. Cuando se le ocurrió pensar que tenía tiempo suficiente para pasar por el hotel y llegar a la estación, no tomó en cuenta al tránsito de mediodía en Nueva York.

Tres veces sufrieron demoras, producidas por los carros de cerveza, como siempre. En la Plaza Madison, al Oeste por la calle Treinta y Tres, el motor sufrió un desperfecto en el motor, y fue necesario perder tiempo en arreglarlo. Cuando por fin llegó al nuevo gran templo ferroviario de la Séptima Avenida, Jim apenas tuvo

tiempo para sacar los dos boletos necesarios y saltar al tren antes de que tomara velocidad.

Ojos verdeazules, bocas seductoras: ¡no! Tenía que olvidarse de la infernal mujer, momentáneamente por lo menos, y concentrarse en su trabajo. Arrellanado en un asiento del coche salón tapizado de verde, con periódicas excursiones al lavatorio, y coche para fumar, repasó el magro caudal de datos que poseía. A menos que Charley Emerson pudiese aportar muchos detalles nuevos...

Le pareció muy largo el trayecto a Washington. Había empezado a oscurecer hacia el final del viaje, cuando vino con su escobita el camarero de servicio y barrió las cenizas del marco de la ventana sobre la rodilla derecha del pantalón de Jim. Ya era la hora de dar propina.

En el gran *hall* de la estación, otro templo marmóreo construido según el plano de un baño romano, se encontró con Dice Reynolds, del *Weekly*. Dice, disgustado a más no poder porque no le habían encargado a él la nota, le entregó como un metro de pasajes y la boletita verde correspondiente a la reserva de un compartimiento privado. Su tren partiría a las once menos cuarto.

Jim dejó su valija en el depósito de equipajes y habló por teléfono para cerciorarse de que Charley Emerson estaría en su casa. Luego salió de la estación a un alto y frío espacio vacío salpicado de pálidas luces. Para los que venían del ajetreo neoyorquino, Washington parecía siempre aletargada y lenta, apenas algo más que un adormilado pueblo del Sur.

Charley Emerson vivía en Departamentos del Capitolio, en la esquina de la calle Capitol Este, haciendo cruz con la Biblioteca del Congreso: en aquel cómodo retiro, Charley, jubilado, se distraía con sus dos *hobbies*: los libros antiguos y los trenes de juguete. Un coche condujo a Jim en muy poco rato, a través de calles bordeadas por elegantes casas de pensión en decadencia.

La oscuridad se acentuaba, aunque el cielo todavía estaba surcado por una estría rojiza. La bruñida cúpula de la Biblioteca del Congreso esparcía en la noche sus dorados destellos a la hora en que Jim penetraba en una casa de departamentos de ladrillos rojos y más bien pequeña, cuyas ventanas miraban hacia el Sur, entre la Biblioteca y el East Capitol Park.

Charley Emerson, un hombrecito inquieto como un foxterrier, con sus parches de pelo entrecano hacia la nuca y la vieja cicatriz de una quemadura sobre la oreja izquierda, lo introdujo a un cómodo departamento del segundo piso. El *living-room* estaba iluminado por una lámpara de mesa con pantalla de *vitraux* en media docena de colores. Una de las paredes parecía estar formada totalmente por libros. Contra la pared opuesta una larga mesa de caballete, sobre la cual se veía una cantidad de vías, semáforos, puentes, túneles y estaciones correspondientes a un vistoso trencito accionado por dos pilas secas conectadas a un transformador.

Según la ocasión, Charley era abrumadoramente franco a melifluo, con la evasiva suavidad de un diplomático avezado. Al parecer, esa noche había decidido ser franco.

—¡Muy bien! —exclamó suspirando, con un dedo índice extendido—. No fuiste muy explícito por teléfono, pero has despertado mi curiosidad. Explícame qué quieres saber, y te contaré lo que necesitas saber, en la medida en que esté seguro de saberlo yo. Sin embargo, antes de seguir: ¿qué te parece si cenamos temprano?

—Es lo que más deseo. Tuve una mañana tan agitada, que no pude almorzar y desfallezco de apetito.

—En el subsuelo de este edificio hay un bar y restaurante de minutas, donde te invito a comer desde ya. Es muy respetable; podrías llevar a tu tía Nelly. Y la carne no es del todo mala. Ahora siéntate y suelta el rollo.

Jim se sentó y contó su historia, omitiendo únicamente el episodio de Jill Matthews.

Charley se inclinó sobre la mesa de caballete, con la mano en la perilla del transformador. El trencito arrancó bruscamente y luego, entre zumbidos y chasquidos, disminuyó la marcha a la velocidad regulada por Charley. Encendiendo un cigarro barato, se dejó caer en una poltrona junto a una mesa y siguió pitando en silencio hasta que Jim hubo terminado.

—Cuando la gente me pregunta acerca de Nueva Orleans —explicó Charley—, lo que parece interesar más es el famoso barrio de los faroles colorados, que funciona legalmente y se conoce con el nombre de Storyville: nada menos que treinta y ocho manzanas del Vieux Carré, en torno a la calle North Basin, que contienen desde mansiones palaciegas donde es obligatorio vestir de etiqueta, a tugurios en callejones, donde se pagaba veinticinco centavos de dólar. ¡Y eso resulta, sabes! Permitir los prostíbulos, siempre que se los explote en serio y no alteren la paz, es la sana actitud política que...

—No me preocupa Storyville, Charley. ¿Qué secretos podrías revelarme acerca de Clay Blake...?

—Bueno...

—Habla, por favor. Si alguien se le echa encima...

Charley, con la cara levantada y los ojos muy atentos, meditativo, daba golpecitos con el meñique, para desprender la ceniza del cigarro, que caía al suelo.

—Clay es correcto, Jim. Es un abogado de los más capaces que tenemos, y un condenado muchacho, aunque un poco demasiado intelectual para mi gusto. Tú eres inteligente, Jim; pero no un intelectual, gracias a Dios. Clay lo es. Ahora, ¡no te equivoques! No es un santo ni un chupacirios como podrás ver muy rápido. Derrotó a Happy Chadwick en los comicios internos del partido demócrata, cuando casi todos creían que para Happy era un paseo. Ocurre sencillamente que Clay es popular y nada más. Gusta a los hombres; las mujeres lo aman. Está bien que las mujeres no puedan votar; pero la mano que mece la cuna tiene mucha fuerza. Ha contado, además, con el apoyo de dos buenos amigos. Uno de éstos es un hombre de mundo muy conocido, llamado Leo Shepley...

Jim lo miró fijamente.

—¿Nunca te lo he dicho, Charley? Conozco mucho a Leo Shepley; o por lo menos lo trataba en otro tiempo. Pero no lo hubiese tenido por hombre de inclinaciones políticas.

—No es un político. ¡Espera! Leo fue el gran astro del fútbol colegial de hace doce o quince años, cosa que no necesito recordarte. Por raro que parezca, eso influye todavía. No goza de ninguna reputación especial en círculos elegantes, y anda alborotando al vecindario por ahí con su Mercer de carreras rojo, tanto que uno se pregunta cómo es que aún no se ha quebrado el pescuezo. El otro amigo de Clay... ¿me sigues?

—Intensamente.

—El otro amigo de Clay es Alec Laird, actualmente el gran cacique de mi viejo diario, el *Centinela*.

—¡Un momento, Charley! El coronel Harvey mencionó a Alec Laird, pero dijo que estaba tan viejo que...

—¡Tranquilo, Jim! Tu amable coronel se refirió a Alec padre, que fundó el *Centinela* y sigue siendo el propietario. Yo me refiero a Alec hijo, llamado siempre el joven Alec, aunque ya debe andar por los cuarenta. ¡Oh, estos imperios periodísticos! ¿Recuerdas a los dos Gordon Bennett, padre e hijo, propietarios sucesivos del *Herald* de Nueva York?

—¿Qué hay con ellos?

—El viejo Gordon Bennett que murió hace ya cuarenta años, se ocupaba de su negocio y no apartaba la vista de la caja. En cambio, Gordon Bennett hijo fue (y sigue siéndolo, en cierta medida) un bribón de siete suelas.

Charley se retorció cual si lo estuvieran torturando:

—¡Oh, dulce Jesús de la paciencia...!

—¿Qué te pasa?

—En lo que respecta a los Laird, el caso es exactamente inverso. En sus días de juventud, según todos los informes, el viejo Alec mostró definidas tendencias a la volubilidad. Pero eso no reza con Alec hijo, un ciudadano tan responsable como para hacer la colecta en una iglesia. Tampoco te equivoques con él. Hay quien asegura que su ambición es acumular poder; yo trabajé a sus órdenes y nunca lo noté. Es posible que sea un puritano inmovible, pero puedes confiar ciegamente en Alec cuando necesites que alguien venga en tu ayuda.

”Otra rama de la familia Laird —Peter Laird, joven primo de Alec, y la anciana viuda a quien llaman *Madam* Cara de Palo— quizás tenga algo que ver con la actual posición de Clay Blake. ¿A nosotros nos interesa Clay Blake, no es así? James Clairborne Blake: no es pariente tuyo, como ya había averiguado por mis medios, sino candidato al Congreso y virtualmente seguro de salir electo. Ya sería hora de que nombre lo que puede ser el punto de más importancia relativo a Clay. O sea, es hora de mencionar a la mujer”.

—¿Qué mujer?

—La mujer de su vida —dijo Charley—. ¿Significa algo para ti el nombre de Yvonne Brissard?

—Nada en absoluto.

Charley tiró el cigarro en una salivadera de porcelana, y se sentó.

—Originalmente, Yvonne era una chica de Nueva Orleans, perteneciente a una buena familia de burgueses criollos. Cuando tenía seis o siete años de edad —hace tiempo, pues ha pasado los treinta— los padres la llevaron al extranjero, a cierta aburrida ciudad de una provincia francesa. Pero Yvonne no siguió siendo aburrida ni provinciana. Se ha convertido en una belleza extraordinaria: cabello negro, ojos de mirada acariciante y todos los demás elementos del caso. A los diez y ocho años se separó de la familia y fue a París. Decir que allí causó sensación sería quedarnos cortos. En la profesión que eligió...

—¿La de prostituta?

—Nosotros no la llamamos así, Jim.

—¿Cómo la llamamos entonces?

—¡Pero caramba, hombre...! ¿Es necesario marcarte la diferencia entre prostituta y cortesana?

—Una diferencia de grado, naturalmente.

—También eso es quedarse corto. La prostituta no es nada en absoluto. La cortesana, sobre todo en los medios de gente de fortuna, en Europa, logra destacarse y adquiere una especie de respetabilidad funcional. Sus pieles, sus diamantes y su cuenta de banco la protegen contra garrotes o dardos envenenados. Casi todas las mujeres la envidian en secreto cuando pasa en su carruaje o en su automóvil. Está por encima de este mundo. En París, en Viena y aún en Londres...

—Y esta Yvonne, Jim ha hecho una carrera realmente espectacular. Sus conquistas han comprendido un ministro del gabinete francés, un industrial británico y hasta un segundón de cierta familia real balcánica. Y a todos los ha tenido embotados. Se afirma que su secreto consiste en que combina el desenfreno más absoluto con una modestia y unos buenos modales aparentes que ponen una nota singular en el asunto.

”Oye ahora la penúltima novedad. En la primavera de este año —con sus pieles, sus brillantes, su cuenta de banco y todo lo demás—, Yvonne Brissard volvió de Europa para quedarse un largo tiempo en la ciudad donde nació”.

—¿Para conquistar Nueva Orleans también?

—¡Oh, no! No fue “recibida”, como suele decirse; ni esperaba que la recibiesen. En cambio, alquiló una de esas bellas mansiones que están del otro lado del *bayou*^[25] St. John, un barrio pintoresco y un tanto misterioso, y que todavía, en este año de 1912, sigue incontaminado. Cómo logró convencer al dueño de esa casa y conseguir que la aceptara de inquilina, es un verdadero enigma. Pero no se trata de eso. La cuestión está en que conoció a Clay Blake. Y desde aquel mismo instante los dos, la sirena criolla y el abogado anglosajón de excelente familia, pero sin mucha fortuna,

se encariñaron mutuamente con una fuerza de dos mil caballos. Su relación, aunque conducida discretamente, arde con lucientes llamas desde entonces.

Jim se incorporó en su asiento.

A ver, Charley, ¿estás insinuando acaso, o alguien insinúa, que Yvonne Brissard es parte en el supuesto complot que se trama contra mi tocayo? ¿Que alguien está usando a la mujer para provocar su ruina?

—¿Su ruina? ¿*En Nueva Orleans*? Jim, ¿estás loco?

—Yo sólo estoy preguntando...

El matraquito del tren de juguete, que daba vueltas interminablemente, se había convertido casi en una hipnosis. De pronto se detuvo y dejó un vacío, cuando Charley se puso de pie y tocó la llave del transformador.

—¡A comer! —anunció con voz retumbante—. Dijiste que estabas desfalleciente; a mí me pasa lo mismo. Ya tienes bastante para una primera entrega; ni una palabra más hasta que hayamos puesto algo en el buche. Bajemos.

—Pero no me has explicado...

—Ni te lo explicaré por ahora —dijo Charley, acomodándose los puños de la camisa. Dije que ni una palabra más hasta que el hambre interior esté descansado también. Muévete y andando.

Lo que Charley había llamado subsuelo de los Departamentos del Congreso estaba en realidad a sólo unos cuantos pies bajo el nivel de la calle. Apretado y con vigas, se advertía una humedad alcohólica que hacía juego con su lobreguez. Entrando por los fondos, encontraron el mostrador del bar paralelo a la pared del lado izquierdo y, a su derecha, compartimientos con separaciones de madera en que había mesas, cada una con una lamparita de pantalla rosada. Hacia el frente, pasando la puerta de cristales al extremo de aquella caverna, cinco o seis escalones de piedra conducían al nivel de la calle. Un viento otoñal hacía girar a las hojas secas de los árboles.

Eran los únicos clientes del lugar. Oculto en un reservado frente a Charley y mirando hacia el frente, Jim se sentía inquieto. Así como el departamento de su amigo le había parecido confortable y sencillo, por alguna razón la atmósfera de este local le resultaba extraña, furtiva y hasta un poco siniestra.

Varias veces, durante la comida, se dio cuenta de que la mirada se le iba hacia la puerta de calle. Más de una vez le pareció notar que una sombra se movía en el vidrio, como de otro cliente que bajara. Pero no era más que una impresión captada por el rabillo del ojo, quizás alucinatoria; la puerta nunca se abrió.

Pero tuvo pocos motivos para quejarse. Pidió bistecs poco asados y le trajeron bistecs poco asados. Jim bebió cerveza y Charley pidió *whisky* con agua. Por último, se recostaron en sus asientos, satisfechos. Charley encendió un cigarro y Jim, un cigarrillo, mientras un mozo cachaciento lea traía café. Ambos permanecieron un rato cavilando. Charley fue quien interrumpió el silencio.

—¿Qué estás pensando, Jim?

—¡Ah! En “la que fue deleite del mundo”...

—Me gustaría que no citaras palabras de Swinburne a hora tan temprana de la noche. Así que el “deleite del mundo”, ¿eh? ¿Yvonne Brissard?

—Si he de ser franco, mi pensamiento no se relacionaba en lo más mínimo con Yvonne Brissard. Pero de todos modos... Si la prohibición que has impuesto a las preguntas ha concluido ya...

—Ha concluido, Jim. Paso libre.

—Sé que te mantienes bastante en contacto con tu ciudad natal. ¿Has oído algún rumor según el cual Clay Blake sería la víctima en potencia de una cierta canallada?

—He oído ese rumor, sí. Sin embargo, ya que ninguna canallada se ha intentado aún...

—¿Ni siquiera tomas en cuenta alguna posibilidad de que ese enredo con Yvonne Brissard pueda usarse en su contra?

—Rechazo tal afirmación y desautorizo a quien la haga.

Diciendo esto, Charley resopló, deshinchando las mejillas como para hacer flotar una pluma:

—¿Utilizarla contra él en Nueva Orleans, por San Pedro?

—Sus partidarios no lo son precisamente por su amistad con Yvonne, ¿verdad?

—Bueno, pero tampoco se horrorizan. Lo que ocurre, sencillamente, es que no les preocupa. Siempre que en público guarde una razonable discreción, que es lo que ha estado haciendo, a los partidarios les tiene completamente sin cuidado cuántas veces se acueste con una bonita ramera. ¿Quieres que te dé una prueba?

—No se trata de llevar este asunto a la corte, Charley. Al mismo tiempo...

—Si cualquier persona dañina quisiera valerse de Yvonne contra él, lo hubiese hecho cuando luchaba contra Happy Chadwick en los comicios internos. El asunto ya era bien conocido entonces y andaba en boca de todos. Y nada pasó, entonces, sin embargo. Como creo haberte dicho, le ganó a Happy Chadwick sin correr.

—¿Quién es Happy Chadwick?

—Happy Chadwick (o sea Raymond P. Chadwick) es otro abogado, un hombre de cierta edad, aunque no viejo del todo, de buena familia y que sonríe pase lo que pase. Su influencia es grande en Baton Rouge y otros sitios también. Pero aquí hay otra ironía, como en el caso de los dos Laird del *Centinela*. Clay Blake, nuestro joven intelectual, es conservador de alma y partidario de que las cosas sigan como están. El maduro Happy Chadwick es quien defiende a voz en cuello las ideas progresistas, quiere quemar a los capitalistas y que voten las mujeres. Por otra parte, como todo el mundo lo sabe, Happy es también un hombre honesto.

Jim quiso ver si aquello tenía sentido común.

—Resumamos las cosas, ¿quieres? —sugirió—. Con tu experiencia de observador, ¿has llegado a la conclusión de que no hay tal conjura? ¿Que todos los cuentos acerca de un complot no son más que embustes y patrañas?

—No, Jim, no. ¡Yo no digo tal cosa!

Charley Emerson se había puesto desesperadamente serio. Le temblaba el párpado izquierdo, y sus dedos inseguros hacían temblar peligrosamente su taza de café.

—Escúchame ahora, Jim. Parece que el coronel Harvey te ha insinuado que puedes andar pisando dinamita. Es posible que todo no pase de un cohete mojado. O que sea realmente dinamita o algo peor que dinamita, quizás esa nueva sustancia mortífera que llaman TNT.

”Escúchame atentamente, te digo. En el caso de que haya realmente un artículo sensacional detrás de todo esto, ¿quién puede estar interesado en impedir que llegues a escribirlo? ¿Alguna persona tan interesada como para haberte seguido desde Nueva York?”.

—¿Seguirme desde...? ¡Por favor, Charley! ¿Quién está loco ahora? ¿A quién se le ocurriría seguirme desde Nueva York? Y a todo esto, ¿por qué lo dices?

—Porque justo a la puerta de este lugar...

—¡Maldición! ¿Cómo puedes saber qué es lo que hay fuera? Si ni siquiera ves la puerta; la tienes a tu espalda.

—Sí, pero la veo bastante bien de costado, reflejada en el espejo que está detrás del mostrador. Alguien ronda allá fuera desde hace rato; se agacha cada vez que vuelves la cabeza y miras hacia allí. Yo tengo mucha paciencia, James; soporto casi cualquier cosa. Pero no me gusta que mis amigos sean espiados en mi propia jurisdicción. Y quiero saber...

El cigarro de Charley cayó sobre la mesa. Poniéndose en pie de un salto, como un gato de goma, giró media vuelta, se abalanzó a la puerta y la abrió de par en par.



3

Silencio.

Es decir, silencio, salvo el rozar de las hojas secas y las pisadas de Charley al trepar la escalera en dirección a la calle.

Jim, que se puso de pie para seguirlo después de haber puesto en equilibrio el cigarro encendido sobre el cenicero, no llegó más que hasta la puerta, que seguía abierta. Allí se encontró con Charley, que volvía.

Aumentaba la intensidad del viento y mantenía a las hojas en danza. Uno de los pequeños y temblorosos tranvías de Washington, cuyas luces parpadeantes se apagaban y volvían a encenderse cada vez que tomaba una curva, marchaba trabajosamente hacia el parque Lincoln. Charley cerró la puerta de cristales.

—¿Pasa algo, señor Emerson? —preguntó el mozo cachaciento—. Me pareció que...

—No, Mike. No pasa nada. Sólo que yo me vuelvo imaginativo, a la vejez. Eso es todo.

El mozo desapareció; el encargado del bar daba la impresión de estar dormido como un tronco. Charley bajó la voz cuando él y Jim volvieron a sentarse.

—Sin embargo, alguien había —le confió enérgicamente—. Es verdad que estoy envejeciendo y mis piernas ya no son lo que eran, si no lo hubiese perseguido como una vez perseguí a Emilio el cuchillero desde la parte alta de la Avenida Explanada hasta una taberna junto al Mercado Francés. ¡Pero no importa! Ese tipo ha estado espiándote, Jim, aunque no será mucho lo que ha podido oír a través de esa puerta.

—¡Calma, Charley! A lo mejor no era más que un vagabundo tratando de conseguir algo del mostrador sin tener que pagarlo. Aun admitiendo la estrambótica idea de que haya estado espiando, ¿es forzoso que fuese yo el objeto de su curiosidad? Muy bien pudo ser a ti a quien espiaba.

—¿A un viejo maceta y retirado como Charley Emerson? ¡Ni se te ocurra pensarlo, Jamie! Tú eras el motivo de su interés; no te quitaba la vista de encima, y puso especial empeño en que no pudieses verlo bien.

—Bueno, si es que tú lo has visto, dame una descripción del individuo.

—Tampoco yo pude verlo bien, ¡y lo sabes! Fue sólo un reflejo atrapado de reajo, una especie de sombra contra la luz del farol, allá afuera. Pero esto no me gusta; no me gusta nada. ¿Llevas un arma, Jim?

—¡No, Cielos! ¿Qué voy a hacer yo con un arma?

—Podría no ser una mala idea, teniendo en cuenta la clase de gente con que tal vez alternes estos próximos días.

—Charley, ¿a qué se debe tu repentina conclusión de que alguien ha estado espiando?

—Es instinto. Yo tengo confianza en mi instinto, que nunca falla. La situación actual, ya del comienzo bastante dudosa, se vuelve más y más inquietante a medida que pasa el tiempo.

—¡Por las barbas del Profeta! Si quieres a toda costa ver el asunto como un melodrama, santas y buenas; me gusta el melodrama. Sin embargo, todavía no te has expresado claramente acerca de la pregunta más espinosa de todas. ¿Hay o no hay algún complot contra Clay Blake?

—Yo creo que hay. Lo sospechaba ya antes de que aparecieses esta noche. Eso es lo que ha incitado mi curiosidad.

—Pero dijiste...

—Lo único que dije fue que, si gente de malas intenciones tiene algo contra nuestro estimado Clay, no pueden valerse de Yvonne Brissard para eso. Necesitan mucho más que eso..., cosas mucho peores. No podría decir qué ni quién está detrás de esto. Pero con todo... A ver si me entiendes esto. Hace menos de diez días, yo estuve en Nueva Orleans. Hablé con la gente del *Centinela*. Me dejé caer por el Municipio; y durante todo el tiempo tuve las orejas muy abiertas. Y llegué a ciertas conclusiones.

Charley empujó a un lado su taza de café y levantó el cigarro. Se apoyó con ambos codos en la mesa.

—No importa la prueba; olvida la prueba. Un periodista que se precie no hace toda una sarta de deducciones estilo Sherlock Holmes. Él puede *olfatear* que algo está por suceder, y tan fácil como olfatea el olor a cerveza agria en una taberna irlandesa. Y tú sabes esto tan bien como yo.

”Muy bien. En Nueva Orleans, en todos los lugares donde estuve, el único tema de conversación era al parecer Clay Blake y su linda criolla. ¿Había por fin encontrado la famosa Yvonne su verdadero amor, o era nada más que un nuevo intervalo *pour passer le temps*^[26]? ¿Qué había del propio Clay? ¿Recorrería todo el espinel y le pediría que se case con él? Si hacía eso, señoras y señores, ¿cuál es el veredicto de ustedes?

”No, Jim; no hay prueba de nada, a menos que tú puedas proporcionarla antes de que alguien te lo impida. Contemplemos la situación objetivamente y a ver qué nos parece. Clay Blake y los dos Laird, padre e hijo, viven todos en el Barrio Jardín, la mejor zona residencial de la ciudad. A la orilla del *bayou*. St. John, que en cierto modo puede considerarse fuera de la ciudad”.

—Charley, ¿qué tiene que ver la topografía con este asunto?

—Atiende y deduce. Recuerda: ¿te he dicho que otro miembro de la familia Laird debe figurar en cualquier estimación que se haga de Clay Blake?

—Sí, el primo del joven Alec, Peter Laird, y una viuda a quien llamaste *Madam* Cara de Palo.

—No se te ocurra llamarla así en sus narices, por amor de Dios; a menos que quieras meterte en más líos de los que tienes ya. Ahora te explicaré algo que no parece relacionado con esto: el viejo Alec Laird tenía un hermano menor, Sam, muerto hace tiempo. En una de las mansiones vecina al *bayou* Saint John...

—¿Está en el Barrio Jardín ese *bayou* Saint John?

—No. Está muy lejos del Barrio Jardín, en otra dirección, por el lago Pontchartrain. ¿Pero quieres callarte y oírme?

—Perdón. Continúa.

—En una de las mansiones que hay junto al *bayou* Saint John —prosiguió Charley— vivió muchos años la aristocrática familia criolla de los de Jarnac. El último varón de esta familia, Guy de Jarnac, murió sin dejar esposa ni descendencia en 1907; un individuo pintoresco, en torno al cual se tejieron varias leyendas. Era loco por los automóviles, y a los fondos de la Villa de Jarnac construyó una pista de carreras en miniatura que se ha seguido conservando más o menos bien hasta hoy.

—Pues bien, el farrista Guy de Jarnac tenía una hermana menor, Mathilde, que lo idolatraba. A principios de la década del 80 Mathilde de Jarnac se casó con Sam Laird, hermano del viejo Alec. Como regalo de bodas a Sam y su novia, el viejo Alec compró para ellos otra hermosa casa cerca del *bayou* Saint John, pero al otro lado del camino que venía desde la Villa de Jarnac y un poco más cerca del pueblo.

”Sam y Mathilde Laird tuvieron un hijo, Peter, que ahora debe andar por los treinta años. Aunque se asegura que, en su juventud, Mathilde de Jarnac Laird era alegre y atractiva, se ha convertido en una anciana tremebunda. Nadie recuerda en qué momento empezaron a llamarla *Madam* Cara de Palo, ni de quién fue la idea.

”¡En fin! Podrás formarte una idea de lo que es esa señora por la forma en que ha criado a su único hijo.

”Ha sido una madre muy indulgente, a su modo. Ha dado a Peter Laird todo cuanto quiso, excepto aquello que realmente quería, y le ha permitido hacer su voluntad, salvo en las cosas que *realmente* su voluntad ansiaba. ‘¡El chico no debe lastimarse, el chico no debe lastimarse!’. Aún hoy en día, por la misma razón, no le permite conducir su propio auto. ¡Ah, no! Debe tener chofer de los que solían llamarse ‘*chauffeur-mecánico*’ y que fuese preferentemente francés, para que lo lleve a todas partes. Raoul, su chofer personal, hace mucho tiempo que está con la familia. A principios de este año, Mathilde compró para Pete un Cadillac completamente nuevo, con el dispositivo de arranque automático que un niño puede hacer funcionar. Raoul sigue conduciendo.

”En resumen, ella es mortalmente maternal. No se trata de que Peter Laird sea o haya sido alguna vez un nene de mamá. Lejos de eso. El muchacho se hubiera destacado en el fútbol si la madre le hubiese permitido jugarlo. Tiene buen ojo para las mujeres. No es traga libros, como lo han sido todos los Laird de la rama

masculina, y como lo es también Clay Blake. El héroe de Pete es tu amigo Leo Shepley, el gran ‘crack’ del fútbol de 1900. ¿Algún comentario, Jim?”.

Jim reflexionó.

—Es interesante como naturaleza humana —dijo finalmente—, aunque no es una situación familiar muy fuera de lo común. Pero no entiendo qué tiene que ver todo eso con Clay Blake.

—Lo verás dentro de un momento, *mon vieux*. Guy de Jarnac, como ya he dicho, murió en 1907. Mathilde de Jarnac Laird, su único sobreviviente, heredó todo, incluso la Villa de Jarnac. Siguió ocupando su propia casa allá en el camino, pues Sam Laird había desaparecido de circulación un par de años antes que Guy; pero en honor a su hermano, demostró un cariño apasionado por la Villa de Jarnac. Nadie debía habitarla, por lo menos mientras ella viviese. Permanecería eternamente vacía, limpia y emperifollada, como templo a la memoria de él.

Charley extendió las manos.

—¡Fines de marzo, este año! Primavera en el aire y en la sangre. Yvonne Brissard llegó a Nueva Orleans y se instaló en aquel paraíso de conocedores que se llama Grunewald Hotel.

Pero no por mucho tiempo. Hizo saber que deseaba tener su propia casa. Aunque no fue “recibida”, volviendo a emplear la expresión anterior, Yvonne visitó a Mathilde Laird. Y por uno u otro medio (no podría decirte cuál), esta mujerzuela de armas tomar consiguió que *Madam* Cara de Palo le alquilara la Villa de Jarnac.

—¿Yvonne sigue todavía allí?

—Sigue allí, en toda su gloria. Y con Clay Blake tan asiduamente como si el inquilino fuese él.

—Charley, ¿conoces a Mathilde Laird?

—No la he visitado socialmente, lo cual significa que nunca ha condescendido a verme. Pero por todas partes contamos con espías. Pregunta lo que quieras.

—¿Que piensa ella de nuestro candidato al Congreso?

—Siente un enorme aprecio por Clay. Otro de sus predilectos, créase o no, es el blasfemo Leo Shepley. ¿Verdad que la presión parece ir en aumento? ¿Puedes sentir el trueno en el aire?

—¿A qué trueno te refieres? Sí, hay cosas que no encajan. Pero cavilando un poco debe encontrarse explicación a todo.

—Y todo se explicará, ¿no es cierto? —explotó Charley—. ¿Pero se explicará el hecho de que *Madam* Cara de Palo, una moralista puritana peor que Alec Laird, cambie de ideas para alentar una llameante pasión donde casi puede ver las llamaradas? ¿Se explicará el persistente rumor de que la Villa de Jarnac está hechizada? ¿Se explicará la razón por la cual Clay Blake y Peter Laird estuvieron a punto de pelearse en público y hubo que separarlos por la fuerza?

—¿Queeeeé?

—Lo que te he dicho. Y te digo también —agregó Charley, extrayendo bruscamente su reloj— que se nos ha hecho más tarde de lo que hubiese pensado; falta poco para las nueve. Volvamos a mi guarida, y te señalaré algunos puntos antes de que tomes el tren. Mike, Mike... ¿dónde diablos está esa adición?

—Esto va por mi cuenta, Charley. Siquiera por esta vez, quédate tranquilo.

Cinco minutos después estaban nuevamente en el *living* del ex reportero. El tren de juguete seguía dando vueltas sin cesar sobre su vía. Charley recorría la habitación en todos sentidos, resoplando y fumando continuamente.

—Allá está esa gran casa entre los robles —dijo Charley—, con su caminito cubierto que conduce al pequeño autódromo. Esos cuentos acerca de los fantasmas no impresionan mayormente. No concibo que el espectro de Guy de Jarnac recorra con un automóvil espectral la pista de carreras, entre rugidos del motor, ni que aceche en el corredor, esperando pellizcar las nalgas de alguna mucama. Pero el lugar en sí es bastante solitario y fantasmagórico, y hay emoción suficiente en el conjunto de nuestros personajes para hacer volar el techo de cualquier casa.

—¿Qué me cuentas de cuando Clay Blake y Peter Laird estuvieron por irse a las manos?

—Eso ocurrió una noche, a mediados de abril, en la famosa “Gruta” del Grunewald Hotel. Estaba Clay...

—¿Acompañando a *Mademoiselle* Brissard?

—Jamás se lo ha visto con ella en público, ¿no te lo dije ya? En aquella ocasión, salvo el propio Peter Laird, no hubo ninguna otra persona importante.

—Nadie conoce el motivo de la desavenencia. En apariencia eran dos amigos que se encontraban a tomar unas copas. Pero sus voces se hicieron cada vez más altas a medida que los ánimos iban caldeándose, hasta el momento en que Clay exclamó: ¡Vamos, presuntuoso!

Pete había empezado a abalanzársele, amagando un golpe con la izquierda, cuando apareció como por encanto Raoul, el chofer privado de Pet, y lo sujetó. Entonces, intervinieron algunos extraños para bien de todos.

—Bueno, Charley, al menos Nueva Orleans tiene fama de ser una ciudad pacífica. No llegó a haber duelo, ¿verdad?

—No, no hubo duelo, ni pudo haberlo. El último lance de honor bajo los Robles del Duelo, en el Parque, tuvo lugar en 1889. Alguien retó a otro hace cosa de cuatro años; pero el desafío no fue aceptado. No, Jim. El duelo está aquí tan muerto como Bernard de Marigny; la guerra entre los estados terminó hace más de cincuenta años. Fuese cual fuere la causa de la discusión entre Clay y el joven Pet...

—¿No sería que el joven Pete le había echado el ojo a Yvonne Brissard, también?

—Supongo que podría ser; como cualquiera. Pero nunca se ha insinuado tal cosa; y, de todos modos, la madre de Pete le hubiese cortado esas ilusiones con todas sus fuerzas, desde el comienzo. ¿Te interesa alguna otra persona?

—Me gustaría escuchar algo más sobre cada uno.

Por ejemplo, ¿qué puedes contarme de un influyente político llamado Raymond P. Chadwick, aparte el hecho de que tanto él como Clay son abogados?

—En primer lugar, ven las cosas de diferentes manera. Clay se ocupa de un montón de asuntos criminales y da la impresión de que le gusta dirigirse a jueces. Happy Chadwick es de esos abogados que propician reuniones de trastienda y arreglos extrajudiciales. No es que en realidad engañe a nadie, pero se quedará hasta con los gemelos de tu camisa si no andas con mucho cuidado. Comprenderás que...

Durante más de una hora Charley siguió fumando, caminando por el cuarto y hablando sin rodeos de las personas que había mencionado, pero sin añadir gran cosa a lo que Jim ya sabía. Finalmente se detuvo, paró el tren de juguete y miró la hora en su reloj.

—Por ti no puedo hablar, muchacho. Pero en cuanto a mí, soy de los que les gusta llegar a las estaciones antes que se vaya el tren.

—Lo mismo me pasa a mí. ¿Se consigue transporte?

—No hay muchos coches de alquiler en esta zona por la noche. Pero no importa. Un amigo mío lleva pasajeros si se le pide, como complemento de su ocupación diurna. Cuando yo lo necesito, generalmente Walt está dispuesto. ¡Un momento!

Desapareció en el pequeño pasillo. Podía escuchárselo hablando por teléfono con voz de conspirador.

—¡Ese Walt Winkelhorst! —explicó, restregándose las manos, al volver—. Estará aquí en menos de cinco minutos. Y ahora, Jim, ya que te diviertes tanto jugando al detective...

—Sospecho que me habría divertido jugando al detective, como dices, si hubiese tenido la oportunidad.

—Bueno, ahora la tienes. A ver qué puedes descubrir sobre la conspiración. Ante todo, deberías ir a hablar personalmente con Clay Blake, sin dejar entrever que piensas en algo sucio. Lo encontrarás en su oficina o en su casa (está en la guía del teléfono), y no tendrá dificultad en charlar contigo. Si necesitas ayuda o consejo, recurre al *Centinela*.

—Eso es lo mismo que me dijo el coronel Harvey. Me dio una tarjeta para el director gerente.

—El director gerente es Bart Perkins, buena persona. Otro tanto puedo decirte de Harry Furnival, el jefe de noticias locales. El hombre a quien debes dar la tarjeta es Alec Laird; lo encontrarás en la oficina del propietario, en el último piso. Mientras tanto...

De un salto, Charley se acercó a una de las ventanas que daban a la calle East Capitol, y miró hacia abajo, haciéndose pantalla con la mano por encima de los ojos.

—No veo a nadie acechando por ahí —informó al cabo de un instante—. Sea quien sea el que ha estado espiándote...

—¿Quieres meterte en la cabeza, Charley, que tal persona no existe?

—Si eso es lo que piensas, intrépido aventurero, no pasarán muchas horas sin que comprendas tu error. Prepárate a recibir una sorpresa cuando la bomba te estalle en la cara. Entretanto, te repito, procura estar alerta y andar con cuidado. No creo que sea pedirte demasiado, ¿verdad?

—No, pero...

—Walt Winkelhorst estará aquí de un momento a otro; vive en esta misma calle. No viajarás en carroza ni a lo grande, pero te llevará al lugar. No permitas que te saque más de cincuenta centavos de dólar, y... ¡Ahí llega! —Charley saltó—. ¿Lo oyes, Jim? Se está deteniendo... y ésa es la bocina de su auto. Adiós. No olvides mis consejos, y dale mis recuerdos a la pandilla.

La noche estaba muy encalmada cuando Jim abandonó el edificio; no soplaban ni una ráfaga de viento.

El auto, un estropeado Stoddard Dayton de turismo de varios años atrás, se detuvo dando cara al Oeste, tras la pálida luz de sus faros de acetileno. Walt Winkelhorst en persona, relativamente joven, grueso y hosco, había parado el motor. Como su modelo no tenía parabrisas, el señor Winkelhorst usaba gorra y gafas, aunque no lucía el largo guardapolvo que los automovilistas todavía necesitaban en campo abierto, por aquel entonces.

El coche tampoco tenía puertas: sólo aberturas. Jim se encaramó en la parte trasera. Con la manivela en una mano, el conductor bajó de su asiento, puso el motor en marcha y subió otra vez. Arrancaron, y doblaron hacia la derecha, en medio de una oscuridad apenas adornada por los faroles de la calle.

Era casi el mismo camino por el cual había venido Jim desde la estación: elegantes casas de pensión en un barrio casi suburbano. Pero en aquel auto se aspiraba mucho polvo; y tampoco era posible ver con claridad. Las calles estaban completamente desiertas, y raramente circulaban vehículos en una u otra dirección.

Sólo que...

Jim se recostó en su asiento, sin saber si reír o irritarse al recordar el ataque nervioso de Charley Emerson. ¡Ocurrírsele atribuir sentido fatídico a un vagabundo casual! ¡Espías, merodeadores, vaya uno a saber qué! Mientras que, por supuesto...

Ya se divisaba la Estación Unión, un pálido reverbero de luz más allá de la inmensa distancia que los separaba, cuando el conductor habló.

—¡Fíjese! —dijo repentinamente—. Si usted es el famoso señor Jim Blake...

—Me llamo Blake. Pero no soy el famoso nada.

—Bueno, Charley Emerson me dijo que era. Está bien; no hay diferencia. Quienquiera que usted sea, no querrán jugarle una mala pasada, ¿no?

—¿Por qué lo pregunta?

—No es que esté seguro del todo; pero yo diría que alguien no quiere adelantarse. Me parece que nos siguen. Mire los faros allá detrás.

Jim había advertido el coche que los seguía; apenas un bulto negro detrás del doble haz de sus luces. Los círculos brillantes se mantenían allí, a unos diez metros

de distancia; su tamaño no aumentaba ni disminuía. Jim tocó el brazo del conductor.

—Trate de apresurar un poco la marcha, y luego disminuirla —dijo—. A ver si el que nos sigue hace lo mismo.

—Ya lo hice, un poco antes. Él también lo hizo. Pero tampoco me diga que lo pierda de vista. Es un Thomas Flyer nuevo, una hermosura.

—No voy a decirle que se le adelante tanto. Pero podría hacer otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—La recova de la estación parece estar libre de coches y automóviles. Es posible que no nos siga hasta allí, o por lo menos no tan cerca, en cuyo caso sería un automovilista inocente y una simple casualidad. Pero, por si no es tan inocente, esto es lo que usted puede hacer. Trate ahora de alcanzar una gran velocidad. Y en el preciso instante en que lleguemos bajo el techo de la recova, un segundo antes de girar hacia la izquierda para dejarme en la entrada, clave el freno y pare en seco.

—Eso no sería del todo inteligente, ¿no le parece? ¿Qué pasa si se me viene encima?

—No lo chocará. Si lo hace y hay reparaciones, yo respondo del gasto.

Jim se inclinó hacia adelante y puso un billete de diez dólares en el bolsillo superior de su compañero.

—Ahí tiene una pequeña prueba de lo que quiero decir —agregó—. Después de todo, los vagabundos no viajan en autos Thomas Flyer.

—¿Cómo dijo?

—No se preocupe. ¿Hará lo que le he pedido?

—Sí, bueno. Reconozco que soy tan chiflado como para hacerlo. ¿Pero qué se propone, señor Blake? ¿Qué trata de comprobar?

—Quiero saber a qué responde todo esto —explicó Jim—. Y la única forma de averiguarlo es pararse de frente y dar la cara.

Empezaba a sentir un brote de rabia. Se había burlado del consejo de Charley sobre usar un arma; todavía le causaba gracia. Si Charley Emerson, con sus sesenta años de edad, no vaciló en lanzarse desarmado contra el enemigo, no sería él más timorato.

Walt aumentó inmediatamente la velocidad. El viejo Stoddard Dayton se lanzó como una flecha por el camino de acceso a la estación, dejando atrás varios vehículos dispersos y cruzando un complejo nudo de vías, bajo luces blanquecinas. El Thomas Flyer súbitamente aceleró, decidido a perseguirlos, reflejando destellos en su alto parabrisas.

La blanca fachada y los arcos de la estación aumentaban de tamaño. Jim se levantó y se afirmó con las manos en el borde superior del asiento delantero. Penetraron veloces bajo la arcada; le costó trabajo mantener el equilibrio cuando el coche, con estruendo metálico y mucho temblor, paró en seco. Jim bajó de un salto por el lado izquierdo y echó a correr al encuentro de su perseguidor, que se acercaba.

El Thomas no lo atropello; ni siquiera continuó la persecución. Sin disminuir sensiblemente la velocidad, describió una curva muy abierta y partió veloz hacia la distante Avenida Pensilvania. Sólo fugazmente pudo ver el auto de cinco asientos con dos ocupantes: su agachado conductor y otro hombre, atrás. Luego buscó el número de la chapa del distrito de Columbia. El auto no tenía chapa.

El calor se había concentrado bajo el cuello postizo de Jim, quien percibía los fuertes latidos de su corazón. Pero también sentía el grato calor de una satisfacción personal. Había hecho frente a un enemigo, y el enemigo escapó.

Miró a Walt Winkelhorst, que había vuelto a bajar del coche para darle manija.

—Bueno, como quiera que sea, hemos llegado a tiempo. ¿Cuánto le debo?

—Sin cargo, señor. Es una atención de la casa.

—Pero...

—Charles Emerson le dijo sin duda que yo trataría de cobrarle de más, ¿no? Bueno. Tal vez, en un caso corriente, lo hubiese hecho. Soy tan bruto como para hacerlo. ¿Pero usted me toma por un condenado yanqui? —preguntó de pronto Walt, súbitamente apasionado—. ¿Se cree que no tengo conciencia? ¿Mientras todavía me sobresale del bolsillo el billete de diez que me dio sin obligarme a nada? No, señor Blake, usted es un caballero. Por eso este viaje va por cuenta mía.

Rebosante de satisfacción, Jim le dio las gracias y siguió a la estación.

Algunas personas paseaban por la marmórea vastedad del salón. No le quedaba tanto tiempo como había creído: las agujas del reloj señalaban las 10 y 35.

Compró cigarrillos en un mostrador donde también se vendían revistas y caramelos; los diarios de la mañana aún no habían salido. Retiró su valija del depósito de equipajes y la entregó a uno de los changadores de gorras coloradas que rondaban por allí. Aunque su valija no era pesada ni molesta, quiso utilizar los servicios de un guía.

—Al Atlanta-Nueva Orleans —dijo, consultando los respectivos boletos separados—. Compartimento B, vagón 16. ¿Sabe cuál es la puerta?

—Sí señó. Hace como quince minuto que etá el tren. Sigamé.

En contraste con las claras luces reflejadas en el mármol del salón principal, la parte de piedra que seguía le pareció polvorienta y lóbrega. Pero más lóbregos estaban los andenes, entre las marcianas formas de los vagones.

La figura de su propio tren, cuyas calderas estaban levantando presión, apareció imponente y sombrío a la izquierda de Jim; sólo a intervalos llegaban destellos fugaces de las ventanillas o de los espacios entre coche y coche. El hombre de la gorra colorada, que lo guiaba anduvo un largo trecho antes de señalar la tarjeta numerada en la última ventanilla de un vagón.

—Haga el favor de poner esa valija en el compartimiento —indicó Jim—, y búsqume cuando vuelva. Como ya no puedo perder el tren, no tengo apuro.

Y era cierto que no lo tenía.

El hombre subió los escalones de hierro hasta la plataforma del vagón 16, entró en éste, y se perdió de vista para volver a los veinte segundos; recibió su recompensa y se marchó presuroso.

Jim permaneció en el andén, al pie de la escalera de hierro. Uno o dos minutos antes de la partida, aún llegaban pasajeros corriendo hasta el tren. Pero la mayoría se hallaba en sus lugares, acomodándose para pasar la noche.

Ahora bien: ¿qué sentido podía tener aquel Thomas Flyer y esa última persecución fracasada?

No era cosa de tomar en serio aquel asunto... ¿O sería...? Si después de todo Charley tenía razón...

¿Qué clase de cara esperó ver cuando el Thomas se le echó encima? No reconoció a ninguno de sus dos ocupantes. Por otra parte, el tiempo en que pudo ver algo fue tan breve, a una luz tan vaga, que no hubiese podido reconocer quién era uno u otro, así le fuesen familiares. De cualquier manera, aquello sabía a maquinación; ¿pero, por qué, si no estamos todos locos, tramar algo contra Jim Blake?

¡No tenía sentido! Y, además, ¿para qué preocuparse por las caras? A esa hora, aquella noche, la propietaria del único rostro que deseaba ver estaría en un lugar del Atlántico. Como pasajera del *Mauretania*, de Cunard. Y él tenía una misión que cumplir; debía concentrarse en ella.

Vagamente comenzó a notar que alguien estaba de pie en el vacío entre dos vagones, adonde llegaba una luz débil por el cristal que tenía en su puerta el vagón 16. Jim no podía seguir allí más rato; lo mejor era que buscara su compartimiento. El andén bullía de actividad oficial; un farol se balanceó parpadeando en dirección a la locomotora. Dentro de un instante estarían en marcha —pensó—, aunque no escuchaba los gritos de “¡Pasajeros, al tren!”.

Lo que oyó fue un ruido enteramente distinto.

Como si el maquinista estuviese jugando, un estremecimiento convulsivo sacudió la fila de vagones. Rechinaron metales al chocar entre sí los enganches. La persona que estaba de pie arriba recibió el impacto y perdió el equilibrio, por lo cual cayó dando tumbos.

Por segunda vez en ese mismo día los brazos de Jim se llenaron de femineidad. Pero en esta ocasión ella se echó atrás, con la cara hacia arriba. Jim se corrió a un lado y la atrapó con ambas manos, con el brazo izquierdo bajo la espalda y el derecho bajo las rodillas.

—¿Se está divirtiendo, Jill? —preguntó afablemente—. O lo ha decidido el destino, o es *usted* quien me viene siguiendo.



Había cambiado su traje sastre por un vestido de material suave y tostado, que usaba por debajo de un tapado lanudo de color canela claro. El ala de su gran sombrero le rozó la mejilla; a muy escasa distancia de la suya tenía la cara con que había estado soñando.

—¿Otra vez...? —exclamó Jill Matthews entre jadeos, enormemente abatida—. ¡Dios mío! ¿Otra vez *a usted* tengo que darle las gracias por...?

—Así parece, aunque no hace falta que lo haga. Permítame, señora, anticipar sus próximas palabras: “¡Déjeme en el suelo! ¡Déjeme en el suelo!”. Todo a su tiempo, Jill. Dentro de unos segundos cerrarán ese balcón. Por lo tanto, con permiso suyo, voy a subirla ahí.

—La... la escalerita es muy empinada, sabe... Y el primer escalón está muy alto.

—No tanto, Jill. Observe a mi lado una cosa que parece un abultado taburete de madera con una ranura, que se usa para comodidad de los pasajeros. *Facilis ascensus Averní*, como no dijo el poeta. Yo acerco más el banquito con un pie; así. Me paro sobre él; así. Y sin soltar a su deliciosa persona, subo la escalerilla; así. Pero no nos vamos a quedar aquí en la plataforma, Jill. Allá, detrás de nosotros está el guarda, que espera cerrar con llave las puertas de entrada. ¿En qué vagón está usted?

—En el número 16, pero...

—Yo también. Con mi mano derecha acciono la perilla de la puerta. La trasponemos, giramos un poco a la izquierda y... aquí, en este pasillo, la dejo en el suelo.

El angosto pasillo se extendía entre una corta hilera de ventanillas, a la izquierda, y, a derecha, una pared pintada imitando palo de rosa, donde aberturas provistas de cortinas verdes conducían a la salita de fumar y al lavatorio de caballeros. Como estaban en el extremo posterior del vagón, la prolongación de esa misma pared formaría la partición interna del departamento privado B.

—¿No me dirá que también va a Nueva Orleans? —inquirió la voz suave—. No me diga que usted viaja a Nueva Orleans...

—Pues sí, le digo eso. Así que aquí estamos, y sobre nuestro destino ya no hay ningún misterio.

—Bueno —comentó ella, moviendo los hombros—. Éste es un país libre, como siempre están diciendo. Pero real y verdaderamente, Jim, no era necesario que me engañase de ese modo. Dijo que iba a Washington.

Avanzando suavemente, casi sigilosamente y sin una sacudida, el convoy inició su marcha. Jim observó a su compañera.

—Dije que iba a Washington como primera etapa de mi viaje. Si vamos a hablar de engaños, estimada joven, ¿qué pensar de lo que usted me dijo? Afirmó... no... ¡espere! En realidad, usted no dijo que partía para Inglaterra. Dijo que volvía a su casa.

—Y eso es lo que hago. Vivo en Nueva Orleans; por lo menos, estoy instalada allí desde hace casi siete meses y es el único domicilio que tengo. Tra... trabajo allí.

—¿En qué trabaja, Jill?

—¡Oh, por favor! —replicó ella, protestando—. ¡No todo de una vez! ¡Se lo ruego! ¡Permítame reponerme antes!

Ya estaba respirando con gran rapidez. Había retrocedido un paso, y los ojos azul-verdoso se denotaban llenos de una emoción muy parecida al miedo. Pese a la delgadez de Jill, no podía menos de advertirse lo bien formadas que tenía las caderas. Luego ella pareció despertar de un sueño.

—¡Ahora no, por favor! No nos vamos a inquietar por cosas sin importancia. Aquí estamos, como usted dice, y deberíamos sacar el máximo partido de la situación. Yo subí en Nueva York, naturalmente. Estoy en el 7 bajo. ¿Y usted?

—Un filántropo mano abierta llamado coronel Harvey, que ofrece comidas a cuatrocientos invitados en el Sherry, como hizo al cumplir William Dean Howell los setenta y siete años en marzo, me ha facilitado ambas camas en un compartimiento reservado. Si acepta una oferta bien intencionada, estoy conforme en cambiárselo por su 7 bajo.

—No, Jim; gracias mil, pero prefiero no. Además, ya...

—¿Ya qué? ¿Ya le ha ofrecido cambio alguna otra persona? ¿O qué clase de propuesta?

—No hay propuesta alguna; me gustaría que no siguiera con sus malentendidos. Su compartimiento es el B, ¿no es cierto?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Estuve allí sentada desde Nueva York a Washington, salvo el resto en que fui al coche comedor, y nadie me hizo salir ni me dijo una sola palabra. Por eso me encuentro en este extremo del vagón —y Jill, por señas, indicó disimuladamente la puerta de las cortinas verdes “casi al otro extremo y cerca del baño de señores”. Lo cual me recuerda una cosa. Hablando de personas que toman para sí todo un compartimiento, en el A, también al otro extremo hay un gran amigo suyo.

—¡Oh! ¿Quién es ese amigo?

—Leo Shepley, y no está borracho, tampoco.

—¿Usted conoce a Leo Shepley?

—Sencillamente, es amigo de algunos amigos míos, en Nueva Orleans.

Jill levantó la mirada de sus ojos candorosos y agregó:

—Sé que se encantará de verlo, Jim. Esta noche habló mucho de su viejo camarada; *El conde de Monte Carlo* le gustó casi tanto como a mí. Además, es muy inteligente, aunque de primera intención no sea fácil darse cuenta. ¿Por qué no va ahora a charlar un poco con él?

—Eso es justamente lo que voy a hacer. Nada me agradará más, excepto una idea que me viene barrenando el cerebro desde esta mañana a las once. Enséñeme el camino, ¿quiere?

Jill marchó delante, andando en puntas de pies.

El pasillito débilmente alumbrado daba a uno mayor que se extendía entre las hileras de camas altas y bajas, ocultas a la vista mediante cortinas verdes corridas del todo. El olor de esas cortinas, levemente faltas de ventilación, pero del todo desagradable, se esparcía por el vagón. De otro pasillito situado más allá del compartimiento privado A llegaba un débil resplandor amarillo.

El tren desarrollaba velocidad, se ladeaba y los hierros parecían quejarse. Jim abrió la portezuela de su propio compartimiento para echar un vistazo al interior. La luz del techo caía sobre madera lustrada con ribetes dorados. Ambas camas estaban hechas; su valija reposaba en el canapé forrado de verde, paralelo a las camas. Jim cerró la portezuela y siguió a Jill.

A la entrada del departamento A encontraron al guarda, quien hizo los habituales conjuros con los boletos de Jim antes de continuar su recorrida. Jill se había quitado su gran sombrero; indicó la puerta del compartimiento y bajó la voz.

—Ahí lo tiene. Llame con los nudillos. No está dormido.

—¿No entra usted conmigo?

—De momento, no, si me lo permite. Quiero refrescarme un poco en... el otro extremo. Llame, llame. Ya le avisé que no... ¡Oh, bueno, no le hace!

Se detuvo bruscamente. Y los celos de pronto desnudaron en Jim sus garras ponzoñosas; no pudo evitarlo.

—Le avisó que no... ¿Qué, por amor de Dios? Jill, ¿usted estuvo con Leo en Nueva York?

—¿En Nueva York *con él*? ¡No, Dios piadoso, no! Ni siquiera sabía que estaba allí, hasta que nos encontramos en el mismo tren y comimos juntos. Hasta esta noche no tuve la menor noticia de que entre ustedes dos existiese ninguna clase de amistad. Ciertamente, mi estimado señor, me agradaría que no fuera tan aborreciblemente precipitado.

—Y a mí me gustaría que usted no fuera tan aborreciblemente misteriosa.

—No estoy tratando de ser misteriosa. Real y verdaderamente, no. Pronto tendrá noticias de mí. Si no descargo mi conciencia y lo impongo de todos los detalles en los próximos diez minutos no es porque en mi vida haya nada siniestro u horrible. Confío que eso lo crea, Jim, porque... porque...

—¿Qué?

—¡Porque deseo mucho que usted lo crea!

Nuevamente Jill levantó la vista hacia él y sus ojos estaban casi implorantes.

—Y ahora —siguió diciendo— me perdona por unos minutos, ¿verdad?

Y se fue. Jim meditó, se aclaró la garganta con un carraspeo y llamó a la puerta.

—¡Sí! —respondió una voz campanuda—. Quién diablos sea... ¡entre!

Leo Shepley, completamente vestido, se hallaba de pie contemplando boquiabierto al visitante, en el espacio entre la cama baja, ya hecha, y el canapé de funda verde. Corpulento, de recia espalda, exteriormente daba la impresión de no haber cambiado mucho en los años transcurridos, salvo que el rostro había adquirido un tinte rojizo y la calva aparecía reluciente a través del escaso cabello, castaño claro.

Jim no pudo dudar que Leo estaba realmente atónito. Y podía decirse que el reencuentro era un éxito. Se dieron las manos realmente encantados y se palmearon mutuamente las espaldas.

—Leo, viejo sinvergüenza, ¿cómo estás?

—Jim, incorregible hijo de... ¿Has conocido algún lindo lupanar últimamente?

—Aun cuando te pido perdón por la negligencia, ni siquiera he concurrido a uno solo desde que me llevaste al de Josie no sé cuantos en el 98. Recordarás que...

—Sí, seguro. Siempre preferiste los talentos aficionados, ¿no? Es un buen criterio, Jim. Tal como se afirma que dijo una de nuestras más respetadas madamas, “¡esas chicas de sociedad están arruinando mi negocio!”.

Muchos recuerdos se avivaron. En lejanos días, la pasión de Leo por el vino, las mujeres y el fútbol fue sólo comparable a su enorme afición a las bromas pesadas, que no eran nunca malignas pero que le atormentaban tanto la conciencia que vivía una pesadilla hasta que revelaba la verdad y tranquilizaba la mente de su víctima.

—Pues bien, mi fiel amigo, “dame una mano, dame la otra”... —prosiguió entre gritos, repitiendo un canto infantil—. ¿Así que eres tú, Jim? ¿Tú, realmente? Casi no puedo creerlo.

—Ni lo podía creer Jill Matthews cuando se tropezó conmigo en el andén hace apenas unos minutos.

—¡Ah, nuestra Jill, por supuesto! Dice que te conoció en Harper esta mañana, pero tenía la impresión de que viajarías a Washington por un artículo importante.

—Voy a Nueva Orleans, Leo. La nota que ando persiguiendo puede o no ser importante. Creo que puedes ayudarme, si lo deseas.

—¡Dalo por hecho Jim! ¡Cualquier cosa que sea! —y, Leo lo contemplaba entre parpadeos—. ¿Pero cómo demonios se entiende que andes a la pesca de una nota periodística? Tenía entendido que habías abandonado tu empleo cuando descubriste petróleo con *El Conde de Monte Carlo*.

—Así fue. Esto es una misión especial para *Harper's Weekly*. A todo esto, ¿te contó Jill qué estaba haciendo en Harper?

—No. Dijo simplemente que tenía algo que hacer allí. Parte de su ocupación probablemente.

—¿Sabes, por casualidad, cuál es su ocupación?

—¡Por supuesto que lo sé! Además, ¿quién no se da cuenta de que una chica con tan visibles condiciones para ya sabes qué, debe ser una eficaz secretaria privada?

—¿Quieres decir que Jill es secretaria privada de alguien?

—Sí, del viejo Ed Hollister, un ricachón y mago de las finanzas cuyos movimientos son tan secretos que nadie sabe nada de él ni dónde encontrarlo. No le digas que yo te lo he contado, si acaso, hasta que ella te lo confíe. Esa secretaria, tal como yo veo las cosas, ha adquirido demasiado la manera furtiva en que opera su patrón. Es un diablillo esquivo, como habrás notado.

—Sí. Lo he notado.

—¿Estás flechado por la bella Limey?

—Más que flechado, Leo. Loco perdido.

—También ella está loca perdida por ti, si es que al viejo Leo le está permitida una opinión, aunque no perturbaría a Jill diciéndole que lo pienso. Esta tarde, apenas salimos con el tren de Nueva York, se encerró a solas en un compartimiento vacío y no abrió la boca para nada hasta que a la fuerza la arranqué de allí para ir a cenar. Eso quiere decir que algo la preocupaba, también si es que mi opinión vale de algo.

Era evidente que el mismo Leo a su vez, estaba caviloso. Siempre locuaz, ahora despedía las palabras por su boca como si las tirase contra alguna barrera o pantalla.

—Parece que desde hace un tiempo está prendada de ese libro que escribiste. En la cena me contó que había conocido al autor, y dijo que el encuentro fue una escena muy romántica, como cuando Beatriz baja la escalera en *Henry Esmond*. Cuando le expliqué que el canalla que escribió esa novela era un viejo amigo mío, primero se le puso de un extraño color toda la cara y cambió de tema, pero después empezó a hacerme preguntas sobre ti, hasta que por último se aisló en el reservado nuevamente.

—Ha dado la coincidencia de que ese reservado era el mío, Leo, aunque de momento ella no lo sabía. Apenas la vea nuevamente, insistiré en que me lo acepte y lo ocupe, allá al final de la fila, mientras yo dormito en la cama que había reservado para ella. Hasta ahora no ha querido acceder.

—Es posible que tampoco luego acceda. Pudo haber utilizado mi sector aquí, si lo deseaba, sin que le pida ningún favor en cambio. ¿Pero crees que lo hubiese aceptado? Ah, no, ni oírlo. Jill es muy rara en ciertos aspectos, aun para ser una inglesa.

—En cuanto la vuelva a ver, tal como he dicho, —y en ese momento Jim empezó a inquietarse—. Mira, Leo, ¿adónde piensas que puede haber ido? Dijo que se reuniría con nosotros dentro de unos minutos, pero más de unos minutos han pasado ya. A menos que aparezca en los próximos segundos, iré a buscarla.

Leo se puso de pie.

—¡No pienso permitir que muevas un dedo, amigo mío, hasta que por lo menos hayamos tomado una o dos copas para celebrar este encuentro! Creo que merece festejarse, ¿no?

—En cuanto a eso, no cabe mucha duda.

—El coche-salón ya está cerrado. Yo podría untar alguna que otra mano y conseguir que lo reabran, pero no creo que sea del todo necesario para un acontecimiento tan memorable. Tengo una botella de Bourbon y no necesitamos nada más que vasos, hielo y soda. ¿Quieres apretar ese timbre ahí entre las ventanas?

Al tiempo que Jim llamaba al mozo, un ligero toquecito a la puerta anunció la llegada de Jill, quien se había despojado del tapado y del sombrero. Esbelta y erguida, con su vestido pardusco, la luz del techo caía sobre su cabello dorado oscuro y su piel clara. Tenía las manos juntas. Aunque no había desaparecido la tirantez de su mirada daba la impresión de estar más calma.

—Bien, bien, cara de ángel —dijo Leo, hablándole solemnemente—. ¿Qué hay de nuevo? ¿Aceptarías tomar una copita en homenaje a este acontecimiento?

—Me gustaría mucho, gracias, siempre que no se trate de dedicar al festejo la noche entera ni pensemos ver el alba despiertos. Además, Leo, si tenemos en cuenta que nuestros vecinos están tratando de dormir, no será necesario chillar.

—¿Quién está chillando? —dijo a gritos Leo—. Y nadie ha pensado en armar un alboroto ni cosa parecida. Como te dije durante la cena, últimamente me he reformado.

—¿Tú, regenerado? —preguntó Jim, mirándolo fijamente—. ¿Desde cuándo?

—Desde mediados del verano, ahí tienes. Me dije: “Ya tienes treinta y cinco años, muchacho. Es hora que *empieces* a madurar”. Y ha dado resultado, Jim. Que Dios me perdone, realmente la cosa va bien.

Este rapto de elocuencia fue interrumpido por el mozo, un anciano sonriente y robusto, a quien Leo llamó Tío Moisés. Prometió traer lo que se le pedía, y se retiró. Leo revolvió el interior de una valija que tenía debajo del canapé y extrajo una botella de litro de Oíd Kentucky.

—Ahora, escucha esto —continuó ampulosamente, sosteniendo en alto la botella como si fuese una Estatua de la Libertad—: ahora soy un ciudadano serio y responsable y cualquiera en mi tierra te lo puede decir. Me interesa el buen gobierno y no estoy todas las noches borracho perdido. Ninguna chica linda corre peligro conmigo, y hace que no visito un... ¡Bueno, no importa! De todas maneras, para eso ha hecho demasiado calor. En Nueva York, esta última vez, mi mayor calavereada fue ver dos funciones: Billie Burke en *La chica de “Cuidado con la pintura”* y John Barrymore en *Los amores de Anatolio*. Mi preciosa Jill, nuestro amigo Jim está de camino a Nueva Orleans en pos de una importante nota periodística para *Harper’s Weekly*. ¿No te parece que debería contarnos cuál es ese asunto?

—Lo que te parezca —dijo Jill, quien se había sentado en el canapé—. Hablando de espectáculos, sin embargo, preferiría que nos hablase de *El Conde de Monte Carlo*.

—¿Cómo es eso de “hablando de espectáculos”? —inquirió Leo—. ¿Qué tienen que ver los espectáculos con el libro de Jim?

—¡Esos personajes! —exclamó Jill, soñadora—. ¡El conde Dimitri, noble ruso con una villa en Mónaco y supuesto colaborador de Alemania en el servicio secreto del Kaiser, pero que al final resulta ser un agente británico! ¡Y la protagonista, Marcia Allison...! —y, al decir las palabras que siguen, apeló a Jim—. ¿Es verdad que en Londres están por llevar su novela al teatro?

—Sí. Se trabaja en eso desde principio de año. Un amigo mío del Savage Club la adaptó para la escena, y Sir George Alexander la estrenará en el St. James apenas hayan formado el reparto, con el propio Alexander en el papel del conde Dimitri. Querían conseguir a Constance Lambert para el de Marcia Allison, pero en febrero ella se marchó a Italia y tendrán que buscar otra actriz.

—¿Ha conocido a Constance Lambert, Jim?

—Sí, la he visto más de una vez. Le hice un reportaje para *Harper's Weekly*.

—Hablando de *Harper's Weekly*... —empezó Leo.

—Queda una última pregunta —interpuso a su vez Jill— que me encantaría hacer, si es que puedo. Leí no sé dónde que por lo menos algunos de los personajes de ese libro eran o son personas de la vida real. ¿Es cierto?

—Sí, pero...

—¿Pero qué?

Volvió a irrumpir el mozo, esta vez trayendo una bandeja con tres vasos, un sifón de soda y un tazón con hielo partido.

Las ruedas del tren habían adoptado un ritmo firme; el ruido de un silbido estridente los estremeció. Mientras Jim se sentaba junto a Jill, Leo llevó el Bourbon y mezcladores al pequeño cuarto de baño del compartimiento. Poco después volvió con tres vasos servidos en la bandeja, en la cual había agregado un cenicero tomado del coche comedor.

—La primera parada es Lynchburg, Virginia —anunció, alcanzándoles los vasos. Después colocó la bandeja sobre el canapé, a la izquierda de Jim, y se sentó en la cama frente a ellos—. Pero a esa parada —agregó— llegaremos pasadas las tres de la mañana, y a esa hora estaremos durmiendo como troncos.

”Escucha ahora, Jim —siguió diciendo, mientras ellos hacían chocar los vasos ceremoniosamente y bebían—. Es un formidable argumento el que desarrollas en tu libro y nadie se alegra más que yo de que hayas dado un campanazo con él. Pero no hace falta que nosotros lo tomemos en serio, ¿verdad?”.

—¿Tomar en serio qué?

—¡Todos esos cuentos del espionaje! Incidentes de capa y espada: todas las grandes naciones espiándose unas a otras, quizás para desembocar en una gran guerra europea...

—¿No lees los diarios, Leo? La guerra en los Balcanes ya empezó.

—Siempre hay una guerra en los Balcanes. En sí mismo, eso no significa nada. No puedo concebir que Ruritania o Graustark sean polvorines del mundo, aunque puede ocurrir más pronto o más tarde que los bélicos jefes prusianos decidan que ya

es *der Tag*... No, Jim, nos hemos ido del tema. ¿Qué clase de nota es la que andas buscando? Por ejemplo, ¿de quién se trata?

—Se trata precisamente de un tocayo mío, un tal Jaime Clairborne Blake, de Nueva Orleans. Al revés de otras personas que podría mencionar —y Jim se cuidó de mantener su vista apartada de Jill—, soy absolutamente franco y te lo contaré todo. Tengo que decírtelo todo, Leo, pues pienso pedirte que me ayudes. Ahora bien...

Los otros dos no hicieron ningún comentario. Pero Jim pudo casi sentir la presión del silencio mientras recapitulaba los hechos del día, desde el encuentro con el coronel Harvey en la oficina de éste hasta la sesión mantenida con Charley Emerson, sin excluir al misterioso personaje que acechaba afuera en la sombra.

—¿Eso es *todo*? —gritó Jill, al tiempo en que exhalaba algo así como un suspiro de alivio—. ¿Eso es *absolutamente* todo?

—Es todo, sí; pero no es bastante. Lamento no poder decirles quién me anduvo siguiendo desde Departamentos del Capitolio a la Estación Unión, si es que alguien me seguía sin que yo lo notara. El único sobre quien no pueden recaer sospechas es su seguro servidor. ¡Sin embargo, ahí están todos! Clay Blake, Yvonne Brissard, los varios Laird y un político llamado Raymond P. Chadwick. Parecen estar todos de acuerdo en que el lío de tu amigo Clay con la famosa Yvonne no puede perjudicarlo en lo más mínimo...

—No, por supuesto que a él no puede perjudicarlo.

—Pero es posible que hayas oído algo, sobre todo desde que has decidido convertirte en un buen ciudadano. ¿Hay complot, o no lo hay? ¿Quién está detrás de esto? Y si no se valen de Yvonne Brissard, ¿a quién o qué están usando?

Jim y Jill fumaban cigarrillos y el cenicero estaba en el suelo, entre el canapé y la cama. Leo, luego de haber encendido un cigarro diminuto, dejó que se consumiera solo. A cierto punto de la narración de Jim, se había incorporado muy tieso, con la cara hosca y ceñuda. Detrás de él, en ambas ventanas, las cortinas estaban cerradas. Leo giró la cabeza y se inclinó un poco, para levantar una de las persianas y mirar la oscura campiña que retrocedía veloz al paso del tren, bajo una amarilla luna de cosecha. Repentinamente se volvió hacia atrás, con la misma hosca y ceñuda expresión, y se puso de pie como un boxeador que responde a la campana.

—¡Me pregunto si será posible! ¡Oh, Dios Todopoderoso! —rugió—. ¿Será posible?

—¿Qué es lo que te preguntas si es posible?

—Clay no quiso tener nada que ver con Flossie Yates. No creo que la haya conocido, aunque es posible que el nombre le sea familiar. Eso no importa, ¿eh? Pero si me lo preguntas, Jim, te diré que Clay es mucho menos decidido de lo que aparenta. Yo lo sé, porque en mi propio interior, muy hondo en mi espíritu, tampoco lo soy. El simple hecho de ser inocente no significaría nada si ellos decidieran...

—Leo, ¿quieres hacer el favor de explicar de qué estás hablando?

—Hablo de un juego, Jim, que ya se ha intentado practicar antes una o dos veces. Alguien puede estar tratando de repetirlo ahora. Es casi un engaño bobos; nunca falla. Y es el juego más perverso de que hayas tenido noticia.

Rápido, fuerte, perentorio, sonó un llamado en la puerta.

La tensión había aumentado en el compartimiento a medida que se desarrollaba el tema. Leo se puso en pie de un salto al oír los golpes. Sin embargo, no se inmutó. Colocó su vaso en el piso y dejó caer el diminuto cigarro en el cenicero. Luego, como si se tratase de hacer frente a la muerte o a un destino cruel, caminó furtivamente hasta la puerta y la abrió de un envión.

No había nadie fuera. El oscuro pasillo entre las hileras de camas se prolongaba vacío, a lo lejos, hasta la lucecita final del pequeño corredor. Esa luz le permitió divisar el saco blanco y los blancos globos relucientes de los ojos del mozo, que allí estaba de pie.

Leo se lanzó a la carrera por el pasillo, conteniendo un grito. Mientras se acercaba al mozo, recordó que debía hablar en voz baja. El vagón se ladeó levemente; las ruedas rechinaron. En la puerta, Jim pudo apenas percibir el rumor de preguntas y respuestas. Luego Leo volvió a la carrera.

—Hace años que conozco al Tío Moisés. Jura que nadie corrió hacia aquel lado ni se escabulló en ninguna de las camas. Quienquiera fuese el que golpeó en la puerta debe haber ido por...

Leo apuntó con un dedo en la dirección contraria, hacia el otro pasillo gemelo, débilmente iluminado, que se extendía más allá del compartimiento A. Tocó a Jim emprender la caza, a trancos largos, casi corriendo continuó su marcha hasta más allá de la puerta tapada con cortinas verdes mucho más serias que las del baño de hombres. Junto a la puerta de cristal que conducía a la plataforma doble que unía este vagón y el delantero, número 15, por segunda vez en la noche se encontró con el guarda del tren, quien estaba haciendo crípticas anotaciones en una libretita negra.

—Perdóneme, guarda. ¿Vio que alguien viniese hacia aquí hace cosa de un minuto y medio?

El guarda, un hombre sumamente digno y majestuoso, se cuadró.

—No he visto a nadie, estimado señor. No hubo nadie que yo pudiese ver.

—Golpeó en la puerta de aquel compartimiento y desapareció instantáneamente. Si usted estuvo recorriendo el tren...

—No estuve de recorrida. La hice ya dos veces, antes.

—Pero sigue yendo de un lado a otro, ¿no? Pudo no verlo.

El guarda extrajo un abultado reloj de oro.

—No he dejado de ver a nadie, señor. Son ahora las 11 y 59. Estoy en esta misma posición desde aproximadamente las 11 y 54. Cuando le digo que nadie pasó por aquí hasta que usted vino, puede confiar en que es la estricta y absoluta verdad.

El tren tomó una curva a tal velocidad, que Jim tuvo que asirse de la baranda que estaba más allá de las ventanillas a su derecha. Mirando hacia atrás sin volver

mayormente la cabeza, vio a Leo Shepley en el otro extremo del pasillo. Jill estaba semioculta detrás de Leo. Ella entonces hizo una seña en dirección a la cortina verde, y su voz no era firme cuando dijo:

—Tampoco en el lavatorio de señoras hay nadie. No hay nadie en *ningún sitio*. ¡Señor Misericordioso! ¿Estamos en un tren embrujado?



Después, recapitulando lo sucedido en las últimas treinta y dos horas, desde unos minutos antes de la media noche del lunes hasta la llegada a Nueva Orleans, pocos minutos antes de las ocho del miércoles por la mañana, Jim recordaba todo como escenas fragmentarias, cuyo sentido no captó verdadero hasta que, poco a poco, el conjunto fue tomando forma.

Las vicisitudes del lunes por la noche no cesaron cuando las dos agujas del reloj quedaron en posición vertical. A una amarga discusión con Leo, que se prolongó hasta casi la una de la madrugada, siguió una última discusión con Jill. Cuando Leo los echó del compartimiento A, diciendo que en su nueva y regenerada condición estaba condenadamente decidido a dormir aunque fuera un poco, Jim la condujo gentilmente hasta el compartimiento B.

En aquella hora borrosa y adormilada, mientras dejaban atrás un inerte mundo exterior, Jim tuvo la sensación de que había en ella algo vacilante, una especie de docilidad que sus ojos parecieron confirmar. Pero Jill se mantuvo inflexible.

—Por última vez —manifestó— estoy completamente segura de que no hay ninguna razón para que yo me apropie de este compartimiento y lo deje a usted afuera.

—Usted no se apropia de nada. Y aquí estará mucho más cómoda.

—¿Y usted?

—No se trata de mí.

—Sí, se trata de usted. ¡Caramba, Jim! ¿Cómo se le ocurre?

—Qué pasa, Jill. ¡Cualquiera diría que estoy tratando de ofenderla!

—Sé que no trata de ofenderme, y se lo agradezco. Pero usted es capaz de hacer las cosas más ridículas del mundo.

—¿Qué tiene de tan ridícula mi idea?

—Cuando ese hombre misterioso, en Washington, lo siguió desde el departamento de su amigo a la estación del ferrocarril, usted ordenó a su chofer que frenara de golpe y deliberadamente salió del coche para enfrentar al otro auto. ¡Pudieron matarlo!

—No me expuse en absoluto a que me mataran. El otro auto estaba a sus buenos quince o veinte metros de distancia. Y en este país, Jill, pese a todo, no somos tan amigos de la violencia como para que alguien que lo siga a uno le eche encima un automóvil, que pesa una tonelada, sólo para demostrar que usted no lo ha esquivado.

—Ahora se ha enojado conmigo; ¡por favor, no se enoje conmigo! Hay un motivo, ¿sabe? —y lo contempló fugazmente con los párpados bajos—, por el cual yo no... no puedo ni debo privarlo de su reservado. Ni siquiera debo seguir más aquí. ¿Quién me asegura que usted no pueda pegarme con algo, en la cabeza? Aunque tampoco usted es amigo de la violencia a ese extremo. No discutamos más, Jim. Buenas noches.

Se cerró la puerta tras de ella. Y la cosa quedó así.

No obstante los sombríos presagios de la vigilia, Jim durmió a pierna suelta. Eran casi las nueve, en la templada y lóbrega mañana del martes, cuando el tren llegó a su parada en Salisbury, Carolina del Norte, y el camarero golpeó con insistencia hasta despertarlo.

Jim se afeitó y se vistió presurosamente. El coche dormitorio asumió el aspecto normal durante el día, con hileras de verdes asientos tapizados que se miraban uno a otro en toda su extensión. Jill no aparecía por ningún sitio.

El periodista se dirigió al coche comedor, cruzándose con una cantidad de pasajeros que ya volvían. Casi todos habían desayunado. Sola en una mesa del casi desierto vagón vio a Jill, con un plato de jamón con huevos delante y el diario en el asiento contiguo.

La joven se había puesto otro severo traje sastre que no le confería el más mínimo aspecto de severidad. Pero no parecía comer gran cosa. Se sobresaltó involuntariamente cuando él apareció de pronto junto a su mesa y se sentó enfrente. Sus primeras palabras tomaron a Jim de sorpresa.

—No es amigo de la violencia, ¿eh?

—Lo único que deseaba era decirle buenos días, Jill. ¿Cómo está?

—Me siento... per... fectamente bien, gracias. Pero usted podría echar un vistazo a este diario —lo levantó—. Los vendía un chico en el andén, cuando nos detuvimos en Salisbury, hace veinte minutos. En realidad, yo no quería el maldito diario; sólo había salido a respirar un poco de aire. Entonces vi los grandes titulares. Uno de sus candidatos a presidente, el señor Roosevelt...

Por lo visto, el coronel Theodore Roosevelt estaba de camino a Milwaukee para pronunciar un discurso, cuando un lunático le disparó un balazo en el pecho. El indomable Teddy, restando importancia al incidente, insistió en pronunciar su discurso antes que lo viese ningún médico.

—Por fortuna —continuó Jill—, la herida no es grave.

Mientras Jim miraba de reojo el artículo, ella prosiguió:

—Lo han llevado a un hospital de Chicago, y dentro de uno o dos días reasumirá su campaña. Le dije que me siento bien, y así es. Sin embargo, en vista de todas las cosas que están sucediendo, temo estar un poco... un poco...

—Claro que sí, Jill; ese asunto de anoche le ha hecho pasar un mal rato. Lamento si fui desconsiderado...

—Usted no ha sido nada desconsiderado; ¡todo lo contrario!; quien fue tan porfiado que... que...

—¡Bueno, bueno, bueno! —atronó otra voz. Era Leo Shepley, fresco y acicalado, aunque un poco demasiado rojo de mejillas. Acercó una silla y se sentó al lado de Jill.

—Sí, ya me he enterado de lo que ocurrió con Teddy Roosevelt; en el tren lo saben todos. Uno puede no estar de acuerdo con todo lo que dice Teddy, pero hay que admirar su coraje. ¡Y ahora, despacio, damas y caballeros! Ni una palabra más, ninguno de los dos —continuó Leo a pesar de que nadie había dicho una palabra— hasta que Jim y yo hayamos comido hasta el último bocado.

Mientras el tren seguía devorando distancias a través de una campiña no muy pintada todavía con los tonos otoñales, los pasajeros que llegaban escribían su pedido en el anotador que había al lado de cada plato. Una vez consumidos el jamón y los huevos, tomado el café, Jim ofreció a Jill un cigarrillo, que ella rechazó.

—No en público, por favor, si no le importa.

Leo salió en su defensa con vigorosa galantería.

—Su más ligero deseo será una orden para nosotros, estimada joven. Yo tomaré ese clavo de ataúd; y ahora, Jim, en cuanto a lo de anoche...

—¡Por favor, Leo! ¿Vas a empezar otra vez con la misma discusión?

—Nunca la abandonamos, me parece, y ahora escúchame, yanqui pestilente...

—¿Qué tal si por una vez en la vida el que escucha eres tú?

—Bueno...

—Algún individuo con sentido del humor golpeó en la puerta del compartimiento y luego se esfumó. Veamos las cosas como son, Leo. A menos que creas en fantasmas, lo cual no considero muy probable, uno de los dos servidores ha mentido con ganas. Lo que dijo el camarero, por ejemplo...

—Te aseguro, Jim, que conozco a Moisés desde hace varios años. Clay Blake puede responder por él, también...

—No se trata de que nadie responda por nadie; se trata de hechos. Si el mozo realmente estuvo unos minutos donde dijo que había estado... “matando el tiempo, como quien dice”... debió ver claramente la puerta del reservado. ¿Cómo se explica que no haya visto a la persona que llamó?

—Pero es que él vio a la persona que llamó. ¡Caramba, Jim! Lo acosamos a preguntas después y oíste que él mismo lo confesó. Recuerda que la luz era muy mala. Por lo tanto, sólo vio una especie de sombra, algo así como un hombre vestido de negro y observado de espaldas. El gracioso golpeó fuertemente y se escondió en el corredor que pasa frente al saloncito de mujeres y comunica con el otro vagón. Lo único que repitió insistentemente el Tío Moisés fue que nadie echó a correr en aquella dirección. Y por supuesto que el gracioso no lo hizo, corrió en sentido contrario.

—Al mismo tiempo el guarda, un empleado responsable, si es que hay empleados responsables, jurará sobre una pila de Biblias que tampoco pasó nadie por allí. ¿Cuál

de los dos es más probable que haya dicho la verdad?

—¿Y si los dos han dicho la verdad?

—Leo, ¿cómo es posible que los dos hayan dicho la verdad?

—¿Cómo es posible que el espía desconocido haya venido siguiéndote desde Washington? Pero alguien lo ha hecho. Lo que debemos hacer es dar con las claves de ambos problemas, ¡eso es todo!

—Ya he dicho que yo no podría jurar que me viniesen siguiendo. ¡Y sin embargo! A los fines de la argumentación y sólo por el momento, supongamos que sea verdad. Con un poco de concentración, o aun adivinando, yo podría sin duda encontrar una explicación para ese particular problema, dado que es puramente especulativo. Pero el problema del bromista que desapareció no es puramente especulativo ni difícil de resolver; a menos que alguien esté mintiendo, se trata de una simple imposibilidad física. Y, por lo tanto, Leo, llegamos al punto crucial de la discusión de anoche. Sigues insistiendo en que debemos hallar explicaciones para esto o aquello. Muy bien. Por todos los diablos, ¿por qué no lo explicas tú?

—Vamos, vamos, muchacho.

Una grisácea nube de humo de tabaco flotaba por encima de la mesa. Jim miró de reojo a Jill, cuyo rostro estaba parcialmente vuelto hacia otro lado. Luego clavó su vista en los ojos de Leo.

—Aun a riesgo de resultar aburrido, creo conveniente repetir que toda mi misión en este asunto es hallar determinadas respuestas. ¿Hay una conjura en contra de Clay Blake? Y, si existe, ¿en qué forma se realiza el trabajo de zapa? Si tuviese la clave de esto, habría avanzado más de la mitad del camino. Me entiendes, ¿no?

—Sí, claro. Pero...

—Anoche, justo antes de la aparición o la no aparición del gracioso, fuiste iluminado por una notable inspiración. En medio de palabras insensatas y alocadas, inclusive la mención de una cierta Flossie Yates, llegaste a insinuar bastante categóricamente que poseías los datos que yo necesito. Cuando se había calmado un poco el alboroto por el gracioso y estábamos de vuelta en el compartimiento, pedí que te explicaras. Tú, como un témpano; te replegaste en ti mismo; te pusiste de pie como ofendido y te negaste a decir una sola palabra más. ¿Por qué hiciste eso, Leo?

—Lo hice porque entonces no podía decirte nada. Y no puedo tampoco decírtelo ahora.

—¿Por qué no?

—Es una cuestión delicada, Jim; un asunto odiosamente delicado.

—Eso lo sabemos todos. Pero al mismo tiempo...

—No olvides que Clay también es un gran amigo mío. Sin haber hecho antes muy discretas y juiciosas averiguaciones en mi tierra, no puedo abrir la boca en absoluto. Ni siquiera ante un viejo amigo como tú, o ante un modelo de discreción como Jill. Es posible que ya haya hablado demasiado. Supongamos que yo tenga razón. Y que Clay sea enteramente inocente, cosa que no dudo. Si sigo hablando y dejo traslucir

demasiado, ante alguien, cualquiera que sea, es posible que yo esté difundiendo la misma precisa acusación que los enemigos de Clay desean que se propague. No llegaría a los diarios, por supuesto; pero el sólo rumor, más y más aumentado al extenderse, podría mandar al diablo a cualquiera. Si ustedes dos supieran, y uno de ustedes dos dejase caer una palabra indiscreta, sin darle importancia, a...

—¿Me permite una pregunta? —inquirió Jill.

—Según cuál sea la pregunta, pequeña. Pero oigámosla.

Jill se había sonrojado. Afligida, insegura, miró de reojo a Leo antes de bajar la mirada.

—Estaba pensando —dijo— que esa acusación, sea cual sea, debe referirse a algo terriblemente espantoso.

—Ése es un método de investigación —señaló Jim— que podría profundizarse más aún. ¿Se trata de algo anormal o antinatural? Por ejemplo, la más ligera insinuación de homosexualismo...

Leo dio un puñetazo a la mesa que hizo tintinear los vasos y la porcelana.

—¿Qué clase de amigos supones que tengo, por amor de Dios? No, Jim, no estoy dispuesto a escuchar esas cosas. No se trata de nada anormal ni antinatural, por lo menos en la forma en que tú lo piensas.

—Entonces, por cierto no queda nada que ellos puedan reprochar a mi homónimo. El hecho de que se abandone a veces en los brazos de su valiosa sirena es, el parecer, mirado por los influyentes de tu ciudad con toda indulgencia, o aprobado lisa y llanamente. No siendo lo anormal o antinatural, ¿qué puede hacer un hombre que le arruine la carrera por completo?

—¿Puedo formular ahora mi pregunta? —murmuró Jill.

—Escucha, pequeña, ya has...

—Perdón, Leo, pero no. Yo hice notar que debía ser acusación de algo horrible y eso motivó la sugerencia de Jim. Ya que, por lo visto, estamos decididos a hablar sin rodeos, cosa que hoy en día se usa poco, salvo en el ambiente teatral o tal vez en oficinas periodísticas, debo confesar que algo así se me habría ocurrido, a mí también. Y tal vez hablar claro sea lo mejor después de todo. Pero aún no he hecho mi pregunta, de manera que la voy a hacer. ¿Quién es Flossie Yates? ¿Es lo que el nombre permite suponer?

Leo se recostó hacia atrás y enganchó los pulgares en las sisas del chaleco.

—Bueno, mi querida, eso es parte de mi secreto. Has descubierto ya por ti misma, creo, que el tío Leo sabe guardar un secreto cuando promete hacerlo. Quién es Flossie Yates, pregunta la dama, y si es lo que el nombre induce a pensar. Sé más explícita, pequeña: ¿qué es lo que el nombre sugiere?

—Bueno, en realidad, no una prostituta o una mujer que actualmente practique el oficio. Más bien lo que en Inglaterra suelen llamar una... una...

—No quiero lastimar tus oídos delicados, Jill. Pero tú eres quien ha conminado a que se hable con claridad. ¿Estás por ventura queriéndome preguntar si Flossie es

madama de un prostíbulo?

—¡Sí!

—En un cierto sentido, la respuesta es afirmativa; en otro, no. Flossie no pone avisos en el Libro Azul, una guía de Storyville que puedes comprar en cualquier barbería por veinticinco centavos. Y si mi amigo Clay oye una voz secreta y maligna amenazándolo por teléfono, no sería la voz de Flossie; más aún, no sería una voz de mujer.

Leo entonces explotó nuevamente.

—¡Cómo me gustaría que la voz secreta intentara jueguitos conmigo! Inmediatamente retorcería el pescuezo de esa voz, si vale la expresión. Porque tengo una pequeña habilidad, Jim, que quizás ni tú notaste en los viejos tiempos. Después de hablar una o dos veces con una persona, puedo identificar para siempre la voz por mucho que se esfuerce en desfigurarla. Lo puedo hacer con los ojos vendados, lo puedo hacer también por teléfono. Pero ya que no hay motivo para pensar que yo conozca al propietario de la voz misteriosa, quedamos exactamente en el mismo lugar en que estábamos, ¿no es cierto?

Jim resopló mirándolo.

—Si lo que quieres decir es que seguimos a oscuras, ¡así es! ¿Pero qué significa eso de la voz misteriosa? Podrías contarme...

—No, Jim.

Leo se levantó, pidió la cuenta del desayuno e insistió en pagar por todos.

—No, Jim —repitió después, cuando el mozo se había ido—. De momento, por lo menos, eso es todo lo que puedo decirte, sea en cuanto a Flossie Yates, a la voz misteriosa o a todo lo demás. Mientras tanto, ten en cuenta: ¡ni una sola palabra de esto a nadie, hasta que yo te dé permiso! Sé que parece una imposición difícil, cuando andas detrás de una nota periodística. Pero esto es sólo provisorio; o estoy muy equivocado, o vas a tener una flor de nota (con el correspondiente permiso) dentro de muy poco. —Hizo una transición mirando su reloj—. ¡Oh, oh, damas y caballeros! Son justo las diez y estamos llegando a Charlotte, Carolina del Norte. Tu tío Leo tiene que sentarse a cavilar un rato en toda esta maldita situación y la forma de abordarla. ¿Me perdonan?

Y así, por lo menos de momento, los dejó en el aire.

Los nuevos esfuerzos de Jim por sonsacarle algo no surtieron efecto. Leo se encerró en su compartimiento, profiriendo maldiciones en voz baja detrás de la puerta. Ni siquiera quiso salir para el almuerzo; se lo hizo traer en una bandeja.

—Acaba de ocurrírseme otra cosa —dijo—. Ahora calla y vete.

Muy pronto cruzaron la frontera de Carolina del Sur. Jim se dedicó a Jill, a quien encontró todavía más fascinadora, si no más desconcertante. Pese a su buen carácter, su casi ingenuidad, persistía en Jill aquella cualidad esquiva que no le permitía abordar aspectos personales, ni que Jim lo hiciera.

Hacia las cinco de la tarde (la parada siguiente sería Atlanta), se sentaron juntos al aire libre, en la plataforma del último vagón, observando cómo las vías se desenrollaban y reflejaban la luz del sol al aproximarse en la distancia. Una brisa húmeda azotó las puntas del echarpe con que Jill se había envuelto la cabeza; su brazo derecho rozaba el izquierdo de Jim.

—Jim, ¿qué es lo que pasa con Leo?

—Está preocupado. Está muy preocupado. Por eso, deliberadamente, se ha puesto tan misterioso.

—Bueno, usted también lo hace.

—¿Misterioso yo?

—Le pregunté si eran seres reales los personajes de *El Conde de Monte Carlo*. Pero no ha querido contestarme.

—Lo que pasó fue que nos interrumpieron. Pruebe otra vez.

—¿El conde Dimitri, el noble ruso que tiene una villa, es una persona real?

—Es (o era) una persona muy real. Con su nombre verdadero era un noble de poco rango. Pero no ruso, sino austríaco. Y no hubiera tenido una villa en ningún lugar; cambiaba de domicilio demasiado a menudo. Tuve que desfigurarlos por completo para que nadie descubriese su identidad.

—¿Por qué tuvo que hacer eso?

—Lo hice porque el espionaje, que al coronel Harvey como a Leo les parece un juego, no es ninguna broma. Es un oficio rastrero y peligroso, y nunca falta una larga condena o un pelotón de fusilamiento para el que se encuentra descuidado. Franz padecía crónicamente de falta de fondos, a pesar de que sus bienes le producían una buena renta y la Wilhelmstrasse le pagaba bien. Lo conocí una noche en un hotel de Trouville, medio borracho y tan harto de la vida que se hubiese disparado un tiro en la sien. Bueno, yo le hice un favor. Y él, comprometiéndome a guardar estricto secreto, me contó un poco entonces y mucho más después. Luego, cuando seguí tropezándome con él en todo el continente europeo...

—¿De ahí sacó la primera idea para su libro?

—Sí. No podía utilizar sus aventuras en artículos para el *Banner*, de Nueva York. No debía usarlas de ninguna manera si ello implicaba un peligro para Franz. Pero en medio de los demás personajes, retorciendo los hechos o presentándolos al revés, con oportunos agregados de romance y de sangre, los podía utilizar en forma de novela.

—¡Ah, y lo consiguió! Esos detalles vivos personales...

—Hice al conde joven e intrépido; en realidad era grueso, calvo y cincuentón. El ruso ficticio tenía madre inglesa, lo cual preparaba el camino para convertirlo en espía británico. El austríaco de la vida real, que odiaba a Inglaterra, hablaba inglés perfectamente porque lo había aprendido en la escuela; ni siquiera tuvo una institutriz inglesa. El conde Dimitri no se inmutaba ante el revólver más amenazante; Franz era un manojo de nervios. Borradas las huellas de ese modo...

—¿Y la protagonista femenina, Marcia Allison? —preguntó Jill, radiante de inocencia—. ¿Fue una de sus mujeres?

—¿Qué quiere decir con eso de una de mis mujeres?

—Creo que me entiende.

—Sí, y entiendo también que se equivoca de medio a medio. Marcia Allison, Jill, me fue sugerida por una joven que cierta vez vi unos cinco minutos en el casino de Montecarlo. Jamás conocí su nombre, ni aun su nacionalidad. Estaba en una mesa de ruleta; su codo hizo caer algunas fichas al suelo. Yo las levanté y ella me dio las gracias. Pero nada más. Un instante después su acompañante, un anciano que hubiese podido ser el padre o el tío, o quizás un marido de sesenta y pico, se le acercó lentamente y se la llevó. Tuve que imaginarla mediante retazos y fragmentos de otras personas. Cuando hice que Franz se enamorase de ella...

—¡Franz! ¡Sí, Franz! ¿Cuál era su nombre completo?

—Me parece mejor no decírselo, Jill. Protejo mi fuente de información, como haría cualquier periodista.

—¡Protege su fuente de...!

La risa de Jill, algo contenida y no del todo convincente, sonó en aquella plataforma de tren, en plena montaña de Georgia. Luego ella respiró ruidosamente y rió entre dientes, echada hacia atrás la cabeza y con un hombro recostado en el brazo de Jim.

—¡Protegiendo su fuente de información! Realmente, esto es muy curioso para expresarlo en palabras. Usted cree que yo escondo algún terrible secreto...

—¿He dicho acaso que pienso que usted esconde algo?

—Con esas mismas palabras, no. Pero su mirada lo ha dicho cien veces desde anoche. ¿Qué le dije antes, Jim? Que usted *hace* un misterio donde no debe haber misterio alguno. Leo no quiere contestar preguntas; ¡y usted tampoco!

—¿Quién dice que Leo no quiera contestar preguntas —replicó una voz que resultaba familiar—, si cree que son preguntas que merecen contestarse?

Y se irguió arrogante, digno, sosteniendo la puerta de cristales. Leo, cuya gorra de *tweed* contrastaba con el traje liviano, los saludó con una ceremoniosa inclinación de cabeza antes de correrse adelante, para apoyarse en la barandilla de ese último vagón.

—¡Está bien, Jim! Usted es una especie de escolar levantando la mano porque quiere salir del aula. Pues bien, estamos dispuestos a admitir preguntas ahora, siempre relacionadas con el caso que nos preocupa.

—Te haré una pregunta que tiene mucha relación, y que traté de formular esta mañana. Más de una vez hablaste de que hay cosas que serían capaces de hacer los enemigos de Clay Blake: ¿quiénes son esos enemigos?

—Así, de buenas a primeras, y antes de que esto ocurriese, yo hubiera dicho que Clay no tenía enemigos. Sin embargo, ¿quién de nosotros no los tiene?

—Eso no contesta mi pregunta, Leo. ¿Qué me cuentas del joven Peter Laird? ¿No pelearon en un bar o algo así?

—Sí, pero el incidente está olvidado por completo. Además, Pete no es de esos. Ya que estás haciendo una investigación, te daré un pequeño dato: no le saques los ojos de encima a Mathilde de Jarnac Laird, la madre de Pete.

—¿La que llaman *Madam* Cara de Palo? ¿Tiene algo contra mi tocayo?

—¡No, Cielos, no! Dije que la vigiles porque me encanta esa viejecita, a quien llamo tía Mathilde. Cultiva a tía Matilde. Llévale cualquier problema que tengas. Es la más sensible y sensata de todos los Laird.

—¿Aunque su hijo no tenga permiso para conducir su propio auto?

—Él conduce muy mal y ella no quiere que se mate.

A Pete Laird no se le podría confiar, sin miedo ni una carretilla, cuanto menos un Cadillac nuevo. ¿Tú sabes manejar, Jim? Sí, veo que sabes. En Nueva Orleans, el tránsito es más cómodo que en Nueva York. ¿Por qué no tratas de desplazarte en auto mientras estás entre nosotros?

—¿Dónde quieres que consiga uno?

—Puedes alquilarlo.

—¿Se puede alquilar automóvil?

—Sí, puedes ver a mi amigo Stu Guilfoyle —Garaje Guilfoyle, calle Chartres—, y le dices que te mando yo. Es posible que Stu no te ofrezca un Mercer de carrera como el mío, pero encontrará algo que pueda servirte. Convendrá que compres antiparras y un guardapolvo, aunque es un coche con parabrisas; yo siempre los uso. Si en tus diligencias tienes que salir de la ciudad, las rutas están intransitables y no podrás respirar a causa del polvo. ¿No es buena idea, Jim?

—Alquilar un auto puede ser una buena idea, de acuerdo. Pero yo estaba preguntándote...

—Sí, claro —y Leo pestañeó e hizo chasquear los dedos—. No debo permitir que un pasatiempo me desvíe como a veces me sucede. Me preguntabas acerca de los enemigos de Clay, ¿no era eso? Bueno, en lo que se refiere a enemigos potenciales...

Sin embargo, pese a la manera en que Leo afirmaba deseos de colaborar, Jim no pudo llegar muy lejos.

Leo admitía que Raymond P. Chadwick tal vez estuviese dispuesto a degollar al hombre que lo había derrotado en los comicios internos. Pero no lo consideraba muy probable, dado que el señor Chadwick no era amigo de correr ningún riesgo. Pero la posibilidad subsistía, de todas maneras. Y luego Leo agregó que no se le ocurría ningún otro.

La tarde cedió el sitio al anochecer; las penumbras te acentuaron y dieron paso a la noche. Los tres juntos cenaron pollo frito y batata, comida sustanciosa, aunque no delicia de *gourmet*. Leo habló hasta por los codos de automovilismo; en efecto: de cualquier cosa hubiera hablado hasta por los codos, salvo de los enigmas que giraban en torno a James Clairborne Blake. Y reconociendo que algo de eso era justamente lo que tanto lo acosaba y atormentaba, Jim se abstuvo de machacar demasiado sobre el tema.

Los celos de Leo no adoptaron forma definida hasta la mañana siguiente, cuando nuevas ideas lo asaltaron de pronto como un martillazo en la cara.

Por su parte, Jim pasó la noche de insomnio que tanto había temido veinticuatro horas antes, con la imagen de Jill continuamente presente y eludiéndolo siempre. Aunque cayó en una especie de sopor mucho después de las tres de la madrugada, cuando el tren salió de Mobile —estado de Alabama—, volvió a despertarse antes de las siete. Cuando el tren penetró en la estación terminal de Nueva Orleans estaba afeitado, vestido y presentable, por lo menos en el aspecto exterior.

El mozo había retirado su valija varios minutos antes. Jim pasó por el vagón —una caverna de cortinas verdes desordenadas y veladores todavía encendidos— y bajó al andén.

Pasajeros desaseados y somnolientos cruzaban presurosos la estación hacia la calle Canal. Varios bultos de equipaje del vagón 16 habían sido alineados en el andén, cerca de la pequeña escalera, donde el guarda se agachaba para alcanzarlos. Jim encontró a Jill junto a sus maletas: una valija y una sombrerera. Leo, que al principio parecía despreocupado, se les unió un momento después.

—¡Escúchenme un momento! —empezó—. Con un solo auto de alquiler podemos arreglarnos los tres. Creo que dijiste, Jim, que vas al St. Charles.

—Primero iré al Hotel St. Charles, a asegurarme habitación y tomar el desayuno; luego al *Centinela*, para ver al señor Alec Laird. Es un diario vespertino; sin duda estará allí a las nueve y media o las diez. En cuanto al señor Clay Blake...

—Yo vivo hacia la avenida Jackson, como recordarás o no recordarás —explicó Leo, señalando con una mano—. Te dejaré en el Saint Charles, que no está lejos de aquí, y después llevaremos a Jill a dondequiera que ella desee ir. No te preocupes por buscar a Clay, ni siquiera por telefonarle; yo mismo te lo presentaré. En seguida vendrá un changador para llevarnos las valijas y... —Se interrumpió súbitamente y exclamó—: ¡Oh, Dios Santo!

—¿Qué pasa?

—Me he olvidado una cosa en mi compartimiento. No se muevan de ahí, ninguno de los dos. Quédense donde están. Estaré de vuelta en treinta segundos.

Y trepó los escalones.

Pasaron mucho más de treinta segundos. Fueron cinco o seis minutos, y Jim varias veces tuvo que rechazar changadores que los rondaban, hasta que Leo volvió a bajar. Lo hizo caminando pesada y lentamente, y volviendo hacia ellos una cara que parecía haber sufrido un desmayo.

—¿Encontraste lo que buscabas, Leo?

—Encontré algo que no buscaba, Jim. Y ahora escuchad, hermanas y hermanos; preparaos para una sorpresa. Aunque lo he ignorado hasta hace unos minutos, Clay Blake estaba en el tren. Ha viajado en este tren desde Nueva York, encerrado en su compartimiento del vagón número diecisiete, detrás del nuestro, y haciéndose llevar allí las comidas, lo mismo que yo hice una vez ayer. ¡Jesucristo! Yo descontaba que

este asunto se iba a poner feo, pero es mucho peor de lo que nunca pude esperar. Además, exige cambiar de plan. Será mejor que me quede aquí un rato, me parece. Toma tú el auto de alquiler, Jim. Te llamaré por teléfono más tarde, al hotel o a la oficina de Alee. Llévate a Jill y...

Volvió a interrumpirse.

—¿Pero qué demonio es lo que sucede aquí?

Jill y su equipaje habían desaparecido.

Primera parte

BUSCANDO FANTASMAS



Jim salió del hotel a las diez y cuarto.

Cuando se anotó en el registro, un par de horas antes, pensó que alguno le preguntaría:

—Bueno, señor Blake, ¿qué tal anda su campaña electoral?

Pero nadie lo dijo. Al parecer, el coronel Harvey se había anticipado por telégrafo para reservarle cuarto con baño, designándolo cuidadosamente como “mi distinguido colaborador y escritor, James Buchanan Blake”.

Lo recibieron con una cordialidad rayana en el servilismo. Fue llevado instantáneamente a cómodos, hasta sibaríticos aposentos del tercer piso, que daban a la avenida St. Charles. En su mente seguía vívido el recuerdo de la despedida en la Estación Terminal, cuando Leo lo introdujo en el coche de alquiler.

—¿Por dónde vivirá ella? —preguntó Leo, furioso—. ¿Cómo puedo averiguar dónde vive? No figura en la guía del teléfono. Hay más de un Matthews, pero en ningún caso es Gillian ni Jill, ni siquiera G. o J. De seguro que no encontrarás tampoco a su patrón en ella.

—¿Cómo dijiste que se llama el patrón?

—Hollister. Es el viejo Ed Hollister, el financista misterioso. Pero no importa, Jim; en algún sitio la encontraremos, ya que tanto te interesa. Ahora vete; yo tengo que volver a juntarme con Clay. Pero te hablaré pronto.

Una vez instalado en el hotel, a pesar de las prevenciones de Leo, Jim revisó en vano la guía de teléfonos. Luego pidió tortas y salchichas, servidas en su cuarto. Junto con el pedido, le enviaron un diario matutino, cuya primera página estaba dedicada casi exclusivamente a Teddy Roosevelt. Tardó en el desayuno, demorándose entre el café y los cigarrillos. Se dio un baño caliente, también sin prisa alguna, todo sin dejar de cavilar.

Cuando tomó el ascensor para bajar, ya eran casi las diez, según el reloj de la entrada. Compró un plano de Nueva Orleans en el puesto de cigarrillos y se sentó a estudiarlo en medio de columnas, paredes de mármol y asientos mullidos. Luego dobló el plano, se lo guardó en un bolsillo y salió por la puerta giratoria a la avenida St. Charles.

Por lo que podía recordar de una visita hecha catorce años atrás, el llamado Vieux Carré, más allá de Canal, estaba lleno de casas pintadas al pastel, con patios. Recordaba también un lujoso burdel en Storyville, y otra cosa más.

Por lo menos, la guía telefónica le había indicado dónde encontrar el *Centinela*: en la calle Camp. En 1898, siendo un periodista en ciernes, en el más depurado estilo de Richard Harding Davis, Jim había notado especialmente aquel nombre. Camp Street, más o menos paralela a la avenida St. Charles por el lado que da al río, contaba más de un periódico entre sus edificios y siguiendo siempre sus recuerdos, le pareció recordar...

Brillaban luces opalescentes en un cielo que se iba poniendo gris. En cuanto al tránsito, Jim estaba comprobando que Leo tenía razón. Aunque bastante rápido en la parte ancha de calle Canal, que Jim tenía a su izquierda, y aún en la menos espaciosa avenida St. Charles, no era el enredo exasperante de Nueva York. Notó también algunos autos entre coches de alquiler y reparto tirados por caballos, y oyó sonar bocinas junto con las campanas de los tranvías.

Jim dobló a la derecha. Un breve recorrido a pie lo condujo a la plaza Lafayette, con las imponentes columnas blancas de la Municipalidad a la derecha y, en el centro, el parquecito arbolado en cuyos bancos se tienden los holgazanes.

Cruzó la calle. Después de atravesar el césped de la plaza Lafayette —que daba la impresión de tener una estatua o un busto de cuanta figura pintoresca hay en la historia, menos del propio Lafayette—, Jim se detuvo al darse cuenta de algo. ¡Sí, podía recordar! Frente a él, mirando desde la calle Camp, estaba el edificio de seis pisos, de granito, que alojaba al *Centinela*.

Iba a necesitar mucho tacto. Al abordar al director interino del diario tendría que ser diplomático y prudente a la vez, o de lo contrario podría ocurrir que topara con una camarilla de amigos de Clay Blake coaligados ante el intruso para negarse a proporcionar información.

Mientras calculaba posibles tácticas, penetró en un vestíbulo un tanto sombrío, con tres ascensores a la derecha y lo que parecía ser el ajetreo de oficinas comerciales a la izquierda, detrás de ventanas con vidrios opacos.

Junto con tres o cuatro personas más, incluyendo a una mujercita de mandíbula prominente, entró Jim en el ascensor del medio, y dijo al muchacho de uniforme que lo manejaba:

—Al último piso, por favor.

Una solitaria lamparita iluminaba el ascensor. La mujercita de rostro enérgico descendió en el piso de las noticias locales, desde el cual llegaron a los oídos de Jim el tecleo de las máquinas de escribir, los timbres de dos teléfonos que sonaron al unísono y el insistente grito que llamaba “¡Chico!”. Cuando llegó al último piso, quedaban sólo él y el ascensorista.

Encontró poco motivo para vacilaciones. Una hilera de puertas con cristales esmerilados, sin letrero alguno, se extendían ante él por un ancho corredor embaldosado. Pero bastante a su izquierda, sobre el frente del edificio, vio una puerta donde un sobrio letrero negro anunciaba: *Alexander Laird*.

Abría paso a un salón de recibimiento con claraboya y estaba decorado profundamente, al estilo de la década del 1880: podría haber sido una sala de recepción de *Harper*. Frente a esa primera puerta, en el tablero de cristal esmerilado de otra, se veían las palabras *Sr. Laird y Privado*; y era evidente que por allí se iba a una oficina que daba directamente a la calle Camp. En un escritorio colocado en el centro del cuarto, detrás del resplandor de una lámpara de mesa, se hallaba una joven vivaz y aplomada, que lucía un relojito de oro clavado en la parte delantera de su blusa.

—¿Señor...?

—¿Podría ver al señor Laird? Soy Blake; aquí tiene mi tarjeta. Podría también pasarle esta otra tarjeta, que es del coronel Harvey, de *Harper*, Nueva York.

En vez de preguntar si tenía cita concertada, la diosa le sonrió.

—Creo que no necesitamos ninguna tarjeta —le dijo, a tiempo en que tomaba un teléfono, hablaba por él brevemente y le contestaban—. Pase inmediatamente, señor Blake. Están esperándolo.

La otra oficina era bastante moderna. Todavía se advertían vestigios de aquel antiguo Alec Laird que la había ocupado tanto tiempo, inclusive media pared de testimonios y fotografías autografiadas por los grandes o casi grandes. Pero del pasado no quedaba nada más.

Alec Laird hijo, un hombre delgado e inquieto, de talla común y unos cuarenta años de edad, usaba el cabello negro bien peinado y un cuello postizo que resultaba alto aún en aquella época de altos cuellos. Se levantó de su sólido escritorio lleno de teléfonos y avanzó para darle la mano. Aun cuando su rostro melancólico denunciaba al viejo puritano y su consiguiente estrechez de miras, no podría decirse que fuese un rostro antipático. Su actitud, además, fue menos ceremoniosa de lo que el visitante había esperado.

—Es un placer estar aquí, señor Laird —dijo Jim.

—Para mí es un placer darle la bienvenida, señor —respondió Alec—. El lunes por la tarde me telefoneó desde Nueva York el coronel Harvey, para anunciarme que usted se hallaría hoy en Nueva Orleans. No he tenido la suerte de conocer personalmente al coronel Harvey, pero todos hemos oído hablar de él.

—Siéntese, le ruego —continuó Alec Laird, señalando una silla de cuero que estaba al lado de su escritorio, y sentándose a su vez—. Hace apenas unos años, señor Blake, estas comunicaciones telefónicas de larga distancia se hubiesen considerado milagrosas. Hoy las aceptamos como cosa corriente, tal como hacemos con los automóviles, las máquinas voladoras y la telegrafía sin hilos. Y ahora que recuerdo: parece que usted está muy solicitado esta mañana. Leo Shepley ha llamado preguntando por usted.

—¿Ya ha telefoneado Leo?

—Cuando usted llegó, no hacía ni cinco minutos. Como no dio con usted en el St. Charles (le informaron que había salido), insistió en que no tardaría en venir aquí,

porque su intención había sido pasar entre nueve y media y diez. Yo sólo pude asegurarle que no lo había visto.

—¿Dejó algún mensaje?

—Ningún mensaje, señor. Pero al parecer estaba muy agitado por alguna razón, cosa que en él es frecuente, y dijo que iba a probar de nuevo más tarde.

Alec Laird juntó las yemas de sus dedos índices y las observó.

—Ahora bien, señor Blake. Durante algún tiempo, según creo, usted fue corresponsal en Londres del *Banner*. Y ha escrito un libro de gran éxito. Yo, por mi parte, lo siento mucho pero no leo nada publicado después de 1890; prefiero que una obra haya pasado la prueba del tiempo y entonces decido. Pero usted goza de una gran reputación por su integridad. Según lo que me ha contado el coronel Harvey, desea escribir una nota acerca de nuestro Blake, a quien todos por aquí tenemos en muy buen concepto.

—Tal, señor —replicó Jim, a tono con el estilo pomposo de Laird—, es el propósito que me ha traído a esta ciudad. ¿Puedo contar con su cooperación, en caso de necesitarla?

—Puede contar con toda la ayuda de que yo sea capaz. Y es posible que tropiece con dificultades con las cuales yo no tenga nada que ver. Ante todo, ¿es capaz de encontrar a Clay? Tal vez lo haya perdido por poco.

—¿Que lo he perdido?

—Según mis noticias, este último fin de semana celebraron una conferencia varios candidatos demócratas en el Hotel Astor de Nueva York.

—Recuerdo haber leído algo de eso en el diario. Él concurrió a la conferencia, ¿no?

Por lo menos, así me han asegurado. Puede que haya vuelto o que no haya vuelto aún. Puedo perfectamente hablarle por teléfono y concertarle una cita, si ha regresado.

—Muchas gracias por su ofrecimiento, pero Leo Shepley debe estar arreglando esto. Probablemente llamó para decírmelo.

—Bien, no hay duda que así es mejor. La amistad de Leo con Blake es más íntima que la mía. Pero hay otra cosa, señor Blake, que...

Sonó uno de los teléfonos de Alec Laird. Éste descolgó con cierta visible impaciencia.

—Sí, señorita Donnelly.

Jim podía escuchar claramente la voz que hablaba por la línea.

—¿Puede atender a la señora Laird, señor? ¿Y al señor Peter Laird?

—¿Qué hace mi esposa aquí a esta hora de la mañana? —preguntó sorprendido el jefe interino—. Pero usted, ha dicho *Peter Laird*, ¿no? ¿Se trata acaso de mi apreciada tía y su vástago?

—Así es, señor. Les dije que estaba ocupado, pero la señora Laird...

—Sí, la señora suele ser impaciente. Será mejor que los haga pasar.

Al colgar, Alec Laird miró a Jim, diciendo:

—Ni una palabra de la misión que lo ha traído aquí, por favor, hasta que...

Una vez más se detuvo en seco, pues la señorita Donnelly abría la puerta y daba paso a dos personas. La mujer que penetró airoosamente, con ropa a la moda y amplio sombrero, no parecía ser muy vieja ni demasiado dominadora. Directa y vigorosa era sin duda: hermosa, bien conservada tanto de cara como de figura, con ojos castaños que miraban fríamente bajo una cabellera canosa, muy bien peinada. Pero en sus bellos rasgos se advertía una falta de fuego expresivo, como se podía esperar según el despiadado sobrenombre que le habían endilgado: *Madam Cara de Palo*.

—Vine a la ciudad para hacer unas compritas —empezó—, y me dije...

Y le tocó a ella cortar bruscamente ahora, con una mano en alto como si tropezara con un obstáculo.

Alec Laird murmuró unas palabras apresuradas y presentó a Jim simplemente como “el caballero del *Harper’s Weekly*”, tanto a Mathilde de Jarnac Laird como al tosco joven que la seguía.

Jim tuvo la momentánea, ilusoria impresión de haber conocido antes a Peter Laird. Fornido y recio, de cabello oscuro como el primo Alec, Peter no parecía haberse desprendido de su aire adolescente, aunque ya se acercaba a los treinta años. En él se combinaba una mirada adusta con una actitud como de quien pide perdón continuamente.

Antes de retirarse a la otra oficina, la señorita Donnelly puso sillas para los recién llegados. La esposa de Sam Laird y su hijo se desentendieron de las sillas. Peter se sentó en el borde del escritorio de su primo.

—Bueno, tía Mathilde —exclamó Alec, mirándola de arriba abajo. ¿Qué puedo hacer hoy por ti?

Al decir esto, recalcó muy ligeramente la palabra “hoy”. La señora arqueó las cejas.

—Hoy es miércoles, ¿sabes? —le recordó—. Queríamos confirmar que vendrás con Sylvia a cenar con nosotros esta noche. Tus padres nos acompañaron siempre a cenar los miércoles, mientras tu madre vivió, y tu padre seguiría viniendo todas las semanas si tuviese las fuerzas necesarias para ello. ¡No seas tan inquieto, Peter!

No tengo muchas ocasiones de hacer otra cosa, ¿no le parece? —replicó Peter, quejoso—. ¡Si me dejaras en paz sólo cinco minutos por día!

—Ya lo sabemos, Peter; ya lo sabemos. No te preocupes. El encumbrado y poderoso Alexander Laird no ha creído oportuno contestar mi pregunta. Yo quería saber...

—Por el momento —intervino Alec—, no veo razón para que no podamos cenar juntos esta noche. Preguntaré primero a mi mujer, por supuesto. Pero el encumbrado y poderoso señor Laird, tía Mathilde, es hombre muy ocupado, y...

Otro teléfono del escritorio sonó estridentemente, y siguió sonando. Alec Laird miró fugazmente el aparato.

—Ésa es una línea privada. La señorita Donnelly, que está ahí fuera, no puede atenderla, ni siquiera pasa por el conmutador de la planta baja. Pero creo que sé quién me llama.

Poniéndose de pie en el otro extremo del escritorio, levantó el auricular.

—¿Así que eres tú otra vez...? No, no estoy molesto. ¿Por qué razón iba a estar? ... Sí, aquí está... Por supuesto, puedes hablar con él todo lo que quieras... No estarás haciendo alguno de tus jueguitos, ¿verdad?... Convendría que no fuera así... por ti —concluyó, alargando el teléfono a Jim. Las palabras con que éste fue saludado a través de la línea fueron casi las que esperaba—: ¡Oye tú, viejo cuatrero! —dijo Leo Shepley—. Ya que por fin he logrado cazarte, préstame toda la atención posible. La primera parte de lo que quiero decirte no es privada; por lo menos, no es enteramente privada. Quiero decir, Jim, que Clay está muy alterado y no se siente con ánimo de ver a nadie por el momento. ¿Tendrías algún inconveniente en diferir la entrevista para esta noche, o mañana por la mañana?

—¡Naturalmente que no!

—Lo que en cambio no debe oír nadie más que tú es el motivo por el cual está alterado. Y lo que ahora sigue acerca de informaciones secretas es confidencial. Es tan terriblemente confidencial que... Oye, Jim, ¿hay alguna otra persona contigo allí ahora? Cualquier otro aparte de Alec, quiero decir. Contesta sólo sí o no.

—Sí.

—Esos teléfonos que tiene el patrón en su refugio tienen una voz tan fuerte y clara que a veces pueden escucharse las conversaciones desde un metro de distancia, a menos que la persona que había ahí aplique el tubo con fuerza contra su oreja. Pero creo tener la manera de hacer que esto sea tan privado como lo que se dice en un confesionario. ¿Me permites que hable un momento con Alec?

Alec Laird frunció el ceño cuando se dispuso a hablar.

—¿En el estudio, dices?... No, en este momento no hay nadie allí... Sí, puede arreglarse fácilmente, ya que insistes en que es muy importante... Más aún, yo lo preferiría. No cortes.

Dejó el teléfono a un lado sin colgar el tubo, y se volvió hacia Jim.

—Bueno, caballero, ¿quiere hacer el favor de venir por aquí?

La oficina tenía otra puerta, aparte de la que comunicaba con la recepción. Esta segunda puerta, en una pared que formaba ángulo recto con la de entrada, era de roble macizo y tenía una perilla de porcelana. Era evidente que daba a un cuarto situado en el ángulo nordeste del edificio del *Centinela*.

Alec Laird abrió esa puerta, introdujo a su visitante y se quedó de pie a un lado, como si hubieran entrado a un museo. Y eso era en realidad.

Igual que la oficina, tenía dos ventanas que permitían ver la calle Camp desde seis pisos de altura. La decoración, aunque en el mismo estilo del 80 que la sala de recepción, parecía más íntima y acogedora.

Contra el muro de empapelado con flores había bibliotecas con frentes de cristal bombé que parecían sufrir de hidropesía. Entre ambas ventanas se veía una vieja poltrona de cuero. Contra la pared opuesta, al lado de lo que parecía ser otra puerta con verja de hierro plegadiza, se erguía un escritorio de tapa corrediza, abierto y extendido detrás de su sillón giratorio de madera. Sobre ese escritorio había un teléfono, encima del cual pendía una lámpara graduable, con pantalla verde.

La seña que hizo Alec Laird lo abarcó todo.

—Esto es lo que llamamos el estudio —explicó—. Mi padre lo amuebló hace muchos años, y era su refugio hasta que dejó de trabajar en el diario. Se lo ha conservado tal como él lo tenía; hasta hice renovar el empapelado antes que se pusiera amarillento, a muchos visitantes los hace retorcer de agonía estética; pero, para decir la verdad, yo soy aficionado a los ambientes vetustos y no deseo que se lo altere.

—¿Qué es esa puerta con verja?

—Eso, señor, es el ascensor privado. No faltan, sin duda, quienes piensan que un ascensor privado es algo demasiado presuntuoso y excesivo —como decimos en el Sur, muy “fantástico”—, para este mundo vulgar del trabajo cotidiano. Créame que no es ésa la razón. Mi padre lo hizo instalar cuando descubrió que comenzaban a pesarle los años y hubo que modificar mucho para darle el gusto. El ascensor baja hasta un caminito privado que pasa junto al edificio.

—¿Y el teléfono?

—Es una extensión de la línea privada de mi oficina. La línea sigue activa. Haga la prueba.

Jim se sentó en el sillón giratorio y se dirigió a la boquilla del teléfono.

—Como dicen en Inglaterra, ¿estás ahí?

Atronadora, respondió la voz de Leo.

—¡Claro que estoy, viejo amigo, puedes apostar lo que quieras! ¿Puedes hablar ahora?

—Un momento —dijo Alec Laird.

Ambos se dieron vuelta para mirar, a través de la puerta abierta, la oficina contigua, donde Peter seguía sentado en el borde del escritorio y su madre caminaba delante de él.

—¡Peter! —llamó el primo Alec.

—Sí, Alec.

—Haz el favor de colgar el teléfono que yo estaba usando y luego no lo toques por ningún motivo.

Peter obedeció, y el tubo, al descansar de nuevo en la horquilla, hizo un audible “click”.

—Perdóname, Alec, pero, ¿de qué estaban parlotando todos ustedes? ¿Y quién era el charlatán del otro extremo?

—Nadie que deba preocuparte, jovencito. Y ahora, señor Blake, la cueva sagrada es toda suya. Úsela como le parezca mejor.

Luego salió y cerró bien la puerta.

—¿Sigues escuchándome, Jim? —preguntó Leo—. A juzgar por el barullo que ha hecho, debo creer que ese viejo pirata se ha portado muy bien.

—Estoy en el estudio, tal como sugeriste.

—¿Y quedamos de acuerdo, no es cierto, en que no entrevistarás a Clay hasta esta noche o mañana temprano, preferiblemente mañana?

—Más que de acuerdo. Si puedo hacer llegar mi nota biográfica el jueves por la tarde, eso es todo lo que necesito.

—¿Todo lo que necesitas? ¡Está muy lejos de ser todo lo que necesitas! He vuelto a recapacitar mucho sobre este asunto, Jim.

—Yo también lo he vuelto a pensar en el hotel esta mañana. ¿Puedo hacer una pregunta antes que te explique mis ideas?

—Nuestro deseo es complacerte. Suelta, hermano.

—Dices que mi más o menos tocayo está muy alterado. Bueno, ¿qué lo altera? ¿Es lo que tú pensabas que sucedería?

—¡Sí, cuernos!

—Eso demuestra que mi nueva reflexión es acertada. Leo, esto no marcha.

—¿Qué no marcha?

—Lo de la nota sensacional proyectada. Nunca se podrá hacer. Deberá ser tachada y olvidada.

—¿Estás borracho, Jim?

—Nada de eso.

El cielo cambiante de Nueva Orleans había tomado un tono gris más oscuro. Afuera soplaban pequeñas ráfagas. Jim apretó el teléfono con fuerza.

—He sido imperdonablemente obtuso —continuó diciendo—. Me dejé llevar por la situación al punto que ciertas evidentes implicancias se perdieron en el apuro. Una vez decidido que no podían valerse de Yvonne Brissard en contra de tu amigo Clay, era lógico pensar que debían valerse de algún otro. Ignoro qué clase de nota piensa el coronel Harvey que yo quiero escribir, pero sé cómo es la que no desea él. Si fuera la historia corriente de un candidato contra el cual hay denuncias (turbios manejos financieros, soborno, corrupción política en general), sería fácil. Pero no es eso en absoluto. Es asunto sexual, Leo. No directamente con Yvonne Brissard, pero sexual. ¡Sexo, el tabú invencible!

”He sido comisionado por *Harper's* no por el *Boletín Policial*. En cualquier diario responsable mis referencias a un escándalo amoroso deberían ser forzosamente oblicuas; en una publicación para familias, como el *Weekly*, no puedo mencionarlo de ninguna manera. Y, si estoy obligado a callar acerca de escándalos que ya han explotado, donde las acusaciones han sido ya formuladas abiertamente, ¿cuánto más

silencioso no tendré que ser en un caso donde todavía no ha abortado y las acusaciones no han salido a luz?”.

A través de la línea llegó un ruido entre gemido y refunfuño.

—Pronto habrá cargos, Jim, a menos que tú y yo nos decidamos a obrar. Clay quiere que todo quede tapado y yo quiero crucificar al cretino que anda detrás. Como ves, ésa es la parte confidencial que ahora necesito explicarte. Clay ha recibido ya amenazas anónimas.

—¿Qué clase de amenazas?

—A menos que retire su candidatura y deje de aspirar al Congreso de Estados Unidos dentro de las próximas veinticuatro horas, pretextando mala salud o cualquier otra excusa, su familia y sus amigos serán informados de lo que se supone que ha hecho.

—¿Y qué es lo que se supone que ha hecho?

—¡Ah, a eso voy precisamente! —Leo, exhaló un suspiro—. ¿Sabes una cosa, Jim? Es posible que tengas razón en lo de abandonar la nota. Más aún, yo creo que tienes razón. Me asaltaron dudas. Apenas hablé con Clay. Y no es ése el único peso que soporta mi espíritu. Estoy empezando a preocuparme mucho por algo que me concierne. Ya me sentía preocupado cuando íbamos en el tren; y mi preocupación es horriblemente grande ahora.

—¿Algo que te involucra a ti también?

—A mí, mi viejo camarada, *moi qui vous parle!* Pero olvídate del tío Leo por ahora. Convengamos en que toda posible nota periodística debe morir ahora mismo, y volvamos a nuestro atribulado Clay. Sentado como estoy, pensando en el...

—¿Dónde te encuentras ahora, Leo?

—En mi casa, comiendo un *sandwich* y bebiendo, créase o no, un vaso de leche.

—¿Dónde se halla el atribulado candidato al Congreso?

—En su casa también, o estaba la última vez que lo vi. No pudo afrontar la oficina hoy. Pasará las últimas horas de la tarde (y la noche además, sin ninguna duda) con su bella Yvonne en la Villa de Jarnac, cerca del viejo y bello canal St. John. ¡Pero ahora está allí, acorralado y pensando que se aproxima el fin del mundo! Como dije antes, quiero clavar en una cruz al bastardo intrigante que actúa en la sombra. ¿Te gusta eso también? ¿Te interesa husmear lo que pasa, aunque nunca lo utilices?

—¡Claro que me interesa, Leo! “Interesar” es demasiado suave. En este oficio, los mejores temas que consigues son los que no puedes aprovechar.

—Muy bien. Me pareció que tú y la pequeña Jill —y al decir esto, Leo hizo algún ruido lejos del teléfono— estaban demasiado preocupados por un personaje femenino llamado Flossie Yates.

—¿Y qué?

—Flossie, Jim, ofrece a la comunidad cierto servicio secreto. ¿Has adivinado ya en qué consiste ese servicio?

—No, aunque se me han ocurrido una o dos ideas acerca de Clay Blake. ¿Y el servicio en cuestión, según dijiste, no implica nada anormal o antinatural?

—Nada anormal ni antinatural, te lo dije, en el sentido en que tú usas esas palabras. ¿Te gustaría dar un paseíto y enterarte de la naturaleza de ese servicio?

—¿Por qué no me lo cuentas tú?

—Según instrucciones recibidas y de acuerdo a un juramento, no puedo decírtelo yo. Tendría que ser Clay quien te lo contase. Pero no existe juramento ni promesa que te impida averiguarlo. Bueno hasta, ¿qué punto eres un decidido buscador de verdades, después de todo? ¿Qué vas a hacer, adonde irás y hasta qué distancia, para clavar finalmente tus garras en los hechos? En resumen, Jim, ¿te sientes con ánimo para abordar a Flossie directamente?



Sobre el escritorio de tapa corrediza, en aquel cuarto anticuado se veía un viejo cuadro no desdeñable por su dibujo y color, se titulaba *Señores del Jurado*, según rezaba una leyenda de letras rojas en relieve, y presentaba doce barbudas figuras lánguidas y desatentas frente a lo que presumiblemente era un bombardeo de pruebas.

El día lóbrego proyectaba sombras sobre el cuadro mientras Jim lo contemplaba. Pero muy vívidamente se le representaba Leo, sentado a la distancia, con su sándwich y su vaso de leche.

—¿Has oído lo que acabo de decir? —preguntó la voz del otro extremo—. ¿Tendrías el coraje?

—Creo que podría conseguirlo, si es necesario.

—Sospecho que es necesario, viejito. Quizás puedas preguntarle a algún otro; pero, ya que aquí eres forastero y no sabrías a quién recurrir...

—¿Entraña algún riesgo dar ese paso, Leo?

—El único peligro sería para lo que, humorísticamente, se denomina “tu buen nombre” —resopló Leo—. No corres ningún riesgo de que te peguen un cachiporrazo en la cabeza o te claven un puñal en la espalda, si a eso te refieres. ¡Por el contrario! A menos que se haya prestado a un chantaje, que no es el caso, la propia Flossie sería quien estaría expuesta a un tremendo peligro.

—Si las casas de Storyville funcionan estrictamente de acuerdo con las leyes, ¿cómo puede ella correr ningún riesgo?

Porque su casa no está en Storyville, sino en la sacrosanta Explanada.

—¿La sacrosanta qué?

Otro bufido de Leo llegó a través de la línea...

—La avenida Explanada, exclusiva en otra época de ricos hogares criollos, y que todavía es un barrio muy bien conceptuado. En este preciso instante estoy buscando su dirección y su teléfono. Sí, aquí están: Señorita Florence Yates, 691 Avenida Explanada, teléfono: Main 0101.

”Flossie es una dama refinada, como ves, o hace todo lo posible por aparentarlo. Tendrás que llamarla por teléfono previamente y concertar una cita, ¿sabes? Es posible que no desees emplear tu nombre verdadero; pero te conviene usar el mío como referencia. ¿Vas entendiendo bien?”.

—Creo que sí. “Señorita Florence Yates, Avenida Explanada 691, teléfono Main 0101”.

—Entonces, paso a explicarte lo que debes hacer. Le telefoneas ahora y arreglas una cita para esta tarde. Esta tarde, óyeme bien; no esta noche. Tengo pensadas otras diligencias para esta noche.

”Trata a Flossie como tratarías a una duquesa. Empieza con algunas bromas triviales, y luego le dices que, según tus noticias tiene a la sobrina de visita o que ésta va a visitarla pronto y te gustaría mucho conocer a la chica. Deja que de ahí en adelante reaccione ella y a ver qué pasa”.

—La visita una sobrina. ¿No tengo que referirme a la sobrina por su nombre?

—No —dijo Leo y emitió un grito amortiguado—. Ya que aceptas el reto y arremetes a ciegas, Jim, buena suerte. Y buena suerte para mí también, que quizás la necesite. Si no estuviese tan endemoniadamente preocupado por Clay, y también por mí podría disfrutar con lo que está sucediendo o va a suceder, y será mejor que corte ahora; tengo que hacer. Pero no olvidarás lo de esta noche, ¿verdad? Procura estar en el hotel después de cenar, sin alejarte mucho del teléfono; vas a recibir un mensaje. Mientras tanto, viejo amigo, aconsejo que te mantengas alerta y no hagas nada que no haría yo. Nada más.

La línea quedó muda. Jim colgó también. Se levantó, dio un último vistazo en torno, observando el antiguo mobiliario y volvió a la oficina contigua.

Alec Laird, con su cuello alto y su saco de entrecasa tan elegante que parecía un jacquet sin serlo, cerraba en ese momento la puerta que comunicaba con la sala de recepción.

—Adiós, tía Mathilde —decía—. Y ya sabes. Puedes esperarnos para la cena, a menos que surja algo imprevisto.

La tía Mathilde y su hijo difícilmente pudieron oír esas palabras finales al salir, ya que fueron dirigidas a una puerta cerrada. El director interino del *Centinela* se volvió hacia su escritorio y se encontró con Jim.

—Tal vez parezca descortés que los despida a los quince minutos —dijo—, y temo que se haya notado la impaciencia desde el principio. Pero a veces mi estimada tía es algo fastidiosa, señor Blake. Sus intenciones son buenas y tiene un corazón de oro, pero no se calla nunca; sigue y sigue eternamente. Tampoco el chico me entusiasma demasiado. No trabaja ni por casualidad; no conseguimos que se apasione por nada que no sea los autos que no debe manejar. Espere, sin embargo...

Con el evidente propósito de comprobar que los visitantes ya no estaban, Alec Laird volvió a la puerta de cristales y la abrió.

Los visitantes se habían ido; pero otra persona al parecer acababa de llegar. La puerta de la sala hacia el corredor que daba acceso al último piso estaba abierta de par en par, y el pie izquierdo de alguien no permitía que se cerrase. En el vano se hallaba un hombre corpulento, cuya cabeza adornaba una indócil mata de cabello blanco canoso y en una de cuyas manos se veía un lápiz copiador amarillo. El corredor estaba vacío detrás de él.

—¿Todo anda bien, Alec? —preguntó en voz alta—. ¿Puedo ejercer el privilegio de gerente administrativo y entrar en la oficina del director máximo sin que nadie se interponga?

Alec Laird no mostró impaciencia por este visitante.

—¡Por supuesto, Bart, acércate! Iba a decir algo y es mejor que oigas y conozcas el asunto.

Avanzó el recién venido, dejando cerrar la puerta por sí misma, con el mecanismo de aire comprimido. No hubiera sido fácil determinar por qué daba la impresión de ser tan desgredado como sucio, cuando en realidad, aparte del cabello, no lo era.

—Gracias, Alec —dijo—. Toda la sección de noticias locales, tal vez por telepatía, ha sabido que alguna figura importante del cuarto poder neoyorquino estaba contigo en el nido de águilas.

Y Jim fue presentado a Barton Perkins, director gerente del *Centinela*.

Explicando rápidamente el encargo del *Harper's Weekly*, el anfitrión los instaló en sillas a ambos lados de su escritorio y se echó atrás en su sillón, juntando las yemas de los índices otra vez.

—Ahora bien, señor Blake. Usted ha hablado por teléfono con Leo Shepley un rato bastante largo. Supongo que habrá convenido lo necesario para conocer a nuestro candidato al Congreso por el Segundo Distrito.

—Leo se ha ocupado, sí. Pero no conviene que sea hoy. Tendré que verlo mañana, a tiempo para poder enviar mi nota por teléfono o por telégrafo y lograr que la reciban el jueves antes de la hora de cierre.

Bart Perkins, quien parecía estar esforzándose bajo la influencia de una excitación fuerte, aunque reprimida, hizo girar en sus dedos el lápiz amarillo.

—En realidad —dijo el director gerente—, me han contado que usted es un viejo condiscípulo de Leo. ¿Fue también un *crack* famoso del fútbol?

—No. Yo prefería el béisbol, me encantaba, aunque nunca fui más que un jugador de segunda categoría.

—De eso yo no entiendo. Soy de Pensilvania. Me eduqué en Oil City y Filadelfia; ni siquiera había llegado nunca más al sur de la línea Mason-Dixie hasta que el padre de Alec me importó para que me hiciese cargo del *Centinela*. Pero en mis días de béisbol...

—Si me perdonas, Bart —interrumpió Alec Laird—, tenemos aquí entre manos algo que nos preocupa con más urgencia que cualquier discusión sobre fútbol o béisbol.

—¡Claro, sí! Ya lo sé. Perdona, Alec.

—No necesitas disculparte. ¿Podemos continuar nuestra discusión, señor Blake, desde el punto en que fuimos interrumpidos?

—¿Qué era exactamente lo que decíamos?

—Me preguntó si este diario colaboraría con usted en cuanto a presentar al público en general del *Weekly* alguna impresión (que confiamos sea muy favorable)

de nuestro señor Blake, de Luisiana. Prometí la máxima cooperación, siempre con la reserva de cualquier pequeña dificultad que pueda presentarse.

—¿Pensaba usted en alguna particular dificultad?

—Sí; en verdad, sí. Estaba por exponerla cuando irrumpieron los invasores. Empezaré de nuevo, aunque mi método implique algunos rodeos.

Alec Laird retorció un botón del chaleco.

—En sí misma, toda la situación es difícil. A menos de tres semanas de la elección, tenemos un gran embrollo con respecto a candidatos presidenciales. El señor Taft, quien probablemente será desplazado, ha mantenido siempre los más sanos y viejos principios, aunque padece del horrible estigma de ser republicano. Supongo que deberemos apoyar al gobernador Wilson. Lamentablemente, señor, no hemos tenido un demócrata responsable en la Casa Blanca desde los días de Grover Cleveland. Si usted me hace notar que lo que ocurre es que desde los días de Grover Cleveland no hemos tenido en la Casa Blanca *ningún* demócrata, responsable o no, le diré que tiene razón, pero seguiré firme en mi tesis.

—¿Dice usted...?

—Políticamente, en fin, no existe ninguna dificultad en cuanto a Clairborne Blake. Sus principios son los de su padre o los míos; no quiere saber nada de reformas arrasadoras.

—¡Muy bien pensado!

—Me alegra oírlo. Clay es hombre capaz e íntegro. Una vez electo para la Cámara de Representantes, sabrá hacer honor a su cargo público. Es posible que parezca demasiado popular para su propia conveniencia, y si todavía queda en él una cierta (¿cómo lo diría?), una cierta frivolidad, resabio de su juventud, eso desaparecerá en cuanto asuma el puesto.

—¡Alec...! —comenzó Bart Perkins.

Pero se detuvo. El director interino prosiguió un poco más.

—Sostengo que sería una gran pena que esa momentánea frivolidad arruinase una carrera promisorio. Mientras se encuentra con nosotros, señor, es posible que oiga el nombre de Clay relacionado con el de... el de...

—¡Maldición, Alec! —prorrumpió Bart Perkins, al tiempo en que el hombre situado detrás del escritorio dejaba de hablar bruscamente—, si te refieres a la Brissard, ¿por qué no lo dices de una vez?

Alec se llevó una mano al cuello.

—Muy bien —dijo—. Seré franco y la mencionaré por su nombre, aunque no era mi intención hacer tal cosa. Sé que muchos se inclinan a tomar la relación de Clay con esa ramera vulgar mucho más a la ligera que yo. No creo que eso pueda causarle ningún daño irreparable. Y sin embargo... sin embargo... Usted, señor, ha pedido mi colaboración. ¿Y usted colaborará conmigo?

—En todo cuanto pueda; créamelo.

—¿Puedo confiar en que sea discreto? ¿Y que no escandalice innecesariamente a todos sus amigos? ¿No insinuará, ni siquiera en forma velada, nada que se refiera a esa vinculación solapada?

—Confíe ciegamente en mí, señor Laird. Mi tocayo parece ser un hombre muy decente, por todo lo que he oído; el hecho de que sea amigo de Leo Shepley bastaría como recomendación. Si quiere que realce su personalidad, lo haré al máximo de mis posibilidades. Y olvídense de Yvonne Brissard, pues yo la he olvidado ya; es muy poca cosa. Si no tuviese que preocuparme más que por Yvonne Brissard...

—¿Si su única preocupación fuera Yvonne Brissard? —exclamó de pronto el director gerente, quien empezó a ponerse en pie de un salto, pero volvió a sentarse y se llevó a la mano izquierda el lápiz amarillo. Estoy de acuerdo en que esa mujer es muy poca cosa; ya se lo dije a Alec. ¿Pero qué me cuenta de Clay Blake? ¿En qué otros líos ha andado nuestro alegre tenorio?

Jim abrió ambas manos.

—Yo no he sabido de nada —contestó, sin faltar a la verdad estricta, pero con algo que no era del todo estricta sinceridad—. Cuando hablé de preocupaciones, señor Perkins, me referí a la clase de preocupaciones que usted y yo hemos conocido en una época u otra: no lograr una nota, no llegar a tiempo al diario, discutir con un telegrafista que no ve necesidad de transmitir como urgente una información. La conducta de mi tocayo no viene al caso. Suponiendo que haya seducido a la mitad de las mujeres de Luisiana, eso está fuera de mi jurisdicción, y aun presumiendo que yo escribiese semejante canallada, ¿piensa que el coronel Harvey la haría imprimir?

—Eso *parece* bastante atinado —admitió el director gerente—, por lo cual será mejor que no insista. Pero soy muy buen lector de caras. Y en su expresión, señor reportero convertido en novelista, advertí algo que no tiene nada que ver con los gajes de nuestro oficio. ¿Qué dice usted a eso, Alec?

—Digo que este caballero tiene razón —respondió Alec Laird, contemplando a Jim aprobatoriamente—. Lamento haberme detenido tanto en este punto, y no lo hubiese sugerido si no fuese que...

Un golpecito en la puerta precedió a la entrada, algo arrebatada, de una mujer regordeta, de mediana edad, con mejillas como manzanas y lentes de cabalgar. En las manos traía una bandeja donde la azucarera y el envase cilíndrico, de cartón venían flanqueados por dos tazas con sus correspondientes platitos.

—Mi secretaria, la señorita Edgeworth —anunció Alec Laird en general.

—Es un poco tarde para el café de la mañana —dijo la señorita Edgeworth, golpeando con los dedos el envase de cartón—. Pero me encontré con Ruth Donnelly, que traía esto. Dijo que usted sólo necesitaba dos tazas, señor, aunque yo creía que se encontraban aquí la anciana señora Laird y su hijo. Ahora veo que ustedes son tres. Puedo traer otra taza en un momento...

—Yo no deseo café, gracias —dijo Bart Perkins—. Dentro de una hora o poco más tendré que almorzar, y entonces será cuestión de algo más sólido.

—Deje la bandeja en mi escritorio —indicó Alec Laird—. ¿Me acompaña, señor Blake? ¡Bueno! ¿Quiere tener la bondad de servirnos, señorita Edgeworth?

—Con pla... placer, señor, si usted se sirve el azúcar. La crema ya está dentro. Pero... pero...

—¿Alguna otra cosa, señorita Edgeworth? Usted se ve un poco...

—Me parece que sí, señor. Ha habido otra de esas llamadas anónimas.

—¿Otra vez? ¡Pero caramba...! —exclamó el director gerente—. ¿Quién atendió la llamada esta vez, señorita Edgeworth?

—Fue la chica nueva de la oficina, señor Perkins. Mary... no sé qué.

—¿La llamada se recibió esta mañana?

—No, señor Perkins. Esta ocurrió en realidad ayer por la tarde, cuando estaba por salir de la oficina, antes del anochecer. Ella no dijo nada en ese momento. Pero esta mañana llamó una persona abso... absolutamente inocente, y por casualidad empezó con las mismas palabras que ayer usó la voz misteriosa del teléfono. La pobre Mary estuvo a punto de desmayarse. Ahora está llorando, con un ataque de nervios, y...

—Muy bien, señorita —le dijo Bart Perkins, procurando tranquilizarla—. Estaré con ustedes dentro de un momento, para ocuparme de eso. No debo permitir que se asuste mi pequeña familia, ¿verdad?

Luego la secretaria se dirigió a su patrón.

—¿Puedo agregar algo más, señor? —preguntó—. El oficial de policía que otra vez estuvo aquí me pareció muy considerado y comprensivo, por ser policía. Creo que usted me interpreta. ¿Le parece que...?

—¡Por supuesto que me parece, siempre que sea necesaria la intervención policial! Esto es realmente intolerable; confíe en el señor Perkins y en mí. Gracias, señorita Edgeworth. Por ahora nada más.

La secretaria partió. Jim, que había aceptado una taza de café, abrió la boca para hablar, pero se contuvo. No era momento para hacer preguntas acerca de llamadas telefónicas anónimas, sobre todo si Bart Perkins, aunque se hallaba sentado echando chispas, dejó pasar el asunto como algo superficial.

—¿Quién querría mi trabajo, por amor de Dios? Usted iba diciendo, Alec, justo cuando entró Sara Edgeworth...

—Podemos confiar en la discreción de nuestro visitante, Bart; ya lo sabemos. Es una cosa que jamás hubiese puesto en duda, como decía, de no ser por una observación que formuló el coronel Harvey acerca de él.

Jim dejó su taza en el borde del escritorio.

—¿El coronel Harvey se tiró a fondo contra mí?

—No podríamos decir tanto, señor. Lo alabó enormemente como periodista, pero agregó, parece tener predilección por los crímenes y los asuntos sensacionales.

—A mí me lo dijo también.

—Se diría que tiene algo de coincidencia que el oficial de policía mencionado por la señorita Edgeworth, un tal teniente Trowbridge, haya venido aquí por una colecta

de caridad hace una semana, y ahora quizás debamos llamarlo por su trabajo profesional. Y la coincidencia le parecerá realmente llamativa si le cuento cuál fue el asunto de que habló con mayor persistencia.

—Pero eso no tiene nada que ver con nuestro tema, ¿verdad?

—¡Crímenes y sensacionalismos! —repitió musitando por lo bajo Alec Laird—. De las dos cosas tenemos suficiente en Nueva Orleans, aunque insisto enérgicamente en ordenar a Bart y Harry que hagan caso omiso de unos y otros. La ambición de poder que suelen atribuirme, señor Blake, es tan sólo el deseo de que este diario sea instructivo y edificante, de acuerdo con su declaración de propósitos. ¿De veras lo atraen mucho los crímenes y los sensacionalismos, señor?

—No el crimen en sí, ni el sensacionalismo liso y llano. Para que un conocedor de estos asuntos se sienta atraído, el caso criminal debe incluir un poderoso elemento de misterio y perspectivas de un final inesperado. Hay pocos casos así en la vida real, como el coronel Harvey sería el primero en decirle. Así, de primera intención, pero al mismo tiempo como consecuencia de mucha lectura, recuerdo sólo dos célebres causas registradas en Nueva Orleans hasta donde alcanza mi memoria. Ambas fueron bastante sensacionales y sórdidas, pero en ninguna de ellas abundó ese elemento que yo llamo misterio.

—¿Qué causas fueron ésas, señor Blake? A ver si yo las recuerdo.

—¡Eso es, hable! —lo instó Bart Perkins—. No estoy de acuerdo con Alec en cuanto a poner sordina sobre el crimen y el adulterio. Es necesario dar a los clientes lo que ellos quieren, o se viene abajo la publicidad, ¿y entonces, adónde vamos? Pero en fin, hemos capeado los temporales hasta ahora, y, ¿quién soy yo para discutir todo el día con el patrón? ¿Cuál es el primero de los casos a que usted se ha referido?

Jim ordenó los hechos en su mente.

—El primero es el homicidio de Kate Townsend, propietaria de un prostíbulo de la calle Basin, crimen monstruoso y violento, acaecido en 1883. Su explotador, un tal Treville Sykes, la mató con un puñal y unas tijeras de podar porque ella intentó pegarle. El jurado absolvió a Sykes, quien trató de apoderarse después de los bienes de la muerta, pero no lo consiguió.

Crecía la tensión en la oficina de Camp y Lafayette. Bart Perkins daba vueltas al lápiz de color con las dos manos; Alec Laird había dejado enfriar el café.

—En 1883 —contó Perkins—, yo era el flamante director de noticias locales en el *Derrick*, de Oil City. Pero recuerdo aquello porque en el país no hubo quien no oyese algo sobre ese caso, ¿y el segundo?

—El segundo caso aunque menos sangriento, no es menos sórdido. Sus protagonistas fueron el Dr. Etienne Deschamps y su Julieta. Ocurrió en 1889.

”El Dr. Deschamps, un dentista francés de cincuenta y cinco años, se estableció en Nueva Orleans a causa de ciertos problemas políticos en su país. Pero aquí nunca practicó la odontología; puso consultorio médico y trataba las enfermedades con toda clase de charlatanismos, inclusive curas “magnéticas”, en las cuales utilizaba

cloroformo. Atraído por cierta joven, llamada Juliette Deitsh, hija de un obrero, la hizo su amante, aparte de utilizarla para otros fines cuyo detalle no hace al caso. En una ocasión le aplicó demasiado cloroformo, y la mató; luego el hombre intentó suicidarse, sin otro resultado que herirse levemente. Después de dos procesos, así como de varias dilaciones jurídicas y postergaciones de la ejecución, terminaron ahorcándolo en 1892.

”Lo que causó tanta sensación fue el hecho de que Juliette Deitsh, aunque pareció haber aceptado con todo entusiasmo la situación y poseía todos los atributos de una mujer, sólo tenía trece años”.

Las manazas de Bart Perkins quebraron en dos el lápiz amarillo, que tiró al canasto de los papeles, junto al escritorio, cuando se puso de pie.

—No me acuerdo de Juliette ni del doctor —dijo—. Hacia 1892 yo me había mudado a Filadelfia, pero no me enteré de nada si es que los diarios locales se ocuparon del asunto. ¿Y ahora me perdonan? Tengo que ir a confortar a Mary Rikert antes que le pase algo peor.

Y salió bruscamente, sin molestarse en frenar el golpe de la puerta.

Éste fue el momento en que Jim Blake tuvo una súbita iluminación, algo así como un primer paso hacia la verdad. Pero trató de no delatarse. Se levantó y tomó su sombrero del escritorio.

—Será mejor que me despida yo también. Ha sido un placer conocerlo, señor Laird; muchas gracias por la ayuda que me ha prestado.

—Según recuerdo las cosas —dijo Alec Laird, algo emocionado—, no le he prestado ninguna ayuda. Pero ello se debe sólo a que tampoco usted me ha pedido nada en particular. Si en algún momento yo puedo ayudarlo, ahora o en el futuro, sírvase indicármelo.

—Es posible que aproveche ese ofrecimiento antes de lo que piensa.

—¿Con respecto a...?

—No, no creo que sea respecto a Clay Blake. La entrevista que vislumbro será bastante sencilla. Apenas un asunto personal, que quizás usted juzgue una prueba de tremendo descaro de mi parte. Estoy ansioso por hallar a cierta jovencita, que se comporta de manera misteriosa y tiene un misterioso patrón y que desapareció de mi lado en la Estación Terminal por su propia voluntad. Con los recursos del *Centinela* a mi favor, la búsqueda no deberá resultarme demasiado difícil.

—Si quisiera explicarme...

—Ahora, no, señor Laird; hoy todavía no, me parece. Estaré muy ocupado el resto del día y quizás durante la noche también. Me comunicaré con usted mañana, si es que puedo tomarme esa libertad. Adiós nuevamente, señor; en esta oficina he logrado más ayuda de lo que podría parecer a primera vista.

La sensación de cosa realizada o casi realizada acariciaba el alma de Jim cuando salió de aquel despacho, bajó en el ascensor y salió a la calle. Pero sus pensamientos

no giraban en torno de Alec Laird ni de Bart Perkins. Delante de él tenía una imagen mental de Leo Shepley, a quien se dirigió en silencio.

—La verdad sigue siendo la verdad, Leo, aunque accidentalmente caigamos en un pozo. ¿Qué clase de enredos sexuales pueden no ser normales ni antinaturales y, sin embargo, poner en peligro la carrera de un candidato al Congreso si mucha gente se entera? No hace falta que me lo digas, Leo. Creo que lo sé.



El automóvil proporcionado por Stu Guilfoyle, del Garaje Guilfoyle, era un Chadwick 1910 de 50 H.P., color azul oscuro, con dos asientos bien mullidos en la parte delantera y uno, igualmente bien tapizado, en la posterior. Aunque carecía tanto de parabrisas como de capota —tampoco tenía puertas—, el Chadwick lucía en muy buen estado desde los faros de pulido bronce hasta las chapas de la patente, con sus letras negras sobre fondo blanco que eran los colores de Luisiana, y exhalaba un aura de poder ya antes de tocarle el volante o la palanca de cambios, a su derecha.

El propio Stu Guilfoyle, un joven afable que vestía guardapolvo sucio de grasa, había destacado tantas cualidades.

—Es mi auto personal, señor Blake. De momento no voy a necesitarlo; además, tengo un Simplex. Pero así y todo, le doy mi palabra de honor de que no alquilo este niño mimado *a nadie*, y lo hago como un favor al señor Shepley. Cuando salió este modelo, aseguraban que era el coche de serie más veloz que existe en el mundo...

—Le prevengo que yo no estoy tan interesado en la velocidad...

—Nada de malo en tenerla, ¿no le parece?, por si acaso le hace falta. ¡Va a ver cuando oiga los estampidos del escape, a los costados del capot! Y es un lindo precio que le cobro, es muy económico, sabe...

—Está bien. ¿Acepta un cheque?

—¡Seguro que sí! Sé que los suyos son buenos...

—¿Quiere decir que mientras su ayudante me sacó a dar unas vueltas, usted llamó por teléfono a Leo y le preguntó sobre mí?

—No; no había necesidad. Seguro que lo hacía si nunca hubiera oído hablar de usted. Pero Leo lo nombró más de una vez y leí en los diarios que usted escribió un libro que todo el mundo lee. Como me enseñó su documento de identidad, no podía dudar de quien era. ¡Bueno! Admitido que el precio es exorbitante.

—Aquí tiene el depósito que deseaba. ¿Basta?

—Está muy bien, señor. Admitiendo que el precio es exorbitante, le voy a decir qué pienso hacer: le agrego un guardapolvo y un par de anteojeras... dos pares por si tiene algún pasajero... con el regalo de dos latas de nafta, que van atrás. ¿Hacia dónde se dirige?

—A la avenida Explanada.

—Entonces por ahí va bien. Está de este lado de la calle Canal, en el barrio francés. Siga directamente por Chartres hasta pasar la plaza Jackson, o sea la que

tiene una estatua en el medio y la catedral a su izquierda. Continúe seis cuadras por el otro lado de la plaza Jackson y doble a la izquierda o a la derecha. Se encontrará sobre Explanada, una linda calle larga que corre desde el río al City Park. ¿Algo más que le pueda explicar?

—¿Dónde dejo el auto de noche, si se me hace tarde?

Mejor tráigalo de vuelta aquí; como para en el St. Charles, está bastante cerca. Yo vivo arriba; toque el timbre a cualquier hora. Ahí lo tiene, señor Blake; si no olvida mis indicaciones para manejarlo, le irá muy bien.

Así fue como Jim Blake, pocos minutos después de las cuatro, avanzaba con el auto hacia el Este, por la calle Chartres, en camino a su *rendez-vous*.

Allí vio aquellas fachadas que recordaba: frente de esfumados color pastel: gris, azul o anaranjado, algunas con balcones-galerías de hierro forjado que cruzaban por sobre la calle, y tan invadida por establecimientos comerciales, que su carácter pintoresco se iba borrando. Pero así como en el lado más distante (o más alto) de la calle Canal él había parecido encontrar menos problemas de tránsito, el damero de callejuelas que formaban el Vieux Carré hacía imposible el avance cómodo o veloz. Con sólo que un vehículo marchase delante con lentitud, ya no había más remedio que andar a paso de tortuga hasta que el vehículo molesto doblara en alguna esquina.

Jim se había puesto las gafas, pero descartó el guardapolvo, que tiró al asiento de atrás. El coche era fácil de manejar cuando se conocían bien algunos caprichos del embrague. Mientras se zarandeaba detrás de un coche de caballos lleno de turistas —procurando que el motor no se detuviera para no tener que bajarse a dar manivela de nuevo—, repasó mentalmente los incidentes del día, desde que salió de la oficina del diario por la mañana.

Ya era bastante después de mediodía cuando llegó al hotel. Una vez que subió a su cuarto, se sentó junto al teléfono y pidió Main 0101.

Estaba ocupado. La voz que le respondió quince o veinte minutos más tarde, seguramente la de una mucama negra, le informó que la señorita Florence se encontraba almorzando y le preguntó si podría volver a llamar después. En esta tercera llamada, que pospuso renegando hasta la una y media, no hubo intervención ajena.

—¿Habla la señorita Florence Yates?

—La misma.

Tal vez porque Jill, en el tren, no dijo directamente que la señorita Yates fuese una vieja desvergonzada, esperó encontrarla gorda y entrada en años. Aunque por teléfono es imposible juzgar, la impresión que daba no era ésta. La voz revelaba cultura, aplomo, estaba lejos de ser desagradable; una voz de contralto ligera.

—Señorita Yates, me llamo Blake. Permítame adelantarle que no soy pariente del candidato al Congreso. Vivo en Nueva York, y muy rara vez tengo oportunidad de venir aquí. Pero creo que tenemos un amigo común, Leo Shepley.

—Me halaga que piense de ese modo, señor Blake. El nombre de Leo es un pasaporte en mi casa y aun para mis sentimientos. ¿Le indicó él que me llamase por teléfono?

—Dijo que tenía a su sobrina de visita, o que la tendría pronto y describió a la joven en términos tan sugestivos que me pregunté si podría aspirar al favor de que me presente a ella.

—¿Cuál sobrina, por favor? ¿La morena o la rubia?

—Según mis noticias, las dos son talentosas y encantadoras.

—Me gusta pensar que así es, señor Blake. A decir verdad, es lo que pienso. ¿Por casualidad, señor, está usted libre para tomar el té conmigo esta tarde?

—Estoy enteramente libre, señorita. Es decir, si soy invitado.

—Considérese lo más cordialmente invitado. La dirección es...

—La tengo ya, gracias.

—Es bastante lejos, sobre la Explanada, a mano izquierda cuando se va hacia el Norte. ¿Podríamos decir, entonces, entre las cuatro y cuatro y media? Para mí será un placer conocerlo.

—Y para mí conocerla a usted.

Bueno, así ocurrió. Jim almorzó tarde en el comedor del hotel, en la planta baja, estuvo un rato sentado en el vestíbulo estudiando el plano de Nueva Orleans, y salió en busca de Stu Guilfoyle, en el garaje de su nombre.

Poco después de las cuatro avanzaba pues, con pequeñas sacudidas, por la calle Chartres, tras un carruaje de turistas, al que logró pasar en la plaza Jackson.

Allí está el general Jackson de bronce, montado en su corcel de bronce, levantando su bicornio. Hacia el Norte se erguía imponente la Catedral San Luis, flanqueada por el Cabildo y el Presbiterio. Jim forzó la marcha todo lo que pudo, siempre obstaculizado por coches o peatones, hasta que llegó a Explanada y describió un giro abierto a la izquierda, hacia su extremo más lejano.

Aunque el cielo amenazó lluvia toda la mañana, no había llovido. Casas amplias y de digno aspecto (algunas retiradas de la calle y edificadas en lo que las guías llamaban estilo Renacimiento Griego) se alineaban a lo largo de una ancha avenida bordeada de árboles. A Jim le pareció que había avanzado un buen trecho, con un tránsito moderado en ambas direcciones, antes de que pudiese divisar algún número cercano al que buscaba. Entonces cruzó al otro lado de la calle, para detenerse frente a una casa que podía resultar tan agradable como cualquiera en aquel barrio.

Era de ladrillos y estaba recubierta de un estuco amarillo para protegerla de la humedad. Aunque no particularmente grande, con dos pisos bastante estrechos, denotaba la influencia de aquel estilo griego en las cuatro delgadas columnas blancas, y la de los estilos francés y español en la balaustrada de hierro forjado de la galería situada entre piso y piso. Las persianas estaban pintadas de negro. Emplazada detrás de un seto, con su porche sombreado por arroyos, tenía un aspecto más grave y melancólico de lo que cualquier iniciado visitante podía esperar.

Jim vaciló un momento antes de subir los escalones que conducían al porche y agitar el llamador de bronce que se hallaba junto a la puerta. Una mucama negra de cofia y delantal le preguntó su nombre, y lo hizo pasar a un salón bien proporcionado, revestido de blanca madera lustrada y con pavimento de baldosas de mármol, a cuadros negros y blancos. La mujer tomó su sombrero con aplomada gentileza y lo condujo a una doble puerta que había a la derecha.

—El señor Blake, señorita.

La dama vestida de gris tornasolado que se levantó de un sillón y tenía delante de ella una tetera, cerca del fuego, no parecía vieja ni próxima a la vejez. Bastante alta, de paso seguro y firme al caminar, lucía un aire de sofisticada camaradería sin el menor asomo de pedantería o petulancia. Habría sido muy bonita sin la expresión algo trasnochada de sus ojos. Esos ojos eran oscuros, como el cabello, que brillaba con un matiz negro azulado bajo la luz de las bombillas de una araña de cristales encendidas por ser un día tan oscuro. El lugar, una sala de recibo con muebles Sheraton y paneles verdes con bordes dorados, en las paredes, ofrecía el marco adecuado a su personalidad.

—Haga el favor de sentarse y ponerse cómodo —le dijo, alargándole la mano—. Yo sirvo el té a la inglesa: muy fuerte y con leche. Pero por supuesto, si usted lo prefiere, puede ponerle limón.

—Estoy tan habituado al té fuerte con leche, que no podría creer que sigue siendo té si le pongo limón. Sírvame como usted acostumbre, por favor.

Florence Yates (aun mentalmente le resultaba difícil llamarla Flossie) sirvió una taza y se la entregó. Jim rechazó el azúcar.

—Todo tal como yo lo sirvo, por lo visto —dijo ella—. ¿Sabe, señor Blake, que me sobresaltó cuando me llamó por teléfono? Se lo digo en serio, me sobresaltó. Después de todo, me dio su verdadero nombre.

Aquello era un desafío desembozado. Jim lo aceptó.

—Sí, señorita —afirmó—; le di mi nombre verdadero. ¿Podría preguntarle cómo supo usted que era así?

La señorita Yates dio una rápida mirada circular. Una puerta corrediza de dos hojas, situada detrás, estaba cerrada. Dos ventanas de gruesas cortinas daban a la avenida Explanada, y había un pequeño tapiz con lo que parecía ser un duelista de Meissonier, con marco pero sin vidrio, colgado en la pared entre esas ventanas. La señorita Yates contempló a su visitante.

—¡Vamos, señor Blake! Sospecho que no le cae mal que yo...

—¿Que haya telefoneado a Leo Shepley para cerciorarse de mi buena fe? No, no me preocupa, al fin de cuentas. Lo que me trae aquí es más personal e íntimo que el hecho de alquilar un auto.

La señorita Yates, que había estado sorbiendo té, dejó la taza sobre la mesa en que se encontraba la tetera. Los ojos oscuros lo contemplaron seriamente, pero no con menos simpatía.

—¿Dejamos de hacer esgrima verbal, señor? Usted sabe por qué está aquí; yo sé para qué ha venido. ¿Me permite recordarle que tengo dos sobrinas, acerca de una de las cuales tuvo usted la fina delicadeza de hablar en términos elogiosos? La mayor es Sue; la menor, Billie Jean. ¿Quiere preguntar algo relativo a ellas, señor?

—Sí, señorita. Quiero hacer dos preguntas: una de carácter general, y la otra específica. Es seguro que no podremos avanzar mucho si antes no ha tenido usted la gentileza de contestarme esas dos preguntas.

—¿Acaso no he dejado traslucir mi gran deseo de satisfacerlo? ¿Cuál puede ser el objeto de una mujer en la vida, si no ése? Así, pues, en esta forma civilizada, hablemos de Sue y Billie Jean. Primero la pregunta general, señor Blake. ¿Cuál es esa pregunta?

—La pregunta, aunque de carácter general, tiene una considerable importancia. ¿Podría saber cuál de las dos damitas tiene más de trece años?

Una expresión extraña cruzó por el rostro que parecía tan trasnochado o estragado a pesar de su belleza. Pero el tono de la voz no cambió.

—Sí —respondió la mujer—. Sue tiene catorce. Billie Jean, aunque no hace mucho que cumplió los doce, es excepcionalmente crecida para su edad. Las dos, como usted mismo dijo, son encantadoras e inteligentes y dominan a la perfección cualquier arte mundano en que pueda usted pensar. Esta noche puede conocer a una, o a las dos. ¿Cuál es ahora su pregunta particularizada, señor Blake?

—Me temo, señorita Yates, que me será imposible conocer esta noche a ninguna de las dos niñas. A riesgo de parecer censurable mi impaciencia, ha de ser esta tarde o nunca. Y ahora, en cuanto a la pregunta específica: ¿Cuál de las dos jovencitas ha decidido *usted* que yo conozca aquí?

Ahora el tono de la mujer cambió.

—¿Aquí? —exclamó, poniéndose de pie tan bruscamente que hizo temblar la mesa. ¿Tan luego en esta casa? ¿Está usted loco, señor? ¿Es que la sensatez lo ha abandonado por completo?

Alta y esbelta en su elegante vestido de entrecasa, con una rosa prendida en la cintura, la mujer caminó con paso firme hasta la ventana del lado izquierdo, sobre el piso de madera lustrada y alfombras que amortiguaban los ruidos. Corrió un poco una de las cortinas, que luego dejó caer nuevamente en su sitio. Después se volvió, radiante, contra la cortina verde y dorada, alta la cabeza, los hombros erguidos.

—Usted me llama señorita Yates, que era mi apellido de soltera y el que me veo forzada a usar. Aunque hace muchos años que mis más indulgentes amigos han dejado de considerarme doncella, soy en realidad una anciana mujer casada, una señora respetable.

Jim, que también se había levantado y vuelto hacia el centro del cuarto, se quedó inmóvil.

—Justo frente a esta casa, señor Blake, vive el general Clayton, el general Tom Clayton, que fue un destacado comandante de caballería en la Guerra de Secesión. Su

esposa, de soltera Margot de Sancerre, era una belleza criolla de los tiempos anteriores a la guerra. En su juventud, según creo, se vieron inocentemente complicados en un acto de violencia que tuvo lugar en el Barrio Jardín. Ahora son viejos y débiles, pero están todavía llenos de orgullo. Ellos podrían representar a la alta sociedad en lo que tiene de más alto. Por mucho que se diga o haga en otras partes, ¿me supone capaz de arriesgar mi propia posición, conquistada a fuerza de sacrificio, permitiendo que en esta casa se cometa la más leve irregularidad?

—Señorita Yates...

Pero no había forma de contenerla.

—Si realmente deseara usted conocer a Sue o a Billie Jean, hay un cómodo departamento en la calle Basin donde una o las dos podrían ofrecer a usted prueba eficiente de su pericia. Sin embargo, no es eso lo que usted desea, ¿verdad? Bajo falsas apariencias, ha buscado mi complicidad. Como si... ¡ahora lo sospecho!, como si usted hubiese venido a esta casa para darme un sermón o crearme dificultades...

La estridencia de su voz seguía aumentando. Y de pronto la escena entera se transformó en una pesadilla.

Desde el fondo de la habitación llegó el ruido de cosas que rodaban y chocaban, como si se abrieran puertas corredizas. Mirando de reojo, Jim divisó apenas un comedor grande y sombrío y, también apenas en silueta, la figura de una persona maciza, muy baja, que estaba de pie allí dentro con el brazo derecho levantado y echado hacia atrás. Hubo un brillo plateado en el aire cuando el puñal pasó junto a la cabeza de Jim y se clavó de punta del duelista de Meissonier que estaba colgado entre las dos ventanas.

Aunque Flossie Yates gritó algo, el momento no era como para titubear. No obstante la sensación de liviandad en su pecho, y el arrebató de calor y de frío, que lo recorrió íntegramente, Jim se abalanzó hacia el comedor, persiguiendo a la figura que, en un relámpago, se dio vuelta y echó a correr.

Su atacante, un verdadero enano que apenas mediría un poco más de 1,20 m, salió como una exhalación por una puerta giratoria en dirección a una moderna cocina que había sido construida con parte del comedor, en lugar de la cocina separada que tiene generalmente al fondo este tipo de casas. Estaba tironeando de una puerta posterior cerrada con llave y cadena cuando Jim lo alcanzó.

Aun siendo tan bajo, el hombre tenía cuerpo robusto y ágil, de anchas espaldas. Intentó asestar a Jim un puntapié en la ingle, pero erró. Se resistió, clavaba las uñas y quiso morder. Jim le pegó una fuerte derecha bajo la oreja, después lo levantó en peso y le golpeó la cabeza contra una pared, manteniendo el brazo derecho del enano inmovilizado a la espalda, mientras lo revisaba para ver si tenía armas.

La cocina flotaba en la penumbra. Entonces, satisfecho, el triunfador abrió tranquilamente la puerta, sacó al cautivo hecho un fardo, al patio del fondo, y le hizo bajar una escalerita a puntapiés.

—¡Basta de puñales, Matasiete! —le previno—. No vengas a probar de nuevo, porque te vas a llevar algo peor que una patada en el traste. Ahora piensa en lo que te he dicho, y te largas de aquí.

Cerró la puerta trasera y echó la cadena; luego volvió, entre los destellos de la plata, del comedor, para reunirse con su anfitriona.

El puñal que se había clavado en el cuadro ya no estaba. El cuadro pendía derecho en la pared, sin nada que revelase el percance más que una hendidura en el cuello del duelista. La señorita Yates, recobrada su compostura, se encontraba sentada con mucho aplomo frente a la mesa del té.

—Bien, señorita —informó Jim—, parece que el incidente ha terminado.

—¿Qué ha hecho con Pepi?

—Lo puse fuera de combate. No creí necesario ir más lejos.

La señorita Yates lo miró.

—¿Cómo puede alguien, en este mundo —preguntó, con aire de renovado interés—, quedarse ni la mitad de tranquilo que parece usted? Ni siquiera jadea.

La taza y el platito de Jim estaban sobre el piso, junto a la silla, donde él los había dejado. Los levantó y los puso en la mesa, cerca de la mano izquierda de la dama.

—Su propia serenidad, señorita, es parte de su enorme belleza. ¿Suele recibir a sus visitas de este modo con mucha frecuencia? Me aseguraron que no correría ningún peligro de que me dieran un cachiporrazo o me clavasen un puñal en la espalda. Pero ocurre que siempre me dicen cosas, o me las digo yo mismo, que los hechos desmienten dos minutos después. Si algún otro de sus criados tiene a mano otro palo en un paragüero, todavía nos quedarán por ver cosas interesantes.

—Usted no pensará que eso haya sido idea mía, ¿verdad? ¡Por Dios, no! Fue cosa de Pepi, del pobre Pepi. Es muy bien intencionado y me quiere mucho, y al mismo tiempo... ¡tan impulsivo! Pero no deseaba lastimarlo, ¿sabe? Sólo asustarlo un poco. Si realmente hubiese querido acertarle, créame... a estas horas sería cadáver. Y explicar un cadáver en mi casa, señor Blake, sería más difícil que explicar la presencia de niñas púberes sin sus ropas. Y hablando de niñas púberes...

—¿Sí?

—Con gran frecuencia oímos —continuó explicando la señorita Yates— que esas ninfas apenas desarrolladas son preferidas sólo por libertinos desgastados u hombres que han dejado muy atrás la flor de sus vidas. La experiencia demuestra que eso no es del todo cierto. Muy a menudo la compañía de mis sobrinas es solicitada por jóvenes y hombres apuestos; por personas como usted. Pero, claro, el propósito real de su visita no es ése, ¿verdad?

—Francamente, las prefiero más maduras.

—Entonces, ¿podemos aclarar por fin cuál es la razón de su visita?

—Sí. Es lo que más deseo.

—Sabía que usted me llamaría hoy; lo sabía antes aún de que se comunicara conmigo por teléfono. No tenía por qué dudar de su buena fe o negarle mi

hospitalidad. Pero lamento decir que de esa hospitalidad usted ha hecho abuso y violencia en la primera ocasión. Ya que ha puesto en práctica un juego tan complicado, señor, sólo puede ser para predicar un sermón o para causarme algún daño irreparable.

Jim la miró seriamente.

—Permítame asegurarle, señorita, que no he perseguido una cosa ni la otra. Deseaba demostrar la veracidad o la falsedad de una cierta teoría; la demostración se ha producido sin mucho esfuerzo de mi parte. Siendo así, lo que hoy ha pasado aquí puede quedar como un secreto entre nosotros. No he visto ni oído nada. ¿Está satisfecha?

La dueña de casa adoptó un empaque muy serio también.

—No, señor Blake. Enteramente satisfecha, no. A mi manera de ver, soy una mujer sincera. No me aprovecho de ningún hombre ni busco ventaja alguna. Que disfruten de todas las sobrinas que yo sea capaz de reclutar en mi familia: ¡buena suerte para todos! ¿Le sorprende que una mujer cuyo pasado se considera dudoso, haga tanto por mantener una fachada de respetabilidad y aún para ser admitida en la buena sociedad?

—No me sorprende. Pero dudo que sea posible.

—Se consigue, señor. *Han habido* casos.

Una vez más la señorita Yates se levantó y se dirigió a la ventana del lado izquierdo, y desde allí se volvió para observarlo.

—Si usted realmente es forastero en Nueva Orleans, como asegura ser, ¿puede ser que el nombre de Yvonne Brissard tenga algún sentido para usted?

—Sí, señorita Yates. Le he oído mencionar más de una vez.

—Entonces, conoce lo que es y lo que ha sido. Tal vez sepa que en los mejores círculos de aquí no es recibida. ¿Usted no supondría, por ejemplo, que pudiese visitar la casa del general Clayton y su esposa, justo aquí enfrente, o que si la visitara, sería allí persona grata?

”Y, sin embargo, debo decirle —prosiguió la señorita Yates sin esperar respuesta—, que la semana pasada, en no menos de dos oportunidades, con mis propios ojos, la vi entrar ahí, admitida sin preguntas ni titubeos. En las dos ocasiones tuve que retirarme de la ventana antes que saliese y no estuve a tiempo de ver su partida. Pero estuvo un miércoles por la tarde y luego la noche del viernes, mientras su coche esperaba en la calle.

”Puedo ir más lejos aún, demostrando que el pasado de una mujer no tiene por qué ser una mancha en su frente. La quinta que la señorita Brissard ocupa desde principios de la primavera le es alquilada por la anciana viuda de Sam Laird, Mathilde de Jarnac, una aristócrata más rancia que cualquiera de los Clayton o los de Sancerre”.

—Sí, he oído eso. Pero...

—¡Por amor de Dios, mi querido señor! ¿Qué es lo que le pasa?

—Nada. Sencillamente, estoy forjando otra teoría.

—En ese caso, por sobre todas las cosas, no se quede ahí parado, cambiándose de un pie al otro y haciéndome muecas. Si pone en duda mi palabra de que esa Cora Pearl de Nueva Orleans visita realmente a los Clayton, hay otros testigos. Y si tiene alguna otra pregunta, hágala por favor.

—Una sola si me lo permite. ¿Conoce usted muy bien a Leo Shepley?

No se podría decir que una pregunta tan sencilla desconcertara a la firme Florence Yates. Pero ésta pareció escrutar el pasado antes de responder.

—Lo conozco muy bien, como él mismo debe haberle dicho. ¡Pobre Leo! ¡Mi querido Leo!

—Entiendo lo de “querido Leo”, si usted insiste. ¿Pero por qué “pobre” Leo?

—Me refiero al ánimo en que lo encontré, señor Blake, cuando lo llamé por teléfono para pedirle referencias sobre usted.

—¿Cuál era su ánimo?

—¿Descubriré, señor, que el tigre va a saltar otra vez? ¿Me está tendiendo de nuevo una trampa?

—Mi palabra de honor, señorita de que no hay ninguna trampa para nadie. Cuando hablé con Leo por teléfono esta mañana, estaba perturbado, pero nada más. ¿Se ha producido algún cambio? Ahora bien, señorita Yates; usted es muy clara. Su peor enemigo, si tuviera alguno, debería reconocer que usted no anda con vueltas. ¿Podría usted describir el ánimo de Leo, quizás en una sola palabra?

—Creo que puedo, señor Blake: estaba suicida. Y no cambio ni una sola coma en lo que quiero decir. El pobre hombre, decididamente, estaba al borde del suicidio.



Al dar las nueve y media en el reloj de un campanario cercano, Jim Blake seguía recorriendo a pasos largos su cuarto del hotel.

Poco más había sacado en limpio de su entrevista con Florence Yates. Tampoco quiso o no pudo explicar qué era lo que había puesto a Leo Shepley en aquel estado que ella calificó de suicida. Jim se marchó poco después. Eran más de las seis y media y había oscurecido cuando volvió al St. Charles. Dejó su coche en la calle Common, cerca de la entrada lateral del hotel, y fue directamente a su cuarto. Alarmado, buscó en la guía el número telefónico de Leo y lo llamó. Pero no hubo respuesta.

Como los padres de Leo habían muerto ambos después de la visita de su compañero, catorce años antes, el ex-jugador de fútbol se había puesto en manos de una tía viuda, quien atendía la casa. Una mucama nerviosa, que atendió el teléfono, informó a Jim que tanto el señor Leo como la Sra. Penderel habían salido aquella tarde y aún no habían regresado. El señor Leo había anunciado que tal vez no volvería a cenar.

Jim tuvo que acomodarse a las circunstancias. Había prometido confiadamente que no se movería de allí, para estar presente por si lo llamaban esa noche. A fin de no alejarse literalmente del teléfono, pidió que le sirviesen la cena en su habitación, comió sin mayor apetito y dio una ojeada a los diarios de la tarde.

No llegaba ninguna llamada de Leo, ni encontró mensaje alguno en el mostrador del conserje. Nada.

Los minutos pasaban con desesperante lentitud y las horas parecían arrastrarse. Jim caminaba y fumaba procurando pensar con razonable coherencia. El rumor del tránsito vespertino subía desde la avenida St. Charles. Faltaba poco para las ocho y treinta cuando el teléfono llamó.

Pero no era Leo.

—¿Señor Blake? —empezó a decir una voz masculina desconocida, aunque no desagradable—. Le habla el otro Clay Blake. Ante todo, con su permiso, me gustaría comenzar despejando un pequeño problema. Vamos a parecer un par de cómicos si un señor Blake habla solamente al otro señor Blake y viceversa. Tantas cosas me ha contado de usted Leo Shepley, que tengo la impresión de conocerlo ya. ¿Qué le parece si usted me llama Clay y yo lo llamo Jim? Sería lo más acertado, ¿verdad?

—Más que acertado, Clay. A todo esto, ¿dónde está Leo?

—Ésa es una de las cosas que quiero tratar. Pero mire, Jim. Hemos convenido que usted me entrevistará mañana, si no he entendido mal. ¿Qué le parece si celebramos la entrevista esta noche y dejamos liquidada esa parte?

—No será necesario, se..., Clay. Me contó Leo que usted no quería ser interrogado por extraños hoy, lo que me parece muy comprensible. De todos modos, es muy amable de su parte el atenderme. Y puede posponerlo sin dificultad.

—Preferiría que no, si para usted es lo mismo. No me sentía del todo bien esta mañana; ahora estoy perfectamente. Poco puedo decirle que no figure en los anuarios deportivos. Pero usted me da la impresión de ser tal como Leo lo describió, y según me dijo es la discreción en persona. ¿Podría venir aquí a verme, ahora?

—Supongo que sí. ¿Dónde está usted?

—En una casa conocida con el nombre de la Villa de Jarnac; cerca del canal St. John.

(Sin duda recibiendo los consuelos de una hechicera cuyas artes la habían congraciado no sólo con Clay Blake, sino con la familia de un veterano general de caballería de la Guerra Civil).

—Leo me asegura que usted conoce la casa —continuó diciendo la voz—, aunque es posible que no sepa cómo dar con ella. Leo...

—Oiga: por una casualidad, ¿no está Leo con usted?

—No. Pero me prometió venir dentro de poco, y quedarse conmigo en calidad de *amicus curiae*. Cuando lo vi por última vez...

—¿En qué estado de ánimo lo encontró usted? ¿Le pareció que en algún modo pensase en suicidarse?

—No estaba de muy buen humor, si quiere que le diga la verdad. Primero tuvo él que levantarme el ánimo a mí; luego tuve yo que hacer lo mismo con él. Creo que lo he conseguido, aunque no podría asegurar nada en lo que concierne a Leo. ¿Pero qué me dice de lo otro, Jim? ¿Puede venir aquí ahora?

—Por supuesto, siempre que esté seguro de que Leo concurrirá también.

—Yo estoy seguro; sí. ¡De eso estoy segurísimo! Por último, en cuanto a la forma de llegar, si usted le dice al cochero...

—No hará falta ningún cochero. Tengo un automóvil abajo, y un plano delante de mí en este momento. Si tomo derecho por la avenida Explanada y doblo hacia la izquierda...

—Ésa es una forma de llegar, sí. Pero hay otra mucho más fácil y sencilla, con la cual no podrá perderse. ¿Tiene un lápiz también?

—Aquí está.

—El Viejo Canal Basin corre de calle Rampart al Canal St. John. Se afirma que van a rellenar el canal y construir el barrio por encima, lo cual significará cambiar los nombres de las calles y eliminar puntos de referencia. Pero no importa; ¡que se rompan los cuernos con eso en el futuro!

Tome el camino que encontrará junto al canal directamente hacia fuera. Justo antes de llegar al Canal St John, ese camino se bifurca. Tome la mano derecha. Verá faroles de alumbrado; distanciados entre sí, naturalmente, pero los hay. Cuente catorce de esos faroles en el lado derecho a partir de la avenida Rouquette. El portón de la ville de Jarnac está apenas pasado el farol décimocuarto del lado derecho. No hay letreros en los postes; pero no puede errar. ¿Está claro?

—Muy claro.

—El trayecto es bastante corto y fácil de recorrer, salvo que el camino en sí no es muy bueno. Si parte dentro de los próximos cinco minutos más o menos, Leo deberá estar aquí cuando llegue, con su Mercer rojo y todo. Leo... ¡Usted comprende, Jim...! ¡Leo!

De pronto la firme voz empezó a desfallecer y temblar.

—¿Qué sucede, Clay? ¿Ocurre algo?

—¡Nada malo, le juro! Sólo que... que...

—¿Que usted necesita más apoyo moral del que creía necesitar?

—Sí, creo que sí... No quiero parecer una vieja llorona. Jim...

—No parecería una vieja aunque se lo propusiese. Quiero sugerirle una cosa. Leo llegará ahí casi al mismo tiempo que yo, tal como usted dice, y hay un farol cerca del portón. ¿Aliviaría la tensión de todos que yo lo esperase allí, y que entremos en la casa juntos, en vez de arremeter contra la puerta como un vulgar cronista detrás de un aviso de incendio?

—No he querido sugerir tal cosa, naturalmente. Pero si usted *puede* hacer eso...

—¡Oh, puedo hacerlo! No hay nada de qué preocuparse; levante la cabeza, alto el mentón. Hasta pronto.

Algo de la excitación o nerviosidad del otro Blake se había contagiado a Jim. Tomó el sombrero y las gafas y, en cuanto al guardapolvo, vaciló entre tomarlo o no, pero decidió que era mejor llevarlo. No había hecho más que empezar a ponérselo, y encontrar en un bolsillo otro par de gafas, cuando sonó el teléfono de nuevo.

—¿Leo...? —Tampoco era Leo, esta vez.

—Le hablo de la portería, señor Blake. Aquí hay una señorita Jill Matthews, que desea verlo. ¿Qué le digo, señor?

—Que haga el favor de esperar. Bajo inmediatamente.

No bajó tan pronto, pues se demoró unos minutos a ensayar las palabras que podría decirle. Luego, cuando el ascensor lo depositó en el vestíbulo, lo que dijo no fue nada de eso.

Jill se hallaba de pie junto a la parte del mostrador de recepción tras de la cual se veía una serie de casilleros numerados para las llaves y la correspondencia. Con su liviano tapado color tabaco, sobre el traje sastre, y en la cabeza un sombrero pequeño, en vez del grande, daba la impresión de estar muy nerviosa. Pero conservaba su aspecto inquietante, peligrosamente seductor.

—Ya sé —empezó diciendo, ella sin hacer frente a su mirada—; me escapé a propósito. No pude evitarlo; era forzoso. ¿Me va a acusar otra vez de conducta misteriosa?

—Es posible que no lo sea tanto. Jill, si una cierta idea loca que se me ha ocurrido resulta contener algo de verdad.

—¿Puedo saber cuál es esa idea loca?

—Completamente imposible de momento. ¿Ha cenado ya?

—Sí, ¡hace años! Estuve discutiendo con una cierta persona; por eso no me he presentado tan serena como debía. Pero es que he pasado el día entero discutiendo.

—También yo, de una manera u otra. ¿Tendría inconveniente en dar un paseo en un auto alquilado?

—Me encantaría. ¿Adónde iríamos?

—A la villa de Jarnac. Acaba de hablarme Clay Blake, quien insiste en que desea verme allí esta noche. Yvonne Brissard, esa talentosa *femme de monde*, parece muy amiga de hacerse notar. ¿Rehúye usted también la presencia de la elegante Yvonne?

—No le tengo miedo, ni me escandaliza. Pero...

—¿Pero qué?

—Nada; es sólo una manera de hablar. ¿Dónde tiene el auto?

—Ahí fuera, en la calle Common. Será mejor que se ponga este guardapolvo; en el bolsillo encontrará un par de anteojos de camino. Debería haber también un velo, que pueda atarse por encima del sombrero y por debajo de la barbilla, pero...

—No me hace falta en absoluto; puedo usar mi chalina —dijo Jill, indicando por señas la entrada lateral—. ¿Salimos por ahí?

—Y a eso seguirán indicaciones bastante complicadas. De la calle Rampert, tomaremos por una especie de camino llamado del Viejo Canal Basin. Pasada la avenida Rouquette, empezamos a contar los faroles del lado derecho. ¿Pero cómo se hace para encontrar el Viejo Canal Basin?

—No se preocupe; yo le indicaré el camino. Ni siquiera necesitaré contar los faroles. Sé dónde está la casa. Este guardapolvo me queda enormemente grande, pero ha sido una gran idea facilitármelo. Si me ayuda a ponérmelo, Jim...

Dejando detrás el ruido de pisadas y los murmullos del vestíbulo bastante concurrido, salieron a desafiar la brisa nocturna, que afortunadamente era bastante templada. Tenían la vaga sensación de ir al encuentro de una aventura.

Aunque demoró un poco en encender los faros delanteros y las luces laterales; el motor del Chadwick entró en funcionamiento a la primera vuelta de manija. El coche avanzó por la calle Common, luego la de Carondelet y después cruzó Canal, bajo la pálida luz de los faroles, hasta que Jill dijo que debían doblar.

A las seis cuabras por la calle Rampart, nuevamente en el viejo barrio francés, doblaron hacia la izquierda. North Basin, corazón de una Storyville plena de palpitante vida nocturna clandestina, quedó también atrás.

Sería inexacto decir que pronto estuvieron en campo abierto. Pero se tenía la sensación de estar en campo abierto. A pesar de los saltos ocasionados por baches, a pesar de las oleadas de polvo que absorbían, la sensación de soledad y aislamiento se agudizaba a medida que Jim avanzaba más hacia el noroeste en medio del fuerte viento nocturno.

Casi perdida dentro del voluminoso guardapolvo, con el rostro desfigurado por las gafas, al principio Jill habló muy poco. Él, por su parte, percibía intensamente su proximidad física. Y la joven, a su vez, dejó traslucir, no en forma de miradas ocultas, sino de leves movimientos, que también tenía conciencia de ello.

—Ya no estamos lejos del canal —dijo ella luego de un rato de marcha, y algo más tarde agregó—: Acabamos de pasar la avenida Rouquette. Siga por la derecha. El camino describe una curva ancha; verá (o percibirá apenas) grandes casas construidas al fondo del terreno y separadas entre sí. También están los faroles de que le hablaron, pero...

—Faroles callejeros a ambos lados —dijo Jim—, determinando a izquierda y a derecha. Parecerían estar a cientos de metros uno de otro, aunque no es posible que se hallen tan separados. Voy a hacer la prueba de acelerar un poco.

El motor siguió bramando bajo el palio oscuro. El viento silbaba en la bufanda de Jill y empujaba oscuros nubarrones a través del amarillento disco lunar.

—No sólo parece remoto y romántico —declaró la joven—, sino que sería remoto y romántico si no diera tanto miedo de noche. ¿En qué está pensando?

—Esto parece el sitio y el momento adecuados para una cita literaria. Frente a esta visión, mi estimada señorita, una cita de Swinburne se impone, es casi imperativa. Pero hagamos otra prueba en cambio.

*“When the night wind howls in the chimney cowl,
and the bat in the moonlight flies,
and inky clouds, like funeral shrouds,
sail over the midnight skies —
When the footpads quail at the night-bird’s wail
and black dogs bay the moon,
then the spectre’s holiday —
then is the ghost’s high noon!”*^[27]

Jill se incorporó en su asiento.

—Jim, ¿qué es esto? Me parece que lo he escuchado alguna vez, pero no podría decir que me gusta. Determinar a quién pertenece la cita es cosa diferente. ¿Qué poesía es ésta?

—No diría que fuese de Gilbert y Sullivan, ¿verdad?

—¿Es de Gilbert y Sullivan?

—Sí. En el segundo acto de *Ruddigore* lo canta el espectro de *Sir Roderic Murgatroyo*, uno de los más viles barones del castillo *Ruddigore*. Por supuesto, nadie pretendió que tomásemos muy en serio el pasaje. Luego de prevenir a sus espectadores que las correrías de fantasmas y espectros deben concluir al canto del gallo, *Sir Roderic* termina diciendo:

*“And then each ghost with his ladye-toast
to their churchyard beds takes flight,
with a kiss, perhaps, on her lantern chaps,
and a grisly, grim “good night”;
till the welcome knell of the midnight bell
rings forth its jolliest tune...”*[28].

—¡Basta! —gritó Jill—. Es posible que eso se escribiese para una ópera cómica, pero el cuadro que conjura es horrible. W. S. Gilbert posee una imaginación realmente diabólica, ¿eh?

—Poseía —la corrigió él— realmente una imaginación perversa, Jill. Recuerde que murió el año pasado, luego de haber salvado a una joven de perecer ahogada en su lago particular de *Grimsdyke*. Él también es un espectro ahora, y sabe todas las respuestas. ¡Ojalá nosotros también...! ¿Qué señas me está haciendo?

—A la izquierda, acabamos de pasar frente a *Sunnington Hall*, la mansión de *Sam Laird*. *Sunnington Hall* y la villa de *Jarnac*, a la derecha, son las únicas casas que existen en el próximo cuarto de milla. En un santiamén estaremos en villa de *Jarnac*; ¿no convendría disminuir la marcha?

Jim ya había empezado a disminuirla. También venía contando los faroles.

Justo después de pasar el décimocuarto farol del lado derecho, tal como rezaba la indicación, por encima de una baja pared de rústica se elevaban dos postes de piedra, sin verja entre ellos. Al final del caminito de pedregullo, metida algo dentro, más allá de robles siempre verdes festoneados de barba española, se erguía una sólida casa blanca con columnas de este mismo color.

—¿Por qué nos detenemos aquí? —preguntó Jill.

—Aquí es donde esperamos a *Leo Shepley*. Pero no es que nos detengamos exactamente, nos detendremos ni un minuto. Avanzo un poco más, como puede ver, y luego retrocederé, para ponerme de frente a la dirección de la cual vinimos. Si logro ejecutar la maniobra sin que se pare el motor... Ahora marcha atrás, ¿ve?... Fíjese en esta curiosa palanca... ¡Bueno, ya está!

—¿Entiende ahora, Jill? *Leo* debe aparecer de un momento a otro con su *Mercer* de carrera. Él no puede saber que yo lo espero para que me presente a mi tocayo con la debida formalidad, y además no deseo que pase de largo con sus ronquidos sin tener la ocasión de advertirle mi presencia.

Jill no protestó; ni siquiera preguntó por qué debían esperar. Aunque la luz del próximo farol no era muy fuerte, su intensidad bastó para que Jim pudiese ver los ojos de la joven cuando ella se quitó las gafas y se inclinó un poco hacia él.

—¿Luego, nos quedamos aquí?

—Un momento, sí. Sólo que voy a dejar el motor en marcha. Allá, Jill, por donde hemos venido, antes de la curva, puede divisar los postes del cerco de la casa de la señora Laird junto a la luz de otro farol. Si no me confundo, ahora a nuestro lado derecho tenemos el canal.

—¡Por supuesto!

—En cuanto a la otra casa, que tenemos ahora a nuestra izquierda: por mala fama que tenga, la villa de Jarnac, al menos es imposible que en ella habiten fantasmas.

—¿Por qué es imposible?

Con su mano izquierda, Jim apuntó hacia más allá del hombro derecho de Jill.

—No se ve ni una luz en el frente de la casa. Pero, ¿alcanza a ver eso que parece un galpón, con uno de los extremos abiertos y un techo en punta, construido directamente contra el lado izquierdo de la casa y con un extremo angosto hacia nosotros? Allí hay una lámpara eléctrica encendida, tal vez dos o tres. No se ve gran cosa en el interior del galpón; está retirado hacia el fondo y en medio hay muchos árboles. Pero está bien iluminada la curva del camino, por donde se va a la casa. Los fantasmas y las luces eléctricas son incompatibles; no se mezclan.

Jill que había torcido el cuello para mirar, volvió la cabeza otra vez.

—Eso que usted llama un galpón abierto con techo en punta —le informó— fue en otro tiempo el pasadizo hacia un autódromo particular situado a los fondos de la casa. Un poco digno, dignatario criollo, que se llamaba Guy de Jarnac, la construyó hace años. El frente está abierto, sí; en la parte trasera se puso una complicada puerta de dos hojas que podía abrir dramáticamente cuando él entraba a su autódromo privado con un auto nuevo. Pero no entiendo para qué existe esa lámpara allí. El camino de entrada al autódromo no se usa actualmente; la puerta de dos hojas está cerrada con llave y atrancada. El establo se encuentra al otro lado de la casa, y es sabido que su famosa Yvonne no tiene automóvil, sino coche de caballos.

—Jill, ¿cómo es posible que usted esté tan enterada de esas cosas?

—En primer lugar, porque nadie puede vivir en Nueva Orleans sin oír todo lo que hay que oír. En segundo lugar, porque... —y en este momento se detuvo brevemente—. Jim, ¿por qué se siente impelido a citar a Swinburne cuando está conmigo?

—¿De veras quiere que se lo explique?

Jill levantó la vista y habló despacio.

—Por favor, explíquemelo, si quiere. Quizás parezca un poco perdida y fantasmal en este lugar del mundo. Pero estamos solos, ¿sabe?, y nada nos impide hacer nuestro gusto. No puede producirse ninguna interrupción como las que tienen lugar en un tren. ¿Qué es ese ruido?

Eran estampidos de un motor con el escape abierto. Los dos vieron un auto que se aproximaba desde el lado de la ciudad, desplazándose con apreciable rapidez, aunque no a toda velocidad. Aun a la distancia y detrás de sus faros delanteros, era fácil reconocer al Mercer de carrera con adornos de bronce. Menos ciertamente, Jim vio, sin el más mínimo lugar a duda, la figura fornida con guardapolvo y gafas, que ocupaba el asiento del volante. Para protegerse del viento, el Mercer tenía solamente un panel curvo de cristal, apenas mayor que la cabeza de un hombre, colocado encima de una varilla vertical puesta a su vez sobre la barra de la dirección. Pero la atención de Leo estaba al parecer concentrada con una especie de helada fijeza y entonces apareció otro auto.

Cuando el Mercer pasó velozmente por la casa de Mathilde de Jarnac Laird, de entre los postes de la entrada de Sunnington Hall surgió la esbelta figura de un Cadillac de cinco asientos en el cual viajaban dos personas. Su conductor, que no usaba gafas ni vestía guardapolvo por encima del uniforme, debía ser Raoul, el chofer de Peter Laird. Raoul se incorporó detrás del parabrisas.

—¡Señor Shepley! —dijo a gritos, con voz tan fuerte que llegó a Jim y Jill, en el Chadwick—. ¡Señor Shepley! —y luego agregó—; ¡Lo que está por hacer no lo haga! Dice el señor Peter...

El Mercer aumentó su velocidad. Raoul se volvió como si quisiese recibir instrucciones del pasajero del asiento posterior, quien necesitaba antiparras y guardapolvo porque la capota no estaba levantada. Lo que fuesen tales instrucciones se vio claramente en el acto; el Cadillac, con su arranque mecánico, se lanzó inmediatamente en persecución del Mercer.

En cuanto éste aminoró la velocidad a la entrada de la villa de Jarnac, convertido en un monstruo rojo con su escape atronando al máximo, Jim se sacudió el polvo de su ropa y se irguió.

—¿Qué te pasa, Leo? ¡Te habla tu antiguo compañero! No te pongas nervioso, ¿quieres? Tómallo...

Se levantó una mano en dirección a Jim, como para hacerlo callar. Fuera de esto, el monstruo mecánico no le hizo más caso a Jim del que había hecho a Raoul. Penetró como un bólido por entre los postes y avanzó por el camino en dirección a la casa.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —gritó Jill—. ¿Se ha... ha vuelto loco o algo así? ¿Qué le sucede?

No hubo tiempo para averiguarlo. Los ocupantes del Cadillac gris, ahora claramente tan decididos como el propio Leo, se lanzaron tras de sus huellas. Cuando el Cadillac pasó entre los postes, Jill volvió a hablar.

—Ni siquiera se dirige hacia la puerta principal de la casa —exclamó—. Va derecho por el acceso de la izquierda. Si aquellas grandes puertas todavía están cerradas, y no disminuye la velocidad...

No la disminuyó.

Rechinaron la grava y saltó bajo las ruedas al describir la curva. El Mercer de dos asientos desapareció adentro del cobertizo y luego en la oscuridad de la noche, se percibieron dos ruidos, en rápida sucesión.

El primero, que no había manera de confundir con los ruidos propios del automóvil, sólo pudo haber sido un tiro de revólver bastante grande y disparado en un interior. El segundo, que se sobrepuso a todos los demás ruidos, anulándolos, fue el de un estrépito metálico tremendo.

Jim contempló a su compañera, encogida en el asiento. Por suerte el motor del Chadwick no se había detenido; Jim hizo el cambio y avanzó por el camino, aunque no a la velocidad criminal de los otros dos automóviles. Una escalofriante intuición le decía que poca utilidad podría prestar. Como quiera que fuese, el auto de Peter Laird amenguó su velocidad antes de seguir al Mercer hacia el interior.

En un espacio despejado ante el pórtico de la villa de Jarnac, el camino interno se bifurcaba. Una de las ramas contorneaba el lado derecho de la casa, presumiblemente hacia una caballeriza. Por el rabillo de un ojo, al aproximarse, Jim advirtió otro automóvil con su chofer. Era un Peerless, como el que había tenido en su casa; aguardaba con el motor frío y los faros apagados, al otro lado de la villa, mirando hacia fuera bajo el disco amarillo de la luna.

Pero esto lo captó sólo por el rabillo de un ojo. En ningún instante dejó de observar fijamente la otra derivación del camino y la fea estructura del galpón a que conducía, donde una lámpara lanzaba su lúx sobre la grava.

Deteniendo el automóvil apenas un poco antes del sitio en que Jill podía echar un vistazo al interior del galpón, paró el motor, se descolgó al suelo por un costado, mientras Jill se descolgaba por el otro, y dio un rodeo por delante para juntarse a ella.

—¡Quédese donde está! —le dijo—. No trate de entrar ahí. ¡No mire siquiera! Tal vez, si las circunstancias no lo hiciesen indispensable, yo tampoco entraría. Tengo miedo que... No entraré, ¿verdad?

—Jim, ¿por qué se secó?

—¿Me sequé...?

—Sí. Dijo “tengo miedo que” y se detuvo, como si de pronto se le hubiese ocurrido algo nuevo. ¿Por qué?

—Me paré en seco, Jill, porque no sé a ciencia cierta qué es lo que temo. ¿No entraré? ¿Me lo promete?

—¡Claro que no entraré, ya que usted me lo pide!

Pero Jim, no sabía qué era lo que temía. Y lo encontró.

El galpón era espacioso, aunque no alto, y tenía forma rectangular, con unos seis metros de ancho y poco más de nueve de largo. Aunque no había ventanas, su techo en punta estaba hecho casi exclusivamente con pesados cristales cuadrados, sucios y descoloridos. Las paredes interiores, estucadas de blanco como tantas paredes externas de la vecindad, también estaban deslucidas por el tiempo y el descuido. El piso era de concreto.

A lo largo de la pared izquierda, Jim vio una media docena de pesebres de madera, más o menos en la disposición corriente y del tamaño habitual. Un pesado banco de trabajo, abandonado de mucho atrás, sin herramientas ni útiles, ocupaba la mitad de la pared. Contra la blanca pared revocada del fondo, una sólida puerta de roble labrado, de dos hojas, todavía con restos de una barra de madera en su zócalo, se erguía por encima de la escena en ruinas. Vigas oscuras cruzaban lo que debió haber sido el cielo raso si el pico del techo no estuviese por encima. Mediante un cable de electricidad, de la viga del centro, pendía una lamparita Mazda de mil bujías, que lanzaba su luz amarillenta por entre su jaula de alambre.

El Cadillac gris, completamente vacío a no ser por la manta rodillera en el baúl trasero, había entrado mucho, casi hasta lo que yacía más allá. Jim lo pasó y se detuvo.

El Mercer de Leo, muy maltrecho, había avanzado en sesgo hacia la puerta, haciendo astillas la barra que la atravesaba y destrozando también parcialmente la hoja derecha de la puerta, sin arrancar ninguno de sus goznes. En el suelo, hecho pedazos, un faro delantero; lo que quedaba del otro estaba aplastado entre los hundidos guardabarros delanteros y el retorcido capot. Por lo menos no se había producido incendio.

Leo, con sus gafas y el guardapolvo hecho trizas, la gorra de *tweed* torcida y fuera de sitio, yacía en el suelo a la derecha, bajo el asiento del conductor. Tenía la mejilla izquierda sobre el piso; por encima de la derecha, que quedaba a la vista, y apenas un poco por debajo, la gorra y la cinta elástica que sujetaba las gafas, una fea mancha negra, de pólvora, señalaba el sitio por donde una bala le había entrado en la cabeza.

Raoul, el chofer, un hombre corpulento y bastante joven de mandíbula azul, estaba arrodillado al lado de Leo. Peter Laird, tan sorprendido y conmovido que apenas podía tenerse en pie, había retrocedido hasta el banco de carpintero, en mitad de la pared derecha. Al oír los pasos de Jim, el chofer levantó la vista.

—Es mejor que no lo toque, señor. Se ha ido.

—Sí, se ha ido —asintió Peter Laird.

Con una especie de histeria contenida, Peter se despojó bruscamente de las gafas (no llevaba sombrero) y las tiró sobre el banco.

—Hay pocos hombres en este mundo que se puedan respetar, ¿no? —dijo—. Pero respetar de verdad, y seguir con admiración. ¿Entiende lo que quiero decir? Leo era uno de ellos; realmente de los buenos. Hubiese hecho *cualquier cosa* por él.

Luego exclamó bruscamente:

—¡Y ahora se ha ido! ¡Se ha ido para siempre! ¿Y eso es todo lo que podemos decir de él, Dios mío?

—¡Señor Peter! Su mamá...

—Le va a dar un ataque, ¿no? ¡Siempre le dan ataques! Sin embargo, espere un minuto.

Jim, que también se sentía un poco enfermo, ya se había quitado los anteojos y el sombrero. Por primera vez Peter pareció verlo y esforzarse por centrar sus pensamientos, con cierta cordura.

—¡Vean un poco! —dijo—. ¿No es usted el hombre que estaba en la oficina de Alec esta mañana? ¿El de la revista de *Harper*?

—Sí. Yo...

—Pues bien, publique esto. Decían que podía suicidarse: muy bien. Yo no lo creí, no podía creerlo. Por nada del mundo lo hubiera supuesto capaz de *querer*!

—¿Capaz de qué?

—¿Qué le parece? De todos modos, muchos lo hacen; se oye decir continuamente. Se envenenan, se acuchillan el cuerpo antes de tirarse al agua desde un puente. Él entró a una velocidad endemoniada, siempre andaba como una furia. Justo un segundo antes de chocar con la puerta, sacó el revólver de su bolsillo y...

Pero Peter paró en seco.

—No puedo pensar bien, ¿verdad? Podríamos decir que eso es lo que hizo; podemos jurar en un tribunal que así fue. ¿Pero, si es realmente lo que hizo, dónde está el revólver con que lo hizo?

—Yo iba a preguntar lo mismo —apuntó Jim rápidamente—. ¿Dónde está el arma?

—Aquí no se ve, ¿no es cierto? Usted no la ve por ningún lado. Si se ha matado él mismo, tiene que estar aquí, ¿no? Y, sin embargo...

Raoul, que podría ser definido como una cierta influencia niveladora, se dirigió hacia el joven y lo miró de frente.

—En su lugar, señor yo no me pondría tan nervioso. Podría ser que lo haya tirado, y lo encontraremos. De aquí no se puede salir más que por el frente y por ese lado no ha salido nadie. Tampoco hay lugar en que ocultarse, y el señor Shepley era el único que estaba aquí, cuando llegamos. Si no tienen inconveniente, señores, todos podríamos bajar un poco la voz. Alguien camina sobre la grava ahí fuera; parece que vamos a tener visitas.

Todos miraron hacia el frente.

En el espacio iluminado entró en ese momento con paso tranquilo un hombre de cara ancha y edad mediana, con sombrero hongo y un impermeable que no necesitaba. Una mirada indolente y cavilosa parecía contradecir la agresividad de su erizado bigote amarillo. A pocos pasos de distancia venía otro hombre, éste sin sombrero. Tenía más o menos, la misma estatura y cuerpo de Jim, pero más clara la piel y más rubio el cabello.

Cuando los ojos del primer recién llegado enfocaron inesperadamente la figura que yacía junto al auto chocado, pareció que su expresión indolente cambiaba un poco.

—Me llamo Trowbridge —dijo—, teniente Trowbridge, soy de la policía. ¿Qué pasa aquí?

Entonces habló el segundo hombre.

—Yo me llamo Blake. Soy Clay Blake —dijo con voz que Jim no había escuchado hasta ese momento—. Y también desearía una respuesta a esa misma pregunta.



Apenas una hora después, contra el mismo fondo de blanco revoque sucio, los dos Blake, Clay y Jim, mantuvieron su primera entrevista, y por primera vez hablaron privadamente.

Una llamada telefónica de la villa de Jarnac había provocado la intervención policial. Después que se tomaron medidas y fotografías con *flash* desde varios ángulos, el cadáver de Leo fue retirado y llevado a la morgue. El teniente Zack Trowbridge no resultó un tipo difícil y trató a Jim de una manera extraña que éste más tarde no pudo entender. Interrogó primero a todos sus testigos juntos, en el camino de acceso. Pero luego decidió que lo mejor sería interrogarlos separadamente.

—Tratándose de la policía —había comentado el teniente Trowbridge—, no creo que la dueña de casa tenga mayores inconvenientes para que use de momento una de sus habitaciones. No hizo mucho alboroto cuando le pedí permiso para hablar por teléfono. Caminen adelante, ¿quieren?

Una fornida y grave mulata, que dijo llamarse Sra. Emelina Peabody y se presentó como el ama de llaves de la señorita Brissard, los recibió en el vestíbulo de la villa de Jarnac. Se reveló que la señora de la casa no estaba. Esto fue explicado por la señora Peabody, por lo menos parcialmente.

En la terminología de la Sra. Peabody, su patrona era siempre “la señorita Brissard”, mientras llamaba “Señor Clay” a James Claiborne Blake. El teniente Trowbridge tomó nota del relato que hizo.

El lunes 7 de octubre —dijo el ama de llaves—, el señor Clay partió de Nueva Orleans para ocuparse de algunos asuntos de negocios y concurrir a una conferencia política que se realizaba en Nueva York durante el fin de semana. El miércoles la señorita Brissard, partió a su vez, para visitar unos amigos en Mobile, Alabama. La señorita Brissard fue acompañada sólo por su “secretaria social”, sin siquiera una doncella, y dejó su valioso carruaje de caballos para que se los tuviesen “en pensión”, en una caballeriza de la calle Dumaine. Aunque la esperaban de vuelta, justamente este día, unos ocho días después de su partida a Alabama, hasta el momento la Srta. Brissard no había regresado.

Esta declaración no cuadraba con cierto testimonio, verdadero o falso, que Jim había escuchado esa tarde. Pero no hizo ningún comentario.

La señora Peabody condujo entonces al teniente Trowbridge a un cuarto situado detrás del salón de entrada, cuarto que evidentemente no se utilizaba nunca y donde

quizás no entraba ni aún la misma señorita Brissard. Era un gabinete masculino, sin duda el cuarto privado del difunto Guy de Jarnac, lleno de sillones de cuero, cuadros deportivos y fotografías de los primeros automóviles.

Allí el teniente Trowbridge interrogó separadamente primero a Raoul, luego a Peter Laird, después a Jim y finalmente a Clay. A Jill Matthews, tan poco ostentosa que al propio teniente Trowbridge le pasó inadvertida o poco menos cuando se cruzaron afuera, en el sendero, dijo que la interrogaría después, ya que “nuestro distinguido escritor neoyorquino” podía proporcionar la crónica.

El interrogatorio de los cuatro hombres suscitó una especie de pequeño altercado, cuyos ecos se oyeron en la habitación contigua. Finalmente el teniente Trowbridge abrió la puerta y dio paso a Clay Blake.

—¡No tiene sentido! —exclamó delirante—. ¡Todo este maldito asunto no tiene ningún sentido! Ahora quisiera hablar otro poco con el joven Peter y ese chofer. ¿Dónde está? ¡Ah! En cuanto a ustedes dos, caballeros —y la mirada del oficial se detuvo en ambos Blake—, no los voy a necesitar, por el momento, al menos. Pero no se alejen mucho, ¿quieren?

—¿Podría —preguntó entonces Clay Blake, dirigiéndose a Jim— hablar unas palabras con usted? Creo que estaremos mejor allá en el galpón. No es el sitio que elegiría ninguno de nosotros dos, pero desde allí puede oírse a cualquiera que se acerque, y esto es muy importante. Tengo que atender una cosita aquí, pero no tardaré más de un minuto. Siga por el camino que lleva al autódromo, si es que puedo pedírselo; yo lo alcanzaré antes que llegue.

Y así fue como, casi una hora después de la llegada, un tanto misteriosa, del teniente Trowbridge, los dos Blake se encontraron para hablar privadamente.

Aunque el estropeado Mercer de Leo seguía allí, el Cadillac gris había sido retirado del camino. Aparte del coche maltrecho, no quedaba ningún rastro de Leo. Pero Jim lo tenía grabado, tendido allí, con su guardapolvo de hilo desgarrado pero limpio, cuando Clay Blake, llegó al lugar casi antes de cumplirse el minuto. El rubio y alto candidato al Congreso parecía seguir las ideas de Jim. Evidentemente, eran también las suyas.

—Esto es una cosa horrible, ¿verdad? Cuando uno recuerda a Leo, tan lleno de energía y de empuje, bebiendo la vida como un cóctel y disfrutando de cada sorbo... cuesta trabajo representárselo abandonando este mundo en la forma en que lo hizo.

—De acuerdo.

Imaginativo, prudente, con un traje sencillo pero de excelente corte, Clay caminaba de un lado a otro bajo la luz intensa y el techo de cristal. Luego se recostó en la mesa de trabajo, con la mano izquierda en un bolsillo y la derecha en alto.

—¿Pero podemos quedar de acuerdo acerca de un punto? Se lo dije cuando usted estaba declarando ante Zack Trowbridge aquí en este galpón; quería estar seguro que mi pensamiento quedó bien claro. ¿Acepta usted el hecho de que yo no le telefoneé

esta noche ni lo invité a concurrir a ningún sitio, aunque no me contraría tener a mano un aliado? ¿Quiere admitir eso?

—Sí. La voz que escuché por teléfono era fuerte casi todo el tiempo, pero no se parecía gran cosa a la suya. La suya es más densa, mejor modulada, la voz de un hombre que habla mucho en público, como usted.

—Bueno, pero no era mi voz la del teléfono. Puedo demostrar que esta noche no he llamado a nadie por teléfono. Y sin embargo... sin embargo...

Volvió a meditar antes de enderezarse.

—El que se hizo pasar por mí sabía más que el diablo. Sabía que usted y yo no nos conocíamos personalmente. Pero además dijo a usted, al menos en parte, tan exactamente lo que yo pensaba y sentía en ese momento, que *pude haber sido yo* en el cuerpo de otro. Por ejemplo...

—Sí.

—Por ejemplo, eso de que usted me llamase Clay y yo lo llamaría Jim. Después de tanto como he hablado con Leo, se me había ocurrido a mí; podemos hacerlo. Y eso de que volvía a ser dueño de mí, dispuesto a dar la cara a cualquier cosa, pero vacilante cuando llegó el momento crucial. O decir que me parecía que podía confiar en su discreción y no tenía inconveniente en que nos viésemos. Aunque yo nunca hubiese hablado para proponer una entrevista aquí, me pareció lógico o creí que así me parecía. Leo no esperaba estar disponible esta noche; él nunca quiso aparecer cuando pensó que yo estaría con Yvonne. ¿Cuándo lo habló usted por última vez?

—A eso de las once de la mañana, me habló a la oficina del diario. Me dijo que usted pasaría las últimas horas de la tarde en la villa de Jarnac, pero no me informó que la señorita Brissard estaría ausente de la ciudad.

—Leo no lo sabía. Tampoco lo supe yo hasta que vine aquí sin siquiera molestarme en avisar por teléfono, y recibí la nota que ella me dejó en manos de la tía Emmelina.

—¿Me permite una o dos preguntas acerca de eso?

Clay hizo un gesto magnánimo.

—Mi estimado amigo —dijo—, ¡haga cuantas preguntas se le ocurran! Todo este asunto, que tanto me he esforzado por mantener en secreto, estará en exhibición en la vidriera de D. H. Holmes. Y no me importa; he llegado a una conclusión. En realidad, si no fuese por el hecho brutal e ineludible de lo que ha ocurrido al pobre Leo, yo podría tirar el sombrero al aire y aplaudir. Cuando pienso en lo vilmente que he tratado a una de las mujeres más interesantes del mundo, confiado en que estuviese a mi entera disposición las veinticuatro horas del día, comprendo que debería ser sacado a patadas desde aquí a Bâton Rouge.

—Voy a ser absolutamente franco, Jim. Salvo un pequeño asunto, que en seguida usted mismo convendrá en que es mejor que me reserve por ahora, no pienso ocultar nada. Hasta le contaré qué es lo que ha estado a punto de volverme loco. En una palabra: confiaré en su discreción, como Leo me dijo que podía confiar. En cuanto a

Yvonne, sin embargo, no importa un comino si puedo o no confiar en usted. ¿No fue el duque de Wellington quien dijo: “Publica y que te condenen”?

—¿Se refiere al asunto de Harriette Wilson?

—Sí, la famosa Harriette, si la memoria no me falla, le escribió insinuando que a él tal vez le conviniese pagarle una suma considerable para que su nombre no apareciera en sus memorias. Y el vencedor de Napoleón contestó: “Estimada Harriette, publica y que te condenen”. ¿Es así?

—Sí, me parece que tiene razón.

Clay Blake daba vueltas nervioso, de un lado a otro del galpón. Luego retrocedió. Todavía con el índice levantado para dar más peso a sus palabras.

—Pero estoy dispuesto a apostar cualquier cosa —continuó— a que el vencedor de Napoleón jamás fue acusado de tener relaciones con niñas que apenas pasaron los diez años o que no habían llegado a la feliz etapa de la adolescencia. Son los argumentos de que se valen contra su seguro servidor unos malditos intrigantes; pronto se enterará de las calumnias que han maquinado. Si ESO llegara a publicarse, o tan sólo se hablara de ello, podría decir adiós a mi carrera política o cualquier otra clase de carrera.

Nuevamente Clay cruzó al otro lado del cerco, y miró de reojo la hilera de establos que se veían contra la pared izquierda, antes de girar en redondo.

—Según creo —agregó, con cierta inconsecuencia—, el viejo Guy de Jarnac tenía aquí hasta seis automóviles, en fila para poder revisarlos como si fueran caballos... Pero, a todo esto, usted no quería preguntarme nada acerca de mi libertinaje con niñas casi núbiles, ¿verdad? ¿Qué deseaba preguntarme?

—¿Cuándo fue la última vez que usted habló con Leo?

—Me telefoneó un poco después de la una, más o menos dos horas después de haber hablado con usted. Dijo que ya se habían comunicado.

—A las once o cosa así —explicó Jim—, me confesó que había estado muy preocupado por algo que tenía que ver tanto con él como con usted, pero no explicó de qué se trataba. ¿Advirtió usted alguna inclinación suicida en Leo, dos horas después?

Clay sacó un atado de cigarrillos y jugó con él un momento antes de volver a guardárselo.

—Exactamente suicida, no. Lo advertí más enojado y confuso que ninguna otra cosa; la palabra que yo emplearía es “hirviente”. Pero que esto podría fácilmente conducir al suicidio, lo admito. ¿No ha oído lo que Peter Laird estuvo diciendo aquí, justo cuando apareció de pronto el brazo de la ley y nos obligó a entrar para llevar a cabo sus interrogatorios individuales?

Jim lo observó detenidamente.

—Dejemos en la reserva ese aspecto, por el momento —sugirió—. Ahora bien, según lo que nos dice el ama de llaves, la señorita Brissard está fuera de la ciudad

desde hace una semana, y usted lo acepta. ¿Está seguro de que la dama en cuestión está realmente fuera de la ciudad desde el miércoles?

—¡Claro que estoy seguro, Jim! ¿Qué le sugiere semejante pregunta?

—Ocurre, Clay, que otra testigo afirma que ella ha andado mucho por la ciudad. En dos ocasiones (el miércoles por la tarde y el viernes poco después del anochecer) visitó al general Clayton y su esposa, en la avenida Explanada, y esto, repitiendo palabras textuales, mientras “su carruaje esperaba en la calle”.

Clay lo miró a los ojos.

—Su testigo —replicó— se equivoca o miente, y si miente, lo hace escandalosamente. Yvonne partió de aquí el miércoles por la mañana; lo dice en la nota que me dejó.

Se revisó rápidamente los bolsillos, buscando la nota.

—Parece que ahora no la tengo encima —dijo al cabo de un instante—; debo haberla dejado en casa.

”Pero afirmar que tenga algo que ver justamente con ese particular matrimonio, Jim —prosiguió— no sólo es un error: por encima de todo, es el mayor absurdo que puede concebirse. Yvonne, *mi* Yvonne, es tan enemiga como yo de alternar con gente presumida. No quiero decir exactamente que el general y su media naranja sean demasiado estirados, sobre todo ‘la Bruja Tom’. Sospecho que usted me entiende. Pero yo no entraría allí ni para hacer preguntas. Actualmente, en general no sentimos hacia los yanquis la misma animosidad que siente esa pareja. En fin, ¡cómo será la cosa que en boca de todos circulan aleluyas y coplas hirientes!”.

—En fin, usted, como quiera que sea, es yanqui y le conviene mantenerse lo más alejado que pueda del glorioso general. Es posible que haya pasado bastante los ochenta, pero no se olvida que, como militar del arma de caballería, sólo dos oficiales lo aventajaron. Todo lo cual —agregó el abogado y candidato al Parlamento, golpeando su puño derecho cerrado en la palma de la mano izquierda— es ajeno tanto a nuestra finalidad como a las pruebas. Sin embargo, como usted sabe, no es que me aparte del tema intencionalmente. ¿Tiene alguna otra pregunta, más estrictamente vinculada al asunto, para hacerme?

—Sí, dos más. La primera es muy sencilla. ¿Podría describirme a la señorita Yvonne Brissard?

—¿Que si yo... qué?

—Que me describa sencillamente su aspecto, en la forma más simple que pueda.

—Recuerde que yo no soy testigo muy imparcial ni objetivo.

—Nadie espera que lo sea. Suponga que ella está perdida en una ciudad extraña y que usted quiere que se la encuentre. ¿Cómo la describiría?

—¡Bueno! “¿Es éste el rostro que provocó...?”. No, perdón. Nada de pugilatos poéticos. Es más bien alta, para ser mujer; me llega más o menos a los lóbulos de mis orejas. El cabello de un castaño tan oscuro que parece negro. Los ojos color azul claro, y una sonrisa que... Pero eso tampoco le interesa a usted. ¡Ah, otro detalle, con

finde de identificación! En la parte superior y hacia afuera, de su ceja izquierda, tiene un lunar pequeñísimo: nada que la desfigure en lo más mínimo, sino más bien una de esas claves de belleza que tanto encantaba lucir a las mujeres hace unos años. No sé qué otra cosa podría explicarle...

—No hace falta explicar nada más. Lo que acaba de decir es suficiente para la finalidad que persigo.

—Bien, si esto es estrictamente necesario, y su asentimiento parece demostrar que así lo jura, ¡santas y buenas! Y ahora —dijo Clay, aspirando profundamente—, ¿cuál es su segunda y última pregunta?

—Esta es más difícil de contestar. Se refiere al hecho de que usted mismo estuviese en el tren de Nueva York en que viajábamos Leo, Jill y yo, sólo que en el vagón diecisiete detrás del nuestro. Pero esto parece una de esas preguntas de tribunal que se deben formular con tantos rodeos que al fin suenan como toda una andanada.

—Sigo a su entera disposición, Jim. Dígalo como mejor le parezca.

—Bien. A eso de la medianoche del día lunes, estábamos los tres en el compartimiento de Leo, el que llevaba la letra A del vagón dieciséis. Conversábamos sobre la posibilidad de que algún enemigo suyo pudiese estar maquinando algo en su contra, y lo que debiéramos hacer si tal maniobra se intentaba. Repentinamente Leo tuvo una inspiración. Dijo que creía saberlo: formuló ciertas referencias a un juego perverso, pero sin darnos el menor indicio de lo que pudiera ser. Nunca lo traicionó a usted de ninguna manera, Clay, y tampoco lo hubiese hecho.

—¿Supone que yo no lo sé?

Para Jim la escena se reprodujo con vividas luces y sombras.

—En el momento en que más enfrascados estábamos —siguió diciendo— se percibió un golpe dado a la puerta por un misterioso personaje que desapareció instantáneamente, no sabría decir si hacia el vagón anterior o al posterior. El camarero, que estaba parado en el pasillo de la parte trasera del vagón, dijo que la persona en cuestión se había ocultado en el corredor que conduce al coche de adelante. En cambio el guarda, que se hallaba en el extremo del corredor, negó categóricamente que alguien hubiese pasado por allí.

”Fue el testimonio del mozo, a quien Leo llamaba tío Moisés, el que yo puse en duda. Leo no quiso admitirlo, diciendo que conocía al hombre desde hacía años, y al pasar, mencionó que también Clay Blake conocía bien al tío Moisés”.

Clay lo contempló con la cabeza un poco ladeada.

—Parece que a usted no se le escapan detalles que sirvan como evidencia, ¿eh? Más aún, hasta ahora no se ha perdido ni uno. Bueno... ¿y?

—No queda mucho ya —dijo Jim—. Pero es necesario que las cosas tengan un sentido. Cuando el tren llegó esta mañana a la estación terminal, me tiré al andén. Allí estaba el mozo, cuidando las valijas, como es lo habitual. Le di su propina y me despreocupé de él; Jill también estaba. Leo se reunió con nosotros al cabo de un

momento, pero de pronto recordó algo que había dejado en el compartimiento y volvió a buscarlo.

—Era una botella de *whisky* casi llena, Jim, que estuvo a punto de olvidar. ¿Y qué?

—Leo volvió para recuperarla. Ya no se veía tampoco al tío Moisés. Leo tardó por lo menos cinco o seis minutos en regresar. Cuando lo hizo, sorprendido y preocupado, nos informó de que usted había estado en el tren todo el tiempo, encerrado en un compartimiento especial del vagón que venía detrás del nuestro. Todo lo que nos explicó indicaba que usted se había demostrado más intranquilo que él. Y se quedó haciéndole compañía.

”Si Leo volvió a su compartimiento, no tuvo ocasión ni siquiera de mirar el interior del vagón diecisiete. Hay una sola explicación posible de los hechos tal cual nosotros los conocemos: Leo tuvo noticia de que usted se encontraba en el tren porque se lo dijo el tío Moisés, amigo de ambos. El tío Moisés, quien por insistencia suya mantuvo en secreto su presencia hasta ese momento, pensó que no tenía más remedio que decir la verdad cuando usted necesitó ayuda al finalizar el viaje. Por eso Leo fue a su compartimiento, y allí usted empezó a contarle su historia.

”Toda esa parte de su conducta, Clay, es completamente razonable y comprensible. Sin embargo, algo que usted hizo debe ser explicado a toda costa si todos queremos conservar la salud. Usted fue el extraño y misterioso personaje de la medianoche, que golpeó a la puerta y echó a correr. El mozo, muy afecto a usted o sobornado por usted, de ninguna manera quiso decirnos que fue quien retrocedió corriendo por el pasillo hacia el vagón diecisiete”.

Jim se detuvo un brevísimo instante y lo miró fijamente:

—Pero si es eso lo que usted hizo, lo que inevitablemente tenía que hacer, ¿cuál fue el motivo que lo impulsó?

Clay devolvió la mirada.

—¡Que yo fui un perfecto idiota! —exclamó bruscamente—. Por supuesto, una vez más mi falta de decisión. Será mejor que oiga todo el asunto, ahora.

—Si le parece que debe decírmelo.

—Sí, estoy seguro. Alguien ha escrito que los actos que lamentamos en nuestra vida no son jamás nuestros pecados, sino siempre nuestras estupideces. Parece que mi cerebro no funciona más que con citas literarias esta noche. Disculpe; trataré de combatir ese hábito.

Sacando un llavero del bolsillo, lo hizo girar y girar sobre su dedo índice un rato.

—No tengo pecados sobre mi conciencia; por lo menos, ningún pecado mayor, que yo sepa. Pero puedo exhibir cualquier número de estupideces, que parecen saludarme con el ruido de un “¡Ahhh!” enorme y concentrado.

Sin dejar de envolverse en el dedo la cadena del llavero, Clay comenzó a pasearse nuevamente. Esta vez no lo hizo a todo lo ancho del recinto, sino entre la mesa de taller y los establos. Esto venía a ser el largo del galpón, desde el frente abierto hasta

el coche estropeado que estaba contra la puerta de dos hojas. Iba y venía, se detenía de cuando en cuando para mirar fugazmente a su interlocutor. Luego echó a caminar de nuevo: ojeroso, atormentado, pero sumamente agradable. Jim podía compartir todos los sentimientos por él expresados.

—Como usted ha oído —dijo—, fui a Nueva York el lunes 7 de octubre, tomando el tren nocturno, que me dejó allí el miércoles por la mañana. Aunque tenía que ver a un corredor de Bolsa con motivo de ciertas inversiones, mi propósito principal era concurrir a la conferencia demócrata del hotel Astor. Pero no paré en el Astor. Me instalé en el Plaza, en calle 59 y el Parque, como siempre hago. Pero no tenía idea de que Leo estuviese también en la ciudad.

La conferencia demócrata no llegó a nada práctico ni tuvo importancia. Los discursos se concretaron a rendir homenaje a demócratas muertos desde hace tanto tiempo que sus nombres ya no pesan en las votaciones, o a decirnos que formamos un selecto grupo de excelentes y nobles norteamericanos. Me vino muy bien no tener que prestar demasiada atención ni tomar ninguna determinación. Lo que me partió por el eje ocurrió el jueves por la tarde.

—¿Lo partió por el eje?

—Mire, fue así. En mi casillero del hotel encontré una carta. Estaba sellada por el correo de Nueva Orleans y venía dirigida a mí, con mi nombre y dirección en burdas letras de imprenta. El mensaje del interior estaba escrito en la misma clase de burdos caracteres, con mayúsculas, y el papel era bien ordinario.

No guardé ese mensaje, por supuesto; sentía como si hubiera sostenido en la mano una víbora ponzoñosa. Lo rompí y tiré los pedazos, pero no antes de leerlo unas cincuenta veces.

—¿Recuerda la sustancia del texto?

—¿Que si recuerdo la sustancia? Puedo repetirlo palabra por palabra; no es fácil que olvide una sola palabra de lo que decía. Aquí está.

Por un instante, Clay suspendió los paseos.

—Decía: “Estimado señor, usted está en dificultades muy graves; puede ser peor antes que yo termine. ¿De dónde saca la idea de que puede cumplir un período en el Congreso, cuando en realidad debería cumplir una condena en la cárcel? Nos ocuparemos de eso, amigo. A menos que usted obedezca inmediatamente las órdenes que recibirá en cuanto regrese a Nueva Orleans, su familia y sus amigos serán obsequiados con todos los detalles de su predilección por niñas que están por debajo de la edad de la razón. Usted se ha proporcionado gran placer con dos por lo menos de esas criaturas, aunque ellas no han tenido placer alguno. ¿De qué edad le gustan exactamente, señor Blake? Esto no es más que un aviso preliminar; volverá a recibir noticias mías”. Y estaba firmado “La voz”. Nada más; únicamente “La voz” con las mismas groseras mayúsculas de imprenta. —Hizo una pausa—. ¡Cielos! ¿Imagina usted cómo me sentí?

—Sí, me lo imagino fácilmente. Pero...

—Tanto en honor a la verdad como para defenderme —dijo el otro apresuradamente—, insisto en que la acusación era falsa y sigue siendo falsa. Muchas veces he oído hablar de hombres que se apasionan por los cuerpos semiformados y las caricias de niñas muy jovencitas. Yo lo acepto como un hecho, tal como acepto que hay sádicos y masoquistas y todas las demás desviaciones de que hablan los libros de sexología. Pero mi actitud es la misma frente a todas: simplemente no entiendo cómo puede haber gente con esos gustos. No se trata de que sea inocente del cargo; es que jamás he pensado ni en hacer la prueba.

—Con todo, ése no es el asunto, como usted mismo acaba de afirmar. La acusación era falsa. ¿Pero, qué pasaría si la gente creyese que es verdad? ¿Hasta qué punto la vida, Jim, está condicionada por esas pocas palabras mortíferas?, ¿qué pasa si...? ¿Sigo?

—Sí, continúe a todo trance; mientras esté convencido de que hay que continuar. Por un instante, Clay dejó de caminar.

—Caramba, amigo, ¿no ve que todo esto es un peso que quiero quitarme de encima? Está muy bien decir: “Desentiéndase y mate esas calumnias con la indiferencia”. Pero no se las puede despachar así; o yo al menos no puedo. También traté de pensar que la nota era una ocurrencia disparatada, que no se repetirá. Pero con decir que era un mensaje disparatado no se adelanta nada tampoco. Cuanto más lo pienso, y más reflexiono, peor me parece todo.

”Le ahorro el detalle de mi estado de ánimo en el fin de semana, mientras tuve que brindar por el gobernador Wilson y convenir con el sentimiento general de la gente cuando afirma que el partido demócrata va a resurgir gloriosamente después de estos últimos veinte años. Hace veinte años, en Nueva Orleans, ahorcaron a cierto médico francés por el asesinato de una niña de trece años, no tanto por el crimen en sí que fue accidental, como por el hecho de haberla seducido, que, eso sí, fue premeditado. ¿Oyó hablar de ese proceso?”.

—Sí, lo conozco.

—En la estación Pensilvania, el lunes por la tarde, me sumergí en el compartimiento del tren y dije que no deseaba ser molestado más que para las comidas. El tío Moisés Tompkins me contó que Leo Shepley se encontraba en el compartimiento A del vagón que teníamos delante, y yo entonces le hice jurar que me guardaría en secreto.

”¿Y qué pasó cuando yo empecé a cavilar nuevamente? Pensé que si podía ver a Leo solo, para contarle lo que me había sucedido, podría también preguntarle cómo veía él la situación. Por lo menos, no iba a seguir dando vueltas a la noria de mi imaginación, tratando de adivinar qué cosas peores podían suceder.

”Me tomé el tiempo que creí prudente, Dios lo sabe. Esperé hasta casi las doce, cuando lo más seguro era que todos estuviesen acostados o durmiendo, salvo una lechuga como Leo. Con mi robe de chambre y en chinelas me dirigí al compartimiento A del vagón dieciséis. ¿Se acuerda?”.

Jim se acordaba.

—No oí ninguna voz de mujer —prosiguió Clay—. Pero percibí la de Leo y otra, que ahora sé que era la suya. Si llamaba a la puerta, pensé, siempre podría encontrar algún pretexto para ver al viejo bandido a solas. ¿Recuerda de qué estaba hablando?

”Leo tiene —Clay se detuvo en una breve pausa temblorosa— (perdón, tenía) una voz de trueno cuando creía estar hablando en un susurro. Con esa voz tan particular sacaba punta y ahondaba en todos los temores que me venían acosando desde el jueves. Mencionó a Flossie Yates, de quien yo tenía la vaga noticia de que comerciaba en carne joven. Dijo que yo era mucho menos decidido de lo que aparentaba. Agregó que el ser inocente serviría de poco si alguien quisiera realmente causarme un daño. Y, por último, agregó que los juegos de esa clase son perversos, pero el mejor engañabobos porque jamás fallan.

”Di unos golpecitos a la puerta, más fuerte de lo que había deseado, por una especie de reflejo nervioso que no pude dominar. En el mismo instante en que mis nudillos pegaron en la puerta, comprendí que no podría encarar la situación. Ni siquiera al propio Leo. ¡No podía encarar a nadie!

”En vista de eso, me di vuelta y salí disparado. Leo no abrió la puerta instantáneamente, usted se acuerda. Soy bastante rápido cuando me conviene y mis pantuflas hacen poquísimo ruido. Al pasar junto al tío Moisés, en el pasillo, me bastó con llevarme un dedo índice a los labios; lo arreglé espléndidamente más tarde, financiando su buen servicio. —Después de otra pausa concluyó—. Mi indecisión no tiene límites; soy realmente débil. Corrí como un conejo asustado. Y al fin, dadas todas las circunstancias y en vista de mi estado de ánimo, ¿puede reprocharme algo?”.

—No, por supuesto que no —le dijo Jim, sinceramente—. No lo llame debilidad ni se juzgue con demasiada severidad; cualquiera pudo hacer lo mismo. Si me pareció que eso de golpear y correr era una táctica sin sentido fue porque desconocía las circunstancias, y le pido disculpas.

—¿Disculpas? Usted ha demostrado una gran astucia detectivesca para sacar conclusiones, aunque eso no me va a ayudar mucho a mí. Y hablando de astucia detectivesca, ¿qué hizo o dijo usted, que tanto ha impresionado a Zack Trowbridge?

—¿Que yo impresioné a Zack Trowbridge?

—No lo subestime. Es bastante sagaz; lo tuve como testigo de cargo en un juzgado. Supongo que habrá notado la forma respetuosa, casi deferente, en que lo trata. ¡Pero dejemos en paz al departamento de policía local! ¿Quiere que complete la saga de mi estúpida conducta ahora mismo y dejemos ya el asunto terminado?

Ahora se diría que Clay estaba haciendo grandes esfuerzos para hablar con claridad. Se guardó el llavero y dejó de caminar.

—Usted también ha traído a colación la forma en que Leo me descubrió esta mañana. Se lo dijo Moisés Tompkins. A esa hora llevaba yo seis días torturándome a

solas. Leo me llevó a casa en un taxi, y en el tren o en el camino yo le confié mucho de lo que he contado a usted.

—Vivo todavía con mis padres en la casa en que nací. Afortunadamente, ellos están en el campo esta semana. Continuamente he estado preguntándome qué maldito farsante podría causarme un daño sin motivo, y revisé la correspondencia, pero no encontré más que facturas que pagar. Hasta que poco después me di cuenta”.

Respiró hondo, miró a Jim y continuó.

—No había hecho más que sentarme para el desayuno, lo cual significa que serían más o menos las nueve y media, cuando llamó el teléfono. Oí una voz; podría decir que era *la* voz. De hombre, no hay duda, pero tan suave y sibilante que la única palabra para definirla era “malvada”. Me preguntó si había recibido su carta, y agregé que estaba dispuesto a darme órdenes a las cuales me convenía obedecer. Yo, como es lo habitual, pregunté: “¿Quién es usted? ¿Quién habla?”. Pero fue inútil. Luego siguió el ultimátum: si no retiraba mi candidatura al Congreso dentro de las próximas veinticuatro horas, se divulgarían a los cuatro vientos mis relaciones con una niña llamada Sue y otra llamada Billie Jean. No podría describirle la forma en que esa voz infernal se regocijaba.

—¿Qué contestó usted?

—Lo mandé al infierno y colgué violentamente. Pero la verdad es que no me sentía tan fuerte como pretendía. Leo ya se había marchado, en vista de lo cual le hablé a su casa inmediatamente. Me dio la impresión de que sabía todo respecto a la voz malvada —bueno, en realidad fue él quien la llamó así— y procuró calmarme y tranquilizarme lo más posible. Pero...

Jim levantó una mano.

—¡Un momento! ¡Aquí hay algo que no funciona! Usted ha dicho que habló a Leo un poco después de la una de la tarde, o sea dos horas después que él habló conmigo.

—No sea usted quien revuelve las cosas, Jim. Me preguntó acerca de la “última” vez que hablé con Leo. Hubo dos llamadas: una mía entre nueve y media y diez menos cuarto, y otra suya poco después de la una. La segunda fue nuestra última conversación. Cuando traté de comunicarme nuevamente con él, a las dos de la tarde, ya no estaba.

—Ahora lo entiendo bien, gracias. ¿Algo más?

—Sí. Apenas unos segundos antes de que cortase bruscamente al compadre de la voz misteriosa, me dijo una cosa que habría puesto los pelos de punta a un indio de piedra. Dijo...

Se percibieron pasos en la grava, fuera. Clay se contuvo en el acto, y procuró adoptar un aire indiferente. Pero las pisadas veloces se aproximaban. Y penetraron en el galpón el sombrero hongo y los bigotes agresivos del teniente Trowbridge.

—Perdónenme, caballeros —dijo éste—, pero es que por fin estamos llegando a algo. ¿De quién era esa voz, señor Blake? ¿Y qué es lo que deseaba decirle?

Tercera parte

LA BÚSQUEDA DEL ENAMORADO



A este ataque, si ataque podía llamarse, Clay le hizo frente con la guardia levantada y sin mostrar desconcierto.

—No se excite, Zack —replicó—. No hay nada de eso.

—¿Nada? ¿Está seguro?

—Absolutamente seguro. Por supuesto, no sé cómo se llama el individuo. Por fuerza debía ser algún deschavetado que se entretenía haciendo llamadas idiotas y diciendo estupideces. Si se le contesta, no hay manera de sacárselo de encima. Lo mejor es colgar el tubo de una vez.

Siempre que se sulfuraba, como luego recordarían, en la ancha cara del teniente Trowbridge aparecía una especie de peca color frutilla. Ahora se le advertía claramente. Pero su indignación no era al parecer contra Clay Blake.

—Yo me encontraba demasiado lejos para captar el espíritu general del asunto —admitió—. De modo que no podría llamarlo mentiroso (ni tampoco lo deseo, de todas maneras), si eso es lo que usted afirma que pasó. Pero no importa. Veamos qué es lo que hemos conseguido.

Y se contestó a sí mismo.

—Lo que tenemos aquí, caballeros, es la más infame situación de que he tenido noticia. Confiaba poner en claro por lo menos la parte menor de todo esto antes de que me encierren en un manicomio junto con todos ustedes. Es posible que la llamada telefónica de un loco no ayude mucho para la investigación, en un sentido o en otro. Pero por lo menos nos sirve de trampolín.

—Por lo visto, durante el día entero, toda clase de personas ha estado haciendo toda clase de llamadas por toda clase de razones, inclusive el propio señor Shepley. Tal vez fuese importante conocer en qué andaba el señor Shepley durante sus últimas horas en este mundo.

—¡Nunca ha dicho usted una verdad mayor, Zack! Es de máxima importancia.

El teniente Trowbridge se cuadró.

—¿Para qué viene aquí esta noche en su auto? Cuando partió de su casa al encuentro de su fatal destino, no menos de cuatro personas lo estaban esperando. Pete Laird y el fiel chofer de Pete, en el portón de la casa de Pete y su mamá, en el camino. Y en la puerta de esta casa, el otro caballero llamado Blake y la joven rubia.

—Usted, señor —dijo el teniente, dirigiéndose con gran deferencia a Jim—, recibió una llamada telefónica de un impostor que se hizo pasar por Clay Blake.

Según creo, usted mismo me dijo que eso fue más o menos a las nueve y treinta, esta noche.

—Exactamente a las nueve y media —dijo Jim.

—El impostor lo invitó a venir aquí, y aparentando que se trataba de algo muy urgente. ¿Agregó que también concurriría el señor Shepley y le pidió que lo esperase en el portón?

—No exactamente así, teniente. Yo sugerí la idea de esperar, que él aceptó con evidente alivio.

—Sí, usted lo sugirió. Conviene que lo recordemos bien: ¡la sugerencia fue suya!

El inspector abrió fugazmente los ojos de par en par y luego los entrecerró.

—Ahora bien, el joven Pete Laird... —agregó—, ustedes mismos escucharon su declaración, o por lo menos buena parte de ella, antes que yo los metiera adentro de la casa. Aquí tengo el testimonio de Pete, en mi libreta, muy clara, salvo en los puntos en que se puso histérico... una o dos veces.

”Pero ustedes, señores, y especialmente el señor Clay Blake, conocen perfectamente a todos los Laird, o a la mayoría de ellos. —Se dirigió a Clay—. Mientras repaso ese testimonio de Pete y tratamos de entender la situación, ¿podría usted servirnos de intérprete, en el caso de que necesite esa ayuda? Tiene que ver con otras llamadas y con los movimientos del señor Shepley. Ya que todos estamos de acuerdo sobre la importancia...”.

—De la importancia no cabe dudar —aseguró Clay—. Yo estaba tratando de hacérselo notar a Jim hace un instante, pero no pudimos llegar muy a fondo. ¿Qué le parece si repito sencillamente lo que dijo Pete, o lo que yo creo que él dijo, y usted me corrige a mí si en algo me equivoco?

—No puede haber una idea mejor. ¡Adelante, empiece!

Clay se echó un poco atrás.

—Mucho de esto son cosas oídas, y un tribunal jamás lo aceptaría. Pero no se puede dudar mayormente de que es verdad; sería fácil corroborarlo. “Bien en las oficinas del *Centinela*, como en las de cualquier diario vespertino, termina el trabajo a eso de las tres o las tres y media de la tarde. Pero Alec Laird suele quedarse hasta las cinco o más, porque es un hombre muy consciente. —¡Es un caballero excelente el señor Laird! Mira a uno como un maestro al chico que no ha hecho los deberes pero de todos modos su trato es amable y serio. Yo lo conocí el otro día. ¿Entonces...?”.

—A eso de las cinco de la tarde, cuando Alec estaba preparándose para salir, Leo Shepley le habló por teléfono a la oficina del diario.

—Ésa es una de las cosas que no termino de entender. ¿De qué quería hablar con el señor Laird?

—De nada. Lo que quería era ponerse en contacto con Jim, con quien había hablado en la oficina del *Centinela* esa mañana. ¡No, Zack, no! —agregó Clay, levantando una mano—. Aun cuando no podamos saber lo que Leo pensaba en ese

momento, pues parece que no lo ha confiado a nadie, no pudo suponer que Jim hubiese permanecido allí desde las once de la mañana a las cinco de la tarde. A menos que hiciese la prueba por si acaso. Antes telefoneó al hotel de Jim, supo que éste había salido, y probó a ver si estaba en el *Centinela*. Eso no tiene importancia, pero lo que sigue sí la tiene, porque se refiere a varios de los Laird.

—Alec volvió a su casa. Según noticias, él y la esposa, Sylvia, debían cenar esta noche con la señora Laird, y Pete. No sé si usted está enterado, pero Sylvia goza de mala salud. “Goza” es la palabra: es neurótica. Cuando Alec llegó a casa, la encontró en medio de uno de sus ataques habituales, jurando que esa noche no podía salir de casa, porque la iban a matar. Mientras Alec se esforzaba por convencer a Sylvia, y Sylvia no quería entender razones, recibieron otra llamada telefónica.

—Sería el desconocido, ¿no?

—No desconocido, Zack; tan solo anónimo —dijo Clay, mirándolo fijamente con expresión hipnótica—. Alguno de los empleados de Alec en el *Centinela* había visto a Leo Shepley tomando más de la cuenta en un bar de la calle Bourbon. No borracho del todo, pues había estado tratando de dejar el alcohol y no bebía en cantidad los últimos tiempos. Pero estaba ligeramente achispado, y muy deprimido, musitando cosas inconexas y no muy inteligibles, a quien quisiera oírlo. Dijo algo acerca de ir “allá al camino del Canal Saint John”, y también algo de meter a alguien un balazo en la cabeza. Esto fue poco después de las siete.

”El hombre del *Centinela* que oyó y vio esto, pensó que lo mejor era avisarle a Alec. Debe ser un empleado de mucha categoría para atreverse a molestar al patrón en su casa”.

—¡Perfecto! —exclamó el teniente Trowbridge—. Permítame seguir desde ese punto, si le parece; quiero cerciorarme de que el joven Pete encaje bien en todo esto.

Con algo así como un floreo, el teniente extrajo una libreta del bolsillo interior de su saco. Pero no la abrió; la sostuvo en una mano como si fuese un arma.

—Y la señora de Alec Laird, ya decidida a no ir esta noche a ningún sitio, se dedicó a hacer llamadas telefónicas por su cuenta. Ella llamó a la casa de la anciana señora Laird, al otro lado del camino. Hora: las siete y media. Pero, ¿pidió hablar con la señora mayor? ¡No, ni por asomo!

—Ocurre, desgraciadamente —intervino Clay—, que Alec y Sylvia Laird no andan en buenas relaciones con la duquesa heredera, aunque Alec procura ocultarlo. Pero ambas sienten interés por Pete. Y Leo Shepley ha sido siempre el héroe ideal de Pete. Si Sylvia tuvo que ostentar una pequeña neurosis, aun hablando con Pete...

—Cosa que hizo en realidad, señor Blake, y esto no lo sé de oídas, no es evidencia de segunda mano, Pete dijo que cuando se enteró que su héroe estaba empujando el codo y hablando de suicidio, hubiese salido a buscar al señor Shepley, aunque tuviese que revisar todos los bares de la calle Bourbon desde Canal hasta Explanada. Sólo que...

—Sólo que no pudo —se apresuró a decir Clay—. Cenar a las ocho ha sido un ritual en Sunnington Hall desde que Sam y Mathilde Laird se casaron. Pete no podía quebrantar ese ritual; su madre no se lo hubiese permitido. Pero la cena termina siempre puntualmente a las nueve y media, después de lo cual la duquesa sube a sus aposentos y lee (más que nada) obras de teatro hasta la hora de dormir. Eso, hasta cierto punto, dejó finalmente en libertad a Pete.

—Muy bien. ¿Y qué es lo que él hizo entonces? Sólo hay una pista, inspector, como diría usted. El señor Shepley había dicho algo sobre ir por el lado del canal Saint John. Eso podría significar Sunnington Hall, o precisamente esta casa. No podría referirse a ningún otro sitio.

”Tal vez el joven Pete, excitado, vaciló un rato; sería lo más natural del mundo en su caso. Pero se preparó. Tenía listos el coche y un chofer para el momento en que el señor Shepley pasó como una exhalación a las... ¿Qué hora era? ¿Están todos de acuerdo en esto?”.

—Ninguno prestó mucha atención, Zack. Pero todos parecen coincidir en que el tiro fue disparado, y Leo se estrelló contra esa puerta, muy poco antes de las diez y diez. No era tarde.

—No, no era tarde. Tal como yo dije, Pete estaba completamente preparado y alerta. Lo que hizo tiene su sentido bastante lógico si se considera todo lo que hay detrás.

Aquí el teniente Trowbridge llenó de aire sus pulmones para hacer más vigorosas sus palabras. Su lunar de frutilla alcanzó el rojo vivo.

—Pero a partir de las diez y diez —bramó— ¡no hay una maldita cosa que tenga sentido!

—Parece un poco confuso, ¿no es cierto?

—¿Confuso? ¡Es una locura! Si todos los testigos dicen la verdad, y las manifestaciones de cuatro de ellos, por lo menos, pueden verificarse, puede que no sea una cosa y tampoco sea la otra. De acuerdo con la lógica, el señor Shepley debió haberse suicidado. Pero no puede ser suicidio porque no se encuentra el arma.

El teniente Trowbridge se corrió hacia atrás para contemplar la mesa de trabajo, que proyectaba una negra y densa sombra en el piso de concreto.

—Yo llegué aquí muy poco después del suceso. Según la opinión general, ninguno que hubiese estado aquí salió ni aun por un segundo. Sin embargo, aunque el arma fue puesta directamente contra la cabeza del señor Shepley... y usted vio las deflagraciones de la pólvora... no ha aparecido ningún arma. Busqué inmediatamente; lo revisé todo con una linterna; miré en cuanto maldito rincón y grieta existen aquí. Pues bien...

Nadie le respondió.

—Sin embargo, tampoco puede ser homicidio —puntualizó—, aunque Pete Laird jura que tuvo que serlo. Nuestro distinguido periodista, el chofer y el propio Pete afirman todos que no había nadie escondido aquí en aquel momento, y que nadie

escapó después. Por otra parte, no es posible que alguno de nuestros cuatro testigos haya mentido para ocultar manejos sucios. Dos en un auto, Pete y Raoul, y dos en el otro, el señor Jim Blake y la señorita, pueden todos responder de lo que hizo el otro cada minuto. ¿Me entiende ahora? ¿Se da cuenta que si esto fuese asesinato, el arma y el asesino se habrían desvanecido en el aire?

Tampoco hubo ahora ningún comentario.

—Sí —arguyó el teniente—, hemos escuchado las explicaciones de los cuatro testigos que sabemos presentes en el lugar del crimen. Sabemos que estuvieron y sabemos qué hacían. Más aún, tenemos detalles relativos a todos, salvo...

—Hace unos minutos —agregó de pronto—, salí de la casa por un motivo que no hace al caso. No, no era para interrogarlos a ustedes ni hacer caer a alguien en una trampa. Era para hacer o ver algo que yo tenía que atender. Y, sin embargo, me parece... No me hagan caso, señores; esto me pasa a veces. Dentro de un momento recordaré lo que era. Era...

Y entonces se le despejó la frente, como si la iluminase una gran luz. Hasta había desaparecido casi por completo la frutilla. Luego miró a Clay.

—Perdóneme, señor Blake, pero, ¿no eran su auto y su chofer los que vi al otro lado de la casa? No están allí ahora, ¿verdad?

—¡Claro que no están ahora! —contestó Clay ásperamente—. Mandé al chofer a cumplir un encargo; tiene instrucciones de volver aquí. ¿Pero a qué viene su pregunta, Zack? Usted lo sabía, ¿no? Estaba cerca y pudo escucharme cuando le di la orden.

—Así es, señor Blake, y eso es lo que me ha hecho recordar. Me refiero al ama de llaves negra, esa especie de tía Jemima un poco aclarada; algo la enfurece, tanto que parece a punto de explotar. Usted tiene una habilidad especial para dominar a la gente de servicio, señor Blake. ¿No podría hacer el favor de entrar en la casa y aplacarla?

—Por supuesto que sí. ¿Qué le pasa a Emmelina?

—No podría decírselo, señor Blake. Cuanto más hablo con gente de ésa, menos nos entendemos. ¡Oh! Antes que se vaya, señor queda otra cosita.

—¿Sí?

—Dije que conocíamos el sitio donde estuvo cada uno en el momento del crimen. Pero nos falta saber dónde estaba usted. Sólo como una simple formalidad, ¿dónde se encontraba cuando esto sucedió?

—Estaba en la biblioteca, a los fondos de la casa, por el otro lado.

—¿Había alguien con usted?

—¿Quiere decir que si tengo alguna coartada?

—¡Coartada! —exclamó el teniente Towbridge resoplando burlón—. ¡Ésa es la mejor ocurrencia que he escuchado esta noche! ¿A dónde iría yo a parar ahora si se me diese por desconfiar de usted? Sería bien raro el día que usted tuviese algo contra el señor Shepley, ¿no le parece? Lo único que quiero es completar mis anotaciones, y nada más.

Clay lo observó.

—No tengo coartada para el instante mismo del crimen, es verdad. Tampoco tengo alas ni un manto que me haga invisible, y no puedo atravesar paredes. Oí que un coche se acercaba rugiendo hacia la casa. Aunque debí reconocer el estilo de Leo para conducir automóviles, ni siquiera me pasó por la cabeza que fuese realmente él; jamás venía por aquí de noche. El coche pasó atronando y, a juzgar por el ruido hizo una curva muy espectacular. Luego oí el disparo, o lo que fuese y el choque aterrador que todos percibieron.

”Otro auto, que venía persiguiéndolo desenfrenadamente, aminoró la marcha al punto en que casi no se oía. Salí al vestíbulo. La tía Emelina, el ama de llaves que lo preocupa, me preguntó qué había sucedido. Yo a mi vez se lo pregunté a ella; ninguno de los dos sabía nada. Salí afuera, hasta donde... donde encontré a todos los que habían llegado. Todavía estaba allí de pie, oyendo voces provenientes del sendero interior, cuando usted se acercó por el camino”.

—Apostaría a que se sorprendió, al verme allí esta noche, ¿no es cierto? —preguntó el teniente Trowbridge—. Eso también tiene su historia. Pero se nos ha hecho tarde, sabe. Supongo que debe ser cerca de la medianoche; pronto tendremos que separarnos. Por eso, antes de que se vaya, señor Blake...

—Perdone que lo mencione, Zack —dijo Clay, moviendo los hombros—. De todos modos, desde el anoecer he estado bajo una tensión muy grande. He perdido a uno de mis mejores amigos, y eso sin hablar de todas las demás cosas que han sucedido. Ya que me ha pedido que tranquilice a la tía Emelina, ¿qué le parece si voy a hacerlo?

—¡Por supuesto que sí! Vaya, vaya corriendo, y olvide todo lo que he dicho. No hay trucos ni trampas. Absolutamente. No me haga caso, como dije; lo único que pasa es que el viejo y atolondrado Zack pone su granito de arena.

Clay se marchó. El teniente Trowbridge esperó a que se perdiera el ruido de sus pasos. Y entonces, dirigiéndose a Jim, el bueno y atolondrado de Zack dijo:

—¡Ahí tiene usted uno de los mejores hombres que yo he conocido! Todo un caballero. Sería una vergüenza, ¿no es cierto?, que no llegase al Congreso, después de todo.

Un inmenso respeto había vuelto a la voz del teniente.

—Y ahora, señor, no hay motivo para que usted y yo nos quedamos aquí. ¿Quiere seguirme?

—¿Adónde?

—Vamos al frente de la casa, por supuesto. Pero no es preciso que sigamos caminando por la grava todo el trayecto. Por aquí.

Era la hora aletargada y somnolienta del mediodía de los espectros. Una débil neblina blanca se elevaba del pasto húmedo de rocío, bajo las ramas de robles frondosos, ya con anuncios otoñales. Siguiendo al policía Jim pasó junto a las formas oscuras del Cadillac y del Chadwick. Unas pocas luces brillaban detrás de las

persianas corridas que jalonaban la fachada de la villa de Jarnac. Pero el teniente Trowbridge no se dirigía hacia el pórtico de columnas.

En cambio, guió a su acompañante por el costado del ramal izquierdo del camino, atravesó el camino principal de entrada y describió un rodeo en torno a la bifurcación derecha.

Ya no estaba allí el Peerless de Clay ni su chofer. Hacia la mitad del lado derecho de la casa, esa parte del camino se torcía en ángulo recto hacia afuera, conduciendo a otra construcción blanca de techo en punta, evidente combinación de caballeriza y cochera, rodeada por más árboles.

En todo caso, aquel caminito no habría podido continuar hacia atrás. Se encontraba allí el autódromo particular, poco distinguible bajo la luz amarilla de la luna. No tenía banquetas en pendiente, como se han empezado a hacer ahora estas construcciones. De no tener superficie de asfalto, se lo hubiera podido tomar por un hipódromo polvoriento, rodeado por una prolija baranda blanca para mantener a los espectadores fuera de la pista. Y daba la impresión de ser bastante grande.

Jim no tenía tiempo para mirar detenidamente, aunque le hubiese interesado. Donde el camino doblaba hacia la caballeriza y cochera, había una *porte cochère* construida más allá de la puerta lateral de la villa. Sobre unos cuantos escalones se hallaba una figura borrosa.

—¡Peters! —exclamó Trowbridge por lo bajo.

—Sí, teniente —respondió la borrosa figura, humildemente vestida.

—¿Dónde están ahora?

—El señor Blake se ha llevado a esa negra, la que anduvo dando trabajo, a la habitación del frente. ¿A dónde quiere ir, teniente? —El estudio es bueno como cualquier otro sitio. ¿Sabe por dónde queda?

—Sí, señor.

—Lléveme allí, entonces. ¡Pero, cuidado, no más ruido del necesario!

Menos de un minuto después se les franqueó el paso a una habitación alta, rectangular, que daba al fondo.

Era el estudio y biblioteca de una persona que, como el difunto Guy de Jarnac podía tener pocas lecturas, pero le gustaba la ostentación. Se veían hileras de libros de autores corrientes, encuadernados en cuero con letras doradas o en papel afelpado, indudablemente comprados por metro como cualquier otra mercadería y alineados en estantes, junto a una profusión de lámparas de pie y desvaídos muebles de roble.

Alguien había tomado poco antes *Los gladiadores*, de Whyte-Melville, que estaba abierto sobre una mesa en el centro del cuarto. En un cenicero, allí cerca, había varios restos de cigarrillos. El teniente Trowbridge pasó rápidamente una mano sobre un globo terráqueo y lo hizo girar un rato largo.

—Aquí es donde estaba el señor Clay Blake, o dice que estaba —prosiguió el teniente—. Aquí estamos reunidos en privado, señor. Y cuando tengo ocasión de consultar la opinión de un periodista famoso...

—¿De dónde se ha sacado la idea de que yo sea famoso?

—¿Por qué?, ¿no lo es?

—No, no particularmente. En este país, teniente, no es común que nos titulemos periodistas, hablando en términos generales. La calificación es bastante precisa, pero suena como una especie de fantasía para el tipo medio de los cronistas.

—Usted no es un periodista de tipo medio, señor Jim Blake, ni es un hombre común en ningún otro círculo. Usted es una persona educada, ¿no es así?

—Podría ser llamado así, supongo. Nunca me he preocupado mayormente por eso.

—Comprendo, usted no. Pero nadie podría decir de mí, que soy educado, ¿no le parece? Ni siquiera terminé la escuela secundaria. Pero no soy tampoco analfabeto, y distingo un tema sensacional cuando se me cruza por delante. ¿No escribió un libro titulado *El Conde de Monte Carlo*?

—Sí, teniente.

—Sí, lo sabía. He leído ese libro tres veces, desde que salió a la venta. Es posible que vuelva a leerlo, ahora que lo he conocido, aunque casi me lo sé de memoria.

Jim no hizo comentarios. El teniente meditaba en silencio.

—No sé, señor. Es todo ficción, ya lo sé, o casi todo ficción. Pero no sé... A veces he pensado en mí (no se ría ahora), he pensado en mí mismo como en un agente secreto como ése del libro. Comisionado por algún gobierno, ¡con toda la plata que precisa para gastos! ¡Viviendo en hoteles de lujo en París y Londres! Hermosas mujeres alrededor; ¡una nueva aventura cada vez que se abre la puerta! Por supuesto, yo nunca he ido a Francia, ni siquiera a Inglaterra, aunque mis abuelos vinieron de una aldea de Wiltshire, como decía siempre mi viejo, hace muchos años. No se ríe, ¿verdad?

Jim no reía y así lo dijo. Pensó que era posible adivinar, bajo la apariencia exterior de Zack Trowbridge, un alma secreta fundamentalmente tan romántica como la de Clay Blake o como la suya propia.

Pero el alma secreta del teniente dejó de traslucirse.

—Yo tengo que contarle a usted qué es lo que tenemos entre manos, ¿verdad? Hay un asesinato, eso es lo que hay, y lo que me intriga no es tanto quién lo cometió, sino cómo demonios pudo hacerlo. El coche estropeado es de dos asientos, ¿no? No es posible que otra persona se colgara por detrás, ¿eh?, para agacharse sobre él y meterle un revólver al pobre diablo en un costado de la cabeza cuando entraba manejando.

—No pudo haber tal persona, y no la hubo. Yo vi también la parte posterior del coche.

—Y aun suponiendo que la hubiera, ¿qué ha sido de esa persona después? O supongamos que hubiera alguien esperando allí, para saltar al estribo del coche, entre los guardabarros, y matarlo. ¿Qué clase de asesino era, un espectro o algo así, capaz de desvanecerse como una pompa de jabón en cuanto apretó el gatillo?

Nuevamente el oficial Trowbridge revolvió posibilidades en su cerebro.

—Usted ve cómo es la cosa, ¿no es cierto? Estamos en un tremendo lío, voy a necesitar ayuda antes de terminar con esto. Ahora bien: usted ha evidenciado excelentes condiciones de detective. Oí que el señor Clay Blake le decía, que usted había hecho una astuta labor detectivesca y, puesto que él lo ha dicho, tengo que creerlo. ¿Por qué no nos combinamos, y con su experiencia, me ayuda cuando lo necesite?

—¡Un momento, teniente!

—Todo lo que quiera. ¿Qué es?

Aparecían nuevas lagunas, ante las cuales Jim no podía concretarse a retroceder.

—Sí oyó a Clay cuando me decía eso, quiere decir que usted ha estado dando vueltas por alrededor de ese galpón mucho más tiempo y mucho más cerca de lo que pretende. Hasta es posible que haya escuchado todo lo que hablamos. Si así es, teniente, ¿qué clase de aviesa jugarreta es la suya? Dos veces le dijo a Clay que no había ardides ni trampas, y sin embargo parece que todo el tiempo ha andado espiando, en acecho. ¿Quiere decir eso que, después de todo, usted sospecha de Clay?

El teniente Trowbridge se enjugó la frente con el dorso de una mano, luego de lo cual adoptó un aire de grave amenaza.

—Todo lo que yo pueda haber escuchado, señor, y todo lo que sospeche o no sospeche, lo guardaré bajo mi sombrero hasta que sepa dónde estoy y adónde voy. Se va a producir un gran escándalo en torno a este asunto. Muchas personas importantes están involucradas; yo no debo comprometer a nadie ni desviarme de mi línea demasiado pronto, todo lo cual quiero evitarlo mientras pueda. Pero le diré una cosa, le he pedido que trabaje conmigo y colabore, y ese pedido fue hecho en serio. ¿Qué es lo primero que llama nuestra atención en torno a este asunto? ¿Qué fue lo primero que usted notó?

—Lo primero que yo noté —contestó Jim— fue la luz.

—¿La luz?

—Había una lámpara de mil bujías encendidas, y todavía lo está, en un caminito interior que, de acuerdo con todas las presunciones, jamás se usa en la actualidad. ¿Quién encendió esa luz? ¿Por qué?

—Yo he pensado en eso, señor, y se lo pregunté a Emelina..., ¿cómo se llama...? Usted no estaba allí cuando se lo pregunté; no había nadie más que Emelina y yo. Sobre la puerta de calle hay, al parecer, otra gran lámpara eléctrica. Según Emelina, la luz del galpón fue encendida por el propio señor Clay Blake, pero accidentalmente.

—¿Accidentalmente?

—Sí. Nuestro amigo salió por aquella puerta esta noche esperando encontrarse con la mujer de sus sueños, y no le gustó nada constatar que ella no había vuelto de Alabama. “¡Lindo recibimiento!”, dijo él, o algo semejante; “¿cómo no ha encendido esa luz sobre la puerta de entrada para que ella no tropiece cuando llegue?”.

—¿Y qué?

—En la cocina hay un tablero de llaves que encienden varias luces exteriores, incluso la del galpón. Nuestro amigo accionó lo que a su juicio correspondía a la luz de la puerta. Siendo de esa clase de hombres que hacen las cosas sin pensarlas mucho, no tuvo la precaución de fijarse y hasta un rato después no se dio cuenta que había encendido una luz equivocada. Emelina tampoco se dio cuenta, según dice, hasta que oyó el estrépito del auto al chocar y salió a mirar por una ventana del frente.

”Pero ésa no es realmente la primera cosa, ¿verdad? Tenemos que empezar desde un poco más atrás. Se dará cuenta apenas aclare la pregunta que le hago. Alguien le telefoneó al hotel St. Charles, diciendo que era Clay Blake, y pidiéndole que viniese. ¿Quién hizo esa llamada y qué era realmente lo que quería?”.

—El hombre que hizo la llamada —dijo Jim— seguramente debe ser el propio asesino. Admitiendo que éste no haya sido un crimen cometido bajo la impresión del momento, sino que fue cuidadosamente planeado con anticipación...

—Sí, ¡claro que fue planeado con tiempo! ¡Sobre eso puede apostar hasta la camisa!

—Entonces, el propósito real del asesino, teniente, fue tener un testigo en el debido lugar y en el instante preciso.

—¡Usted lo ha captado en seguida, señor —exclamó, henchido de emoción, el teniente Trowbridge—, como yo pensé! ¿Recuerda que usted propuso esperar en la verja? Usted es un hombre bondadoso; le gusta hacer algo por los demás cuando puede. Si no lo hubiese sugerido, él se lo habría propuesto a usted, induciéndolo a prometerlo. Él sabía que Shepley vendría aquí; lo que hacía era tomar sus medidas.

”Por supuesto, no estoy diciendo que nuestro amigo Clay Blake sea culpable; no soy tan tonto, como para decirlo todavía. Al mismo tiempo, ¿qué ganamos con suponer que podría ser culpable? Lo primero en que insistió, recuerde, fue en que nunca hizo esa llamada. Además, de acuerdo con la afirmación de Emelina, él sostiene que encendió la luz del galpón por casualidad”.

Jim se volvió, se alejó un poco de la mesa, y luego volvió a ella.

—Ya veo, teniente. Lo que usted dice es que tal vez, haya tratado de lograr un doble engaño. Que en realidad fue él quien hizo la llamada telefónica, con voz tan cambiada como para poder negarlo después. Que encendió la luz para que sirviera de guía, y...

—Si usted ya ha logrado cierta fama como detective, señor Jim Blake —dijo el teniente Trowbridge admirativamente—, lo cierto es que la merece con toda justicia. Un doble *bluff*, sin duda, hasta que se descubre que lo es. Procediendo en base a esa presunción...

—¡Despacio, teniente! No podemos edificar sobre esa presunción. Yo no creo una palabra de todo eso. Para empezar Clay me resulta muy simpático...

—A todos nos gusta, y ahí está el problema. Pero usted recién lo ha conocido hoy, ¿no? Y Leo Shepley, tal como entiendo las cosas, era un viejo y gran amigo. ¿Usted

no tiene ganas de que atrapemos al asesino del señor Shepley?

—¡Por supuesto! Sólo que...

—Sólo que todo, va a decir, choca y se destroza contra el mismo obstáculo, como se destrozó el automóvil, ¿verdad?

—No iba a decir nada de eso. Lo que iba a decir es...

—Si fue él, ¿cómo diablos pudo hacerlo? Como dijo ayer, no tiene alas ni una capa que lo haga invisible; y no puede atravesar las paredes. Nadie puede a menos que este lugar, después de todo, esté de veras embrujado.

”Me parece que por esta noche ya tenemos bastante. Lo primero que haré a primera hora, será investigar los movimientos del señor Shepley, empezando por las llamadas telefónicas que hizo y atendió. Mientras tanto, será inútil que sigamos atormentando a los cuatro testigos principales. Como quiera que sea, el matador no fue Pete ni el chofer; con certeza no pudo ser tampoco usted ni la joven, porque... ¿Pasa algo malo, señor Blake?”.

—No necesariamente malo, no. Pensaba en Jill, simplemente. ¿Por dónde anda Jill?

—¿Se refiere a la joven rubia, señor? ¿Usted no sabe dónde está ni adónde fue?

—No. ¿Cómo podría saberlo? No la he visto desde que Clay me invitó al galpón para una conversación privada, que al parecer ha sido tan privada como un discurso político en Union Square. Debe de estar con los otros, pero...

—¿Es su chica, y sin embargo usted no sabe dónde está o adónde ha ido?

—No es mi chica, ¡qué más quisiera yo! La conocí en Nueva York, volví a encontrarla en el tren que iba para Nueva Orleans y cuando creí haberla perdido de vista por completo, se me apareció de pronto en el hotel esta noche. Aun ahora no sé dónde vive ni cómo encontrarla. Debí preguntárselo e insistir en que me respondiese, pero...

—¡Un momento, señor! Antes que empiece a alarmarse... Usted recordará que el señor Clay Blake mandó a su chofer a una diligencia y le dijo que volviese.

—Sí. ¿Y qué?

—Pues eso, señor. Ella se fue hace mucho. Nuestro amigo la mandó a casa en su auto.



La mañana siguiente, el jueves 17 de octubre, Jim terminó de desayunar en su cuarto a las nueve.

Había llegado a la conclusión de que era inútil seguir repasando mentalmente los sucesos de la noche anterior y el callejón sin salida a que habían llegado.

Cuando el teniente Trowbridge le informó acerca de la partida de Jill, un tiempo antes, pensó que Clay Blake conocería por lo menos la dirección a que fue conducida. Pero no solamente Jill se había marchado. Al dirigirse al salón del frente donde le dieron a entender que estarían, descubrió que los otros se habían ido también: Peter Laird, Raoul, y el propio Clay. La única persona era la robusta mujer que allí quedaba a quien el teniente Trowbridge comparaba con una versión más delgada y aclarada de la tía Jemima que aparece en las latas de harina para panqueques. Visto que seguramente la señorita Brissard no volvería esa noche, la mujer avisó que estaba lista para cerrar con llave apenas se viera libre de la policía.

Tampoco le fue muy útil esta señora Peabody. No, ignoraba dónde había ido la señorita. Nadie se lo dijo, y además..., ¿usted me entiende?, no era cosa de ella.

—¿Dejó algún mensaje, señora Peabody?

—Lo que se llama *mensaje* no, señor. Dijo al señor Clay que sentía mucho de irse sin decir adiós, pero que ella también tenía sus problemas.

Si la teoría de Jim acerca de ella resultaba correcta, no pudo haber tenido mayores preocupaciones ni complejidades. Pero evidentemente ella creía lo contrario, lo cual podía significar una gran diferencia.

Luego de llevar al teniente Trowbridge a su casa en el auto Chadwick, Jim dejó éste en el garage Guilfoyle y volvió a su hotel. Aun cuando sintió impulsos de llamar a Clay por teléfono en seguida, no era fácil suponer que a éste le gustara ser molestado a esa hora, bastante pasada la una; las preguntas relativas a Jill quedarían, mejor, para después de aclarar.

Y el jueves resultó ser un día razonablemente claro, bañado por una pálida luz de sol. Nervioso y anhelante como estaba, terminó su desayuno a eso de las nueve, se afeitó y baño presurosamente y atacó el teléfono.

Pese a lo que se habla sobre la holgazanería de la gente del Sur, ya todos estaban levantados y trabajando. Llamó a Clay primero a la casa y luego al estudio, por los números obtenidos en la guía telefónica, y a las nueve y media de la mañana sabía que en ninguno de los dos sitios estaba.

En la casa, una criada le dijo que el señor Clay había partido con destino al estudio mucho tiempo antes. En el estudio una mujer de voz agradable, sin duda la secretaria de Clay, contestó que él había estado, pero volvió a salir.

—¿Usted es el otro Blake, señor? ¿El señor Jim Blake? El señor Blake está ansioso por verlo, señor; está muy ansioso por verlo, estoy segura. Pero está citado para dos conferencias esta mañana y una reunión política esta tarde. Quiere saber, sin embargo, si usted podría almorzar con él en Philippe.

”¡Ah! ¿Puede? —prosiguió la muchacha, luego que Jim le contestó rápidamente—. ¡Espléndido! Voy a tomar nota. El restaurante de Philippe está en la calle St. Louis, número 83. ¿A la una? Pregunte simplemente por la mesa del señor Blake, señor”.

Almorzar con Clay le vendría muy bien; Jim podía completar después su nota. Y, mientras tanto, mucho mejor sería ubicar a Jill antes del almuerzo. Para lo cual había un camino.

Aunque la tragedia de la villa de Jarnac no sucedió tan tarde como para que no saliera en los diarios matutinos, en ninguno de los que se vendían en el quiosco de cigarrillos del hotel encontró una sola palabra al respecto. Había tirado a un lado los diarios y estaba ya por dirigirse a la oficina del *Centinela*, cuando se encontró cara a cara con el teniente Zack Trowbridge, que entraba por el lado de la calle St. Charles.

El teniente, en un curioso estado de ánimo que participaba a la vez del regocijo y el abatimiento, lo condujo a un lugar del salón en que había dos sillas.

—¡Bueno! —exclamó—. ¿Cómo se encuentra esta mañana, señor Blake? Ya tengo noticias para usted.

—¿Algo útil?

—Puede que sí y puede que no; no sabría decirlo. Los padres del señor Shepley, según parece, murieron ambos. Pero existe una tal tía Harriet, la señora Penderel, que es quien le atiende la casa.

—Ya lo sé, teniente. Se me ocurre que lo menos que yo podría hacer es comunicarme con ella y preguntarle si puedo ayudarla en algo. Tal vez le venga bien que colabore en los preparativos del entierro.

—No puede haber entierro todavía; tienen que aclararse otras cosas primero. Y me parece demasiado pronto para abordar a la señora. La he visto; está muy acongojada. Pero mire, señor Blake. Bueno, esto de “señor Blake” me está aburriendo; me gustaría saber cómo llamarlo. No podría llamarlo Jim porque usted es todo un caballero. Tal vez podría decirle Dimitri, como el espía de su libro. Pero eso tampoco me gusta del todo; es demasiado extranjero, y usted es tan extranjero como un plato de jamón con huevos.

—Lo de “señor Blake” está empezando a enredarme a mí también; y casi sacó de quicio a la secretaria de Clay hace un momento. Si usted no quiere llamarme Jim, como yo desearía, existe una alternativa posible, aunque no muy satisfactoria. Ya que,

por alguna razón, usted parece tan impresionado con *El Conde de Monte Carlo*, podría hacer la prueba de llamarme Franz.

—¡Franz!, ¿eh? Puede que ande bien, aunque no me entusiasma del todo. ¿Y por qué Franz? Usted tampoco tiene la cabeza cuadrada, ¿no?

—No. Mis antepasados fueron escoceses. Franz von Graz es un nombre que se me ocurrió, nada más. ¿Qué le contó la señora Penderel?

El teniente Trowbridge sacó su libreta y la consultó brevemente.

—Entre la hora en que el señor Shepley llegó a su casa ayer por la mañana y el momento en que salió de allí, un poco antes de las dos, hizo o recibió cuatro llamadas telefónicas. La señora Penderel está bastante afligida, como ya le he dicho; pero lo recuerda y jura que fue así. La primera llamada, entre las nueve y media y las diez menos cuarto, fue del señor Clay Blake, tal como ha dicho nuestro amigo. A eso de las once, o sea en la segunda llamada, el señor Shepley habló con usted en la oficina del diario.

”Como ve, Francisco José, no estoy tomando en cuenta ninguna de las llamadas infructuosas. Trató de hablar con usted en el hotel, aquí, y una vez en la oficina del diario, antes de comunicarse con usted allí. La tercera llamada, que al parecer es la que ha provocado todo el trastorno, se produjo muy cerca de las doce y media”.

—¿Al parecer causó todo el trastorno, teniente?

—Eso es, ¡si usted puede hallar algún sentido en esto! La señora Penderel estaba por entrar a decirle que el almuerzo estaba listo, cuando oyó que sonaba la campanilla del teléfono en el *living-room*. Contestó el propio señor Shepley, como había contestado cada vez que el teléfono llamó esa mañana. Cuando entró la tía y le dijo que tenía listo el almuerzo, justamente él estaba colgando el tubo. Ella no sabía quién había hablado con Leo Shepley, y él no se lo contó. Pero no hay duda que lo puso de un humor muy extraño.

—¿Ganas de matarse? ¿O qué?

—Más bien indignado y confundido, a juicio de la tía. Rechazó la comida; dijo que había comido un sándwich y bebido un vaso de leche y que no quería almorzar. Ella le rogó que comiese, como hacen todas las mujeres; pero fue inútil. Después empezó a recorrer la casa, de un cuarto a otro, hablando consigo mismo, como si no pudiese decidir algo. En cierto momento se detuvo y en voz alta dijo: “No tengo ninguna reputación especial que perder. Pero, ¡por Dios, tía Harriet, no quiero perder mis amigos!”.

—¿Es ése el único comentario que hizo?

—El único, lo más que ha podido recordar en su actual estado de ánimo. Por supuesto, es posible que se le ocurra alguna otra cosa luego. Poco después de la una, cuando ella se había sentado ya para comer algo, Shepley llamó por teléfono al señor Clay Blake, pero no escuchó nada que pudiera ser importante. Son cuatro llamadas; no se hizo ni se recibió ninguna otra. Shepley salió poco después de las dos. La tía salió para hacer algunas compras y no volvió a verlo.

—¿Ha averiguado alguna otra cosa, teniente?

—Shepley tenía un revólver de calibre 38, según cree la señora. Pero no tiene la menor idea del sitio en que lo guardaba; de lo que parece muy segura es de que no llevaba ningún arma encima cuando salió. Y yo no me atreví a pedirle que revisase la casa para ver si la encontraba, sobre todo en un momento así.

Guardándose nuevamente la libreta, el teniente Towbridge se agitó inquieto.

—Tengo dos hombres averiguando los movimientos del señor Shepley durante el resto del día. A uno de ellos lo veré más o menos dentro de cinco minutos, en la Municipalidad, así que convendrá que me ponga en movimiento. Muy bien. En compensación de los datos que le he dado, ¿no tiene usted alguna pequeña contribución? Sería mejor ver a la tía de nuevo, aunque me duele causarle molestias. ¿Se le ocurre alguna pregunta o preguntas para hacerle?

—Sí, siempre que pueda hacerlo con tacto. ¿Cuándo fue la última vez en que Leo viajó al extranjero y qué lugar o lugares visitó en esa ocasión?

La impaciencia retorció interiormente al teniente.

—¡Bueno, mire...! ¡Se supone que son preguntas importantes las que tengo que hacerle, si voy a fastidiarla otra vez! No voy a preguntarle por el precio de los huevos...

—Esto es más importante de lo que parece. ¿Cómo ve el asunto en general esta mañana, teniente? ¿Sigue sospechando de Clay Blake?

—¡Escuche, Francisco José...!

—Si usted ha optado por Francisco José, que es hasta más fácil de pronunciar, sigamos con él. Pero me apresuro a advertirle que el informe de Clay coincide con las averiguaciones hechas hasta el momento. Justamente cuando usted llegó adonde estábamos anoche, yo le había preguntado acerca del humor en que se encontraba Leo cuando ellos dos hablaron, un poco después de la una. Aunque puede ser que usted haya oído la contestación y la conozca ya, yo la repetiré de todas maneras. Clay dijo que Leo estaba al parecer “enojado” y “confuso”, exactamente las palabras empleadas por la tía. Clay dijo también “cavilando”, lo mismo que usted hace ahora.

—Una voz desconocida, según parece, telefoneó a Leo a las doce y media y puede haberlo amenazado a él de un modo u otro. Las amenazas pueden haber minado tanto a Leo, que lo hayan conducido a la muerte. Por el momento le dejo esta idea como un tema de especulación. Y ahora, si me permite...

Los dos se levantaron.

—¿Usted también sale, Francisco José? ¿Tiene algo especial que hacer?

—Un pequeño trabajo de averiguación. Si me necesita dentro de media hora o cosa así, puede encontrarme en las oficinas del *Centinela*.

Juntos caminaron hacia el oeste. El teniente Towbridge dobló a la derecha, hacia la Municipalidad. Jim, a su vez, dobló a la izquierda, para cruzar la plaza Lafayette.

En el edificio del *Centinela* la actividad no había empezado a acercarse todavía a esa fiebre intensa que alcanzaría más tarde, cuando los nervios se pusieran de punta y

el jefe de noticias iniciara sus gritos más frenéticos. Pero flotaba una sensación, inconfundible para cualquier periodista, de que algo estaba por suceder. Eran como vibraciones que emanaban de la oficina de noticias locales, al tiempo que pasaba el ascensor donde subía Jim.

Se notaban en el rostro de Bart Perkins, el director gerente, a quien Jim, en el último piso, encontró cuando salía por una de las puertas de cristales frente al ascensor.

Ese día Perkins estaba indefiniblemente desaliñado, y su gran mata de cabello gris más revuelta que nunca.

—¡Buenos días! —le gritó a Jim, señalando con el pulgar una puerta situada al extremo del corredor—. ¿Viene a ver a su Señoría?

—Sí, eso es. Ayer el señor Laird me ofreció muy gentilmente su ayuda. Hoy pienso aprovechar su oferta.

—Bueno. Alec está allí; siempre llega temprano, y deben ser las diez por lo menos. Y hablando del día de ayer, sobre todo de la noche, ha sido una cosa impresionante, ¿verdad?, lo que le sucedió a amigos de este diario...

—Si se refiere a la muerte de Leo Shepley, ha sido una gran sorpresa para todos. Sin embargo, no he visto nada en los diarios de la mañana.

—Le diré lo que pienso, por lo que pueda valer mi opinión. Creo que esperan ver cómo manejan el asunto los diarios de la tarde, en particular éste. No podemos callar la historia por completo, claro, pero Alec le dirá cómo vamos a darla con sordina.

Bart Perkins lo contempló fijamente.

—Según tengo entendido, allí estuvo usted metido justo en el medio de todo. ¿Le gustaría darnos por escrito sus impresiones? No, supongo que no le gustaría. Cuando prepare su artículo para el “Harper's Weekly”, ¿qué dirá acerca de los crímenes violentos?

—Cuando escriba mi semblanza del señor Clay Blake, señor Perkins, ni siquiera haré referencia a los crímenes violentos. Está fuera de todo artículo periodístico, como yo lo entiendo.

”Diga lo que diga, gran jefe, veo adónde va. Nada de remover basura en una campaña política limpia, ¿no? Esto no tiene nada que ver con nuestro hombre y sus perspectivas en el Congreso, ¿verdad? A menos, claro, que el pobre diablo sea detenido por asesinato”.

—¿Quién ha hablado de arrestar a Clay por asesinato?

—Nadie. ¡Que Dios me perdone! Nadie lo ha dicho ni lo dirá. No me haga caso. Olvídese que yo lo mencioné, ¿quiere? A ver... ¿No me contó usted que en sus días de estudiante fue un gran jugador de béisbol?

—Dije que fui un jugador entusiasta, de un valor algo más que tolerable.

—Bueno, pues Clay también jugó para un campeonato en el equipo de Princeton, hacia comienzos del siglo. Usted puede usarlo como un detalle de interés humano.

Después de todo, dadas las circunstancias, anoche no habrá podido reunir mucho material útil para su nota, ¿no?

—Conseguí una buena cantidad de material utilizable, a pesar de que las circunstancias no eran ideales. Y hoy almuerzo con él en un restaurante llamado de Philippe, donde creo que podré redondear los detalles.

—Hoy antes del almuerzo, señor reportero metido a novelista —dijo el director gerente, jugando con su corbata—, nosotros vamos a celebrar otra reunión para hablar del caso Shepley. Alec, Harry Furnival y yo. No hay muchas cosas nuevas que resolver, pero continuamente surgen nuevos enfoques. Ahora, corra a abordar a Alec; tengo la idea de que casi está esperándolo.

La señorita Ruth Donnelly, muy coqueta en su escritorio de la antesala, no opuso dificultades para telefonar a su patrón, en la oficina contigua. Fue inmediata la indicación de que podía pasar, y Jim encontró a Alec Laird, con su acostumbrado cuello postizo y su traje muy pulcro, levantándose de su pupitre como una especie de saludo.

—Estoy tan obligado a emplear continuamente las frases hechas —dijo, al estrecharle la mano—, que sólo haré la más breve referencia al pobre Leo y a la profunda desdicha de haberlo perdido. Siéntese, por favor.

—Gracias, señor Laird.

—Tampoco pienso atormentarlo con preguntas superfluas. Cómo tratar decorosamente este asunto, nos tiene a todos perplejos. Charley Emerson, por ejemplo, casi me ha rogado que le encomiende la nota, pero...

—¿Charley Emerson se lo ha pedido?

—Creo que usted lo conoce —agregó Alec, sentándose, con el ceño fruncido—. Sí, Charley está aquí. Llegó esta mañana con el mismo tren que usted tomó el otro día. Salió de Washington el martes por la noche, “en previsión de que yo pudiese necesitarlo”, dijo. Estuvo en mi puerta a primera hora el jueves. Cuando se enteró de que un destacado ciudadano de Nueva Orleans había muerto en circunstancias misteriosas y trágicas en la casa de la extraña *inamorata* de Clay Blake, se ha puesto (esto también es su propia expresión) a mis enteras órdenes. Se ofreció a cubrir la información sin cobrar, haciéndolo (y una vez son palabras suyas), “sólo para darse el gusto”.

—¿Qué le respondió?

—Que no me parecía bien. Charley fue nuestro mejor cronista policial en otros tiempos. Aunque yo a veces le concedí una libertad mayor de lo que aconsejaba mi conciencia, en varias ocasiones tuve que ponerlo en su sitio cuando su celo traspasaba la discreción. Y este caso, señor exige discreción, por sobre todas las cosas, y además abusaba de expresiones enigmáticas que nadie podía entender.

—¿Cómo tomó Charley su negativa?

—No muy bien que digamos. Cuando por fin le dije que no en forma rotunda y definitiva, salió como una exhalación...

—¿Puede alguien salir de aquí como una exhalación, señor Laird?

—Ha sido una expresión figurada y mal elegida. Perdóneme. Lo que debí decir es...

—Mire, señor —protestó Jim—, no soy tan purista del idioma como usted cree. Entendí perfectamente lo que usted quiso decir; soy yo quien no debió entrometerse. Es que se me ha ocurrido una idea, simplemente.

—Lo que se debió decir, señor Blake, es que salió apresuradamente, murmurando algo acerca de que pasaría su propuesta a la oposición. Pero, naturalmente, usted no ha venido aquí para hablar de Charley Emerson o sus flaquezas...

—No, señor Laird. Me trae una cuestión muy distinta, que ayer mencioné al pasar justo antes de salir de aquí.

—¡Ah, sí! Si la memoria no me es infiel, dijo que estaba ansioso por encontrar a una joven que se porta de una manera misteriosa y tiene un misterioso patrón, y que desapareció en la Estación Terminal por su propia voluntad.

—Anoche volvió a aparecer. Luego se esfumó nuevamente, sin dejar ningún mensaje y ni siquiera decir adiós. Dado que soy forastero aquí, señor Laird, no tengo manera de seguir sus huellas sin un poco de información previa.

Alec Laird juntó las yemas de sus dos manos, se echó atrás en el sillón giratorio y durante un momento pareció abstraído en sus pensamientos.

—Si hago algunas preguntas, señor, no me considere indebidamente curioso ni desconfiado en cuanto a sus motivos. Ya que en un cierto aspecto usted no nos inquieta, no puede tampoco inquietarnos por el hecho de andar buscando a una joven. ¿Cómo se llama ella, a todo esto?

—Matthews, Gillian Matthews, y lo común es que la llamen Jill.

—Matthews, Gillian, o Jill Matthews. No es un nombre familiar para mí, pero eso no puede sorprender a nadie. ¿Vive en Nueva Orleans?

—Por lo menos, parece que trabaja aquí.

—¿Sabe algo acerca de la persona con quien trabaja?

—Sólo el nombre. Es secretaria de un especulador llamado el viejo Ed Hollister. En fin, eso es lo que me han contado. Leo Shepley, que fue quien me dio la información, lo llamaba el hombre misterioso de las finanzas y dijo que se movía con tanto secreto que nadie lo encontraba. Pero los recursos de un diario...

Un cambio se había operado en Alec Laird, aunque no para bien. Aunque evidentemente estaba lejos de la contrariedad, parecía dudoso y perturbado.

—¿Está seguro, señor Blake, que le interesaría llevar adelante esa investigación? ¿Completamente seguro de que quiere continuar?

—Mi idea es seguir adelante —bramó Jim—, ¡así sea lo único que haga mientras esté aquí! Encontrar a Jill...

—Sí, pero —apuntó el otro—, ¿sería prudente hacerlo? Aparte de que pueda causar trastornos a otros, ¿seguramente usted no desearía causárselo a sí mismo? Preguntar por el paradero de Ed Hollister, señor Blake, sería una pérdida de tiempo y

un compromiso, también. ¿Me permite que, con toda seriedad, le aconseje que desista?

—Ya que es mi tiempo, señor Laird, ¿qué razón hay para que no haga con él lo que quiera? Y, además, ¿por qué debe ser un derroche o una molestia?

Alec Laird se agachó un poco.

—Porque ese viejo Ed Hollister no existe. Leo Shepley lo inventó para una de sus bromas, y en todos estos contornos el nombre del misterioso financista se ha convertido en una especie de chiste. Querer averiguar dónde está o cómo encontrarlo, señor, sería lo mismo que pedir indicaciones precisas para llegar al Polo Norte con el fin de hallar a Papá Noel.

Luego de una especie de silencio atronador, cuyos reverberos casi podían oírse, Alec Laird habló con una voz ampliamente comprensiva.

—Esto ya a ser un golpe enorme para usted. ¿Me permite sin embargo, rogarle que no se deje afligir demasiado? ¿Me permite...?

Pero Jim, exultante, se puso en pie de un salto.

—¿Un golpe? —exclamó—. Sí, es un golpe. ¡Es un estrepitoso golpe en la justa y exacta dirección! Con él se derriban los puntales que sostienen todos los mitos; ¡me está mostrando lo que debí haber visto hace rato! Me voy nuevamente, señor Laird, y sólo agregaré lo mismo que agregué ayer: que usted no puede darse cuenta de lo mucho que me ha ayudado.

Y una vez más, con un adiós sincera y profundamente agradecido, abandonó la oficina con la cabeza alta y música en el corazón. Su teoría respecto de Jill resultaba cierta, después de todo; muy pronto, quizás esa misma mañana, estaría en condiciones de probarla. Esto era dar un nuevo gran paso hacia la verdad.



¿Era posible que alguien estuviese ahora siguiéndolo?

No eran las once todavía. Luego de haber sacado el auto del garage Guilfoyle, Jim se encaminó por la calle Charles al este. En el oscuro y grasiento garaje, Stu Guilfoyle, quien evidentemente no sabía una palabra de lo ocurrido en la noche, era el mismo individuo afable de siempre.

—¿No ha tenido ningún problema con él, verdad, señor Blake? —preguntó—. Le di una buena revisada esta mañana. ¡Está al pelo! ¡Pero no se ha puesto el guardapolvo!

—No, no tuve ningún inconveniente. En cuanto al guardapolvo, no lo necesito porque esta mañana pienso no salir de los límites del pavimento; las gafas están aquí en mi bolsillo. Pero antes de que me lleve el coche, ¿puedo usar su teléfono?

—¡Seguro! Por aquí.

Stu lo condujo a un incómodo cubículo que le hacía de oficina, cuyas ventanas permitían ver un fondo lleno de maleza. En un calendario colgado en la pared se exhibía una moderna jovencita que extáticamente sostenía una botella de Coca-Cola con una pajita dentro. Jim se sentó al teléfono, y pidió Main 0101. Mientras sonaba, distante, el timbre de la llamada, tomó un lápiz y trazó dibujitos en un bloc de papel.

Tal como había esperado, le contestó la doncella de la señorita Florence Yates. Tras unas pocas palabras, acudió la propia señorita Yates.

—Es algo temprano para molestarla —dijo Jim—; pero han surgido varias cuestiones importantes desde que la vi...

—Ya me lo han contado —respondió ella, con voz que no delataba ningún sentimiento—. Sí, señor Blake.

—Y necesito aclarar uno o dos puntos. ¿Sería mucho abusar si le pido que me reciba en su casa? ¿Podría ir a verla ahora?

—Usted es siempre bienvenido aquí, mi estimado señor, como creo que ya sabe. ¿Dónde se encuentra?

—En un garage de la calle Charles. Con suerte, podría estar ahí dentro de quince minutos o menos. ¿Está bien?

—Sí, naturalmente; está muy bien. Venga en cuanto pueda.

Jim colgó el tubo y se dirigió al frente del garage. Junto al cordón, en la calle, mirando hacia la calle.

Canal, había otro Cadillac de cinco asientos, casi completamente nuevo, de un amarillo brillante y con la capota levantada. A su lado, con levita y sombrero de copa, se veía un pulido caballero de cabeza plateada, boca inquieta y mirada penetrante. Stu Guilfoyle le hablaba con visible placer.

—¡No tiene el más mínimo defecto, señor Chadwick! —decía—. No saque el pie del embrague demasiado rápido; y de ese modo el motor no se parará. El arranque automático es un sueño, ¿no?

Se volvió hacia Jim y su alegría fue ruidosa y estremecida.

—¡Oh! ¡Esto sí que está bueno! Señor Chadwick, le presento al señor Blake, de Nueva York. Señor Blake, el señor Chadwick. ¿No sería realmente divertido que el señor Blake, con un Chadwick, atropellara al señor Chadwick, con un Cadillac?

—Confío sinceramente que no lo haga —dijo el hombre de la cabeza plateada—. Soy un perro demasiado viejo, Stu, para ponerme a aprender mañas de jóvenes. Pero usted tiene razón en una cosa. Con un arranque automático, ¿sabe?, mi mujer y mi hija podrán encargarse de tareas ante las cuales retrocede el jefe de la familia. Pronto las mujeres manejarán todos estos autos que hay a la vista, ¿no le parece?

Aquel hombre debía ser el Raymond P. Chadwick de quien Jim había oído hablar. Él no hizo ningún comentario al escuchar el nombre de Jim; quizás lo hubiese oído poco. Tenía la desenvoltura del político avezado capaz de demostrar la mayor cordialidad aunque le presentaran un dragón de dos cabezas.

Con solo tocar un botón con el pie, el motor se puso en marcha. Arrancó en una especie de sacudida, pero a los pocos metros la marcha ya era suave, enfilando directamente hacia la calle Canal.

Luego que Stu, muy gentilmente, puso el motor en marcha con la engorrosa manivela, el coche de Jim dobló en la dirección contraria. Ahí fue cuando empezó a tener la sensación de que era observado atentamente y que alguien lo seguía.

Fue sólo una impresión quizás ilusoria. En efecto, hasta donde alcanzaba su vista, no lo seguía más que uno de esos ubicuos carruajes para turistas, y que pronto dio vuelta en una esquina. Jim llegó sin tardanza a la avenida Explanada. Poco después de las once estaba tocando el timbre en casa de la señorita Yates.

Admitido por la gentil mucama, fue nuevamente conducido al salón de recibo de la derecha. La señorita Yates, con un vestido mañanero de color verde, se hallaba sentada junto a una de las ventanas del frente, con un librito en la mano. Aunque no menos *soignée*^[29] que la víspera, dio una cierta mayor impresión de desaliño cuando se levantó para saludar.

—¡Servidora de usted, señor Blake! —dijo—. Si tiene otras preguntas que hacerme, ¿podríamos pasar por alto los formulismos e ir derecho al grano?

—Por supuesto, si usted lo desea. Creo que usted dijo, señorita Yates, que dos veces en la semana pasada la notoria Yvonne Brissard visitó al general Clayton y su esposa en la casa de aquí enfrente.

—¡Que el Señor se apiade de nosotros! ¿Ha hecho todo este viaje hasta mi humilde morada sólo para preguntarme eso?

—No, señorita. Hay otras cuestiones. Comprenderá que...

—¿Cuántas veces debo asegurarle, señor —dijo en voz alta la señorita Yates—, que, de acuerdo con mis luces, soy una mujer completamente sincera? El suicidio de nuestro infortunado amigo Leo...

—¿Fue suicidio o asesinato, señorita? La policía parece creer que fue un crimen, y tienen su buen motivo.

—¡Fue suicidio, yo se lo digo!

—En cualquiera de los casos, señorita Yates, la noticia no ha aparecido en los diarios todavía. ¿Puedo preguntarle cómo lo ha sabido?

—Una fuente de información que se llama chismerío, señor Blake, hace que todo suceso sensacional sea difundido a los cuatro vientos en muy poco tiempo. ¿Pondría usted en duda esta afirmación?

—Como afirmación de carácter general, no; aunque podría cuestionar otras afirmaciones suyas. Se ha referido usted a “nuestro infortunado amigo Leo”. ¿Fue usted realmente muy íntima amiga suya?

—Sí. ¿No se lo dijo él mismo?

—Lo dejó entrever. Sin embargo, usted dijo ayer que había hablado por teléfono a Leo para verificar mi buena fe. Yo, por mi parte, no pude comunicarme con usted telefónicamente hasta la una y media de la tarde. ¿A qué hora habló con él?

—¿Cuándo encontré al pobre muchacho con ánimo suicida? Tengo buena razón para recordarlo, puedo decirle que fue a las dos y diez.

—No, señorita. Leo había salido de la casa antes de las dos. La policía tiene una lista completa de todas las llamadas telefónicas que hizo y recibió antes de salir. A menos que usted fuese la voz de hombre que al parecer lo amenazó media hora después del mediodía, supuesto que me tomo la libertad de poner en duda, usted no pudo hablar con él ni aun entonces. Usted no pudo hablarle en ningún momento.

La señorita Yates levantó las manos.

—Si debemos proseguir lo que ahora está resultando un interrogatorio policial, ¡no se quede ahí de pie, removiéndose, inquieto y con mirada tortuosa! Ahí delante tiene una silla, junto a la ventana de la derecha. Siéntese, por favor; continuemos con mis pecados, o los pecados de Leo, con un aspecto decente de seres civilizados.

—¿Fueron pecados de Leo, señorita?

—¿Cómo?

Se había sentado. Jim tardó algo en imitarla.

—Comparando ciertas observaciones suyas con algunas cosas que Leo dijo en el transcurso de una prolongada conversación telefónica —continuó—, ayer acaricié la certeza de que algo fallaba en la situación, tal como se me presentaba.

—¿Algo que fallaba?

—Bueno, algo ficticio, en todo caso. Me dio la impresión, sin captarlo así claramente, de que sabía tanto acerca de usted porque había utilizado el servicio que usted provee: Sue, Billie Jean, o quizás alguna predecesora de ellas. Y, sin embargo, parecía pensar que sus sobrinas actuaban en esta casa, y agregó que usted debía correr un grave riesgo o pagar altos sobornos por el privilegio de operar en la sacrosanta Explanada.

—¡Pero yo...!

—Sí, señorita Yates. Usted dejó claramente establecido, casi desde un comienzo, que no permitiría que nada perjudicase la posición que espera alcanzar. Sin embargo, no parecía que Leo supiese esto. No mencionó aquel coqueto departamento de la calle Basin, donde el brazo de la ley no molesta para nada, como seguramente hubiese hecho de haberlo oído nombrar alguna vez.

—¿Qué es lo que insinúa usted *ahora*?

—Estoy insinuando, señorita Yates, que Leo jamás probó los placeres de las pubescentes, ni siquiera para satisfacer una curiosidad sobre qué tenían de agradable. En resumen, señorita, hablaba de oídas; y cometió un error.

Al llegar a este momento. Jim se sentó frente a ella. Pero su tono no cambió.

—Por otra parte —continuó diciendo, fija en su interlocutora una mirada hipnótica—, usted dijo que sabía que yo la visitaría; y que lo sabía antes de que yo llamara por teléfono. No lo dudo: todas sus palabras y todos sus gestos eran indicio de que me esperaba. Usted no se comunicó con Leo; no pudo haberse comunicado con él. Pero *alguien* la llamó y le dijo que recibiese con buenos modos a Jim Blake. ¿Se da cuenta, señorita, que ese “alguien” es con toda probabilidad el asesino que busca la policía?

La mujer quedó estupefacta.

—¡El asesino! —repitió como un eco—. ¡Está loco! ¡Loco de remate! Él nunca hubiera... —se contuvo y se puso de pie—. Para demostrar, señor, que casi todo lo que he estado diciéndole es la pura verdad, ¿podríamos volver a la pregunta que usted espetó a poco de entrar, respecto a la señorita Yvonne Brissard?

—¿Sí?

—En el continente europeo, donde se manejan mejor estas cuestiones, una *grande amoureuse*^[30] es aceptada y aun honrada por algunos de los más altos personajes. Si la señorita Brissard ha comenzado a enseñarnos aquí esos hábitos civilizados, tanto mejor para ella.

Florence Yates, conmovida profundamente, abrió las cortinas de encaje de la ventana izquierda y agregó:

—Mire ahí fuera, señor Blake. ¡Mire la casa de enfrente!

Jim se acercó y observó afuera.

La casa de enfrente, de ladrillos con un revoque gris claro, era de un estilo frecuente en el Vieux Carré. Su planta baja o recepción estaba construida a unos tres metros y medio sobre el nivel de la calle. Las alas de una escalera curva, de piedra,

con balaustrada de hierro forjado, subía por uno y otro lado hasta reunirse en una blanca puerta de entrada, franqueada por columnas. Brillaba el sol en su llamador de bronce.

—El general Clayton y su esposa —informó la señorita Yates— han salido para dar su acostumbrado paseo matutino en auto; el ogro está ausente. Ayer, señor Blake, pareció que usted tenía ciertas dudas de que *Mademoiselle* Brissard pueda mantener con los Clayton una amistad que le permita visitarlos. Ha llegado más lejos; actúa como si fuese su propia casa. ¡Está allí!

—No veo coche esperándola.

—Habría venido en uno de alquiler. Por cierto que la otra mujer lo hizo; la vi yo.

—¿Qué otra mujer?

—La secretaria social de la señorita Brissard. Cuando se enteran de que nuestra *grande amoureuse* emplea una secretaria social, mucha gente obtusa siente inclinación a reírse o hacer chistes groseros. Yo no me burlo, señor; menos todavía, hacer chistes. ¡Mejor para ella, como ya dije!

—En cuanto a esa secretaria social, ¿está segura de que lo es? ¿Y las dos están ahora en la casa?

—De que es ella, estoy segura, aunque nunca supe como se llama. Las vi juntas a las dos cuando la señorita Brissard paraba en el hotel Grunewald, antes de alquilar su actual villa.

Toda la temperatura emocional de esta entrevista se había alterado en cuestión de segundos. Jim estuvo a punto de tomar del brazo a su interlocutora.

—¿Qué aspecto tiene esa secretaria? ¿Quiere describírmela por favor?

—Diferente de su patrona: es más bien pequeña y de cabello rubio. Pero muy linda y tiene una hermosa figura. Estoy muy segura de que cualquier hombre la perseguiría, sólo que se esfuerza en tal forma por pasar inadvertida, que apenas se la ve.

”Permítame repetir que el ogro está ausente, en su paseo matutino. La señora Clayton, que debe ser varios años menor que su marido, y tiene un cierto aire demasiado teatral para una *grande dame*, también está ausente. Helena, una de las sirvientas de los Clayton, es muy amiga de mi doncella Essie. No hace mucho, Helena, sabiendo nuestro interés por estas cosas, cruzó corriendo la calle para contarle a Essie que la señorita Brissard y su secretaria estaban muy cómodamente instaladas en el salón del fondo. ¿Todavía puede dudar de lo que...?”.

—¿Qué...?

—¿Es tan importante para usted, señor Blake? Muy bien. Notará que a uno y otro lado de la casa hay una pared que da frente a la vereda, con un portón abierto en cada lado. Si va a cruzar la calle, puede entrar por uno de esos portones, llegar al fondo del edificio y allí encontrará escaleras externas que lo llevan a una galería del otro lado del salón de recibo. No necesita molestar a nadie y ni siquiera denunciar su presencia.

Con solo un vistazo por una ventana confirmará que le digo la pura verdad. Si la cuestión es *tan* importante...

Toda la emoción anterior de Jim volvió repentinamente.

—La cuestión es importante, por cierto, y haré lo que usted dice. Es tiempo de aclarar una mascarada absolutamente insensata.

—Voy a llamar a Essie para que le traiga su sombrero.

—No es un sombrero lo que necesito para la diligencia que estoy pensando. Pero le ruego, señorita, que no se mueva de aquí ni cierre la puerta del frente para impedirme entrar cuando vuelva. Hay otras cosas de gravitación mucho mayor que mis propias emociones.

Dicho esto con toda la frialdad de que era capaz, Jim se lanzó hacia el vestíbulo. Aunque había dicho también que el sombrero no le hacía falta, lo vio en una mesa del vestíbulo y lo tomó al salir a la calle.

El sol, hasta ese momento tan visible, se había ocultado tras una nube, cosa muy frecuente en Nueva Orleans. Pasó con su ronroneo un furgón de reparto de comestibles; su conductor silbaba; nada más parecía despierto en la avenida Explanada.

Jim cruzó la calle y, a mano derecha de la casa, entró por la arcada que se abría en una pared alta como el doble de la estatura de un hombre. Un caminito de ladrillos lo condujo por el lado sur de un cuidado y espacioso jardín. Otro camino de igual pavimento, que pasaba por el lado norte, se unía con el primero y juntos ambos rodeaban la casa por detrás, convirtiéndose en un camino ancho que llevaba a la cochera establo y desembocaba en una calleja que iba hasta el fondo del terreno.

Había una galería de hierro a lo largo del fondo de la casa con escaleras de hierro para subir. Disminuyendo su velocidad Jim subió por ella. Más allá de la primera ventana por la cual miró, y que no podía ser otra cosa que la del salón posterior mencionado por Flossie Yates, descubrió lo que buscaba.

En una habitación de dos ventanas, ricamente amuebladas en el estilo de postguerra, de antes que él naciera, dos mujeres se hallaban sentadas, casi por completo de espaldas. Tenían delante una mesa en que se veía un servicio de café, de plata, y tazas de porcelana Wedgwood.

La mujer de la izquierda era Jill, con traje sastre y un sombrerito de paja. La de la derecha, delgada y ágil, llevaba un “*matine*”^[31] color amarillo fuerte. Podía estar entre los treinta y treinta y cinco años. Como tenía el perfil levemente inclinado hacia Jill, Jim pudo ver el pequeño lunar justo sobre la punta exterior de su ceja izquierda.

Tantas emociones hervían en su interior que no habría podido analizarlas aunque lo hubiese deseado. Permaneció un rato llevando su mirada de una de las mujeres a la otra. Luego descendió serenamente la escalera y volvió por el caminito hacia la calle.

En la avenida Explanada, aproximándose desde el sur, se erguía la familiar figura de un hombre de cuerpo robusto y sombrero hongo montado en una bicicleta. El

teniente Trowbridge, con su bigote erizado, se aproximó al cordón, bajó y paró la máquina sobre su pie de metal.

—¿Y, Francisco José? —dijo, expansivamente cordial—. ¿Ha descubierto algo más esta mañana?

—Sí. ¿Me ha estado siguiendo?

—No; lo que usted llama siguiendo, no. Me dijeron que había salido de la oficina del diario, pero no sabían hacia dónde. Se me ocurrió pensar que usted habría sacado el auto, y así era. Además, habló por teléfono. Me lo contó Stu Guilfoyle. En un bloc que había al lado, alguien escribió: “Main 0101”.

—Estuve haciendo garabatos sin sentido, o así me pareció.

—No tan sin sentido, Francisco José. No tardé mucho en averiguar a quién pertenecía ese número —y el teniente Trowbridge dirigió una mirada fugaz al otro lado de la calle—. Sí, su auto estaba frente a la casa de Flossie Yates. ¡Muy bien! Si usted estaba interrogando a Flossie acerca de su establo de jovencitas menores de edad, o cualquier otra cosa que se le hubiese ocurrido, ¿qué está haciendo aquí? Ésta es la casa del general Clayton, ¿no?

—Sí, pero el general no está dentro. Creo que la señorita Yates podría contarnos muchas cosas, aunque quizás no sea fácil hacerla hablar. Pero ha surgido algo nuevo. Escúcheme, teniente. ¿Qué le parece si le cuento una cosa que en sí misma puede ser reveladora y hasta sorprendente, pero que no nos servirá de gran ayuda para resolver los problemas que tenemos en la cabeza usted y yo? ¿Sería capaz de mantenerlo en absoluta reserva?

—Haga la prueba, nada más. ¡Haga la prueba!

—Iré más lejos aún. ¿Sería capaz de no decírselo a nadie, ni hacer cosas que molesten más de lo necesario a varias personas comprometidas?

—Sí, puedo prometérselo. Yo quiero saber quién mató a Leo Shepley y cómo lo hizo. ¡Todo lo demás no me importa dos pitadas de tabaco!

—Espere aquí, ¿quiere? Voy a la puerta principal, a llamar en ella. Si me invitan a entrar, pronto asomaré la cabeza para invitarlo también a usted a participar de la fiesta.

—¿Qué es este juego, Francisco José?

—Ya lo verá.

Ahora que habían llegado, por lo menos, a una revelación menor, que para Jim era una revelación mayor, se veía precisado a mantener contenida la tensión nerviosa para que su voz no perdiera coherencia. Subió corriendo los escalones y golpeó con el llamador de bronce. Una mucama negra, con el uniforme de rigor, cofia y delantal, abrió la puerta que daba a un salón de techo alto y tapices en las paredes, a cuyo fondo se veía otra puerta entreabierta que debía conducir a la sala de los fondos que Jim ya había visto.

—¿Sí, señor? —dijo, nerviosa, la doncella de color—. Si quiere ver al general...

—No es al general —respondió Jim con voz imponente—. ¿Puedo hablar con la señorita Jill Matthews, por favor?

La mucama retrocedió un par de pasos. Desde el interior, una voz de mujer pero no la de Jill, escuchada un momento antes, dijo:

—Debe ser...— Y se cortó en seco.

Al parecer, en la sala hubo pasos apresurados. Luego la propia Jill, que con las manos se hacía sombra en los ojos, apareció en la puerta. Estaba preciosa, infinitamente deseable a pesar del rostro coloreado por la confusión, y permaneció parada allí, como si de un momento a otro fuera a volar.

—Será mejor que salga, Jill —la llamó—. Y podría pedirle a ella que venga también. El carnaval ha terminado, como debía suceder.

—Sí, ha terminado —exclamó Jill—. ¡Y gracias a Dios que ha terminado! Desde el miércoles vengo discutiendo, aunque hasta hoy de mañana no he conseguido que acceda a nada en absoluto —y a continuación, abandonada ya su actitud defensiva, agregó la joven—: ¿Pero qué diablos *ha creído* usted?

La doncella se había evaporado. La enorme puerta de calle seguía abierta detrás de Jim. Éste se dirigió a esa puerta y miró hacia abajo.

—Por aquí, teniente. Lo que debe hacer, mejor hacerlo ahora.

Algo vacilante, Zack Trowbridge subió los escalones, por primera vez desde que Jim lo encontró quitándose el sombrero dentro.

—Sí, señor Blake. ¿A qué se refiere?

—Teniente, ¿le gustaría conocer a Yvonne Brissard?

Fue ahora el teniente Trowbridge quien frunció el entrecejo, confundido e inseguro.

—Bueno, no sé, señor Blake. Mi mujer...

—No le hace, sin embargo. No hay manera de que la conozca; ninguno de nosotros la puede conocer.

—¿Por qué no?

El cielo estaba más oscuro, como amenazando lluvia. El vestíbulo se llenó de sombras aun antes de que Jim cerrase la puerta.

—Porque Yvonne Brissard no existe —contestó—. Por lo menos, no hay ninguna Yvonne Brissard en Nueva Orleans, aunque en algún sitio puede que viva una mujer con ese nombre.

—¿Pero qué es entonces lo que pasa aquí? ¿Por qué me ha preguntado si deseo que me la presente?

—Porque aquí se encuentra una señora a quien tarde o temprano tendrá que conocer. Y la impresión será mucho menor si la conoce, podríamos decir, bajo mi protección.

Jill había avanzado. Desde la sala del fondo, con ojos que le bailaban en la cara y un rostro encendido de gozo, se adelantó hacia ellos, con soltura y gracia, la mujer alta y delgada del vestido amarillo.

Jim se enderezó con dignidad.

—Teniente Trowbridge —dijo—, ¿me permite el honor de presentarle la distinguida actriz británica, señorita Constance Lambert, quien con el nombre de Yvonne Brissard ha representado su más importante papel desde fin de marzo a casi fines de octubre?

Y volviéndose hacia Jill agregó:

—Usted es su hermana, ¿verdad?



—En cualquiera otras circunstancias, señor Blake —dijo Constance Lambert cinco minutos después—, podría sentirme enojada con usted; podría estar seriamente enojada. Pero algo esta mañana me hace tan feliz, tan *maravillosamente* feliz, que de ningún modo me podría sentir molesta con nadie, ¡y menos con el hombre que me hizo aquella maravillosa, aquella halagadora entrevista para el semanario de *Harper*!. Comprenderá que...

Los cuatro (la señorita Lambert, la hermana de ésta, Jim y el teniente Trowbridge) se hallaban sentados en la sala del fondo del general Clayton, entre madera profundamente labrada, objetos de adorno, mesas con tapas de mármol, carpetitas y sillas con almohadones de mullido terciopelo, todo lo cual representaba el esplendor de tiempos pasados.

Sólo Constance Lambert, irradiando su encanto, se sentía cómoda y a gusto. Trowbridge revolvía el sombrero hongo sobre su rodilla izquierda.

—Por supuesto —siguió hablando la señorita Lambert—, lo ocurrido a Leo no puede ser más horrible; sé que jamás me sobrepondré a la impresión. Y, sin embargo, al mismo tiempo —¡pues quiero que brille la verdad, así se desplome el cielo!— me siento feliz y no puedo menos de demostrarlo. Como ve...

—¡Por amor de Dios, Connie —dijo de pronto Jill, no por primera vez—, déjalo que diga por lo menos una palabra!, ¿quieres? ¿Cómo supo usted, Jim, que era Connie?

Jim, sentado en el brazo del sillón de Jill, miró fijamente el servicio de café que estaba en la mesa.

—Fui imperdonablemente estúpido al principio —dijo—. Pero nadie podía darse cuenta de tantos pequeños detalles como fueron acumulándose.

”Creo que mis sospechas empezaron al preguntarme cómo se explicaba que Yvonne Brissard, persona de notoria mala fama, que no era recibida en ningún lugar, pudo conseguir que *Madame* Mathilde de Jarnac Laird le alquilase la villa que deseaba dedicar, como si fuese un templo, a la memoria de su hermano. Además, si Yvonne pudo conseguir también un trato familiar con el general Clayton y su esposa... Sólo cabía una explicación: que no era en absoluto indigna, sino ultra digna; una persona que estos tradicionalistas inflexibles se honrasen de recibir en sus casas si pudiesen hacerlo abiertamente. En resumen, tenía que haber alguna clase de

impostura. ¿Pero de qué clase y quién era el impostor? Prefiere que no siga por este camino, ¿verdad?”.

—¡Caramba, Francisco José! —exclamó el teniente Trowbridge, resoplando como un toro—. ¡Pero eso es justamente lo que deseamos, sin ningún lugar a dudas! Habrá problemas si no sigue, yo se lo prevengo. ¿Y...?

Jim reflexionaba.

—En Inglaterra —explicó—, conocí bastante bien el mundo del teatro. No en Norte América, donde no lo conozco en absoluto. Pero en Londres, al cabo de siete años, me sentía tan en familia con la gente de teatro como con mis propios colegas de Fleet Street.

—Tomemos el ejemplo de Jill, a quien conocí en Nueva York el lunes por la mañana y volví a encontrar el lunes por la noche al subir al tren para Washington. No era una actriz; de eso puedo estar bien seguro. No tenía el aire ni los modales de gente que pisa las tablas, que son inconfundibles, como usted habrá notado en cualquier actriz que haya conocido.

—Muchas gracias —dijo sonriendo Constance Lambert—. ¿O ha querido decir, mejorando lo presente?

—No, señorita Lambert; no necesito disculparme. No hay nada de malo en el modo de la gente de teatro. Puede significar y así ocurre por lo general, excelentes modales, como ocurre en su caso. Yo digo las cosas como son.

”Pues bien, Jill no respondía al tipo. Sin embargo, desde el mismo instante en que el tren dejó Washington, estuvo dando vueltas sobre el tema del teatro, o haciendo referencias gratuitas a la gente que en él se mueve. Anoche, en la villa de Jarnac, rebasó la medida. Cuando me detuve, a punto de decir algo, comentó que yo me había ‘secado’. Ése, teniente Trowbridge, es un término que se usa en círculos teatrales para querer decir que un actor o una actriz olvida lo que tiene que decir. Usted y yo, que no somos gente de teatro, diríamos ‘parar en seco’. Pero los actores y las actrices, en Inglaterra por lo menos, dicen: ‘se secó’”.

—En ese tren, fue Jill quien me preguntó si conocía a Constance Lambert. Hubo también una interesante comparación de fechas, aunque no advertí la relación en ese momento. A fines de febrero, Constance Lambert salió de Londres, al parecer con destino a Italia. A fines de marzo, Yvonne Brissard llega a Nueva Orleans, y el baile empieza. Y hace siete meses que Jill está aquí también.

—¿Era posible?

Jim miró fugazmente a la actriz, quien se había recostado cómodamente, con las piernas cruzadas.

—Usted tiene una fama merecida, señorita Lambert —prosiguió Jim—. Su actuación ha sido elogiada con igual entusiasmo tanto por los críticos como por los públicos en todas las obras adecuadas, desde Shakespeare a Bernard Shaw. Durante varias temporadas ha trabajado en Nueva York, pero creo que nunca se ha presentado en Nueva Orleans.

—Salvo en mi papel actual, no me he presentado nunca —dijo con visible deleite—. Porque en ese caso, no habría podido seguir representando este papel, ¿verdad? En Nueva York, sí; fue por eso que el señor Alden... Pero no importa. ¿Decía usted...?

—Si tuviese que buscar alguna eminente dama del teatro, admirada y respetada en todas partes, que pudiese hacer una broma de esta clase, su nombre estaría entre los primeros que se me ocurrirían y así fue. Anoche, cuando pedí a cierta persona una descripción de Yvonne Brissard, me llamó la atención la muy exacta descripción de Constance Lambert que me dio, tanto que ya casi estuve seguro. Muchos otros detalles surgieron anoche, entre ellos el hecho de que Yvonne Brissard tuviese una “secretaria social”, que según se dijo, la había acompañado a Alabama. Y Jill, que aseguraba ser forastera aquí, sabía mucho acerca de la villa de Jarnac, inclusive el hecho de que esa doble puerta del camino al autódromo estaba cerrada con llave y atrancada desde que la nueva inquilina tomó la casa.

—Bueno, ¿qué esperaba que dijese? —chilló Jill—. Sólo que eso no importa, ¿verdad? ¡Siga!

Jim le posó delicadamente una mano en el hombro.

—Quedaba —dijo—, únicamente la cuestión de la facilidad con que la supuesta Yvonne Brissard había sido aceptada tanto por la esposa de Sam Laird como por el matrimonio Clayton. Sin embargo, esas dificultades no eran, realmente, tan insalvables. El prejuicio puritano contra el teatro ya estaba desapareciendo por la época en que *Sir Henry Irving* fue elevado a la nobleza, en el 95. Actualmente, salvo entre los muy recalcitrantes, ya no existe. Y por muy extraño que sea en Nueva Orleans, hay partes del Sur con las cuales estoy familiarizado. Si ya no hay tal prejuicio ni en los mejores círculos de Richmond y Charleston, era mucho más difícil que existiese aquí.

”Casi inmediatamente tuve una confirmación. La inexorable y rancia aristócrata Mathilde de Jarnac Laird cumple un inexorable ritual. Todas las noches, luego de haberse preocupado especialmente de que la cena termine a las nueve y media o antes, se retira a sus aposentos y *lee obras de teatro*. Su cariño por el teatro no podía, pues, ser muy secreto, ¿verdad?”.

—¿Cariño por el teatro? —preguntó Constance Lambert, incorporándose en su asiento—. Cuando era una niña y aficionada de talento (o, por lo menos, así lo cuenta), ella quiso actuar en teatros como profesional, sólo que el hermano no se lo permitió. Y en la familia no es la única que ha tenido aspiraciones de esa clase. Mi estimado señor, ¡si yo le contase todo...!

—Sin ninguna duda —expresó Jim volviendo a tomar el hilo—, todo se sabrá muy pronto. Ante todo, es suponer que la señora Laird debió estar en el secreto desde el principio. En cuanto a los Clayton, aún no he tenido el placer de conocer al general ni a su esposa. Pero no hace mucho, cuando ya había decidido las cosas por mi cuenta y sólo me bastaba ver un momento a la evasiva “Yvonne Brissard”, otro testigo

señaló que Margot de Sancerre Clayton tiene modales curiosamente teatrales. Una burla extraordinaria, pues, estaba siendo perpetrada por la señorita Lambert y Jill, sin duda amiga íntima o pariente. Y Leo Shepley debía alentarla desde la sombra. Recordando la pasión de Leo por las bromas complicadas...

Constance Lambert se puso en pie de un salto y adoptó una pose.

—¿Burla? —preguntó, irónica—. ¡Protesto y aseguro, desde el fondo mismo de mi corazón, que no era burla ni broma! Se hizo con el mejor fin posible, ya que...

—¡Querida Connie! —Se interpuso Jill—. ¿No puedes dejar que él lo explique?; no creí que esto pudiera gustarme lo más mínimo, y, sin embargo... ahora comprendo que haya podido escribir *El Conde de Monte Carlo*. Real y verdaderamente, Jim, ¡es la mejor novela policial que he conocido!

—Yo diría también que es muy condenadamente buena —declaró a su vez el teniente Trowbridge, agitando su sombrero—. Si puede usar ese mismo talento en los demás asuntos, poco quehacer dejaría para nosotros. ¿Así que el señor Shepley estaba al tanto de la broma? ¿Por eso usted quería que preguntase a la tía cuándo había sido la última vez que viajó al extranjero? Todavía no he tenido ocasión de ver a la señora Penderel, ¿pero era por eso?

—Sí. Cualquiera sea la razón por la cual los tres la proyectaron, esa superchería debió ser concebida en Inglaterra o en el Continente, quizás en Italia. Desgraciadamente, Leo casi me desvía del camino al asegurar que Jill era secretaria de un cierto financista inventado, de nombre Hollister. Me recomendó que no se lo mencionara a Jill hasta que ella me lo dijera; y no lo hice.

—No quiso burlarlo a usted, Jim —aseguró la chica no sin cierto fervor—. Lo hizo únicamente para protegerme, porque en el tren yo le rogué que inventase alguna explicación. Como comprenderá, luego de encontrarme con usted en la casa Harper el lunes por la mañana, yo empecé a entrar en pánico. Usted no había dicho gran cosa, pero dejó sentado que era un periodista a la caza de una nota. Entonces me pregunté: “¿Y qué pasaría si fuera nuestra nota, Connie y yo?”. No hubo razón para pensarlo; es el estúpido miedo que se apodera de una, le asalta el cerebro y se vuelve peor y peor cuanto más se piensa.

”Más tarde, al encontrar a Leo en el tren que iba de Nueva York a Washington, le rogué que inventara alguna explicación que no me hiciese figurar como “secretaria social” de una conocida prostituta. Y mucho más me alegré de haberlo consultado (por lo menos, de momento) cuando el tren dio aquella sacudida brusca que me hizo caer en sus brazos por segunda vez. Por supuesto, Connie y yo no habíamos hecho nada que estuviese en contra de las leyes. Era sólo una cosa: cuando se observa la situación a la fría luz de la razón, ¡nuestra posición resultaba tan infantil y absurda! ¿No se explica con esto las rarezas que haya observado usted en mi conducta, tanto en Nueva York como en el tren?”.

—No del todo, Jill. No explica por qué usted no aceptó mi compartimiento.

Nuevamente Constance Lambert desplegó sus hechizos.

—¿No del todo, Jim? —preguntó, abandonando el “señor Blake” de una vez por todas—. Eso me parece, es un asunto personal que mi hermana podría explicar mejor en privado. ¡No, no, querida! —agregó apresuradamente, al hacer Jill un movimiento instintivo de protesta.

—No voy a avergonzarte ni a contar cosas de la escuela. Sin embargo, ya que yo soy la que mejor puede aclarar por qué representé el papel de Yvonne Brissard y quién disfrutó de lo lindo con eso, convendrá que vuelva a mis explicaciones.

Ya posesionada del centro de la escena, evidentemente Constance no tenía intención de cederlo. Hizo un medio mutis hasta las dos ventanas del fondo y paseó frente a ellas lentamente, como si estuviera estudiando los pliegues de las cortinas. Luego se volvió, con un sueño en la mirada.

—Mi apellido verdadero, como usted sabe, es Matthews: Constance Matthews. Pero “Matthews” no hubiese quedado muy bien en letras luminosas, y por eso el viejo Benny MacFishbein insistió, cuando hice mis primeros papeles, en que me lo cambiase. Hace tanto tiempo que soy Constance Lambert, que ni siquiera puedo pensarme con otro. He sido afortunada, lo sé. Pero eso, al mismo tiempo, significó trabajo. ¡Sólo Dios sabe cuánto he trabajado!

”Fui realmente a Italia a fines de febrero. Si usted me lo pide cortésmente, Jim, todavía soy capaz de volver a la escena y representar el papel de Marcia en *El Conde de Monte Carlo*. No es un mal papel y creo que podría hacer algo grande con él. Pero en aquel momento yo acababa de pelearme con George Alexander, quien se pone terrible, exasperante, cuando está preparando un espectáculo; el tiempo en Inglaterra era horrible; y tuve la sensación de que la presión del ambiente estaba llegando a un punto excesivo”. Hizo una transición y cambió de actitud.

—A ver, ahora —dijo por lo bajo—. En este momento, Jim, usted es un caballero con el respaldo de un libro de éxito. Pero usted representa al *Harper's Weekly*, ¿no?

—En esta ocasión, sí.

—Entonces es probable que conozca a Henry Mills Alden, el director de *Harper's Magazine*.

—Sí, mucho.

—Cómo iba diciendo, Jill y yo fuimos primero a Roma. Pero había muchos británicos y norteamericanos que me acosaban sin cesar. “Haga esto, señorita Lambert. Haga aquello, por favor. Será buena si se lo pedimos, ¿verdad?”. A veces era peor que en Londres. Por eso Jill y yo nos fuimos hacia el sur, a Nápoles. Nos instalamos en el hotel: lo conoce... uno grande que da sobre la bahía, desde el cual parece que el Vesubio estuviera muy cerca y de noche se ven las luces del funicular que sube la montaña. Había montones de turistas allí también, pero el único con quien trabamos relación fue Leo Shepley, que da la impresión de ser tosco, pero no lo es.

—¡Connie...! —exclamó Jill.

—Sí, querida, por supuesto. Tengo que recordarme continuamente que el pobre Leo está muerto, y, en cierto sentido, es posible que sea por culpa mía que esté muerto.

—¡Connie...! Eso es una reverenda tontería. ¿Cómo puedes...?

—Ya lo sé, querida; ya lo sé. Pero mi fantasía se entretiene a veces en los “qué pasaría si” esto o aquello, como haces tú. Sé un poco indulgente conmigo, ¿quieres? En seguida voy al grano.

”No hacía más de una semana que estábamos en el hotel, cuando llegó una carta del señor Alden, enviada por mi agente de Londres. Era una carta encantadora. Decía que él y todos sus amigos me habían visto en Nueva York representando Cándida, Rosalinda y la Margarita Gautier de *La dama de las camelias*. Les parecía demasiado joven para haber realizado y visto tanto. ¿Me interesaría escribir mis memorias para publicarlas por capítulos en su revista? Si estaba conforme... y así el resto.

”A pesar del poco tiempo transcurrido, había llegado a intimar mucho con Leo; supongo que hago amistades muy fácilmente. Y una noche, mientras la brigada de los ‘haga esto’ o ‘haga aquello’ me había acosado a tal punto que ya estaba por ponerme a gritar, tuve un pequeño arranque. Dije de pronto: ‘Tengo muchos deseos de *escribir* mi autobiografía. Pero escribirla realmente, sobre todo’. Dije: ‘¡No permitiré que nadie lo haga por mí!’. ¡Oh!, y agregué... ¿Qué fue lo que dije, Jill?”.

Jill se levantó del sillón y adoptó un aire trágico, igual que su hermana.

—¡Oh! —suspiró Jill con un soplo de voz—. “¡Si sólo pudiera gozar de la paz y la tranquilidad para hacerlo! ¡Me retiraría a cualquier sitio donde no hubiera gente que estuviese encima de mí en cuanto asoma mi cara en un salón o contesto el teléfono! Pero esto no es posible en Inglaterra ni en Roma, y ni siquiera en Nápoles. ¿Dónde *sería posible* una cosa así?”.

Constance continuó con el relato.

—Leo, a quien Dios bendiga, no se me rió; adoptó un aire muy serio y me dijo: “Mientras usted siga siendo Constance Lambert, no podrá hacerlo en ningún lugar. Además, si intentara ocultarse tras una máscara de anonimato, descubrirían su identidad en menos de una semana. Pero *hay* una manera. Si no tiene inconveniente en representar una vez más a una mujer de mala fama, en la vida y no en la escena, yo puedo decirle dónde y cómo ello es posible”.

—Después me contó parcialmente la vida de Yvonne Brissard, quien al parecer se marchó a Budapest, Constantinopla, o algún otro lugar por el estilo, con un noble balcánico que conoció en París.

—“Si hace de Yvonne Brissard en Nueva Orleans”, agregó, “nadie la recibirá en su casa ni le telefoneará siquiera, y no será molestada en absoluto. Pero, ¿está segura, mi estimada amiga —y, al decir esto, imitó vívidamente la manera de hablar de Leo — de que realmente desea que nadie sepa dónde se encuentra?”. Todavía me parece verlo mirándome, como si pudiese atravesarme con la vista y ver en mi interior más de lo que yo misma veo. Sin embargo, no podría jurar que entendí lo que quiso decir.

—Lo que quiso decir, Connie —informó Jill con alguna vehemencia— es que necesitas un personaje que representar en privado, aunque no puedas representarlo en público, sobre un escenario.

Constance le gritó, exaltada.

—¿Eso es lo que puedo esperar de mi fiel hermanita del alma? “¡Cuánto más afilado que un diente de víbora es un pariente ingrato!”. Si esto es manosear al *Rey Lear*, no hagan caso. Y te perdono, Jill, porque quizás haya algo de verdad en tus palabras.

Había más burla de sí misma en su expresión, que maldad.

—El hecho es —confesó— que a ninguna nos gusta ser *totalmente* desconocida donde quiera que vamos; necesitamos algo que sostenga nuestra propia estimación y nuestro ego. Leo me dio noticias de la extraordinaria anciana, Mathilde Laird, que es melindrosa y quisquillosa por lo general; pero no tan temible, cuando se la conoce mejor. Leo me aseguró que ella guardaría mi secreto si se lo pedía, y que me alquilaría una hermosa casa que era muy codiciada. ¡Y, además, todo lo que sabía esa señora! Ha visto a la Duse, a Sarah Bernhardt, ha visto a todos los grandes artistas que han existido desde los últimos años de Edwin Booth hasta la actualidad. ¡Conoce mejor que yo la historia del teatro!

Jim intervino:

—¿Y qué me cuenta de lo del general y su esposa?

—También han sido excelentes amigos. Conociéndolos ahora, Jim, no imaginaría que antes de la Guerra Civ... —bueno, no debo decir Guerra Civil, ¿verdad?— que, siendo jóvenes, intrépidos, antes de la Gran Calamidad, tuvieran destacada actuación en el crimen famoso, que resolvió Judah P. Benjamín, el abogado que luego, en Inglaterra, llegó a ser uno de nuestros letrados más famosos. Los he encontrado siempre muy simpáticos y solícitos, sobre todo la esposa del general, y *son* buena gente. Es una ironía trágica, ¿verdad?, que yo deba desembocar en un caso de asesinato y que la víctima haya sido el propio Leo.

—Es una ironía trágica —convino Jim—, aunque no vamos a ahondar mayormente ese aspecto. En resumen, aparte de Leo, ¿eran esos tres ancianos aristócratas los únicos en Nueva Orleans que conocían su identidad?

—Sí, exceptuado también el banco. El gerente del Planters' and Southern *tenía* que saberlo, pues de lo contrario no hubiese podido retirar los fondos enviados desde Londres. Pero la segunda gran virtud de los banqueros, siempre poniendo en primer término la honestidad, es que no hablan.

—Una última pregunta y no la abrumaré más. Entiendo que al principio de esta impostura no hubo ninguna intención de burlar a Clay Blake. ¿Es así?

Constance se echó atrás.

—¡Cielos, Jim! He puesto singular empeño en dejarlo bien sentado; jamás hubo intención de burlar a nadie. Se trataba de procurarme paz y sosiego, que por ventura he tenido, con objeto de continuar mi libro y terminarlo. La única dificultad estaba en

fingirme criolla y hablar francés cuando era necesario. Me dicen que hablo bastante bien el francés. Como quiera que sea, en una oportunidad representé *La dama de las camelias* en París; y los comentarios periodísticos (le puedo enseñar mi álbum de recortes) fueron positivamente laudatorios. Pero no he tenido que preocuparme mucho de ese aspecto. Si alguien me soltaba de pronto una frase incomprensible en francés, yo pude siempre encogerme así y decir —y un ligero acento francés tiñó las palabras siguientes— “estamos en América, ¿sabe?, donde yo nací; si no tiene inconveniente, hable inglés, por favor”. Y no pasó nada más. Que debiese conocer al amable Clay, con resultados previsibles, para mí no fue más que obra de su destino y el mío. No encontrará una burla en esto, ¿verdad?

—No, pero eso era lo que Leo temía.

—¿Temía?

—Sí, el momento en que toda la verdad saliese a relucir. Aun cuando yo no hubiese intervenido, usted no podría haber mantenido la impostura mucho tiempo más, ¿verdad?

—Eso es lo que yo le digo continuamente —insistió Jill—. ¿Pero cree que me escucha?

Jim se agachó y clavó su mirada en la más alta de ambas mujeres.

—Más pronto o más tarde, ¿sabe?, usted tendría que admitir que es Constance Lambert. ¿Y cuál hubiera sido entonces el veredicto general? Que se trataba de otra broma pesada, urdida por Leo Shepley y a costa de Clay Blake, un amigo íntimo de Leo.

”La cosa está mucho más clara ahora —dijo Jim, mirando fugazmente a Jill—. ¡Qué enorme carga de conflictos pesaba sobre Leo cuando andábamos en aquel tren! Sí, lo preocupaba la posibilidad de una maniobra política en contra de Clay. Lo preocupaban también lo que muchos considerarían que era su propio complot por causar turbación y desconcierto al mismo hombre que él apoyaba. En otras épocas, cuando se ponía frenético con una de esas bromas, su conciencia no le hubiese dado sosiego hasta haber aclarado las cosas con su víctima. Esto explica algo que dijo a su tía el miércoles por la mañana. ‘No tengo ninguna reputación que perder; pero, ¡por Dios, tía Harriet!, no quiero perder a mis amigos’”.

—Ustedes me están mirando —lloriqueó Constance— como si yo fuese el villano de la obra o por lo menos una perversa intrigante. ¿Es eso lo que *usted* está pensando, teniente Trowbridge?

—No, señora, está muy equivocada —gruñó el teniente Trowbridge, contemplándola a la vez con el mayor respeto—. Aunque, de todos modos... Si un simple vigilante puede meter cuchara y preguntar algo también...

—Usted sabe perfectamente, señor Trowbridge, que no es ni remotamente como los detectives norteamericanos de quienes he oído hablar o he leído algo. Por favor, siéntase libre para preguntar cualquier cosa.

—Es un poquito personal, señora.

—Yo vivo ante el público, ¿no es así? ¿Puede algo ser demasiado personal en mi caso? ¡Pregunte, pregunte!

—Muy bien. Ya que insiste... —Después de haber contemplado el piso un momento, levantó la vista de pronto y dijo—: Bien, aquí la tenemos, pues; una espléndida actriz y una gran mujer... ¿Qué pensaron sus grandes amigos —la vieja señora Laird, el general y su esposa—, qué pensaron *ellos* cuando usted asumió el papel de coqueta cara y refregó esa personalidad en las narices de todo el pueblo?

—¿Cuándo les he refregado mi personalidad, señor Trowbridge?

—Usted no lo ha hecho, señora. Eso es justamente lo que quiso evitar, y veo que así ha sido, como lo ve todo el mundo. Pero usted desató los comentarios, usted quería que hablaran y sabe lo que dijeron. ¿Qué pensaban sus elegantes amistades? Si esto pensaban, ¿qué pensó usted? ¿No se ha sentido... podríamos de decir... algo así como un poco rebajada?

—Mis elegantes amistades, como usted las llama, se han escandalizado menos de lo que usted les hace el honor de suponer. En el fondo de sus corazones, yo sé que ellos se han divertido. Yo, ciertamente he disfrutado mucho.

—¡Señora! ¿Está diciendo realmente lo que yo pienso que está diciendo?

—Estoy hablando con toda la claridad posible. La parte que yo he representado fue la de una *grande amoureuse*, no la de una trotacalles cualquiera. Si no aprecia la diferencia, pregunte a cualquier mujer y obtendrá una respuesta sincera. Lo que todas nosotras queremos, para bien o para mal, es que se rinda universal tributo a nuestras artes de fascinación. La gran cortesana goza de ese privilegio; puede caminar orgullosa porque tiene ese poder y es plenamente consciente de la admiración y la envidia que provoca. Mi propia reputación teniente, no es tan inmaculada que pueda andar desafiando la opinión ajena o fingir excesiva rectitud cuando me enredo con algún tipo buen mozo.

—Pero el señor Clay Blake...

—Lo de Clay Blake, naturalmente, es muy distinto. La vieja señora Laird sabe, la esposa del general sabe también, que yo me enamoré sincera y profundamente de Clay apenas lo conocí. Es una cosa diferente; es el sentimiento verdadero. ¿Lo creen?

—Si usted lo dice, señora... yo lo creo.

—Y con toda nuestra elevada charla sobre la virtud (¡condenada virtud!) parece que hemos olvidado la razón por la cual representé ese papel. La compañía de Clay, después de todo, era la única que yo deseaba tener mientras procuraba terminar ese libro.

—¡Ah! Ahora pisamos terreno más firme. ¿Terminó el libro?

—Todo menos el último capítulo, que pondrá los hechos al día. Aunque, con respecto a ese capítulo, han surgido dificultades.

—¿Cómo dice?

—En cuanto termino un capítulo, Jill lo pasa a máquina y corrige la ortografía donde es necesario. Pero cuando quiero escribir al señor Alden, de Nueva York, tengo

que mandar mi carta a Londres, donde mi agente hace un sobre nuevo y lo remite. Se supone que yo no estoy en este país, ¿saben?

—Ya lo sabemos, señorita Lambert. ¿Y bien...?

Con las manos entrelazadas y el cuerpo tenso en su vestido amarillo, pareció que Constance volvía a contemplarnos desde un sueño.

—A fines de setiembre, terminado ya mi penúltimo capítulo, ¡me sentí transportada de júbilo! Dije a Jill: “Ya que sólo falta la conclusión, escucha lo que vamos a hacer”. Escribí al señor Alden, diciendo que enviaba mi secretaria a Nueva York con el manuscrito completo, salvo el capítulo final. Estudiando el calendario, calculé que la carta pasaría por Londres, sería vuelta a franquear y recibida por el señor Alden a principio de la semana que se iniciaba el lunes 7 de octubre.

—Estudiamos salidas de buques, además del calendario. El transatlántico *Olympic*, procedente de Southampton, debía llegar a Nueva York el viernes 11. Jill tomaría el tren aquí a última hora del miércoles por la tarde y estaría en Nueva York ese mismo viernes por la mañana. Diciendo que había llegado con el *Olympic*, entregaría el manuscrito al señor Alden y se quedaría dando vueltas por allí hasta saber qué pensaba. Yo suponía que había partes buenas, pero no estaba segura.

”Pues bien, decidido eso, me dije: ‘Lo único que ahora necesitaría es aislarme *por completo* durante una semana o diez días, sin buscar siquiera la compañía del hombre que me tiene loca hasta que termine ese espinoso capítulo final’. Pensé irme a algún sitio, pero, ¿adónde?

”El domingo anterior al día en que Jill debía partir, salí a pasear en mi coche. Más allá de la villa de Jarnac hay un largo trecho de camino en el cual no se divisa ninguna casa. El general Clayton y su esposa me pasaron en su coche, en la misma dirección. La señora Clayton me indicó por señas que me detuviera, y los dos vehículos se juntaron.

”Con bastante emoción... me figuro, pues a veces soy muy temperamental, les conté lo que había decidido y la señora Clayton replicó: ‘¿Pero qué necesidad tiene de irse de Nueva Orleans? ¿Por qué no viene a vivir con nosotros? En casa hay una habitación que hallará muy cómoda para escribir, y para nosotros será un placer tenerla allí’. El general, por su parte, agregó: ‘¡Sí, haga eso! Podemos guardar su coche y sus caballos; tráigalos también. Puede trabajar el día entero; pero necesitará ventilarse un poco por las tardes o en las noches’”.

—Así que toda la pandilla se puso en conspiradora, ¿eh? —preguntó el teniente Trowbridge.

—Sí, parece que así fue. La señora Clayton pensó: “Dígales a todos que se va de viaje, si quiere. Tenemos amigos en Robile, estado de Alabama, quienes asegurarán que es verdad, si usted dice que fue a su casa”. Acepté, pero preguntando qué pasaría con la fama de mi personaje, si alguno de los vecinos me veía. Pero el general advirtió: “Somos muy viejos, querida mía, para que pueda importarnos un pito (sí, eso dijo realmente), ‘importarnos un pito’ lo que piensen los vecinos”.

—¿Así que usted nunca salió de Nueva Orleans, señora?

—No, nunca. Fue una suerte que decidiese venir aquí; el domingo por la noche Clay me contó que él se iba a Nueva York por una reunión política. De modo que esa semana no lo hubiese visto de todos modos, y él no se tropezaría con Jill cuando ella viajara el miércoles.

—Bueno, ¿y qué pasa con el libro? ¿Lo ha terminado ya?

—No, todavía no. Parece que, no puedo terminarlo por pensar en Clay. Pero le dije a Jill que me telefonease todos los días para darme noticias. Y ella lo hizo. Me habló el viernes, desde Nueva York, me contó que había entregado el manuscrito al señor Alden y él le prometió leerlo durante el fin de semana. No tenía motivo para hablarme hasta el lunes, y por lo tanto no me llamó.

Pero el lunes por la tarde, antes de tomar el tren de regreso, me llamó para darme la noticia más *gloriosa* del mundo.

—¿Noticia *gloriosa*, señora...?

—Sí, el señor Alden *estaba chocho* con el libro. No quiere siquiera cambiar nada, cosa que, según me han contado, todos los editores piden. Yo había introducido gran cantidad de anécdotas de color subido. En mis comienzos hice papeles de *soubrette* en obras montadas por Henry Irving, cuando Irving había perdido el control del Lyceum, pero seguía actuando allí. Toda anécdota de este gran actor cae bien. Hubo una época en que Bram Stoker quería limpiar los pisos con Bernard Shaw, y le faltó poco para conseguirlo. ¡Pobre Bram! Murió este año; ¡pensar que en un tiempo fue campeón de atletismo en el Trinity College de Dublin! Hubiera descuartizado a ese sarcástico demonio de la barba roja. ¡Y ojalá lo hubiese hecho! Pero yo —Constance volvió al tema— no podía esperar que mi libro fuera saludado con exaltación.

”Sin embargo, Jill parecía preocupada. Me contó que había conocido a un nuevo señor Blake, o sea usted, Jim, y sentía una cierta aprensión: pensaba que la nota que andaba persiguiendo podía ser una sobre ‘el disfraz de Constance Lambert’”...

—¡Caramba, Connie! —exclamó Jill—, ¿no te he explicado eso ya? Lo único que Jim deseaba era en realidad una semblanza de tu simpático Clay. Ahora lo sabes. Te lo he dicho bastantes veces, y sin embargo, si yo quisiera vanagloriarme de mis premoniciones, ¿no podría citar ésa como un acierto?

—Te preocupas demasiado, querida —dijo Constance, y luego se dirigió a los otros—. Le dije el lunes, por teléfono, que se inquietaba demasiado. Le dije que tomase el tren y se olvidara del asunto. Cuando regresó a Nueva Orleans, no podíamos agregarla también a la casa del general y su esposa. Si tropezaba con algún *contretemps*^[32] o se veía frente a una situación que no podía resolver, se instalaría en el hotel Grunewald, donde las dos estuvimos parando cuando recién llegamos. Me telefonearía aquí, y en uno o dos días volveríamos juntas a la villa de Jarnac como si regresáramos de Alabama. Eso es lo que íbamos a hacer esta tarde.

”Sé que han habido momentos difíciles, sobre todo para Jill. Pero las cosas han salido como deseaba; me halaga haber planeado todo tan bien. Esta mañana telefoneé

a Clay a su oficina, para decirle que estaba de vuelta aquí e invitarlo a cenar esta noche, cuando me propuso que me casara con él”.

El teniente Trowbridge se levantó de su asiento como impelido por una lenta explosión.

—¿Le propuso matrimonio? ¿Creyendo siempre que usted era Yvonne Brissard?

—¡Sí!

—¿Y *por teléfono*?

—¡Sí! Discúlpeme, teniente; mi felicidad fue tanta, que sólo pude contestarle que sí. Piense lo que piense Clay, por lo menos me considera tanto como para que, como diría el general, no le importe un pito lo que piensen los demás. ¿Esto no es glorioso? Jill me viene insistiendo sin descanso en que confiese a Clay la verdad, aunque siga siendo un secreto para los demás. Esta noche se lo podré decir con la conciencia bien tranquila. Y todas nuestras zozobras habrán terminado.

Jill avanzó unos pasos y miró a la hermana.

—Has planeado muy bien las cosas, ¿no? ¿Has pensado en todo? ¿Y nuestras zozobras quedarán terminadas, eh?

—Sí, querida. Me parece.

—Nuestras zozobras verdaderas, Connie, todavía no han empezado. ¿No te das cuenta, verdad, que estamos paradas sobre un volcán? ¿Y que en cualquier momento ese volcán va a entrar en erupción?



—¿Un volcán? ¿Qué va a entrar en erupción? ¿Pero qué chiquilinadas estás diciendo, Jill?

—Lo que digo no son chiquilinadas, Connie.

—¿Entonces quieres hacer el favor de explicarte?

—Probaré.

Las hermanas, tan distintas entre sí, aunque con un cierto parecido menos de la carne que del espíritu destacaron su contraste erguidas, de perfil, contra la ventana derecha.

Vehemente en apariencia, la más alta poseía encanto y atracción; pero, al menos para uno de los observadores, no tenía otra virtud. Jill, más baja y más rellenita, poseía la fascinación que lo turbaba: su cutis blanco y rosado, por debajo de su cabello dorado oscuro, la mirada de sus ojos que podía ser suave o tenaz, la enorme sensación de vitalidad reprimida que latía bajo un plácido exterior.

Jill levantó la mirada hasta fijarla en el rostro de su hermana.

—Supongo que estarás de acuerdo conmigo, Connie, en que te he ayudado y apoyado en todo. Muchas veces no ha sido fácil. Siempre que he sido presentada como secretaria social tuya, o que alguien se ha tomado la molestia de advertir que existo, he adivinado una sonrisa burlona que con esfuerzo trataban de ocultar. Y me ha parecido oír lo que piensan: “Secretaria social, ¿eh? ¿Es la que toma nota de las citas cada vez que la señora de la casa se acuesta con su amante?”.

—¡Jill! —gritó Constance, genuinamente escandalizada.

—No haces más que decirme a mí que sea sincera, Connie. Muy bien; procuraré demostrar que puedo ser tan sincera como tú crees ser. Es posible que tú te hayas divertido en grande representando el papel de Yvonne Brissard, y aseguras que te tiene sin cuidado pasar por una ramera con tal de que la ramera sea un éxito. A mí me preocupa, gracias a Dios; sigue preocupándome. Te rogué que confesaras a Clay la verdad. ¿Pero no se te ha ocurrido alguna vez, como Jim te hizo notar hace un momento, que tarde o temprano todo va a salir a luz y repercutirá en todos los diarios? ¿Y no has pensado en las consecuencias, de por sí terribles, de esa revelación? No se te ha ocurrido, ¿eh?

—¡Oh sí, querida!; se me ha ocurrido. Pero sé cómo hacer frente a la situación cuando se presente.

—¿De veras lo sabes? Tú eres noticia, Connie; siempre has sido noticia. ¡Una simple insinuación, una insinuación apenas, y se te echarán encima como una jauría de lobos!

—¿Y qué hay con eso? Escucha, Jill —prosiguió Constance, adoptando un aire dulce y razonable. He reconocido que pasaste un mal momento anoche. Lo he reconocido, ¿no? Cuando Jim te invitó a la villa de Jarnac, fuiste como si hubiera sido la primera vez que te acercabas a la casa. Y corriste toda clase de peligros, como demuestra lo sucedido. La tía Emelina o cualquiera de los otros sirvientes, pudo delatar tu presencia antes de comprender qué pasaba en realidad.

—Obraste con mucho ingenio, lo admito. Le guiñaste un ojo a Emelina, que cerró la boca, y otro tanto hicieron los demás. Cuando Clay te preguntó qué hacías allí, le contestaste que yo me había puesto impaciente y te había hecho volver de Mobile, y quedarte en el hotel Grunewald hasta que yo volviese. Bueno, Clay aceptó esa versión, según lo que me ha dicho; te despachó al Grunewald en su automóvil y no se acordó más del asunto.

”Pero fueron todos riesgos evitables, Jill, en los cuales caíste sabiendo a lo que te exponías. Presumo que nadie te obligaba, ¿no? En primer lugar, nadie te forzó a salir, ¿no es verdad?”.

—Yo... este... verás, Connie, yo...

—Entonces, querida, procura ver las cosas como son; no me las dificultes más de lo necesario. ¿Y a qué viene ahora todo ese alboroto y tonterías sobre el miedo a los diarios? Me he arreglado otras veces, ya lo sabes.

—¿Y estás segura de arreglarte ahora? —Al decir esto, Jill lanzó una mirada electrizante a su hermana—. “La señorita Constance Lambert, cuyo último papel en las tablas fue el de Julieta, ha venido representando uno muy difícil desde unos siete meses atrás. ¿Qué le hace pensar, señorita Lambert, que reúne las cualidades especiales requeridas por una profesión cuyo nombre verdadero empieza con la letra ‘p’?”.

—¡Oh, no, Jill!

—¿Pretenderás decirme que estoy empleando un lenguaje capaz de hacer sonrojar a un marinero?

—Nada de eso, querida, aunque podrías bajar el tono un poco. Eres un alma buena, hermanita, y un corazón de oro. Pero no eres práctica, como dirían los franceses; no entiendes de negocios ni de boleterías. Si mi próximo papel en la escena debe ser el de Mesalina, o alguna otra famosa ninfómana, voy a trabajar a sala llena durante un año, por lo menos. Ése es el único efecto que puede tener el periodismo. Sin embargo, tomando el asunto con calma...

—¿Estás buscando otra pelea, Constance?

—No, querida. La verdad es que yo estaba por decir que mi próximo papel será el de señora de Clay Blake. Un gran papel, lleno de emociones, el papel que mejor puedo representar. En cuanto al periodismo, si todavía te preocupan tanto mis

virtudes técnicas, he aquí lo que haremos. Por supuesto, esta noche hablaré con Clay. Pero ninguna otra persona conocerá el asunto a menos que el mismo Jim lo escriba.

—¿Jim?

—¿Quién más? Podemos confiar en que haga las cosas con altura. Una vez que él haya tomado la delantera dentro del periodismo activo —dijo Constance, empezando a caminar nerviosa de un lado a otro del salón—, los demás pronto dejarán de molestarme y callarán. En uno o dos días la noticia será cosa muerta y enterrada... ¿Qué dice a eso, Jim? ¿No servirá la personalidad de “Constance Lambert como Yvonne Brissard” para hacer un lindo artículo en el *Harper's Weekly*? Lo que llaman una primicia, ¿no?

—Lo llaman primicia en novelas y en la escena. En ningún otro lugar.

—Bueno, Jim, ¿qué dice usted?

Jim la miró a los ojos.

—No sé, Constance. Mi jefe, el coronel Harvey, me dijo que tendría que hacer vibrar los cables con la novedad que consiguiera, sea cual fuere. Y no cabe duda que esto es noticia. Pero el *Weekly* es un semanario para familias que se ve obligado a pasar por alto muchos aspectos de la vida. De manera que no sé. ¡Sin embargo, espere! Se me ha ocurrido una idea a mí también.

—¿Sí?

—Tengo que almorzar a la una con Clay, después de lo cual mi intención era pasar el artículo. Aún lo puedo hacer, naturalmente. Pero, antes de eso, voy a telefonar al coronel Harvey, en Nueva York, para preguntarle si quiere que arremeta con lo de la nota sobre “Constance Lambert como Yvonne Brissard”. Si dice que sí, entonces no tendré otro remedio que hacerlo. Si dice que no, todavía tengo el recurso del otro tema. ¿Está de acuerdo?

—¡Sí, está espléndidamente bien lo que dice! Y eso me trae a la memoria otra cosa. Cuando su americano John L. Sullivan estuvo en Londres hace unos años, el difunto rey Eduardo, que entonces era príncipe de Gales, lo invitó a uno de sus clubes. Su famoso boxeador —que fue derrotado por *knock-out* aquí en Nueva Orleans hace exactamente veinte años, según me ha contado Clay—, su famoso boxeador se presentó en el club del Príncipe acompañado por un joven periodista norteamericano a quien un maestro de ceremonias negó el acceso. “A menos que admitieran al señor Brisbane —dijo el campeón—, él también se negaría a entrar en ese infame tugurio”. Así que dejaron entrar a Brisbane.

Constance adoptó una pose:

—Y yo soy como el gran John L., por lo menos en ese aspecto. A menos que la nota sea realizada por mi periodista predilecto, muchas gracias, no hay nada que hacer. Nadie la conseguirá.

—¡Pero Connie...!

—¡Calla, Jill! Y ahora, señores, sé que a ustedes no les molestará que lleve a mi hermanita arriba para mantener con ella una conversación que no puede interesar al

periodismo ni a la policía. Acaba de ocurrírseme que... —Se cortó de improviso—. ¿Sí, Jim? ¿Se le ocurre alguna otra cosa?

Su periodista predilecto dirigió la palabra a Jill.

—Usted está en el hotel Grunewald desde ayer por la mañana, ¿verdad?

—Así es, Jim. Seguiré allí hasta esta tarde, como acaba de decir Connie. Después regresamos las dos a la villa.

—¿Dónde está el Grunewald?

—En la calle Baronne, muy cerca de la St. Charles. No podría confundirlo; es un enorme edificio blanco.

—¿No hay allí un célebre restaurante, bar, o algo por el estilo?

—¿Se refiere a la Gruta? Es un subsuelo arreglado de modo que parezca una gruta que se prolonga en la distancia. Tiene pista de baile, variedades y una pequeña orquesta. Pero su fama es grande entre los conocedores por sus excelentes platos y vinos.

—Jill, ¿le gustaría cenar conmigo allí esta noche?

—¡Me encantaría, Jim! —respondió Jill, cuyo rostro pareció iluminarse, pero vaciló—. Es decir, siempre que Connie no se oponga.

—No, querida, claro que no me opongo. Paga tu cuenta en el Grunewald, pero no abandones la habitación hasta después de la cena. De esa manera Jim podrá traerte a casa con toda la pompa. Y ahora, caballeros, si ustedes quieren disculparnos unos minutos...

El teniente Trowbridge se levantó pesadamente.

—Sí, la disculpamos. Es una suerte, señorita Lambert, que no sea *usted* el criminal que andamos buscando. Pues con todos los cambios de voz y los trucos que ha estado desplegando para nosotros esta media hora, podría muy bien haber sido la Voz Maligna del Teléfono con todas las de la ley.

—¿Qué voz maligna del teléfono? ¿De qué habla usted ahora?

—Se trata de una cosa rara de este asunto, señora. Pero no importa mayormente. No se preocupe.

—¡Sin embargo, hagamos un trato! —dijo entonces Constance con firmeza—. Si almuerza con Clay, Jim, ¿no dejará escapar una sola palabra de lo que ha sabido? ¿Ni siquiera insinuarlo? Me reservo el privilegio de ser yo quien se lo diga. *Entendu?*

—*Bien entendu. A' voir, chère artiste!*^[33]

Tomando a Jill del brazo, Constance la llevó afuera y cerró la puerta. El teniente Trowbridge se paseó un momento entre el atiborramiento de muebles procurando apreciar su propio estado de ánimo.

—¡Caray, caramba y caras-caramba! —exclamó con una voz demasiado tonante para tan moderada imprecación—. Esto no va para mejor; va, para peor.

—¿Se está divirtiendo, teniente?

—No, Francisco José. No llamo a esto divertirme. Aquí estoy, sentado sobre brasas ardientes, con la sensación de ser un intruso o algo peor. Se me ocurre que en

cualquier momento se nos aparece el viejo general, cargando sobre nosotros y diciendo: “¡Policías!, ¿eh? ¿Qué se propone este policía y quién le ha dado permiso para que ponga sus patas en mi casa?”.

—Parece que usted no consulta el horóscopo para buscar las claves del enigma, ¿eh? ¿No habrá dicho en serio que Constance Lambert pueda ser la Voz?

—No. ¡Por supuesto que no pienso tal cosa!

—Pero abre un campo de posibilidades, ¿no es así? Tal vez estemos en lo cierto al postular que la voz es de hombre. Pero podría ser una mujer. Podría ser Constance Lambert, como usted ha dicho. En los más remotos reinos de la pesadilla, hasta podría ser la anciana señora Laird, si todavía sigue siendo tan actriz como para imitar la voz de un hombre por teléfono.

—Bueno, Francisco José, no vaya usted a consultar los horóscopos ahora. Ya estoy bastante confundido, y esa maldita voz me saca de mis casillas. Cuando fui a buscarlo a la oficina del *Centinela*, hace poco, me encontré con el gerente, un yanqui corpulento, llamado Perkins, que camina bamboleándose y que no hacía más que dar vueltas en la mano a un lápiz amarillo, pero que piensa con claridad todos los días de la semana.

”Parece que diversas personas de allí han recibido llamadas anónimas. La última fue una chica nueva que trabaja en la oficina del señor Perkins. La voz, si era la misma, acusó a Mary Rikert de andar en juegos y chanzas con su amorcito en la casa parroquial y agregó que la madre conocería todos los detalles. Yo no lo entendí bien del todo; la chica se pone histérica en cuanto se le pregunta cualquier cosa y yo tenía otras más importantes en que pensar”.

El teniente Trowbridge sacudió la cabeza como para despejarla.

—Al mismo tiempo, me parece —continuó— que en cuanto estamos acercándonos a un dato útil, siempre hay algo que nos aleja de la pista. Flossie Yates, por ejemplo. Cuando aparecí aquí, ¿no me dijo usted que Flossie sabía todo lo que nosotros deseamos saber? ¿Qué sacó en limpio de ella, a todo esto?

Jim le dio una versión corregida y ordenada de su entrevista matinal con la señorita Yates. Su compañero la escuchó con creciente exaltación.

—¡Eso es otra astuta labor detectivesca, Francisco José! Usted dice que ayer la visitó por “una razón puramente personal”. ¿Cuál era esa razón personal? ¿Quería verificar si Flossie alquila niñas de doce o trece años a quien tenga con qué pagarlo? *Nosotros* se lo hubiéramos podido decir; en la Jefatura conocemos el asunto desde hace tiempo, aunque ella trabaja fuera de Storyville y si se demuestra que las chicas son profesionales, sería duro cazar a alguien. ¿Era ésa su razón personal?

—Cualquiera que fuese mi razón, teniente, era personal y destinada únicamente a satisfacer mi propia curiosidad. Ella sabía que yo iría a visitarla, antes que yo telefonease para concertar la cita. Alguien se había ocupado de hablarle y anticipárselo. Ya que no fue Leo, de cuyas llamadas hechas y recibidas tenemos noticia completa...

—Bueno, ya que no fue el señor Shepley, ¿qué otra persona pudo saber que usted iba a ir?

—Exactamente. La única suposición razonable... No, tampoco sirve. Parece que tenemos bloqueados todos los caminos.

—Pues no nos vamos a quedar bloqueados. Si usted sigue exprimiéndose el seso...

—No servirá para mucho. Haría mal en creerme Sherlock Holmes sólo porque tuve unos golpes de suerte con respecto a Constance y Jill.

—Como yo veo las cosas, no fueron golpes de suerte. Usted fue capaz de ver lo que tenía delante; no todos lo consiguen.

—Ahora, justamente, tengo algo delante de mi vista que no logro captar bien. Hay una cierta persona en este asunto que, al verla, tuve la impresión de que ya la conocía de antes. No es así; sólo que me recuerda a otra persona, ¿pero a quién? No tiene mucho sentido, ¿eh?

—No puede tener mayor sentido si usted no lo explica.

—Tampoco lo tendrá aunque se lo explique. Mientras tanto, seguiré a tientas y puede que de pronto surja la explicación. ¿Usted...?

—Yo voy a cruzar la calle y llevarle una carga a Flossie. ¡No se preocupe! Usaré guantes; la trataré como la gran dama que ella se supone. ¡Pero le extraeré la verdad, así que ayúdeme!

Desbordando energía, se dirigió a la primera puerta con Jim a su lado; ambos cruzaron el vestíbulo en dirección a la puerta principal.

—Creo que me conviene —dijo el teniente Trowbridge con la mano en la perilla— mantener estrecho contacto con usted. ¿Adónde se encuentra con su homónimo para comer?

—En un lugar llamado Philippe, ¿lo conoce?

—Todo el mundo lo conoce. Es un lindo local, exclusivo para gente fina. Si se reúne con él a la una, no demore demasiado, a menos que quiera llegar tarde, pues ya son casi doce y media.

—Una última pregunta, teniente. ¿Sigue sospechando de mi tocayo tanto como anoche?

—Bueno... ¡en fin!... Creo que me dejé llevar por la corriente, como otros que podría nombrar. Hoy esa corriente no es tan fuerte. Con todo, dé por seguro que no le quitaré los ojos de encima a ese caballero. Pero sin dejarme arrastrar. Y ahora, una última pregunta para *usted*, Francisco José. ¿Cómo diablos —y al decir estas palabras rugió la voz del Honesto Zack— puede ser asesinado de un balazo en la cabeza, un hombre que empuña el volante de un automóvil sin que se encuentre allí otro que lo haya podido hacer? Espero que nos veamos pronto. Hasta luego.

Se abrió la puerta de calle, y se cerró luego detrás de él.

Jim retrocedió y vio a Jill bajando la ancha escalera, al fondo del *hall*. Aunque había tensión en torno a sus ojos, había logrado recuperar mucho de su aplomo.

Impulsivamente alargó una mano, que Jim tomó.

—Me he pasado todo este rato con mi hermana y sencillamente, no consigo hacerle comprender que no necesita exagerar la nota y provocar escándalo. Pero no importa. ¿Me perdona que lo haya engañado?

—No hay nada que perdonar, Jill.

—Creo que realmente lo dice con sinceridad.

—Pienso con absoluta sinceridad, todo lo que le digo, mi estimada amiga; en todo momento, he sido sincero desde el lunes a la mañana. ¿Nos reunimos en la planta baja del Grunewald hoy a las siete y media de la noche?

—Sí, por favor.

—¿Es obligatorio vestir de etiqueta para la Gruta, como para casi todo ese tipo de lugares, en Londres? Yo no he traído ningún traje adecuado. Si la corbata blanca y el frac son de rigor, podría comprar algo hecho en un negocio de la calle Canal.

—No es obligatorio, aunque la gente mayor lo usa. ¡Vístase como quiera! Y además, Jim, ¿puede devolverme la mano?

—Bueno, espero que no sea permanentemente.

Le soltó la mano. Jill, apartándose de él con paso muy lento, se detuvo de espaldas a un tapiz francés cuyos colores gris y verde, esfumados, representaban por lo visto el sitio de Troya, y allí se detuvo, dándole la espalda. Luego levantó la vista una vez más.

—¿Usted va a descifrar este misterio?, ¿verdad?, ¿como el conde Dimitri cuando expuso la traición del barón von Stubling? ¿Realmente va a descifrar el misterio?

—Eso espero, pero no apueste a que lo consiga.

—¿Puedo ayudarle en alguna forma, Jim?

—No sé; quizás. Por ejemplo, ya que estamos en eso: ¿sabe Mathilde de Jarnac Laird que Constance nunca salió de Nueva Orleans, sino que se quedó en casa de los Clayton desde el miércoles de la semana pasada?

—No, Jim; no ha habido ocasión de decírselo. Nunca la hemos visitado; por supuesto, todo se trató por intermedio de Leo. Y ella tampoco nos ha llamado, salvo una o dos veces, cuando su hijo no estaba en la casa y podía estar segura de que Peter no se iba a enterar.

—¿Luego el joven Peter no tiene la menor idea de quién es Constance en realidad?

—¡Santo cielo, claro que no la conoce! ¿Usted cree que la madre iba a contarle algo?

—La madre es una anciana bastante peculiar, en uno u otro sentido y para citar uno de ellos: ¿diría usted que las ideas de *Madam* Laird son menos liberales que las de los Clayton?

—En cierto modo, sí. En otro, no; decididamente, no. El general y su esposa tienen la terrible obsesión de...

Jill se interrumpió. Jim no había percibido ruido de cascos o ruedas en la calle; pero oyó el click de una llave que giraba en la cerradura. La alarma encendió los ojos de Jill y la joven quedó como paralizada. Jim giró en redondo.

Con un empujón a la puerta, más que simplemente abrirla, penetró en el vestíbulo un anciano descarnado, bien erguido con levita y sombrero de copa, que llevaba en una mano un bastón con puño de oro.

El hombre hizo un alto marcial, se quitó el sombrero de un tirón y se enderezó más todavía, mirándolos de hito en hito. Aunque en realidad no era más alto que Jim, pareció gigantesco. Era indudablemente enjuto. Tenía canoso el cabello y una barba blanca muy recortada, como la que se ve generalmente en retratos del difunto general Robert E. Lee. Pero nada se advertía en él de la bondad y campechanía que solemos relacionar con un hombre que en otros tiempos fue llamado con cariño por los negros. “Amito Robert”. Todo lo contrario.

Jill se repuso de la sorpresa.

—Buenos días, general Clayton —dijo con cierta falsa vivacidad—. ¿Me permite presentarle al señor James Blake, que representa al *Harper's Weekly*, de Nueva York? Señor Blake, el general Clayton.

Si los años no habían encogido el que en un tiempo había sido “La Bruja” Clayton, tampoco habían amortiguado su mirada glacial ni debilitado el tono agudo de su voz.

—¿Usted es del Norte, señor? —preguntó.

La mirada de Jim se puso a su nivel.

—Sí, señor.

Entonces intervino presurosamente Jill.

—El señor nació en el Norte, general Clayton. Pero se graduó en el “William and Mary”. Un antepasado suyo, natural de Virginia, fue uno de los fundadores del colegio en 1693.

—¿De veras? —preguntó el general—. ¿Podría, señor, recordar el nombre de ese antepasado?

—Su nombre, señor, era Septimus Blake.

Una ligera diferencia trasuntó la expresión del rostro glacial. El general Clayton se apoyó en el otro pie.

—¿Septimus Blake? —repitió—. ¿El caballero Blake, de Pemberton Hall, Roanoke, cuyo retrato puede verse actualmente en Richmond?

—Creo que sí.

Siguió una pausa breve y densa.

—Mis antepasados fueron también virginianos, señor —explicó “La Bruja”, alargando súbitamente su mano—. ¿Me permite que le dé la bienvenida a mi casa, señor Blake, donde siempre me encontrará feliz de recibirlo? Pero tengo que pedirle perdón, señor; debí haberlo sabido. Usted muestra claramente los modales y el porte de un caballero y de ningún modo deberíamos considerarlo yanqui.

¿Qué respuesta podía darle a estas palabras? Una sirvienta asustada, que ya había llegado trayendo el sombrero de Jim, lo alargó con deferencia y alivio mientras él se despedía.

Lo acompañaron hasta la puerta de calle. El joven descendió los escalones, cruzó la calle para llegar a su auto y lanzarse hacia el restaurante Philippe, hacia el almuerzo y hacia otro nubarrón de inquietudes, a las 2 y 30 de esa tarde.

Cuarta parte

EN BUSCA DE UN ASESINO



Un reloj de iglesia del Vieux Carré daba las dos cuando Clay y Jim finalizaron su almuerzo en Philippe.

Comieron al aire libre, en un patio de grandes losas grises donde se habían colocado mesas entre plantas floridas. Estaba muy concurrido, tanto el patio como los salones cubiertos, así que dispusieron de una mesa especial, un poco apartada. Los atendió el propio Philippe, bisnieto del fundador del establecimiento. No lejos de allí, el vasto y vacío esqueleto de lo que en un tiempo fue el famoso hotel St. Louis se erguía imponente bajo su cúpula en forma de globo. Sus restos ahora abandonados a las ratas y la ruina, daban frente a la calle Royal en todo el largo de una cuadra.

Clay y Jim comieron poco y consumieron sólo media botella de Anjou entre los dos. Hasta el momento en que les fue servido el café, Clay no habló de nada importante.

Apenas era la misma figura, angustiada y macilenta, de la noche anterior, pero seguía muy pensativo. La actitud de Clay pareció casi demasiado suelta; sonrió con exceso. Por un instante fue llamado brevemente a un teléfono interior, y al regresar su rostro parecía cubierto por una máscara. Luego, una vez servido el café y encendidos los cigarrillos, encaró profundamente a su compañero, a través de la mesa.

—Yvonne ha vuelto a la ciudad —empezó diciendo—. Me llamó a la oficina esta mañana; y me encontró justo en el momento en que volvía, media hora después de haber llamado usted y no encontrarme.

—Supongo que se alegró de tener noticias de ella. ¿Desde dónde telefoneaba?

—Desde la villa, supongo. ¿De dónde podía ser? Y decir que me “alegré”, Jim, es una palabra muy floja. Le propuse casamiento (sin más, ¡pum!) y me dio el sí, lo cual, de todos modos, no es completamente inesperado, ¿verdad?

—No del todo, no. Usted dijo anoche que había tomado una decisión respecto de ella, y me pareció que ésa era una decisión posible. ¡Lo felicito de corazón, Clay! ¡Sé que serán muy dichosos!

—Yo también lo sé, y soy un hombre feliz desde ya. ¡Con eso terminarán todos los engaños y los disimulos, gracias a Dios! Por fin las cosas se harán francamente, como debieron hacerse desde tiempo atrás. Esta noche ceno con ella, para hacer algunos planes sobre el futuro. ¿Quiere acompañarnos?

—Gracias, pero yo voy a cenar con... —y Jim estuvo a un paso de decir “la hermana”, pero se corrigió bastante bien—. Ceno con Jill en la Gruta del Grunewald.

Podemos, ir a verlos después. Y si queda algo de champaña con que brindar por la novia...

—Habrà champaña a baldes, se lo aseguro. *Gloria in excelsis*, Jim. ¡Soy el hombre más feliz del mundo!

Jim miró fugazmente en torno. En una mesa situada del otro lado del patio creyó advertir una espalda que le pareció conocida. Pero cerca de ellos, donde fuese posible escuchar lo que se hablaba, no había nadie.

—Perdóneme por traer a colación el tema desagradable, pero, ¿qué me cuenta del otro asunto? ¿De la Voz Malvada y sus amenazas si usted no retira su candidatura hoy?

Alto, rubio, inquietos los ojos y la boca, Clay dio un puñetazo sobre la mesa.

—Ayer por la mañana —explicó— le dije a la Voz Malvada que podía irse al infierno y colgué bruscamente. Sigo pensando lo mismo, sólo que con más ganas. ¿Retirar mi candidatura? ¡Cualquier día! Que la Voz Malvada haga todo lo que se le ocurra; que lo intente. Cuando uno agacha la cabeza ante amenazas, cuando uno se agacha ante cualquiera, le toman el tiempo enseguida. Se enteran. Yo no soy muy temible, ya lo sé, pero puedo pararme de frente y lo haré. Y en cuanto al último ardid de la Voz Malvada...

—¡Chst, despacio, no tan fuerte! Creo que vamos a tener visitas...

Cruzando el patio y por entre las mesas avanzaba Mathilde de Jarnac, acompañada de cerca por su robusto hijo. Aunque ella daba la impresión de caminar al azar, de hecho se dirigía a la mesa ocupada por los Blake.

Tanto Jim como Clay se levantaron. Apenas Jim estuvo frente a Peter Laird por tercera vez, algo hizo “click” en su cerebro, como una llave de luz. Clay se dirigió a la garbosa dama con gran cordialidad.

—¡Oh, señora Laird! ¿Qué tal, Pete? Siéntense y acompáñennos a tomar café, ¿quieren?

—Hola, Clay. Y hola, el otro señor Blake. Acabamos de tomar café, muchas gracias. Pero me sentaré un momento, si me lo permiten.

Un mozo había avanzado veloz para arrimarle una silla. Indicando por señas que Pete no requería tanta delicadeza, Mathilde se sentó y se puso a contemplarlos.

—Cuando una ha estado tan cerca de una persona como yo estuve siempre con Leo Shepley (me llamaba “Tía Mathilde”, ¿sabe?), parece el colmo de la insensibilidad almorzar en público, en un restaurante, al día siguiente de su muerte. Pero siempre tengo compras que hacer, y en algún sitio hay que comer. ¡Qué cosa espantosa, Clay! Me refiero a lo de Leo. ¿La policía ha detenido a alguno? ¿Se sospecha de alguien?

—No, no hay ningún detenido. Y, hasta ahora, la única persona de quien parecen sospechar soy yo.

—¿Usted? ¡Oh, qué cosa más absurda! ¿Por qué habían de sospechar de usted?

—Principalmente, según creo, porque yo estaba muy a mano antes de que llegase ninguna otra persona, y no puedo dar una explicación valedera del empleo de mi tiempo en algunos momentos cruciales. No existe otra razón, Dios lo sabe.

—Dígame una cosa, Clay —interpuso Peter, elevando la vista desde debajo de sus cejas—. ¿Por qué fue a lo de Yvonne en primer lugar? Su gloria y delicia no estaba allí, ¿verdad?

—No, Pete, no estaba allí. ¿Pero cómo sabes que no estaba?

—Usted olvida una cosa, ¿eh? Que yo estuve allí también, ¿no es cierto?, me interrogó el policía como a todos los demás.

—Sí, discúlpame. No lo recordaba.

—Si quiere que le diga la verdad —Pete hizo una mueca—, yo sabía que no estaba allí antes de que Raoul y yo llegásemos.

—¿Cómo te enteraste?

—Chismes callejeros. Todas las mucamas de casa están como fascinadas por Y. B. y sus andanzas, si todas tuvieran las condiciones de Y. B. para hacer lo mismo.

—¡Calla, Peter! —ordenó súbitamente la madre—. Esas charlas no te hacen ningún favor ni hablan de tu superación. No quiero oírte más sobre esto, de modo que... ¡te callas!

Luego ella miró a Jim y una sonrisa suavizó sus facciones.

—Cuando nos vimos ayer de mañana en la oficina de Alec, señor Blake, quizás yo no haya sido muy cortés. Pero no tenía la menor idea de quién era usted. Usted que entre otras cosas, es un autor de tanto éxito, como no tardó en informarnos Alec en cuanto usted salió. ¿Puedo preguntarle si investiga la muerte de Leo con miras a su publicación?

—¡Ciertamente que no he pensado en publicar tal cosa, señora Laird!

—¿Pero usted está investigando? —y su mirada no lo abandonaba—. ¿Qué ha averiguado de nosotros, señor Blake? Sobre todo, ¿qué ha sabido de mí?

—Sólo que le gusta leer obras de teatro, como nos gusta a muchos.

—¿Sólo que me gusta leerlas? Sin duda, señor Blake, sus averiguaciones deben haber exhumado la siniestra revelación de que en un tiempo fui una actriz aficionada de condiciones superiores a lo común. Parece que es un aire de familia.

—¿Ah, sí, señora?

—Ciertamente. Alec, mi estricto y ceremonioso sobrino, tiene en ese sentido una aptitud visible, aunque sólo la ha utilizado para funciones de caridad en ayuda de la Iglesia Presbiteriana. En cierta ocasión representó magistralmente el papel cómico de un clérigo, cuyos feligreses se escandalizan al encontrar un mazo de cartas en el bolsillo de su levita.

”Por detrás de la sonrisa brilló un atisbo de picardía. “¡Qué bien haces el papel de hipócrita!”, le dije. “Es un papel hecho a medida para ti”. Y él respondió... en fin, salió con una réplica ingeniosa. Es inteligente, lo reconozco, aunque le gusta tanto dominar, que tiene a la pobre Sylvia con el pie encima.

”Lo curioso del asunto, señor Blake, es que ni siquiera Peter carece de talento. Digo que es curioso por su visible rusticidad y porque carece de locuacidad característica de los Jarnac y los Laird. Pero hizo bastante bien el papel de Tony Lumpkin en *Ella se humilla para conquistar*. El papel le quedaba que ni pintado”.

—Oye, mamá...

—Callado, he dicho. ¿Está seguro, señor Blake, y usted, Clay, de que no podrían contarme nada más acerca de la muerte de Leo?

—Le juro que no sé ninguna otra cosa —protestó Clay.

—Entonces, los dejamos que sigan tomando su café Pero quizás, mi estimado Clay, yo pueda ayudarlo a usted un poco.

—¿Ayudarme?

—¡Oh! No en cuanto al pobre Leo, lo cual es asunto tan descabellado que a veces creo que no ha sucedido, y Peter está de acuerdo conmigo. No; eso es cosa suya y de sus cuestiones privadas; es más personal. Uno de estos días, Clay —y lo miró fijamente—, va a recibir la sorpresa de su vida. No le desagradará, aunque podría ser que por un momento lo saque de quicio. Mejor: ¡lo elevará al más alto cielo en que haya soñado nunca!

”Respecto a Leo, sin embargo, hay algo que me sorprende. Si tenía alguna preocupación terrible, tal como se afirma en general, yo hubiese esperado que recurriese a mí para consultarme, en vez de frecuentar asiduamente la casa de una mujer que no debo nombrar. “Recorre a la tía Mathilde”, solía decir; “si tienes un problema, acude a la tía Mathilde”. ¿Qué ocurrió dentro de él, en su hora más lóbrega?

Se levantó acomodándose las pieles en torno al cuello.

—Y ahora, caballeros, tengo que decirles adiós. Recuérdeme señor Blake, si es que me recuerda de algún modo, como una vieja bruja que usó la magia blanca sólo para anunciar cosas buenas. Vamos, Peter. Adiós, adiós, adiós.

Y se fueron. Clay se quedó mirándolos, mientras aplastaba su cigarrillo en el cenicero.

—¿A qué ha venido todo eso? ¿Qué quiso decir exactamente? Y, ahora que lo pienso, ¿que estaba yo diciendo cuando *Madam* Ir..., cuando ella nos interrumpió?

—Algo respecto del último truco de la Voz.

—¡Sí, es cierto! —y una extraña luz brilló en los rojos de Clay—. Hace un momento, ¿recuerda?, me llamaron adentro, al teléfono. Me acompañó Philippe. El teléfono está en una pequeña cabina debajo de la escalera. Levanté el tubo y...

—¡La Voz Malvada! ¿Amenazando otra vez?

—No amenazando, precisamente. Siempre regocijada pero con desafío que amenaza. Hasta un poco conciliatoria.

—¿Qué le dijo usted, Clay?

—No tuve oportunidad de decir nada, como no fuese un “hola”, como todos hacemos al levantar un auricular sin saber a ciencia cierta quién está en el otro

extremo.

—¿Y bien...?

—El amigo desconocido dijo: “Escúcheme y no me interrumpa. ¿Cómo anda de coraje? Si quiere demostrar que no le falta, vaya a la calle Conti, número 114-b. Es una casa muy respetable, en un barrio absolutamente respetable, ocupado por un hombre respetable. Tal vez usted tenga valor físico. Pero, ¿cómo anda de valor mental? Por lo menos, no está en peligro por el béisbol. Si acepta este desafío, pedazo de tonto, es posible que yo no haga lo que debería hacer. No olvide la dirección: calle Conti, 114-b”. Y me cortó.

—¿Por dónde queda ese lugar? ¿Y qué es eso de correr peligro a causa del béisbol?

—La dirección está cerca, a la vuelta de la esquina. Podemos llegar a pie en cinco minutos. No entiendo lo del béisbol, aunque yo fui un lanzador bastante bueno.

—¿Piensa ir?

—¡Puede jurarlo, viejo! Desde niño, Jim, jamás he dejado pasar un desafío. Además, quiero saber qué es lo que hace el dueño de esa voz cuando uno le moja la oreja. ¿Quiere venir?

—¡Con placer! —exclamó entusiasmado Jim—. Si logro que alguien me atienda, desearía pagar este gasto.

—¡No hará tal cosa! —protestó Clay—. Invité yo. ¡Philippe!

Unos minutos más tarde, pagada la adición, salieron por la parte principal del restaurante.

Aunque el cielo seguía cubierto, todavía la lluvia no caía. Con una especie de soterrado deleite, Clay llevó a su acompañante en dirección al sur, hacia la calle Royal, y allí dobló a la derecha. Otra vuelta a la derecha los dejó en la calle Conti, que corría paralela a St. Louis por el lado de Canal.

Más casas pintadas al pastel, varios negocios y algunas viviendas particulares, se extendían al norte. Poco más de cinco minutos tardaron en llegar, por la vereda de la izquierda, al 114-b, sobre la acera del lado derecho.

—¿No hay inconveniente en esto, Clay? Su secretaria dijo que esta tarde tenía una reunión política.

—Sí, pero eso es a las tres y aún no son las dos y media. ¡Mire!

La casa que buscaban estaba situada entre una antigua farmacia en el lado más alejado y, en el más cercano, una confitería con un llamativo anuncio de turronez detrás de un muñeco que representaba a una “mammy” negra con un pañuelo rojo en la cabeza.

Albergado en una construcción bastante grande y de aspecto precario, un poco más alta y más ancha que la mayoría de los edificios vecinos, aparecía lo que un letrero en la fachada describía como: *Pruebe su vista: Pruebe su pericia*. Esta inscripción había sido pintada sobre la figura de unos palos de béisbol cruzados y un guante de *fielder*.

En una boletería de cristales, semejante a la de un teatro, se hallaba sentado un anciano gordo y blanco, de perilla en punta.

—¡Es el mayor Magruder! —anunció Clay, caminando a largos pasos hacia la caja—. No sabía... ¡Hola, Mayor! ¿Qué clase de juego explota usted ahora?

—... nas tardes, señor Blake —dijo el interpelado—. Ojalá que le interese. Es lo que anuncia la fachada nomás: una máquina que le arroja la pelota. Se carga por sí misma, trabaja sola, es automática.

—¿Y cómo funciona?

—Seis tiros por veinticinco centavos; usted se para delante y pega con uno de los palos de béisbol que están adentro. Le prevengo que la distancia en que tira la máquina no es tanta como entre *mound* y *home plate* en el juego real, pero se requiere habilidad. Todos los golpes darían en el blanco si la gente supiera: hay que tirar desde un poco por encima de la cintura, directamente hacia la goma, y no con mucha rapidez.

Jim pasó por el lado de Clay y deslizó medio dólar por la rejilla.

—El señor Blake y yo —dijo— quisiéramos hacer una prueba. ¿Cómo hacemos para poner en marcha la máquina?

—Yo la pongo en marcha. En cuanto ustedes estén dentro, contaré hasta veinte y apretaré este botón. Calculo el tiempo exacto de cada tiro y oigo el golpe, además. Una vez que el primero de ustedes pega con el *bat*, cuento otra vez hasta veinte y aprieto de nuevo el botón. Piense que el brazo metálico es el de Walter Johnson, aunque no va a encontrar nada como la velocidad de ese campeón. Mil gracias, señores; pasen no más.

Clay tomó la delantera; a través de una entradita muy incómoda, penetró en la intensa luz del interior.

Era un alto galpón capaz de albergar muchos ecos, iluminado con luz indirecta. En el extremo más distante, sobre lo que parecía ser una pared acolchada, vieron un oscuro hueco, algo así como el vano de una puerta. En el centro de esa abertura se erguía un aparato metálico parecido a una caja, que por grotesca ironía sugería un altar.

En el piso de madera, a unos diez metros y pico por detrás del aparato metálico, habían trazado con pintura blanca un pentágono para marcar la *home plate*.

En uno de los costados vieron algunos palos de peso mediano.

—No me gusta este local —dijo de pronto Clay—. Produce una odiosa sensación, si quiere que le diga la verdad. Contra el mayor Magruder no tengo nada. Lo conozco. Pero...

—¿Quiere tirar usted primero? Elija uno de esos *bats* y póngase dando cara a Walter Johnson. El mayor ya casi ha tenido tiempo de contar veinte, aunque lo haga despacio. Yo me pondré a su izquierda y un poco hacia atrás.

Clay tomó un palo cualquiera y se cuadró en la zona demarcada.

—Es probable que ni siquiera pueda pegar; no he tenido un palo de béisbol en mis manos desde que iba al colegio.

Una pelota de béisbol blanca y brillante apareció por sobre el fondo del altar, donde se advertía un débil brillo metálico. Pareció que permanecía suspendida allí por un instante, y luego emprendió su vuelo hacia la base: unas pulgadas por encima de la cintura, no demasiado rápidamente, y en dirección a la abertura.

Clay blandió el palo con furia, pero no se oyó un ruido claro; descargó con su “bat” un “foul-tip” homicida. La pelota pegó rudamente contra la pared detrás de él, que no estaba almohadillada; rebotó en el suelo al caer y dio saltos entre una andanada de ecos.

—Esto sigue no gustándome —declaró Clay—. Está muy oscuro aquel hueco detrás de la máquina. Pero si algo ocurre, le aseguro que usted no dará por perdido lo que pagó. ¿Cuánto tiempo transcurre entre tiro y tiro?

Jim calculó unos veinte segundos. Salida de la nada, apareció otra pelota de béisbol, y partió hacia ellos. Esta vez Clay la paró en seco, con lo que en cualquier cancha habría sido, sin duda, un limpio golpe de dos bases hacia el centro izquierdo. Almohadillada o no, la pared fue golpeada reciamente por la pelota y hubo más estruendo de ecos.

En el tercer tiro, Clay erró por completo. Pero la pelota tuvo que caer en algún sitio. El ruido no cesó.

—Tiraré el próximo —dijo— tratando de poner todas mis fuerzas —agregó—. No es más que una máquina maldita. Y de todos modos, el campeonato mundial ha terminado.

Entonces, una escena común en el teatro alteró repentinamente el ritmo del juego.

Jim, parado a izquierda del *bateador* se mantenía bien alerta por si algún tiro rebotaba en la pared y lanzaba la pelota a su cabeza. Después de los dos primeros tiros, apenas había mirado furtivamente el hueco oscuro.

Pero miró en este momento y le costó dar crédito a sus ojos. En aquella abertura, además del aparato, había otra cosa.

Un hombre, con la cara embadurnada grotescamente con hollín o barro para oscurecerla, estaba de pie en la penumbra, un poco a la derecha y detrás del aparato lanzador de pelotas. Tenía en una mano un rifle liviano, que estaba levantando a la altura de su hombro. Y volvía el rifle no hacia Clay, sino hacia Jim.

Varias cosas ocurrieron casi instantáneamente. De algún lugar salió una cuarta pelota. Se produjo un golpe seco y una especie de matraqueo rápido al tirar Clay su *bat* al suelo. La pelota voló de la máquina; Clay la cazó con un golpe seco en su palma izquierda abierta. En el instante en que el hombre embadurnado se acomodaba el rifle en el hombro, apuntando hacia la frente de Jim, Clay vio lo que pasaba. Y entonces, con un potente vaivén del brazo, lanzó la pelota.

Ésta, convertida en una deslumbrante estría blanca, dio de lleno en el estómago del Cara-pintada. Cara-pintada cayó hacia atrás doblado como si hubiera recibido una

patada de mulas. Su rifle cayó al suelo antes que él, se sacudió el gatillo y explotó el cartucho. Al oír, entre los otros ruidos, el golpe seco del disparo, el fornido Mayor Magruder entró corriendo; con la pera bamboleante. Se detuvo atónito.

—¿Qué está haciendo? —gritó—. ¿Qué hace, por amor de Dios?

Casi inmediatamente saltó hacia un lado para esquivar una quinta pelota, que salió de la máquina y pasó volando y silbando entre Clay y el mayor antes de chocar en la pared del frente. El de la cara embadurnada yacía inerte más allá de la máquina; una segunda y más robusta figura, con la cara también enmascarada de barro, apareció por encima del rifle y empezó a arrastrar al primero hacia fuera, por alguna salida de los fondos.

Enardecido, entrando a la carga por la puerta principal, el teniente Zack Trowbridge se dirigió con su cara convertida en una frutilla.

—¡Alto! —tronó dirigiéndose al cara embadurnada número dos, que seguía arrastrando por el suelo al número uno—. ¡Alto, en nombre de la ley!

Siguió corriendo hacia la abertura, mientras sacaba un Iver-Johnson 45 de la pistolera que tenía detrás, y haciéndose a un costado justo a tiempo para esquivar una sexta pelota, que Clay atrapó. Cara-embadurnada Uno, Cara-embadurnada Dos y el teniente Trowbridge desaparecieron.

—Eso no puede seguir funcionando —farfulló el mayor Magruder, casi llorando—, a menos que apriete el botón. Pero se me ocurre que usted no quiere que lo apriete de nuevo, ¿verdad? Puede pedir devolución de los veinticinco centavos, si lo desea.

—En verdad, mayor —le aseguró Jim—, no será necesario reactivar la máquina ni reembolsar los veinticinco centavos. Gracias, Clay. Esto fue pensar ligero; realmente me ha salvado la vida.

—¿Pero por qué? —preguntó Clay, soltando la pelota de béisbol y apretándose la cabeza con ambas manos—. Un par de matones baratos que alguien alquiló. Uno de ellos ha caído inconsciente; a ése Zack lo agarra aunque se le escape el otro. ¿Pero por qué la Voz les ha mandado hacer esto? Y ya que el golpe era para mí, ¿por qué tiraron contra usted?

—¿Está seguro, Clay, que usted era el único a quien buscaban? ¿No se da cuenta de lo que pudo haber ocurrido esta vez?

—No. ¡Que me cuelguen si lo sé!

El mayor Magruder: hizo una discreta retirada. Jim miró a su acompañante de arriba abajo.

—Bueno, podemos comprobarlo fácilmente si interrogamos a Philippe —dijo Jim—, pero antes, yo quisiera arriesgar una pequeña apuesta. A usted lo llamaron por teléfono. Aunque todo el mundo lo conoce por Clay, que es una abreviatura de su segundo nombre, su primer nombre es en realidad James, igual que el mío. Y eso también es bien conocido. Cuando la Voz dijo que deseaba hablar con el señor James Blake...

—¿Usted está diciendo, que...?

—Sí. Varias personas nos han dicho que no puede originarse ninguna confusión entre nuestros nombres; pero puede haberla. Y la hubo. Yo no tuve que dar el nombre a Philippe ni a ninguna otra persona. Pregunté por la mesa del señor Blake, como me dijo su secretaria, y fui acompañado al lugar sin más conversación. Si nos atenemos a lo que debía saber Philippe, mi nombre tanto podía ser James, Brown o Robinson como Woodrow Wilson.

Clay levantó del suelo el *bat* caído y lo blandió con saña en el aire, como si quisiera azotar con él todas sus inquietudes. Luego lo bajó y miró a Jim con la expresión de un hombre que está por perder la razón.

—¡Pero esto cada vez se pone más descabellado!

¿Cree usted que la Voz, esa que ha hecho todas las llamadas, es también el asesino?

—Estoy convencido. Esta vez, según su propio relato, lo único que usted dijo fue un borroso “hola”. El desconocido no pudo darse cuenta de que no hablaba con la persona que creía.

—Pero, ¿por qué usted? ¿Por qué la Voz desea matarlo?

—Debe pensar que yo sé quién es.

—¿Y usted lo sabe?

—Mire, Clay, eso es lo que un amigo nuestro llamó ironía trágica. Justo después del almuerzo, por ejemplo, de repente me pareció ver cómo el asesino pudo cometer el crimen, justamente lo que está por volver loco a Zack Trowbridge. Es sencillo; es tan odiosa y fundamentalmente simple que debió habérsenos ocurrido hace mucho tiempo.

—A mí no se me ha ocurrido todavía. ¿Puede usted iluminar mi débil cerebro?

—Aún no; ya que por el momento no parece haber manera concebible de probarlo.

Jim giró hacia la entrada, vaciló un instante y se volvió.

—Usted me ha preguntado si conozco la identidad del asesino. Bueno, no la conozco. A menos que se me haya escapado algún detalle de importancia notable, lo cual es posible y aún probable, la evidencia actual no parece apuntar hacia una persona determinada; o, más bien dicho, parece apuntar en tres o cuatro direcciones al mismo tiempo. Podría ser X, podría ser Y, podría ser Z; pero, ¿dónde está el indicio claro que señala cuál es? La ironía de que hablaba antes reside en que yo no puedo saber a ciencia cierta a quién estamos persiguiendo. No obstante, por alguna razón misteriosa, él supone que yo lo sé. Ya ha intentado matarme una vez; y puede tratar de nuevo. Sí, Clay; lo va a intentar otra vez.



Jim obtuvo una nítida conexión. La voz del coronel Harvey, en la distante Nueva York, sonó estridente y lejana, como si, por arte de magia el hombre se hubiese encogido al tamaño de un soldadito de plomo y estuviese aprisionado en el teléfono.

—Así que usted dice que Constance Lambert autoriza esto realmente. ¿Y está de acuerdo en que yo se lo publique?

—Más que de acuerdo; siente vehementes deseos de que lo publique usted.

—Es una lástima, porque no podemos ni tocar el punto. Esa mujer es una artista, Jim; no debemos permitir que se corte la cabeza ella misma. Además, tengo entendido que entre Constance y Clay Blake hay algo.

—Bueno, si quiere llamarlo así. Pero van a casarse.

—Lo cual a fin de cuentas, no altera el principio general, tal como lo ve Juan Público. Si esta nota se publica con todos los detalles, la pobre no podrá volver a trabajar en un teatro de Estados Unidos, jamás. La Liga de Mujeres Contra Esto o Aquello la pondrá en la lista negra de todas las salas que forman la cadena de Klaw y Erlanger. El coronel Harvey, reflexionaba. —Debemos proceder con astucia y ver qué hacen los diarios cuando la cosa explota; es posible que a nosotros nos quede una jugosa continuación del tema. Mientras tanto, te queda aquella semblanza que te encargué. ¿Quieres que te comunique con Ken Lefferts para que haga un borrador?

—No. Gracias. Prefiero que el texto sea mío. Y ya está listo.

—¿Qué has hecho?

Jim miró en torno de él.

—Lo mismo que siempre hago y que seguiré haciendo hasta que alguien invente una máquina de escribir portátil que pueda llevar conmigo. Aquí en el St. Charles, como en todos los buenos hoteles, hay una taquígrafa y también hay un escribano.

—Sí, por supuesto. ¿Y qué?

—A las dos y media, hace una hora, hubo un revoltijo en cierto local donde funciona una máquina que juega al béisbol...

—¡Siempre has tenido la buena fortuna de encontrarte en medio de todos los zafarranchos!

—La cosa no fue tan divertida que digamos Coronel. Sobre todo teniendo una tarea importante entre manos. He pagado a la taquígrafa por el uso de su máquina de escribir durante media hora y he escrito dos mil quinientas palabras en las cuales se demuestra que Clay Blake es un hombre de estado en embrión destinado a brillar con

luz propia en el sexagésimo tercer Congreso. Tengo el artículo, ante mí, sobre la mesita del teléfono.

—¿Quieres que alguien te lo tome por teléfono? Yo no creo en las economías, pero...

—No, eso tampoco, me enteré que en la vereda de enfrente al hotel hay una oficina de Western Union, a unos metros de distancia. Puedo mandar el texto por telegrama por una pequeña parte de lo que costaría por teléfono. Y ahora, si no tiene más instrucciones, seguiré con mi trabajo.

—No; no más instrucciones, salvo una: que te mantengas alerta, por la continuación. Buena suerte, Jim.

La comunicación se cortó. Con varias hojas escritas a máquina en un bolsillo, Jim bajó el vestíbulo y salió en procura de la oficina de telégrafos. Aunque aún no estaba seguro del sitio en que la calle St. Charles se convertía en avenida St. Charles, empujó la puerta giratoria de aquel lado y estuvo a punto de chocar con Charley Emerson.

Charley, el delgado y nervioso sabueso de los parches canosos en la cabeza llena de cicatrices, parecía engolfado y absorto.

—¡Hola, Jim! Como ves, después de todo no pude alejarme mucho. No tuve más remedio que andar haciendo piruetas entre las bocinas.

—La verdad es que no esperaba verte, Charley. Pero no me voy a morir de asombro. ¿Qué andas maquinando ahora?

—No puedo detenerme ni un segundo. Ando tras un artículo.

—Tenía entendido que no te permitían ocuparte del asesinato.

—No. Sólo que siempre hay alguna otra perspectiva a la vista. Estas llamadas anónimas a gente del *Centinela*...

—¿Andas detrás de eso?

—Mucho. El que oiga a Bart Perkins, y también a Harry Furnival (Harry es el jefe de noticias locales), pensaría que ha llegado el reino del terror. ¡Pero no es para tanto, Jim! En total, hubo sólo tres llamadas, incluyendo la que hicieron a Mary Rikert. Nunca a ninguna persona de importancia, y el que llama jamás cumple las amenazas. Parece únicamente intimidar o asustar a alguien sólo por el maldito placer de hacerlo.

”Por otra parte, ese extraño personaje a quien llaman la Voz Maligna ya alcanzó un alto puntaje, a un pobre viejo del departamento comercial lo acusó de robar dinero de la caja chica; se fue a su casa y se ahorcó. Una mujer de unos cuarenta años que colabora en la sección sociales perdió el marido hace unos meses. La voz endemoniada dijo que ella lo había envenenado y que las pruebas serían enviadas al fiscal. La pista que tengo ahora...”.

—Hablando de pistas, Charley. Cuando te negaron la nota relativa al crimen, ¿es verdad que amenazaste con pasarte a la oposición y entregársela a otros?

—Hice un poco de *bluff* con eso, no soy un santo. Hay cuatro competidores: el *Picayune* y el *Times Democrat* por la mañana; el *Item*, y el *States* por la tarde. Todos

ellos tendrían mucho gusto en asegurarse los servicios del viejo Charley como colaborador libre. Pero nunca tuve intención de hacer ese disparate, de verdad. Cuesta ser desleal, Jim, y Alec Laird ha sido demasiado decente conmigo para que se me ocurra escupir la mano que me ha dado de comer.

—Y ahora perdóname si vuelvo a la caza, ¿quieres? La mujer que perdió el marido está en su casa esta tarde; en la esquina tengo un tranvía que me lleva. Tengo un dato muy bueno. ¡Ella cree que el demonio telefónico es una mujer!”.

—¡Caramba, Charley! ¿Tiene alguna prueba de eso?

—Ella cree que las hay, por lo menos. Puede que no sea de asesinato, pero tendré una nota sensacional si consigo dar con el que hace las llamadas ¡y resulta mujer! Vomitar acusaciones rastreras sólo para aterrar a la gente es casi tan grave como un homicidio, ¿no te parece? Bueno, Jim, que sigas bien y ¡aleluya!

Ya afuera corrió en dirección a la parada de coches, zigzagueando entre los otros peatones. Jim cruzó la calle y veinte pasos le bastaron para llegar a la gran vidriera de la Western Union, cuyo nombre en blancas letras de esmalte se veía en el cristal.

Era un momento de poco trabajo en la oficina. Tanto la chica del mostrador como el joven y despierto telegrafista que se acercó para tomar parte en la conversación, quedaron fascinados ante la proposición de Jim, de enviar su artículo por cable. Una vez que Jim explicó ciertos términos que, aunque perfectamente comprensibles en la redacción de un diario, no lo eran para un telegrafista corriente, y después de haber pagado la suma que se le pidió, entregó las hojas escritas a máquina. El telegrafista se concentró en su trabajo, sobre un escritorio bien iluminado que estaba en un rincón, detrás del mostrador. El golpeteo de la tecla del telégrafo comenzó sus pulsaciones entre el rumor del tránsito vespertino.

Jim describió un rodeo desde el mostrador, para aproximarse a la vidriera. No era la primera vez en el día que tenía la sensación de que lo seguían y vigilaban. Pero también ahora le pareció que se había equivocado.

Cruzando la calle en dirección a la oficina del telégrafo vio que se acercaban las dos personas menos furtivas y secretas; el teniente Trowbridge, a quien acompañaba el sargento Peters, el que había estado de servicio la noche anterior. Mientras Peters mantenía la puerta abierta, su superior penetró con pasos largos y saludó a Jim afablemente.

—Bueno, bueno, Francisco José. ¿Cómo anda esta tarde el emperador de Austria?

Y señaló unas sillas en el rincón más próximo al doble escritorio que estaba contiguo a la ventana. Empujando a Jim hacia una de las sillas, se inclinó y bajó la voz.

—Usted no coopera mayormente, ¿eh? Se fugó de la última aventura comercial del mayor Magruder antes que yo pudiera explicarle algo sobre los dos bandidos que alguien le echó encima.

Jim movió una mano en dirección al telégrafo, que seguía con sus golpeteos.

—Ésa es la razón por la cual me fugué —le dijo en el mismo tono—. Matones baratos los llamó Clay, y sin duda lo son. Entiendo que el mayor no tuvo nada que ver con lo que hacían allí.

—¡Nada en absoluto! Entraron por la parte de atrás, desde una calleja. Estaban acechándolo.

—Y los pescó, ¿no?

—Atrapé a uno, que está en el hospital. Si a usted le hubiese tocado recibir en el estómago un *pitcher* directo y rápido, disparado desde no mucho más de diez metros, estaría en un hospital también. El otro se me escapó, pero puedo dar con él fácilmente.

”Usted debió quedarse, Francisco José. Mantuve una larga conversación con el señor Clay Blake antes de que se fuera a una reunión política. Resulta un caballero absolutamente sensato y sensible cuando se lo conoce bien”.

—Oiga, teniente; está bien que no estaba obligado por un voto de secreto, pero supongo que cuando habló con Clay no le habrá revelado todo lo que supo en la casa del general. No le habrá dicho que Yvonne Brissard es Constance Lambert ni que la tal Jill Matthews es la hermana.

—No, no. No le conté nada. Yo no soy un caballero y nunca pretendí serlo, pero tengo alguno que otro instinto caballeresco. Eso es un asunto particular de ella; que haga lo que quiera. Pero he traído noticias para usted.

—¿Sí?

—Desde que nos vimos la última vez, me reuní con los dos hombres que había encargado de seguir los movimientos del señor Shepley ayer por la tarde y por la noche. A pesar de los informes que nos hayan llegado hasta ahora, Shepley no anduvo en ningún momento tomando copas por la calle Bourbon. Fue a su club, donde los socios se emborrachan en paz y en silencio. El club está en la avenida Luisiana, en el Barrio Jardín.

”Pero allí tampoco se emborrachó. Habrá tomado dos o tres copas, no más. Estuvo sentado solo y sin hablar con nadie o se entretuvo jugando un poco al billar, pero solo también. A eso de las cinco hizo una llamada telefónica y otra vez se sentó a meditar. Media hora o tres cuartos de hora después se levantó y salió. Serían las cinco y media o seis menos cuarto. Tenía el coche en la calle y se alejó. Y ahí es donde lo perdemos”.

—¿Lo perdieron de vista por completo?

—Como si se lo hubiese tragado la tierra. Y hasta ahora, por lo menos, no hemos podido averiguar adónde fue ni qué hizo desde que salió del club (a las seis menos cuarto) hasta unos minutos después de las diez de la noche, cuando entró ruidosamente en casa de la señorita Lambert con aquel Mercer rojo. No sabemos ni una palabra.

—Bueno, si a eso vamos, teniente, tampoco de sus movimientos sabemos nada.

—¿Qué tienen que ver mis movimientos con ese asunto?

—Tal vez nada, salvo que usted ha decidido mantenerlos secretos. *Usted* apareció apenas después de sonar el disparo y que el auto se estrellara. Pero no se ha dicho en absoluto qué estaba haciendo allí.

El teniente Trowbridge había dejado de rabiar.

—El asunto no tiene nada de misterioso; nunca lo tuvo. Debe saber, Francisco José, que la gente todavía tiende a pensar que los autos son juguete de ricos. Pero no es así.

—¿No es?

—No por mucho más, Henry Ford está vendiendo su coche por una bicoca. ¿Me sigue?

—Con mucha atención.

—En la Municipalidad —explicó el teniente, mirando fijamente a su interlocutor— hay un segundo fiscal del distrito llamado Kestevan. Es verdad que tiene algo de dinero propio; no tendría que vivir en un asilo aunque no hubiese estudiado leyes. Pero no es un Creso ni un J. P. Morgan. Pues bien, el señor Kestevan ha comprado un coche Ford de turismo, con cuatro puertas y todo; con él va a todas partes, no sólo al campo. Es un hombre cordial; más de una vez se ha ofrecido a llevarme con su auto.

”Bueno, anoche, unos minutos antes de las nueve, llamaron por teléfono a mi oficina. Alguien que no se dio a conocer quería hablar con el detective más experimentado del cuerpo”.

—¿No querrá decirme, teniente, que usted recibió un mensaje de la Voz?

El teniente Trowbridge empezaba a hacer gestos de emoción y en el rostro le aparecía el sarpullido.

—Yo no atendí personalmente, no. Pero tampoco me reí luego, cuando oí sobre la maldita Voz. A aquella hora lo corriente es que no haya nadie en la oficina. No había nadie, es cierto, salvo la mujer que hace la limpieza. Ella fue quien atendió. Le dijeron que si algún policía experto salía para la villa de Jarnac lo más pronto posible después de las diez, se encontraría con “algo espantoso”. Esas fueron sus palabras: algo espantoso. Y por alguna razón la pobre mujer se asustó a más no poder. Yo aparecí allí un ratito después, justo en el momento en que terminaba de limpiar, y me contó.

”¿Qué iba a hacer yo? No pudiendo volar, la única manera de ir allá era un coche de alquiler. Pero mi jefe jamás hubiese autorizado un gasto de transporte por una llamada anónima. Y la solución llegó sola. Estaba saliendo de la oficina, ya muy cerca de las nueve y media, cuando me encontré con el señor Kestevan, que había trabajado hasta muy tarde en un caso. Entonces fue cuando recordé que él tiene su casa cerca de la boca del canal St. John. Dijo que iba a su casa y le pedí si podría dejarme en un lugar. Ahí tiene, la historia completa, confío que se aclare por sí sola”.

—Sí, se aclara, gracias. ¿Algo más, teniente?

—Un poco; no mucho, pero algo más. No he tenido ocasión de hablar con usted desde que apreté los tornillos a Flossie Yates. Todavía no la domé, lo reconozco; pero

va a cooperar antes que pase mucho tiempo. Lo que me ha inquietado, lo que realmente me ha hecho pensar, es una observación de Clay Blake durante nuestra conversación.

Por primera vez el teniente Trowbridge pareció darse cuenta de que allí estaba también el teniente Peters.

—Peters —dijo—, el maestro y yo deseamos complotar un poco en privado acerca de esto. Córrase hasta la Municipalidad, ¿quiere? Yo pasaré a buscarlo antes de rematar la jornada.

El estólido Peters asintió con la cabeza, sin comentarios. Abrió la puerta de cristales, la cerró tras de él y cruzó la calle.

Zack Trowbridge arremetió de nuevo.

—Me dijo el señor Blake que usted no estaba seguro de quién hace el sucio trabajo, pero tenía una buena idea de cómo lo hacía. Bueno, ¡por Dios y toda esa compañía!... ¿Es verdad eso?

Jim seguía teniendo en la mano la estilográfica con que había hecho una corrección de último momento en el texto, antes de entregarlo. Aunque había puesto el capuchón que protegía la pluma, no se la había guardado aún. Se volvió hacia el mostrador y el telégrafo que repiqueteaba más allá.

—Sí, es verdad. El saco estaba limpio, Teniente. Advertí especialmente que el saco estaba bien limpio.

—¿Que el saco estaba...? ¿De qué está hablando?

—Es posible, como usted comprende, que el problema esté en encontrar una prueba material. Está la perforación de la bala, por cierto, aunque eso es un mero detalle.

—¿Qué perforación de la bala, Francisco José? La única perforación de que tengo noticia está en la cabeza del señor Shepley. Ya recibí el informe de la autopsia; y además tengo la bala, que extrajeron con fórceps. Es de calibre 38, ¿pero qué se prueba con eso? ¿Quiere darse vuelta y mirarme, por amor de Dios?

Jim, de pie junto al mostrador, que al parecer observaba con atención, se volvió. Pero no miró directamente al teniente Trowbridge, sino afuera, a través del enorme cristal de la ventana.

—El sargento Peters —dijo con voz que denotaba asombro— acaba de cruzar la calle. Está allá, en el otro lado, y se dirige hacia el oeste, pero acaba de cruzar.

—¡Claro que acaba de cruzar! Peters no tiene alas, ni tampoco las tenemos nosotros. ¿Adónde presumía usted que pudiese haber llegado, en cuestión de unos diez o doce segundos?

—A la misma distancia que... —dijo Jim, y calló instantáneamente, como si le hubiesen asestado un fuerte golpe en la cabeza. La estilográfica se escapó de entre sus dedos y tintineó contra el suelo. Jim se mantuvo rígido, inmóvil, y a su cerebro acudieron, precipitadamente, vividas imágenes.

—¡Qué idiota he sido! ¡Qué ganso redomado! Todo se ha desarrollado delante de mis narices, ¡y no entendí el sentido hasta este momento! Apenas dio vuelta esa llave y se abrió la puerta, todos los hechos se pusieron en su lugar y la interpretación fue fácil. Sí, teniente, he tenido la suerte de comprender “cómo”. Y ahora veo quién, y tengo algo más que un vislumbre del por qué. Se lo voy a contar inmediatamente.

El telegrafista y la muchacha no prestaban ninguna atención. El operador estaba transmitiendo la última página de la nota de Jim; la chica leía por encima de su hombro.

Haciendo grandes alardes de secreto, Jim condujo al teniente Trowbridge a una de las sillas del escritorio contiguo a la ventana. El teniente se sentó en una; Jim, en frente.

—Teniente —le dijo en voz baja— esta escena no es la que corresponde. No deberíamos hallarnos en una oficina de telégrafos a las cuatro de la tarde, sino en una cierta sala de estar en la calle Baker. Luz de gas, en lugar de electricidad. Fuego en la chimenea; niebla en el exterior. Una mesa de química manchada con ácidos, cigarros en la carbonera, tabaco en el dedo gordo de una babucha persa...

Zack Trowbridge entró en el juego con visible entusiasmo.

—¡Y el cabriolé esperando frente a la puerta! —completó—. El visitante que sube y se desmaya en la alfombra. Y Watson lo reanima con *brandy*; ¡para el *brandy* es una fiera! Me refiero a Watson. No hace falta que me lo diga; lo sé. Nadie se interesa más por esos relatos que yo; siento casi tanto interés como por *El Conde de Monte Carlo*. ¿Y?

—Sin embargo, ya que no disponemos de ese ambiente y tenemos que contentarnos con nuestra oficina de telégrafos como fondo para las revelaciones...

—Confío que haya revelaciones —dijo el otro—. ¡Tengo una expectativa del diablo por sus revelaciones, y quiero tenerlas! Pero antes de empezar, una pregunta: ¿Quién sabía que usted iba a almorzar con Clay Blake hoy, cuándo y dónde, como para poder armar el zafarrancho? Yo lo sabía. Las dos mujeres lo sabían. ¿Quién más estaba enterado?

—Que yo recuerde, sólo una persona; y eso también requiere interpretación. Escúcheme, por favor, y a ver qué sacamos en limpio de ello.

Jim empezó a hablar.

Los tranvías de la calle St. Charles pasaban, resonantes, al este y al oeste. La expresión del teniente Trowbridge, que al principio fue de estupefacción, recorrió toda la gama de emociones, desde la incredulidad al fascinado interés, pasando por el asombro y llegando finalmente a la convicción. Hacía rato que había cesado el repiqueteo del telégrafo cuando Trowbridge se irguió en su silla e hizo chasquear los dedos.

—¡Usted ha dado en el clavo, Francisco José! Cuando empezó, créame, estaba por pensar si habría perdido algún tornillo. Pero esto tiene sentido, ¡y es lo único que tiene sentido entre tanta estupidez! Se ha sabido de personajes extraños que

anduvieron por aquellos sitios, pero a nadie se le ocurrió pensar nada en vista de su profesión. Pero hay un aspecto que me intriga. En este crimen ha intervenido más de una persona, ¿eh?

—No, teniente. Tal como he procurado señalar, sólo hay un culpable. El criminal tuvo ayuda, por supuesto, pero no intervino ninguna persona que tuviese la más remota sospecha de que se trataba de un asesinato o que se había cometido ningún crimen. Se nos ha burlado a todos, bonitamente burlados, y eso ha sido obra de un torvo y sigiloso asesino que tiene engañados también a todos los demás. Ya es hora que termine la mistificación.

—Sí, ahí está el quid de la cuestión. ¿Cómo hacer que termine?

—Me parece que únicamente si tendemos la trampa que acabo de esbozar.

—¿Pero podemos hacerlo?

—¿Por qué no?

—Porque es peligroso como el diablo, por eso. Escúcheme. Supongamos que usted cena con la joven que lo tiene tan prendado. ¿Bien?

—¡Bien! ¿Qué puede suceder?

—Hace menos de treinta minutos la encontré en la calle Canal. Me dijo que iba a comprar un vestido nuevo para ponérselo esta noche. Cuando le conté que usted habría recibido una bala en la cabeza en lo de Magruder si Clay Blake no hubiese lanzado una pelota de béisbol al plexo solar de aquel bandido, creí que estaba por darle un ataque.

—¿Usted se lo ha contado?

—No era un secreto, ¿verdad?

—Entonces, un pequeño riesgo más no puede hacernos daño. Simplemente deje caer unas palabritas en el lugar adecuado, y con eso se arma la trampa y puede ir más lejos, Teniente —y Jim agregó algo al plan, diciendo—: Usted quiere atrapar al asesino, ¿verdad?

—¡Perfecto! ¡Perfecto! Contra mi criterio, que me aconseja otra cosa y aún pensando que usted tiene la veta de locura que *ella* cree, le seguiré dando cuerda. La indagación judicial sobre la muerte del señor Shepley está fijada para mañana; no tengo reparo en decirlo: será un timbre de honor para mí atrapar a ese asesino antes de que se efectúe el procedimiento. Así que, después de todo, ese plan dará mejor resultado. Parece concebido por el conde Dimitri en su villa de Monte Carlo. Pero si no resulta, ¿dónde quedamos? Tendremos una explicación, pero no habremos atrapado a la Voz.

—¿Está seguro de que tendremos una explicación *completa*?

—¿Le parece que no? Sabemos quién, sabemos cómo, y cuando menos podemos tratar de adivinar por qué. ¿Qué falta?

Consciente de que una sombra acechaba desde más allá de las diversas tarjetas y anuncios pegados en la puerta de cristales por el lado de adentro, Jim se puso de pie sin denotar desconfianza.

—Como en tantos otros casos, Teniente, hay una o dos cuestiones extrañas que debemos resolver antes de cantar victoria. Ahora estoy convencido de que alguien me siguió en Washington el lunes por la noche. Hoy más de una vez (y en aquel momento me pareció equivocarme) he creído que alguien me venía observando. ¡Pero no se ponga nervioso, ahora! Quiero repetir que estas cuestiones son (o parecen ser) extrañas a nuestra investigación actual. Es una suerte que podamos abordarlas y resolverlas ahora. Ya que al parecer estoy continua e inesperadamente presentándole una u otra persona, hagamos la prueba otra vez.

Abrió de par en par la puerta y se lanzó afuera con la velocidad del rayo. Con la mano izquierda asió firmemente el brazo de alguien que estaba justo en el umbral, y empujó hacia dentro un hombre rechoncho, cara de luna y calvicie algo más que incipiente, sobre los cincuenta años, y cuya varonil elegancia estropeaba algo un sombrerito tirolés de color verde chillón, con una plumita.

—Teniente Trowbridge, del Departamento de Policía de Nueva Orleans —dijo—, le presento a mi amigo el Barón Franz von Graz, el único y verdadero original del Dimitri de *El conde de Monte Carlo*, otrora agente al servicio de quien no deseo nombrar. Me siguió en Washington; volvió a encontrar mis huellas tres días después, y me parece conveniente que averigüemos por qué.



Vistiendo frac y corbata blanca, aunque no se había molestado en ponerse sombrero de copa, Jim entró en la recepción del Grunewald a las siete y media.

La ropa de etiqueta que había conseguido en una tienda de calle Canal no hubiese despertado envidia en Brooks Brothers ni en Poole, de Seavile Row. Pero, por tratarse de prendas de confección y sin arreglos, le sentaban muy bien. Pensó que era lo menos que podía hacer, ya que sin duda Jill había ido a comprar algo de categoría.

Y lo había hecho.

A primera vista, el salón del Grunewald parecía tan lleno de adornos que resultaba abrumador. Señoriales columnas de mármol veteado castaño y blanco, con sus capiteles esculpidos y dorados, se remontaban hasta un techo *beige* y marrón del cual pendían relucientes arañas doradas como castillos de cristal. Gruesas alfombras de suaves dibujos amortiguaban las pisadas y ensordecían las voces de huéspedes que andaban morosamente. Pero uno se habituaba pronto a la decoración; a Jim le gustó, en efecto.

Luego vio a Jill. Con su vestido de noche plateado, con un toque de azul en la blusa de escote cuadrado y bajo, descendía por la ancha escalera de mármol, que posiblemente conduciría al entresuelo. Muy retraídos estuvieron ambos cuando ella lo saludó.

—¿Así que decidió vestirse de etiqueta, Jim?

—¿Y usted?

—Sí. Me pareció... ¡oh, no sé...!, más adecuado. Por otra parte, lo deseaba. Casi todos están igual, ¿ve?

—¿Quiere beber algo antes, o cenamos ya? Reservé mesa por teléfono.

—Vamos derecho a la Gruta, ¿no? Sólo hay un ascensor para eso. Por aquí.

Al aproximarse al único ascensor que podía llevarlos bajo el nivel de la calle, su reticencia fue mayor aún.

—Con las últimas palabras que le oí decir esta tarde, Jill, usted me puso en buenos términos con el viejo general Clayton. ¿De dónde sacó la relación de mi familia con el colegio William and Mary?

—Lo leí en... en la publicidad acerca de usted. ¿No es verdad?

—Sí, es verdad. Siempre desconfío de los textos que se destinan a publicidad, pero ocurre que ése está en lo cierto. ¿Sabía que a ese colegio concurrí yo, que es mi *alma mater*?

—No estoy tan mal informada como parece suponer. Sólo hay dos colegios norteamericanos que datan del siglo diecisiete, y ése es uno de ellos. Bueno —agregó, a tiempo que penetraban en el ascensor—, ¿qué cosas absolutamente insensatas ha estado haciendo el resto del día? Es decir, aparte de estar a punto de que lo matasen.

—¡Caramba, mujer...! ¡Habla como si *yo* hubiese *preparado* todo eso! O como si me divertiera estar ante el caño de un rifle o que me pase un cuchillo a milímetros de la cabeza.

—¿Alguien le tiró un cuchillo, entonces?

—No. Eso fue ayer.

Jill hizo un gesto desesperanzado.

—Jim, ¡esta conversación se está volviendo terriblemente confusa! No sigamos, ¿quiere?, y dejemos de molestarnos mutuamente.

—Yo estaba por sugerírselo. Sus ojos...

—Bueno, aquí estamos. Parece una gruta, ¿no es verdad?

Así era. La enorme caverna, con sus mesas circulares cubiertas de blancas y altas sillas de madera dorada, con sus grutas y piscinas, sus estalactitas y estalagmitas artificiales, aparecía bañada en el resplandor de una iluminación disimulada.

Jill había recuperado tanto su buen humor como su vivo interés por la vida.

—Las luces —le informó— están escondidas detrás de esas estalactitas y estalagmitas. Pero no recuerdo cuáles son unas y cuáles las otras. ¿Son estalagmitas las que cuelgan del techo como carámbanos y estalactitas las que salen del suelo, o es lo contrario?

—Es lo contrario. Las estalactitas cuelgan del techo, las estalagmitas salen del suelo. A menudo se unen, como algunas de éstas, haciendo el efecto de pilares. ¿Ve?

Un *maître d'hôtel* de aspecto galo se acercó y los condujo a su mesa, pero no fue aquello lo único que vieron.

Pocas mesas estaban ocupadas. Pero había otros personajes que daban al ambiente un carácter más íntimo. Estatuas de ninfas desnudas, de tamaño natural, de mármol pintado color carne, tendidas boca abajo en piscinas poco profundas encaramadas en salientes rocosas, con las piernas en el agua. La orquesta, al otro lado de una pequeña pista de baile, un rincón de la caverna, ejecutaba *Everybody's Doint' It*.

En la mesa, muy bien ubicada junto a una piscina cuya rubia ninfa presentaba una cierta semejanza con la propia Jill, Jim pidió sopa de mejillones, langosta a la Thermidor y una botella de Château Yquem.

La mirada de Jill vagaba en torno; se diría que contenía una risita nerviosa.

—Aún no se baila; será luego. La primera vez que vi este local, ¿sabe?, creí que las estatuas eran mujeres de verdad. Y me pregunté cuánto se permitían el lujo de malgastar los prohombres de la ciudad en diversiones. Aunque es agradable. Siempre que vengo, siento como si transitara por las páginas de *El Conde de Monte Carlo*.

—Eso ya ha ocurrido. El propio conde se me apareció esta tarde.

—¡De veras, Jim...!

—Sí, no estoy bromeando. Franz von Graz, cuyo nombre verdadero me cuidaría mucho de mencionar, había acampado junto a una oficina de telégrafos donde el teniente Trowbridge y yo estábamos conversando. Y, claro, me tiré afuera y lo hice entrar.

—¿Qué quería?

—Lo de siempre: dinero.

—No entiendo.

—Tampoco lo entendía yo al principio. Cuando le conté del auto que al parecer me siguió en Washington el lunes por la noche, ¿le dije que no tenía chapa de patente?

—Sí. Pero sigo sin entender.

—Franz se ha puesto muy austríaco, de momento; tiene un puesto en la Embajada Austro-Húngara. Al parecer, algunos diplomáticos de los que están en Washington se creen tan importantes que ciertas humanas consideraciones, como el uso de chapas en los autos, no los afectan. Tarde o temprano tienen que conformarse a las reglamentaciones, cuando están fuera de la embajada propiamente dicha, aunque tengan una chapa especial que diga C. D., o sea *Corps Diplomatique*. Al mismo tiempo, la ley a veces falla: no cualquier policía puede efectuar una detención.

—¿Y Franz?

—Franz descubrió mi ruta por casualidad. Había ido a ver a alguien en el edificio del Senado, probablemente para sacarle dinero, y estaba de regreso cuando me vio entrar en el edificio Departamentos del Capitolio justo un poco antes de que fuera demasiado oscuro y no se pudiera ver nada.

”Pero Franz ni siquiera tuvo el valor de seguirme. Estaba en un auto de embajada con un chofer de embajada. Se quedó dando vueltas un buen rato, bastante nervioso. Luego le pareció más fácil; yo iba hacia la estación. Cuando bajé para hacer frente a su automóvil, se acobardó nuevamente y salió disparado. Volvió al poco rato, le dio una descripción de mi persona al changador que me había atendido, y así se enteró de que mi destino era Nueva Orleans.

”El martes decidió seguirme y ha debido llegar esta mañana en el mismo tren que Charley Emerson, que está aquí también. Preguntando en hoteles, uno tras de otro, pronto me ubicó. Franz siguió manteniéndose a distancia, a la espera de lo que juzgara una buena oportunidad, hasta que yo entré en la oficina telegráfica”.

—El teniente Trowbridge le dio mucho miedo. Pero Zack se fue a una pequeña diligencia que habíamos decidido realizar. Hasta que Franz me siguió a la sastrería, donde me proporcionaron este atuendo de gala, no supe cuál era realmente su propósito.

—Todavía no me lo ha contado, a todo esto.

—Cuando yo terminé aquel libro, en el año 1911, hice que Franz leyera el manuscrito. Admitió que nadie lo reconocería y estuvo conforme en que yo publicase

la novela siempre que le pagase la suma de quinientos dólares de recompensa. Le di los quinientos dólares, pensando que mi obra no causaría mayor sensación; la primera novela de un autor suele caer en el vacío. Pero... bueno, ocurrió lo inesperado.

—¿Y ahora quiere más dinero? ¿Para alguna finalidad determinada?

—Sí. Dice que está harto de ser un glorioso cadete de embajada. Agrega que la Wilhelmstrasse volvería a darle su empleo de otro tiempo, pero tendría que ir a Berlín. Podría quizás llegar a Berlín por sus propios medios, pero no quiere moverse de aquí como no sea viajando en una *suite* de lujo en un transatlántico del Lloyd Alemán del Norte. Y eso es lo que quiere.

Vívidamente, allí en la Gruta, Jim recordaba a Franz acosándolo en medio de las ropas de hombre, y tratando de que los vendedores no lo escuchasen cuando recitaba su incesante estribillo: “Este lifro, Yimí, es *mi* lifro. Usté fe que si no estag yo confogme no puede hafer lifro ni ganancias. Usté me dagá alguna pagte de su ganancia, ¿sí?”.

Jill levantó los brazos furiosa.

—¡Ah, qué barbaridad! ¡Se necesita tupé! No le habrá dado dinero, ¿verdad?

—Ah, sí, le di. Le firmé un cheque que debe ser suficiente. En primer lugar, había una cierta justicia en lo que decía. En segundo lugar, y esto es más importante, su seguro servidor podía recitar otro estribillo que era alegre y venturoso: “Mi primer ensayo como detective está por terminar; esta noche veo a Jill, y todo sea para bien”.

—¿Significaba tanto para usted el tener que verme esta noche?

—Usted sabe que significaba... y significa. Aquí tenemos la sopa, que reclama nuestra atención.

A pesar de estas palabras, a pesar del excelente *potage aux maules*^[34] y de la riquísima langosta que lo siguió, ninguno de los dos comió con gran apetito. Ambos tenían demasiada consciencia de la presencia del otro. Se sorprendieron lanzando furtivas miraditas, empezando a hablar al mismo tiempo y luego callándose repentinamente y festejando la coincidencia con una risa más explosiva de lo que la coincidencia justificaba.

Pero bebieron el vino, terminando su botella antes del café. La Cueva se fue llenando; la orquesta ejecutó una selección de fragmentos de operetas, inclusive *Naughty Marietta*, la última de Víctor Herbert. Y, entre las estatuas desnudas, los envolvía una atmósfera de intimidad.

Quién dio la señal para empezar el baile, o si la señal fue realmente dada por alguien, Jim jamás lo recordó. Era ya cerca de las diez cuando una pareja muy elegante salió a la pista, y luego otra. Jill, que en este sitio consideró justificado fumar en público, acababa de aplastar su segundo cigarrillo. Otro tanto hizo Jim.

—¿Quiere bailar, Jill?

—¡Claro que sí!

—Por la izquierda, entonces. Actualmente —explicó Jim— se habla mucho de una nueva clase de música que, según aseguran, ha surgido en Nueva Orleans. Pero

no la escuchará aquí, en la Cueva.

—No —dijo Jill a su vez—. Y, salvo una repetición constante de *Everybody's Doin' it*, tampoco oirá músicas apropiadas para el paso del pavo, el abrazo de conejito, el oso pardo o cualquiera de las nuevas danzas sobre las que escriben cartas a los diarios, donde la gente protesta, porque las considera repugnantes y canallescas. Aquí siguen más que nada con los trozos de operetas. Éste es el vals de *La Viuda Alegre*, ¿no? Usted baila muy bien, Jim.

—Yo bailo muy mal. Pero por lo menos consigo mantenerme lejos de sus pies.

—La verdad es que no me importaría aunque caminara sobre ellos. ¿En qué está pensando?

—Pensaba —dijo él— que sería mejor que usted dejase de pensar en Franz von Graz. Franz me siguió en Washington y, aunque quizás esto no lo sepa usted, Clay Blake, con toda inocencia, nos sobresaltó a todos golpeando a medianoche en la puerta del compartimento de Leo. Las dos cosas forman parte de una misma trama, pero son ajenos a su sentido real. ¡Olvídese de Franz! ¡Olvídese hasta del propio Clay! Concentrémonos en nosotros mismos. ¿Qué está pensando ahora?

—No... no tengo valor para decírselo.

Cesó la música. De mala gana, Jim dejó en libertad a su compañera y ambos aplaudieron, como todos los demás.

—Sin embargo, voy a decirle una cosa. ¿Podemos volver a nuestra mesa ahora? ¿Tendría inconveniente —agregó Jill unos segundos después— en acercar su silla un poco más a la mía? Estas mesas son redondas y eso lo facilita. ¡Así...!

—¿Acepta un coñac ahora, Jill? Antes lo rechazó, pero...

—Luego, quizás. Por ahora, no.

Estaban sentados bastante juntos; Jill se había vuelto hacia Jim y levantó la vista.

—Voy a decirle una cosa —repitió—. No... no me haga caso, no preste ninguna atención cuando yo insisto en que hace locuras continuamente. Siempre que no corra peligro, yo quiero que haga locuras. Me encanta. ¿Entiende?

—Confío en que así sea, porque...

—¿Por qué?

La orquesta empezaba otra vez, nuevamente con Víctor Herbert, *Mademoiselle Modiste*. Luego de una letra bastante larga, llegó el estribillo. Aunque nadie lo cantó, ninguno de los oyentes dejó de recordar la letra, mientras la música flotaba por el ambiente, en aquella especie de crepúsculo verde grisáceo:

*Brisa acariciante, susurro en la fronda,
Estrellas que brillan, y plantas en flor,
Perfumes que el viento nos trae de lejos,
Aves cuyos trinos nos hablan de amor.
Serenos en tus brazos de todo me olvido,
En vano la noche su ciclo empezó...*

—Apostaría cualquier cosa —dijo en voz baja Jill— que en este preciso instante está pensando en alguna locura.

—Sí.

—¿Cuál?

—Se lo demostraré.

Y la tomó en sus brazos.

Fue un beso largo, con ramificaciones; tan estrecho, que el mundo circundante pareció esfumarse. Pudo haber durado todo un minuto, quizás muchos minutos, antes que Jim levantara la cabeza.

—Sí —dijo—, ya sé que estamos en un lugar público.

Y ésta es una prueba de mala educación en que no debí incurrir. Pero en ese momento, adorada mía, ¡no me importó nada!

Jill abrió los ojos y lentamente entró en foco.

—A mí tampoco —dijo a su vez en un susurro—, y sigue no importándome. ¿Quieres... conocer la verdadera razón por la cual no acepté en el tren su oferta del compartimento?

—Yo quiero conocer todo lo que tenga que ver contigo. Te amo, diablillo esquivo, y...

—¿Tan esquivo soy ahora? Nunca he logrado serlo, ni por un momento. Comprenderás que...

—Bueno, bueno —interpuso otra voz—. ¿Quién se encuentra aquí? ¿Es una de esas reuniones de colegas del periodismo?

Exasperado por la interrupción, pero menos confuso de lo que él mismo hubiese esperado, Jim levantó la vista y se topó con Bart Perkins, el gerente del *Centinela*, con su acostumbrado y desprolijo traje de todos los días. A su lado, resplandeciente en su traje de etiqueta, estaba el señor de la cabellera plateada que a Jim le habían presentado como Raymond P. Chadwick en el garage de Guilfoyle.

—Aquí mi amigo —dijo Perkins— ha estado tratando de sonsacarme noticias sobre la muerte de Leo Shepley. Al parecer, cree que sabemos más de lo que hemos publicado hoy.

—¿Y qué? ¿No es así? —preguntó Raymond P. Chadwick.

—Si quiere el relincho de la boca del caballo —expresó Bart Perkins—, es mejor que hable con el señor Blake. El señor Blake es un ex periodista que escribe novelas de éxito. Estuvo precisamente en la escena del crimen cuando éste se produjo.

—Ya he conocido al señor Blake, Bart, aunque no hemos tenido oportunidad de hablar de Leo Shepley ni de ninguna otra persona. Estaba pensando...

Jim se levantó y presentó formalmente los dos hombres a Jill. Raymond P. Chadwick estuvo muy gentil.

—Mi esposa —dijo, inclinando la cabeza hacia el otro lado del salón— está esperándome en aquella mesa. ¿Por qué no vienen los tres y nos acompañan?

—Yo no puedo, como ya expliqué —respondió Bart Perkins—. Prometí encontrarme con Charley Emerson en Absinthe House y ya se me ha hecho tarde.

Jim dijo que tanto la señorita Matthews como él tampoco podían. El director gerente no se fue inmediatamente, pero tampoco se mostró satisfecho.

—Lo que no entiendo, Hap... Lo que no entiendo, Ray...

—Mire —dijo el señor Chadwick, amistosamente—, llámeme Happy, si eso le hace más feliz. Es tan raro encontrar un abogado que se llame Happy, que tengo que estimular a la gente, para que use ese nombre. ¿Qué es lo que no entiende, Bart?

—Francamente, su interés por Leo Shepley. Usted no lo conocía mayormente, ¿verdad?

—Apenas, aunque, por supuesto, nos habíamos visto. No, Bart, el que se preocupa es mi hijo mayor, que además es socio de mi estudio.

—¿Y en qué puede importarle eso a Lance? ¿Era muy amigo de Leo?

—No, No. Cuando nuestra firma pasó a ser Chadwick y Chadwick, hace cosa de año y medio, mi hijo se casó con una deliciosa chica de Ashewille, Carolina del Norte. Orgulloso, el padre de ella compró para el flamante matrimonio una casa en la zona del canal St. John. La casa más próxima es Sunnington Hall, la antigua propiedad de *Madam* Laird, pero del otro lado del camino en que está Lance. Más allá de Sunnington Hall, la primera casa que sigue es la villa de Jarnac, del mismo lado que la casa de mi hijo. ¿Seguro que no quiere cambiar de idea y venir a nuestra mesa, Bart?

—No, no puedo, gracias lo mismo. Perdóneme, pero usted no ha explicado nada.

—Trataré de ser claro —dijo el señor Chadwick, tomándose con ambas manos de las solapas de su frac—. Anoche, cerca de las diez o algo así, mi hijo tuvo ocasión de mirar por una de las ventanas del frente. La propiedad de Lance está rodeada por un muro bastante alto. No todas tienen muros altos; por cierto hay algunas que no tienen pared...

—¡Diablos, Happy, no está declarando en un tribunal! No hace falta que sea tan condenadamente preciso. ¿De qué se trata?

—En el camino, justo fuera de la verja de Lance, parcialmente visible por el farol de la calle estaba detenido un automóvil de *sport* rojo. No podía ver más que la rueda delantera derecha y parte del capot. Miraba hacia el norte, que es la dirección en que luego partió.

Lance no tenía motivo alguno para suponer que perteneciese a Leo Shepley, a quien conocía apenas. Pero el automóvil del difunto Leo es o era famoso. Mi hijo pensó que podía haber sufrido algún desperfecto, como suele ocurrir, y se preguntó si no debería ofrecer su ayuda. Buscó a su esposa para ver qué opinaba ella. Cuando Shirley y él volvieron juntos a la ventana, el coche ya no estaba.

”Por supuesto, el detalle no tiene mucha importancia —agregó el señor Chadwick, empinándose como para ver mejor todo lo que tenía delante—, y yo dije a Lance que no veía razón alguna para informar a la policía. Que la policía haga su

trabajo, ¡para eso les pagan!... Pero el hecho es curioso, ¿verdad? El auto de nuestro difunto futbolista se detiene o se descompone justo a las puertas de mi hijo. Poco después, sea cual fuere lo que Leo Shepley se haya propuesto, lo pone en marcha y sale disparando contra la villa de Jarnac, y hacia la muerte. Sí, es curioso”.

Bart Perkins se dio un golpe en la frente.

—Lamento no poderme quedar para filosofar un rato. Tengo que irme —y, dicho esto, desapareció detrás de una columna.

—Yo también tengo que irme —manifestó Raymond P. Chadwick entre gestos de impaciencia—. ¡Señorita Matthews! ¡Señor Blake! ¿De modo, estimados jóvenes, que no logro persuadirlos de que me acompañen a destapar una botella...? No, ¿eh? ¡Matthews, Matthews! ¿Dónde he oído antes ese apellido? Bueno, al menos tuve las mejores intenciones. Señor y señorita, ¡buenas noches!

Inmediatamente emprendió la marcha, no sin dignidad a pesar de su aire pomposo.

Jim, revueltos el cerebro y la pechera de la camisa, pero en las cumbres más elevadas de la exaltación, se volvió hacia su compañera. No le costó mucho recapturar su estado de ánimo anterior; bastó con mirar a Jill y advertir lo que sus ojos reflejaban.

—¿Bebemos ahora el coñac?

—¡No, por favor! Si bebemos coñac, después de todo ese vino... Además, no nos hace falta, ¿verdad?

—Convenido, Jill; hay cosas mucho más poderosas. ¿Gritarías pidiendo auxilio si te abrazo otra vez?

—¿Pedí auxilio la vez anterior?

—No, pero...

—En Londres dirían que es vergonzoso que no hayamos buscado un rincón oscuro bajo la escalera. Hasta mi hermana Connie se ha cuidado de expansiones en público. A mí, no me importa. Nadie se ha fijado; nadie ha pestañeado siquiera. Ni cuando nos interrumpieron esos dos hombres, quedé tan petrificada de vergüenza como debía. Yo lo provoqué, ¿sabes? ¡Lo hice a propósito! Después de todas mis buenas intenciones...

—¿Todas tus buenas intenciones?

—¡O lo que creía que eran! En cuanto a utilizar aquel compartimento...

—Si...

Jill se acercaba mucho, aunque se había sonrojado y no lo quiso mirar.

—No lo acepté, Jim, porque... bueno, porque sabía lo que ocurriría si lo aceptaba. Lo que pasó hace unos minutos. Sólo que más que eso, mucho más, durante la noche, ¡y hasta el día siguiente! Se sobrepuso mi tonta, idiota y estúpida conciencia, porque yo deseaba que sucediera y sigo deseándolo. ¡Oh, Jim...!

Esto era irresistible. Público o no el lugar, Jim la abrazó con fuerza durante un intervalo caótico y deliciosamente íntimo, estimulados por la orquesta con melodías

que ninguno de los dos advirtió ni escuchó.

—¿Sabes una cosa, Jill? —preguntó él al cabo de un instante. Disponemos de mucho tiempo para reparar ese descuido.

—Mucho, ¿verdad? Ahora suéltame, por favor. Quiero sentarme bien derecha y mantenerme digna en este momento. Jim; ese coñac que me has ofrecido tantas veces, no lo necesito y en realidad no lo quiero, pero te acompañaré con una copita si tú bebes también y me insistes. Si tal como dices, tenemos mucho tiempo por delante. El resto de la noche, por ejemplo.

—¿Esta noche, Jill?

—Sí, esta noche. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras de ese modo?

—Acabo de recordar...

—¿Qué has recordado? —y una súbita intuición inspiró la sospecha en sus ojos—. Has maquinado algo, ¿verdad?

—¿Qué podría estar maquinando?

—¿Tiene que ver con el oficial de policía? ¿Y con esa clase de locura que tanto me asusta?

—No entiendo bien de qué estás hablando, Jill.

—Tú *entiendes* de qué estoy hablando. Había esperado al menos por un fugaz momento, que pudiéramos mantenernos alejados de muertes y homicidios. Pero no podemos. Perkins quería hablar de eso. Chadwick insistió en hablar de eso. ¡Mira! Ahí tienes ahora al señor Trowbridge, que viene directamente hacia esta mesa. Apostaría a que él...

No concluyó la frase.

Zack Trowbridge, que se había quitado el sombrero, pero sin entregarlo en el guardarropa, avanzó a saltitos hacia ellos, con un aire de pesada soltura que no disimulaba del todo la aprensión subyacente. Jill le habló en el acto.

—Sólo dígame una cosa, oficial, si estoy equivocada en mi apuesta. Usted ha venido a interrumpirnos, ¿verdad?

El teniente Trowbridge adoptó un aire intensamente protector.

—¿A interrumpirlos, señorita? Bueno... ¡vamos! —sonrió—. Lo lamento, lo lamento de verdad, pero creo que está en lo cierto. He venido a llevármela conmigo.



—¿Llevarme con usted? —repitió Jill—. ¡Cielos Santos! ¿Me está arrestando por algún motivo?

—Arrestarla no, señorita, no. ¡Nada de eso! Justo lo contrario, como diría usted. Estoy autorizado por el Comisionado de Policía en persona para llevarla a su casa en un coche de alquiler; la ciudad paga el gasto. Luego tendré que volver al centro por un pequeño asunto.

—¿Qué razón hay para que no sea Jim quien me lleve a casa, como habíamos convenido?

—Bueno, señorita; es una cuestión bastante delicada. Puede ocurrir algo inesperado. No gran cosa, pero algo. Francisco José pensó... es decir, el señor Blake pensó...

—*¡Así que Jim, planeó todo esto!, ¿eh?*

Zack salió valientemente en defensa de Jim.

—Si lo hizo, señorita —dijo—, yo diría que fue muy considerado de su parte; no puede acusarlo de nada. ¡Vaya! Muchas chicas se sentirían satisfechas y orgullosas de ser cuidadas, no ofendidas ni decepcionadas porque un hombre se preocupe de mantenerla alejada del peligro.

Jim se puso de pie y agregó:

—¡Por amor de Dios, Jill! Ha muerto un viejo amigo mío, asesinado ruin e innecesariamente, para satisfacer la vanidad de un semilunático. Salvo que tuviese una suerte espantosa, el asesino de Leo estará entre rejas dentro de una hora más o menos. ¿Vas a volar de rabia porque existe un cierto riesgo?

Pero Jim no conocía a su Jill, que también se había levantado.

—¡Ah, no! —dijo Jill—. Ya que vengo rehuyéndote desde hace cuatro días, no debo quejarme si me aplican un poco de mi propia medicina. Sea lo que fuese esto que hacen, no me gusta. Pero la impetuosidad que no me gusta es parte de la impetuosidad que me encanta; es tu manera de ser. Tengo que aceptarte tal cual eres, sin tratar de convertirte en otra cosa. Y estoy muy contenta de aceptarte como eres. Haz eso si debes: ¡haz todo lo que debas hacer! No quiero molestar ni interponerme. Ni siquiera haré la prueba. Sólo ruego al Cielo, querido, que estés a mi alcance nuevamente cuando todo haya concluido.

Jill alargó su mano, que Jim se llevó a los labios. Luego se volvió hacia el teniente Trowbridge.

—A ver si está bien claro este asunto. Nuevamente, ¿qué es lo que usted dice?

—No se terminará tan pronto como usted aseguró, pero estará bastante ligero una vez que empiece.

—¿Cuál es nuestra tesis, Teniente?

—Nuestra tesis es que el coche del señor Blake está en reparación. Alguien lo usó para ir a la villa a cenar esta noche. Ha quedado convenido que usted irá hasta allí y lo traerá de vuelta a la ciudad, llegando a la villa hacia la media noche, más o menos.

—¿Luego de veras vamos a presenciar un mediodía de los espectros? —preguntó Jill—. Esto no ha sido un chiste ni una observación que pretenda ser inteligente. ¡Se me ha ocurrido de pronto!

El teniente Trowbridge escuchaba con atención.

—Llámelo el esto o aquello de los espectros: llámelo cualquier cosa que se le antoje. La cuestión es, Francisco José, que no necesita irse de aquí hasta que falte muy poco para las once y media. Veamos: son ahora las diez menos cuarto. Eso me da tiempo suficiente para llevar a esta joven a la casa de su hermana y volver a la Municipalidad un buen rato antes de que usted parta en dirección a la Cueva. ¿Listos, señorita?

—Sí, estoy lista —afirmó Jill—. No te pediré que tengas cuidado, Jim, porque sé que no puedes tener cuidado. Y ahora, como dicen en Inglaterra los delincuentes dóciles, iré calladita.

El teniente Trowbridge la condujo hacia el ascensor, pero la dejó de pie junto a un pilar combinado de estalactitas y estalagmitas, mientras volvía para cambiar unas últimas palabras con Jim.

—Siéntese, Francisco José —dijo—. Voy a darle una cosa por debajo de la mesa, de modo que ninguno lo vea.

Lo que entregó a Jim fue un Smith Wesson calibre 32, con su carga completa.

—Guárdelo en el bolsillo de atrás del pantalón —le aconsejó—. Es quizás un arma ligera, pero no encontré nada mejor tan de improviso. ¿Sabe usarlo?

—Sí, sé usarlo. Pero confío en no tener que hacerlo.

—Por supuesto; los dos esperamos eso. De todos modos... estoy casi seguro que nuestra presa ha tragado el anzuelo, así que es mejor estar listos. Para esto no hacen falta caballos ni coches; auto o nada. Usted haga su parte; deje el resto por mi cuenta, no hay más que hacer por ahora.

Esta vez el detective partió realmente; Jill saludó con la mano desde la columna y los dos se marcharon.

La forma en que Jim pasó la hora siguiente le resultó difícil de describir después. En realidad, casi todo fue quedar sentado frente a su mesa, fumar y escuchar. Pensó pedir coñac; pero, dado que necesitaba tener la cabeza despejada, desistió. Se convenció a sí mismo de que no estaba nervioso ni inquieto, aunque sabía que eso no era verdad.

A las once apareció el primer número de variedades. Una mujer vestida con traje español hizo una danza española con mucho taconeo y mucho sonar de castañuelas. Dos bailarines de fantasía, ambos con ropa de etiqueta, siguieron con su número a los compases de *La paloma*. Se despejó la pista para cierta *pièce de résistance*^[35]; pero Jim vio en su reloj que ya eran las once y veinte. Pidió la adición, pagó y emprendió la marcha.

Había dejado su auto en la plaza University, del otro lado del hotel viniendo de la calle Baronne. El portero lo ayudó a encender las luces y le dio manija mientras Jim se colocaba los anteojos de camino y el guardapolvo, para ubicarse detrás del volante.

Siguió la misma ruta de la noche anterior: calle Canal, calle Rampart, y luego doblando por el canal Old Basin.

Este canal Old Basin, que apenas había observado el miércoles, no era tan sólo un recuerdo del sitio en que otrora hubo un canal. Se podía ver el agua oscura brillando junto a la calle, bajo una ligera bruma y la luna amarillenta. Lanchas y otras embarcaciones de pescadores seguían recorriéndolo, según le habían contado.

El motor zumbó suavemente; el embrague no le daba ningún trabajo. Pero tres veces, antes de pasar algún lugar que ni remotamente podría calificarse de suburbano, tuvo la impresión de que otro automóvil lo estaba siguiendo.

—¡Bueno, aquí lo tenemos! —pensó—. Se sabe cuándo se empieza, pero no cuándo se acaba. ¿Harán la prueba mientras estoy en una zona muy edificada?

Y después, según la ocasión, el imaginario perseguidor quedaba atrás o doblaba.

—No —corrían sus pensamientos—, esperará llegar a un lugar más alejado, un lugar solitario. ¿Mucha o poca velocidad ahora? ¿Acelero o voy frenando?

Algo intermedio, sin duda. No debía parecer que escapaba, pero tampoco que perdía el tiempo. Y en efecto, ¿qué iba a hacer cuando llegara el momento? Esto era lo que él no podía precisar.

Había pasado el revólver al bolsillo derecho de su guardapolvo. Llevando un revólver, ¿eh? ¡Qué grotesco! Pero no había duda que el enemigo llevó revólver; pues de lo contrario, Leo Shepley seguiría vivo.

¡Por fin algo que parecía campo abierto!

Inconscientemente, Jim aceleró: el Chadwick respondió al pedal. Pero la niebla era más densa y no debía arremeter ciegamente en medio de ella.

Mientras daba las vueltas necesarias y mantenía una marcha constante, notó de pronto que había empezado a contar los faroles de la derecha.

Sí, estaba acercándose. Con niebla o sin ella, podía creer que ya se percibía el olor del agua del canal. No faltaría mucho ahora. Aquella casa de la derecha, por ejemplo, edificada muy adentro, tras una pared de piedra de cuatro o cinco metros de altura...

Esa debía ser la casa de Lance Chadwick, el hijo del político, afuera de cuya verja el Mercer rojo se detuvo por un motivo que no costaba adivinar. Jim aminó la marcha para echar una ojeada a la casa, al pasar frente a ella. Entonces fue cuando se

dio cuenta, sin lugar a dudas, de que algún coche había empezado a seguirlo, y que era un coche grande, también.

Perfecto; ¿y ahora?

Esto era lo que esperaba, para lo que estaba allí. Sunnington Hall sería la próxima a la izquierda; luego, poco después, la villa de Jarnac sobre la derecha. Si el coche perseguidor seguía su camino, no debería doblar en lo de Constance Lambert. El juego ideal sería pasar zumbando de largo. Puesto que su perseguidor debía alcanzarlo; debía dársele una oportunidad.

Si en realidad era el auto que suponía, podría adelantársele. Aunque Stu Guilfoyle dijese que su Chadwick era el automóvil más veloz del mundo, eso pudo ser dos años antes. Y un Cadillac nuevo tendría que ganarle en cualquier cotejo. Pero por lo menos...

Jim miró sin moverse por sobre su hombro. Era un Cadillac grande, que avanzaba muy veloz. Aunque poco podía distinguir detrás del brillo enceguedor de los faros, tuvo la impresión de que la forma le era familiar. Y la capota estaba levantada. Sí, el Cadillac podía alcanzarlo y pasarlo y debía permitírsele que lo hiciera. Pero tendría que emplearse bien a fondo.

¿Y la niebla?

¡Al diablo con la niebla! Jim apretó el acelerador; su coche de tres asientos picó veloz y el Cadillac aceptó el reto. Sunnington Hall pasó como una exhalación y la villa de Jarnac la siguió bien pronto, mientras continuaban hacia el norte, ya en campo abierto.

El Cadillac estaba ganando. Luego de haber conservado la delantera el siguiente cuarto de milla, Jim se dejó ganar. Ya no había faroles; los autos hendían la niebla alumbrados únicamente por la luz de sus propios faros y el remoto disco lunar.

¿Trataría el Cadillac de hacerlo meter en la zanja? Aunque esto no coincidía mayormente con su análisis, Jim pensó que alguien podía haberlo preparado. Y todo indicaba que ésa era la intención del perseguidor.

Los dos coches debían estar pasando las sesenta millas. A pesar de los saltos y las sacudidas, Jim mantenía firmemente sujeto el volante. El perseguidor se acercaba acortando cada vez más la distancia.

Pero el Cadillac no lo hizo caer en la zanja; ni siquiera lo intentó. Y otra cosa ocurrió que puso término a esa carrera salvaje.

Cuando el Cadillac se puso a la par del auto de Jim, por la izquierda, pudo distinguir al conductor detrás del volante, a través del alto parabrisas. Luego el asiento posterior del Cadillac se situó en la misma línea del pescante del Chadwick. Dos personas iban atrás. Uno de ellos, con la cara enmascarada por las gafas, se asomó por la ventanilla con algún objeto en la mano.

El hecho de que el auto de Jim tuviese dirección a la derecha fue probablemente lo que le salvó la vida. Vio el fogonazo y oyó el estampido, cuando alguien disparó una bala casi a quemarropa sobre el lado izquierdo de su cabeza.

Alguien más que iba en el Cadillac gritó:

—¡Estás loco! ¡Estás completamente...!

Pero el estruendo de ambos motores ahogó sus siguientes palabras.

El Cadillac continuó su marcha, aunque a velocidad algo reducida. Jim no prosiguió. Ya que de todos modos la cosa había sucedido, detuvo el motor y el coche paró. En aquel instante, cuando se echó a tierra y miró hacia atrás, el camino detrás de él se veía completamente desierto. Entonces aparecieron otros faros cuya claridad fue en aumento. Llegó un Ford de cuatro asientos ocupado por un hombre de juvenil madurez como conductor, y una mujer sentada a su lado. La mujer era Florence Yates.

Del fondo del asiento posterior, cuando se detuvo, saltó el teniente Zack Trowbridge, con el rostro desencajado y un Iver Johnson 45 en su mano.

—¡Usted no me dijo que iba a correr una carrera! —dijo con voz nada serena—. Si quería correrla o hacer que lo corriese, ¿cómo esperaba que el Ford del señor Kestevan lo alcanzara? Le presento al señor Horace Kestevan, nuestro Ayudante del Fiscal del Distrito. A la otra persona usted la conoce —y el teniente Trowbridge apuntó con un dedo en la dirección seguida por el Cadillac, que ahora se había perdido de vista—. Le tiró un balazo, ¿no?

—Erró por un gran margen. Me alegra decírselo.

—¿Era...?

—No podría estar seguro. Llevaba antiparras.

—Si el Ford no pudo aparearse a ninguno de ustedes dos, jamás podría alcanzarlo ahora. ¿Cree que usted lo conseguiría?

—No sé. Puedo hacer la prueba. Métase dentro, antes que reaccione demasiado por el riesgo que he corrido.

—¿Se siente bien, Francisco José? Lo noto un poco pálido.

—Sí, a esa reacción me refería. ¡Suba!

—Creo, Teniente —dijo Horace Kestevan— que usted debería hacer lo que aconseja el señor. Yo no tengo prisa por volver a mi casa esta noche, sobre todo en las actuales circunstancias. Y esta dama y yo hemos encontrado muchas cosas de que hablar. Así que...

Jim dio al teniente Trowbridge el par disponible de antiparras que sacó del bolsillo izquierdo del guardapolvo. El motor estaba tan caliente ya, que bastó un solo golpe de manivela para hacerlo arrancar. Sin decir palabra, Jim se concentró en la conducción hasta que tuvieron a la vista la luz trasera del Cadillac. Pero el honesto Zack habló bastante.

—No veo cómo ha podido salir ileso —dijo, frenético—. Pero tampoco hubiese salido ileso si esto no se convierte en una carrera. Pise fuerte, Francisco José, ¡les viene ganando! Y si quieren carrera otra vez...

Al parecer, los del Cadillac no se decidían. De pronto el coche dio un salto hacia delante; luego pareció vacilar. La niebla estaba aclarándose; la campiña, como un

mundo muerto, salvo por su vegetación exuberante, se extendía desierta frente a ellos. A su izquierda, tenían el canal St. John. Jim abrió del todo la válvula reguladora, acortando la distancia que lo separaba del otro auto, como el conductor de éste había hecho antes.

Por encima del camino se arqueaban grandes robles festoneados con el gris de la “barba española”. Uno o dos segundos después, cuando parecía inexorable que Jim alcanzara la luz trasera del otro coche, éste fue sacudido por una nueva y súbita satánica fiebre y dio otro salto adelante.

—¿Qué pasa allí? —preguntó el Honesto Zack—. Está loco ese hombre. ¡Loco como una cabra! ¿Será que usa el revólver para amenazar al *chauffeur*? La velocidad disminuye: ahí parece levantar el revólver. ¡Haga lo mismo, Francisco José! Saque de este ómnibus hasta la última pulgada de velocidad que tiene; apriete el pedal hasta el piso. Si ese cretino los está amenazando, rápido pondré fin a su cretinada. ¡Ya verá si no lo hago! ¡Fuerte, ahora!

El auto de Jim aceptó el reto y su escape atronó por los orificios laterales del capot. En aquella carrera espectacular, donde la ventaja era primero de uno y luego del otro, el Chadwick empezó a acortar nuevamente la distancia. Aunque nada se podía ver por la ventanilla trasera del Cadillac, con su capota levantada, daba la sensación de que había actividad adentro. El teniente Trowbridge se puso de pie al lado de Jim, manteniendo un precario equilibrio, con su Iver Johnson en la mano derecha.

—¡Deténgase, Cadillac! —bramó—. ¡En nombre de la ley, deténgase! —y en ese momento, levantó el revólver de calibre 45 y disparó al aire, con ruido estremecedor—. Pare, ¿me oye?, o el próximo lo tiro a un neumático. Si no para...

El Cadillac viró hacia el otro lado del camino, pero su velocidad disminuyó. Jim pudo ahora escuchar una voz, como si protestara o respondiese a una amenaza.

—¡Ah, voy a parar! —exclamó chillando—. ¿Quieres que todos caigamos presos y arruinar el auto, además?

Nuevamente se ladeó el Cadillac, pero sin salir de control. Se detuvo, se apagó el motor. Al cabo de una brusca pausa, durante la cual se hubiese podido contar hasta diez, se oyó el seco estampido de otro tipo de revólver.

Jim detuvo el Chadwick tres metros atrás del otro auto. El teniente Trowbridge, con una cara aterradora por las gafas, bajó de un salto y avanzó a trancos. Miró en el asiento trasero del Cadillac, luego el delantero y después nuevamente detrás. Guardándose el revólver en el bolsillo del pantalón, se volvió hacia Jim.

—Aquí hay dos hombres inocentes —dijo pesadamente—. Uno delante, otro detrás. El otro que está detrás, el que no es inocente...

—¿Y...?

—Aguantó lo que pudo. Cuando llegó el momento decisivo, no lo pudo soportar. Se llevó el revólver a su propia sien, y... Esto no tiene nada de lindo; pero siempre lo es. Y de todos modos, nos ahorra el ajetreo de un proceso.

—¿Y qué, Teniente? ¿Teníamos razón?

El teniente Trowbridge alargó una mano hacia el compartimiento posterior del Cadillac, como para sacar algo y exhibirlo. Pero cambió de idea en el mismo instante. Aunque caminó despacio al retroceder para buscar la mirada de Jim, habló con voz más fuerte de lo necesario.

—¡Teníamos razón! —respondió—. El asesino es el mismo que usted dijo... Alec Laird. Y Flossie Yates es su única y verdadera esposa legal.



En el escritorio de la villa de Jarnac, bajo hileras de libros que exhibían sus ricas encuadernaciones, puesto que habían sido comprados por metro, cinco personas tomaban café la noche del domingo 20 de octubre.

Jim Blake y Clay Blake habían concluido de cenar con Constance Lambert y Jill. El teniente Trowbridge, aunque invitado, no se les pudo reunir hasta unos minutos más tarde. Ahora el Honesto Zack, orondo y victorioso, engullía el café como un tiburón dispuesto a tragar también la taza.

Pero Clay Blake no se mostraba nada triunfal. Sentado junto a una Constance radiante de satisfacción, se mantenía hosco y abstraído, contemplando a Jim sobre la mesa.

—¡Alec Laird! —dijo Clay, pronunciando el nombre como si con ello resumiese la situación—. Un hipócrita consumado, ¿entonces? ¡Ni aun ahora puedo creerlo!

Jim asintió con una inclinación de cabeza.

—Cuando por primera vez se me ocurrió la posibilidad de que fuese el culpable —explicó Jim—, también me costaba creerlo. Me agradaba el hombre; a despecho de toda su aparente austeridad, lo encontraba simpático. No fui el único; ha venido engañando a todo el mundo desde hace años. Pero cuando uno empieza a pensar, el peso de la evidencia es grande.

”La única que había penetrado en su carácter es Mathilde de Jarnac. A mí no me gustaba la duquesa de Sunnington Hall; sigue no gustándome, sobre todo porque soy enemigo de todas las mujeres exigentes y autoritarias que dicen a los demás lo que deben hacer. Pero ella lo tenía catalogado desde el comienzo. ¿Recuerda nuestro almuerzo en el restaurante de Philippe, Clay? Cuando nos vino a hablar de que su sobrino era un actor aficionado de primera clase, le faltó poco para aclarar que en realidad era un hipócrita y un farsante, y manifestó sin rodeos que amaba tanto el poder que tenía a la esposa completamente sometida.

”La ambición de poder de Alec Laird ha sido comentada por más de una persona, inclusive por él mismo. Por supuesto, en su condición de director del *Centinela*, podía ejercer su poder y autoridad abiertamente y sin retaceos. Pero su pasión era el poder secreto, el poder que se ejerce entre bastidores, poder de vida o muerte sobre quienes no lo habían visto jamás, y sólo sentían su látigo. Ésa es la clave de su carácter. Y no olvide que dominaba completamente a una mujer neurótica, lo cual es parte importante del asunto”.

Constance Lambert se alisó la falda.

—Yo no puedo (o por lo menos no debo) participar en absoluto de esta conversación —declaró—. No conocí a Alec Laird. Sin embargo, oí tanto sobre él, a unos y a otros, que me parece que hubiera podido descifrar lo ocurrido. Hablando de esposas, ¿no hay una cierta cuestión respecto de quién es su mujer? Lo que no logro entender...

El teniente Trowbridge llamó al orden golpeando el centro de la mesa.

—A quien yo no entiendo...

—¿Sí, teniente? —saltó Jim.

—Es a usted, Francisco José —expresó el otro con gran cordialidad—. Se titula periodista. Y es un buen periodista; ha armado todo este rompecabezas en menos de veinticuatro horas después de haber sido asesinado el señor Shepley. Pero usted no se ha portado como un cazador de noticias ni nada parecido. Prácticamente todos los diarios de la ciudad, sin hablar de algunos de Nueva York y de un servicio noticioso, le han ofrecido el oro y el moro si escribe su relato de la forma en que se condujo y cómo llegó a la verdad. Pero usted los rehúye. Me cede a mí el mérito, lo cual es una gran delicadeza que éste su seguro servidor agradece, pero no me parece justo. No quiere escribir; y ni siquiera hablar. ¡Es como si ansiara meter todas las piezas bajo la alfombra y olvidarse del rompecabezas para siempre!

—Reconozco —confesó Jim— que mi conducta como periodista debe hacer que los manes de Horace Greeley y los dos Gordon Bennett me insulten todas las noches. Pero tiene razón, Teniente. Es un asunto feo y quiero olvidarlo, a fin de... bueno, para poder pasar a cosas más importantes.

Y miró a Jill, que no dijo nada, pero adoptó una expresión feliz.

—Muy bien, Francisco José. Ahora que ya tenemos declaraciones completas de ambas personas inocentes, Peter Laird y su chofer conocemos casi todo lo que sucedió y podemos rellenar los baches de las cosas que no presenciamos. Lo que otros desean saber es cómo se arma el rompecabezas. Ya que usted no quiere darlo a publicidad, dígalos por lo menos aquí, a estas buenas personas. Cuéntelo como me lo contó en la oficina del telégrafo, el jueves por la tarde. ¿Le parece bien?

—Sí, bastante bien.

—Y ya que estamos en el tema —interpuso Clay, mirando a Constance—, yo haré una confesión también. Ya he explicado a Yu... perdón, no me habitué a llamarla de otro modo. Ya he explicado a mi Dulcinea de qué me acusaba la Voz (y esa voz era la de Alec Laird).

—¡Así es, Clay! —murmuró Constance—. No es necesario...

—Es necesario. Dulcinea. Aunque Jim también se ha estado forzando mucho por ocultarlo, fui acusado de pasar las noches en orgías con chicas de doce o trece años. No me mire con tanta sorpresa ninguno de ustedes —agregó, aunque en realidad ninguno se mostraba escandalizado: las mujeres, sólo quedaron pensativas—, pero ésa es la verdad. Ahora se puede afrontar, afrontarla y bajar los ojos. De modo. Jim,

que puede decirnos a qué debió usted el convencimiento de que la Voz era ese maldito diácono, y también el asesino.

Jim extendió ambas manos.

—No fue gran cosa, pero lo pueden oír de todos modos. Yo conocí a Alec Laird en su oficina, la mañana del miércoles. Mientras estábamos hablando, penetraron Peter Laird y *Madam* Cara de Palo. Vi que él estaba ansioso por sacárselos de encima, pero en aquel momento ni soñaba cuánta era su ansiedad.

”En presencia de ellos, Leo Shepley llamó por una línea privada. Leo, que evidentemente aún no sospechaba de Alec Laird, pidió que la comunicación fuese pasada a otro cuarto, el que llaman museo, contiguo a la oficina de Alec, para poderme hablar sin que nadie más se enterase. Ese cuarto no sólo tiene un teléfono privado, sino también un ascensor privado. La conversación fue larga e importante. Leo me dijo que me pusiera en contacto con Florence Yates y cómo debía llegar. Me informó también, Clay, que usted tenía que venir a esta villa la noche del miércoles y me dio la noticia de que la Voz lo había amenazado a usted por teléfono. En resumidas cuentas, me dijo una serie de cosas que pudieron muy bien haber servido a quien luego decidió matar a Leo”.

—Yo hablé con Leo de todo esto; pero hasta mucho después no mencioné lo hablado a ninguna otra persona. Si alguien pudo haber escuchado esa conversación... Pero, aparentemente, no la había escuchado nadie. Alec Laird ordenó que colgasen el tubo en su oficina, pero la línea siguió abierta, ya que la estaba usando en el cuarto de al lado. Debía suponerse que, durante todo el tiempo en que yo hablé por teléfono con Leo, Alec Laird estuvo atendiendo a su tía y su sobrino. Y entre ambas habitaciones había una puerta pesada que se había cerrado.

—Cuando me aparté del teléfono y volví a reunirme con él, según todas las apariencias estaba despidiéndose de sus visitas en la puerta que da a la salita de recepción. Más aún, dirigió una última observación a la “tía Mathilde” con la puerta ya cerrada. Y en su momento yo acepté todo esto; fui muy estúpido.

—¡Por amor de Dios, Francisco José! —exclamó el teniente Trowbridge—, ¿quiere dejar de decir que fue estúpido y contarnos sencillamente lo que ocurrió?

—No comprendí las cosas —prosiguió Jim— hasta la tarde siguiente, cuando estaba en el telégrafo con nuestro apreciado sabueso aquí presente. Su ayudante, el sargento Peters, se apartó de nosotros para cruzar la calle. Miré por la ventana y, no sé por qué razón, me sorprendió ver que sólo en ese instante Peters había cruzado la calle. La distancia era más o menos la misma que la de la señora Laird y su hijo, después de salir de la oficina de Alec, tuvieron que recorrer hasta llegar a uno de los tres ascensores que están afuera en el corredor.

—Entonces me di cuenta. Recordé lo que había sucedido en el último piso del *Centinela* el miércoles a la mañana. Después de haber despedido (presumiblemente) a sus visitantes en la puerta de su oficina privada, Alec Laird cruzó conmigo algunas palabras antes de darse vuelta hacia la misma puerta y abrirla.

”La puerta de la salita de recepción que da al corredor estaba abierta también. El director gerente, Bart Perkins, estaba en el vano. El corredor se extendía completamente vacío, detrás de él. No había señal de los dos visitantes quienes, supuestamente, se habían separado de Alec Laird pocos momentos antes.

”Esto no fue todo. Por lo general, esa oficina de recepción está a cargo de una chica llamada Ruth Donnelly, que la custodia como un bondadoso Cancerbero. Pero Ruth Donnelly ni siquiera había estado allí. Bart Perkins entró en el santuario de su jefe y conversó con él y conmigo. Poco después, trayendo café y dos tazas en una bandeja, apareció la secretaria de Alec, señorita Edgeworth. Había recibido el café de manos de Ruth Donnelly, quien bajó a buscarlo en un negocio. Dado que la recepcionista jamás hubiese abandonado su puesto de no habérselo ordenado Alec Laird, podemos claramente adivinar lo que ocurrió.

”*Madam Laird* y Peter no pudieron salir de la oficina de Alec cuando éste fingió despedirlas. Debió echarlos apenas me plantó a mí en el teléfono del museo paterno. Entonces mandó a la señorita Donnelly a buscar el café, para sacarla del medio. Levantó el auricular del teléfono privado de su oficina. Él, y sólo él, pudo haber escuchado palabra por palabra mi conversación con Leo, menos el principio. Cuando oyó que los dos colgábamos, y comprendió que yo me le reuniría inmediatamente, improvisó con mucho ingenio esas “palabras de despedida” dirigidas a una tía Mathilde que no estaba allí, y tampoco estaba la recepcionista para atestiguar que había hablado a un cuarto vacío. Era muy inteligente, la propia tía Mathilde lo dijo.

”Una vez que se comprende la verdad de este particular incidente, todo lo demás ocupa su lugar. Y llega el momento de la recapitulación”.

El teniente Trowbridge llevó su mirada de uno en otro de los oyentes.

—¿Comprenden? —preguntó—. Alec Laird sabía que mi amigo Francisco José se pondría en contacto con Flossie Yates, quien tiene la habilidad de encontrar niñas atrayentes para hombres a quienes gustan de esa edad. Por eso Alec telefoneó primero a ella. Probablemente le dijo: “Hay un caballero que anda buscándote. Si desea servirse de tu mercadería, Flossie, pórtate bien con él”. Y yo apostaría a que para sus adentros añadió el nombre de Francisco José a la lista de sus víctimas.

—¿Lista de sus víctimas? —repitió Jill, como un eco—. No fue ése realmente el motivo por el cual fuiste a visitar a esa tal Flossie, ¿verdad, Jim? Tú no habrás...

—No. ¡Por supuesto que no! Por otros indicios reveladores que advertí en la oficina de Alec, creí conocer el carácter de la amenaza empleada contra Clay. Pero tenía que estar seguro y para ello lo mejor era interrogar a la propia mujer. En aquel momento, naturalmente, ignoraba que Alec Laird estaba haciendo una cantidad de llamadas telefónicas ese mismo día.

Clay, que había estado meditando en medio de una nube de humo, dejó el cigarrillo y levantó la cabeza.

—Alec era la Voz, pero, ¿era la única voz? Hoy sabe todo el mundo que diversas personas de menor jerarquía entre el personal del *Centinela* fueron asustadas, como

me asusté yo, con amenazas que nunca materializaron. ¿Afirma usted que el propio patrón, allí sentado se divertía como una araña, en aterrar a los más modestos de sus empleados?

—Según se nos ha dicho, Clay, el hombre llegó temprano a su oficina y se quedó hasta tarde. Nadie, ni siquiera el director gerente, osaba entrar en esa oficina sin anunciarse antes. Y además poseía el gabinete del padre, el estudio contiguo a la oficina.

—Admitiendo un cerebro sádico y ponzoñoso —reconoció Clay..., todo queda en orden. Pero, ¿qué necesidad tenía de terminar en homicidio? ¿Por qué matar a Leo?

—Porque Leo le había descubierto el juego y no le quedaba, otro remedio. Además, ya que gran parte de ese juego era destruirlo a usted...

—¿Destruirme a mí?

—Sí. ¿No lo advirtió? —dijo Jim y encontró su mirada—. Por manifestaciones de Peter Laird y el chofer, como ha hecho notar el teniente Trowbridge, la policía está enterada virtualmente de todo. Sin embargo, pasemos revista primero a la evidencia, tal como se nos presentó a nosotros dos el miércoles y el jueves; veamos si en ella hay algún indicio.

—¿Bueno...?

—La mañana del miércoles, a las nueve y media, la Voz lo telefoneó a usted, Clay, y dijo que su familia conocería lo de esas compañeritas de juego si no retiraba su candidatura al Congreso. A las once o poco después, cuando yo hablé con Leo, éste se encontraba alterado e inquieto. Pero, tal como ya he indicado, era evidente que no sospechaba de Alec Laird ni de ninguna otra persona en particular.

”¿Qué pasó, pues? A las doce y media, antes de que Alec saliera de la oficina del *Centinela* para ir a almorzar, Leo recibió esa misteriosa llamada, indudablemente de la Voz, que lo sacó de quicio. Cuando habló conmigo, una hora y media antes, Leo dio la impresión de que él mismo, L. Shepley, había gozado de los favores de las niñas impúberes. Así lo entendí yo; y la Voz, escuchando la conversación, debió entenderlo también. Entonces la Voz, por así decir, empezó a perder la cabeza. Tenía a su última víctima acosada (usted, Clay, parecía sentirse acosado y perseguido), y podía conseguir otro tanto con Leo. De ahí que, cargadas sus armas con lo que parecía ser metralla pesada, la Voz telefoneó a Leo y lo amenazó cruelmente con revelar sus propias indecencias”.

—Pero ésa fue un arma equivocada, el gran error de la Voz.

—Hemos logrado desentrañar qué era lo que realmente inquietaba a Leo cuando habló conmigo. Todo ese asunto relativo a la ficción de Constance Lambert tenía que tomar estado público pronto. Cuando esto ocurriera, la gente podría pensar (y usted, Clay, particularmente) que no había sido otra cosa que una broma pesada destinada a ponerlo en ridículo.

—¡Pero no fue nada de eso! —gruñó exaltada Constance.

—De acuerdo; ahora sabemos que no lo fue. Sin embargo, ésa era la preocupación que atormentaba a Leo, que lo atormentó hasta el miércoles a las doce y media. Después de las doce y media, cuando la Voz telefoneó con sus amenazas, la preocupación se había desvanecido. Leo se sintió pura y absolutamente furioso.

”Ahora voy a mencionar un indicio (dos, más bien) que ninguno de ustedes, salvo Jill, puede recordar. Sólo Jill y yo estábamos presentes cuando Leo formuló una y otra observación: en el tren que venía de Nueva York, Leo había dicho, con modestia excesiva, que poseía cierto pequeño talento. Si escuchaba la voz de una persona más de una vez, insistió, luego nunca dejaría de reconocerla, por mucho que la persona se esforzara por desfigurarla. Dijo que ese reconocimiento podía hacerlo con los ojos vendados y por teléfono también”.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó Clay, incorporándose en su asiento—. Puedo atestiguarlo. Entonces Alec telefoneó a Leo con la sádica voz. Y, por mucha habilidad que Alec puso, Leo reconoció quién era. ¿Ése fue el quid de la cuestión?

—Esa, indudablemente, fue la cuestión. Encuadra perfectamente con todo lo demás que Leo dijo en el tren, aun antes de sacar a relucir su habilidad para reconocer voces. Estaba hablando de su carácter, Clay. Dijo que a su juicio una amenaza o una crisis lo pondría a usted indeciso...

—Bueno, así es. ¡Sólo mi suerte y la gracia de Dios me han sostenido cuando esas amenazas ya me tenían arrinconado!

—Leo nos contó que estaba seguro de eso porque él mismo, en el fondo de su corazón también tenía tendencia a la indecisión. Y eso lo tenemos bien demostrado en su conducta después de la llamada del mediodía. Sé que estuvo rogando al cielo que la Voz se la tomara con él, ya que de todos modos no tenía ninguna reputación que perder. En cambio, la maldita Voz sí tenía. Leo supo que era Alec. Tendría que reaccionar...

”¿Reaccionó en el acto? No, en absoluto. Caminó por la habitación murmurando consigo mismo. Como usted lo ha pintado, estaba hirviendo. Un poco antes de las dos, salió de su casa... y fue al club. De verdad, Leo tenía un alma de acero. Más pronto o más tarde, por supuesto, haría algo. Pero no de inmediato. De ahí toda aquella larga tarde, y aun parte de la noche, para formar una determinación.

”Había reconocido a Alec Laird a través de su voz. Pero, ¿había dejado traslucir algún signo de reconocimiento cuando mantuvo con su torturador aquella crucial conversación telefónica? Recuerde que Leo no era actor, y sin duda Alec no necesitó forzar demasiado su inteligencia para darse cuenta. Yo supongo que Leo dejó traslucir en alguna forma que sabía; o sea que, ya a las once y media del miércoles, Alec temió que su juego estuviese descubierto, por tanto Leo debía ser eliminado.

”Muy bien. Mientras esto pasaba en una parte de la ciudad, ¿qué sucedía en otra? Yo fui a ver a la señorita Florence Yates. Y la señorita Yates me juró, entre otras cosas, que Leo Shepley era presa de un peligroso ánimo suicida”.

—¡Por amor de Dios! —exclamó repentinamente Jill—, ¿qué tiene que ver esa Flossie con todo esto? ¿Era la esposa verdadera de Laird y es ahora su viuda?

—¡Paciencia, Jill! El teniente Trowbridge te lo contará en seguida. Por lo que a mí me dijo, no había hablado con Leo, como aseguró haber hecho. El asesino le telefoneó dándole instrucciones, preparando el terreno para un crimen que en aquel momento era inevitable. Tal vez, como sugiere el teniente, Alec le mandó que me tratase bien. Pero hizo algo más. Le dijo que no se sorprendiera si Leo se suicidaba; y ella, creyéndole, como habitualmente creía cuanto le decía él, me lo pasó a mí. La araña preparaba su primer plan: si tenía que matar a Leo, debía parecer suicidio. Si dudan de esto, recuerden lo que siguió.

”La tarde cedió el paso a la noche. A las nueve y treinta la voz, fingiendo ser Clay, me habló al hotel y se despachó con una patraña destinada a inducirme a salir y venir aquí, para que sirviera de testigo en lo que iba a ocurrir”.

—Yo mordí el anzuelo, Jill, y te traje conmigo. Y fue así como estuvimos allí, esperando junto a la verja de la villa. Rugiendo apareció un Mercer rojo, con un individuo de gafas y guardapolvo al volante. Lo perseguía un Cadillac gris en el cual viajaban dos personas. El Mercer pasó por nuestro lado como un bólido, penetró en el caminito particular y avanzó por el trecho que conecta con el autódromo. Sonó un tiro; el auto se destrozó. Nos reunimos en torno a una escena de desastre, para escuchar lo que Peter Laird dijo que había ocurrido aquella noche.

”Según Peter, esa tarde, a las cinco, Leo había hablado con Alec Laird en su oficina del *Centinela*; se sobreentendía que Leo andaba buscándome. La verdad es que Leo telefoneó a Alec a las cinco, pero no para buscarme a mí. Volvamos a lo que contó Peter, Alec fue a su casa, siempre según Peter, y allá Alec recibió el más misterioso mensaje de todos. Alguno del *Centinela*, que no tenemos identificado ni hace falta buscar, llamó al parecer por teléfono a Alec, a su casa, para decirle que Leo Shepley andaba recorriendo los bares de la calle Bourbon y hablando de suicidarse. Leo no estuvo haciendo nada semejante, como la policía averiguó muy pronto; ni dejó su club en toda la tarde. El misterioso informante era una invención; nunca existió.

”A las siete y media Sylvia Laird, que ante el mundo pasaba por esposa de Alec, telefoneó realmente a Sunnington Hall y habló con Peter. Dijo que ella y su marido no irían a cenar a lo de la señora Laird esa noche, y repitió el cuento de la extraña conducta de Leo en la calle Bourbon.

”Toda esta información, tanto la parte verdadera como la falsa, llegó a nosotros por boca del joven Peter Laird. ¿Pero cuál era la fuente y origen de todo? ¿Quién estaba detrás y de quién provenía todo?”.

—Se refiere a Alec Laird, ¿verdad? —preguntó Clay—. ¡Sí! Cuando se creyó que había ido a su casa, no había ido en realidad; siguió quedándose en la oficina del *Centinela*. Dado que le haría mucha falta una coartada para toda la noche, era forzoso establecerla. No era difícil. Su mujer Sylvia Laird será todo lo neurótica y molesta

que se quiera, pero lo obedecía ciegamente. Así que llamó por teléfono a Sylvia y le ordenó que llamase a Sunnington Hall con la historia que él quería contar. Ésta era su coartada en caso de que alguien lo interrogara. ¿Está bien?

—¡Completamente! —convino Jim—. Las partes verdaderas y las falsas de ese relato son tan fáciles de separar entre sí como las verdaderas y las falsas en el relato del crimen. Estuvimos hipnotizados desde el comienzo, enfocando el homicidio de manera equivocada, que ahora podemos corregir. Aparentemente, este asesinato fue cometido a las diez y diez. Leo Shepley, que al parecer estaba al volante del Mercer...

Constance Lambert levantó una mano.

—¡Un momentito, por favor! —dijo en voz alta—. ¿“Aparentemente” a las diez y diez y “al parecer” al volante del Mercer? ¿Usted está diciendo que no fue Leo quien conducía el auto?

—Sospecho que no pudo ser él. Leo estaba muerto desde las nueve de la noche. ¿Quieren que explique esa parte?

—Si no lo hace, lo más seguro es que a Jill y a mí nos dará un ataque.

Jim reordenó los hechos en su mente.

—La primera vez que vi a Peter Laird, tuve la sensación de haberlo visto antes. Por supuesto, no era así; sino que me recordaba a alguien. La luz no se hizo del todo en mi cerebro hasta que lo vi por tercera vez, en el restaurante de Philippe, el jueves.

—Me recordaba a Leo Shepley. Tiene la misma espalda ancha y recia, casi demasiado recia, y la misma corpulencia, aunque Leo era sobre todo musculoso y el admirador de Leo era casi todo grasa. Tampoco, por supuesto, se parecen en otros aspectos. Peter es moreno y Leo tenía cabello castaño claro. Pero de cuerpo eran más o menos iguales. Con poner a Peter antiparras que le desfigurasen el rostro y un guardapolvo como el de Leo, y haciéndolo ver sólo a la luz incierta de un farol, pasando a gran velocidad...

”Desde el primer instante en que vi el cadáver del verdadero Leo junto a las ruinas de su coche, algo advertí que me impedía reconocer en él lo que se proponían hacernos creer. El guardapolvo de Leo estaba completamente limpio, lo cual era imposible si hubiese venido con su auto desde la ciudad; mi ropa estaba llena de polvo. Al pasar junto al Cadillac detenido, detrás del destrozado Mercer, noté una manta de viaje en el asiento posterior.

”Yo me dirigí hacia el cadáver de Leo y empecé a agacharme. El chofer, que ya estaba allí arrodillado, dijo: “¡No lo toque!”. Si yo hubiese tratado de tocarlo, el chofer o Peter, o ambos, se hubieran interpuesto para impedírmelo. Bastaba con que ellos cuidaran de que nadie lo tocara hasta que los encargados de la autopsia cumplieran su misión y con esto la hora exacta del fallecimiento ya no podría determinarse. Nadie formularía la pregunta porque todos creíamos saber a qué hora pasó”.

—Hablas de que “ellos” no tuvieron que hacer más que esto o aquello —dijo en voz alta una Jill que ya no tartamudeaba más—. Cuando vislumbraste la verdad, ¿no sospechaste en seguida de Peter y el chofer?

—No cuando comprendí, en la oficina de Western Union, que Alec Laird debía ser el asesino y cualquier cómplice que tuviese después del crimen sería por fuerza cómplice involuntario. Leo fue asesinado en la oficina de Alec Laird; su cuerpo fue bajado con el ascensor privado, y transportado bajo una manta en la parte posterior del Cadillac, al sitio en que otros armaron la escena, a la puerta de la casa de Lance Chadwick.

”Sólo un detalle más, y que el teniente Trowbridge aporte los pocos detalles que faltan, con las declaraciones de Peter Laird y Raoul Dupont; Leo telefoneó a Alec Laird a las cinco de la tarde; esto lo ha reconocido Alec, dado que no tenía la menor idea del sitio desde el cual le hablaba Leo y algún extraño podría pasar el dato a la policía. Leo no me estaba buscando. Dijo a Alec que haría muy bien en quedarse en la oficina; que él mismo, Leo, iría a visitarlo.

”Si Alec no había adivinado ya que Leo conocía la identidad del que amenazaba por teléfono, se tuvo que dar cuenta en ese momento. Esperó; esperó un buen rato. Leo no salió de su club, situado en pleno Barrio Jardín, hasta las seis menos cuarto. Aun entonces no se encaminó directamente al *Centinela*. Dio vueltas y vueltas, mientras tomaba una determinación. Eran bastante después de las siete, y Alec Laird ya tenía preparada su coartada para el caso de que tuviera que cometer el crimen. Leo dejó su Mercer en la calleja, al lado del edificio y tomó el ascensor particular hasta el último piso.

”¿Qué ocurrió cuando los dos hombres estuvieron frente a frente? Nunca lo sabremos; los dos han muerto. Pero, ya que es tanto lo que sabemos de cosas que ocurrieron después, sería bueno que el teniente salteara las declaraciones de los cómplices involuntarios de Alec Laird”.

—¿Cómo se entiende que puedan ser cómplices “involuntarios”? —preguntó Constance.

—Lo verá. ¿Teniente...?

Con mucho floreo, el Honesto Zack extrajo de un bolsillo su libreta de apuntes; pero, como de costumbre, se abstuvo de consultarla.

—Esta parte —explicó— ni el propio Francisco José hubiese podido deducirla en base a las pruebas; pero no las teníamos como pruebas. El joven Pete y ese chofer no me contaron la verdad hasta que Alec murió y tuvieron que hablar para salvar sus pescuezos.

”¡Muy bien! A las siete y media, la noche del miércoles, tal como ya hemos escuchado, Sylvia Laird habló por teléfono a Pete y le pasó todas aquellas patrañas que el marido le había contado, en especial aquello de Shepley recorriendo bares y hablando de suicidio. Estuvo convincente porque estaba convencida; casi todo el

mundo creía a Alec. Pete lo creía también; su gran héroe, al parecer, era capaz de hacer algo desesperado.

”En vista de eso, no se alejó del teléfono, por si había noticias. Y hubo noticias. Poco antes de las ocho (la madre de Peter no lo había llamado aún para cenar), Alec Laird en persona telefoneó desde el Centinela.

—“¿Has sabido algo de Leo?”, preguntó Pete. “¡Claro que he sabido algo!” le respondió Alec, con éstas o parecidas palabras. “Está aquí en este momento, en mi oficina y yo hablo desde la línea del otro cuarto. Lo veo muy desesperado; parece decidido a hacer algo feo”. ¿Se dan cuenta de lo que Alec se proponía?

“He estado procurando que desista”, continuó diciendo Alec. “Pero es un hombre corpulento y fuerte; no sé qué haré si se pone violento. ¡Mira! —siguió Alec—. Sé que no puedes venir aquí; tu madre no permitiría que faltes a la cena. Pero ese chofer tuyo es bastante duro también. ¿Por qué no lo mandas con el auto? Dile que espere en la calleja que está al lado de este edificio; podría darme una mano si fuese necesario”.

Así que Pete envió a Raoul con el Cadillac, con esas instrucciones. Hasta las nueve y media Pete estuvo encadenado a la mesa materna. Poco después de esa hora, cuando la señora había subido y ya no lo podía oír, Pete llamó a Alec.

—“¿Y Leo?” —preguntó—. “¡Lo ha hecho!” —contestó Alec—. “A eso de las nueve, antes que yo pudiese pedir auxilio o hacer cualquier clase de movimiento, sacó un revólver del bolsillo y se mató”. Hace un momento Francisco José preguntó qué ocurrió cuando el señor Shepley y Alec Laird estuvieron frente a frente. A juzgar por pruebas que encontramos después de morir Alec (es decir, aparte de lo que nos han contado Pete y Raoul), pueden entender lo que sucedió durante todo ese intervalo.

”Shepley estaba decidido a ajustar cuentas con la Voz. La tía no creía que hubiese llevado su revólver calibre 38, lo cual sólo significa que ella no lo vio. ¡Llevó el revólver, sí! No con la intención de emplearlo, naturalmente. Se concretaría simplemente a sacarlo ante la Voz para demostrar que estaba decidido a cualquier cosa. Y ése fue su error.

”Pienso que al principio Alec negaría todo. Cuando resultó evidente que Shepley no hablaba en broma, trataría de justificarse con toda clase de fantasías. Tampoco esto le dio resultado. Alec tenía un revólver propio también de calibre 38; lo guardaba en un cajón de ese escritorio del museo, con una caja de cartuchos Podía usarlo en cualquier momento. Y algo tenía que usar.

”La discusión fue subiendo de tono. Así como Shepley tardó mucho en decidirse, Alec también, al parecer, tardó mucho en decidirse a un homicidio que, lo sabía, tarde o temprano debería cometer. Pero realmente no podía ser de aquella manera. Alec no podía arriesgarse; necesitaba estar seguro de que en aquel último piso no quedase ninguna persona que, de pronto, pudiera entrar por casualidad. Entonces le llegó la oportunidad. Cuando el señor Shepley pensaba en actos de violencia, jamás los

vinculaba con armas. Como la mayoría de los atletas, su primera idea era apelar a los puños. Y se descuidó.

”Luego de mostrar el revólver a Alec, lo dejó sobre la mesa o sobre un escritorio y más o menos se olvidó de él. Caminando de un lado a otro en la oficina, según como dicen que hacía siempre, no prestó mayor atención; no vio cómo Alec se acercaba poco a poco a la mesa y ocultaba el arma detrás de él. El hombre que pronto se convertiría en víctima, volvió a sentarse. Cuando las cosas llegaron a un punto álgido, fue porque... ¿No había hecho una sugestión usted, Francisco José?”.

Jim asintió con la cabeza.

—Leo, que nunca pensó que aquel hipócrita fuese peligroso, salvo para sádicas amenazas por teléfono, debió decir algo así como: “¡Ya estoy harto de esto! Me voy directamente a Sunnington Hall. La tía Mathilde se va a enterar de todo”.

—Y el asesino, que ya no tenía salida —intervino en este momento el Honesto Zack—, se apoderó del arma de la víctima y descargó las balas en su cabeza.

”No pudo tardar gran cosa en idear un plan nuevo. Necesitaba ayuda para ponerlo en práctica, pero sabía perfectamente que la tendría. A las nueve y media telefoneó a Francisco José y se procuró un testigo que esperaría en la verja. Todo esto se hizo sin perder tiempo; el resto lo obtuvo, por arte de birlibirloque cuando recibió la llamada de Pete, poco después”.

—Sí, Pete, Leo se ha suicidado —le dijo Alec—. Pero no queremos escándalo, ¿verdad? Tú no querrás que se sepa que tu héroe se volvió loco y se quitó la vida... Bueno. Si me ayudas un poco y afrontas además un pequeño riesgo, haremos que esto parezca un asesinato. Por el asesinato, no se arrestará a nadie; a nadie se culpará, pues tu héroe no tenía enemigos y la verdad es que no existe ningún crimen...

—”¿Lo ayudaría aquel joven atolondrado? ¡Por supuesto que sí! Raoul esperaba debajo, en el Cadillac, con instrucciones de obedecer a Alec en todo. Y Alec explicó a Pete qué era exactamente lo que se debía hacer. Pete saldría de Sunnington Hall y avanzaría lentamente por el camino en dirección a la verja de la casa de Lance Chadwick, donde se le reunirían Alec y Raoul, y allí Pete conocería el resto del plan.

”Alec sabe manejar automóvil, según he averiguado después, aunque no posea uno y rara vez conduzca. Tiene carruaje y caballos; los había mandado a su casa aquella noche, ordenando al cochero que no dijese una palabra de nada si no quería verse en aprietos. Había dos automóviles en la calleja, el Cadillac y el Mercer de Shepley. Como tenía una caja de balas 38 en su escritorio, puso una en el revólver homicida, en reemplazo de la que había usado.

”Alec y Raoul, que tiene alma de criado leal de la vieja escuela y colaboró en todo sentido, bajaron el cadáver del señor Shepley. Lo ubicaron en la parte trasera del Cadillac, cubierto con una manta. Alec condujo el Cadillac, cosa fácil para él, mientras Raoul, el profesional, se encargó del Mercer, que tiene más complicaciones. Alec, Raoul y Pete se encontraron a la puerta de Lance Chadwick, donde Alec se explicó.

”Con antiparras y guardapolvo, al volante del Mercer, era indudable que Pete sería tomado por el señor Shepley. Hicieron algo más, un detalle que no pasó inadvertido a ninguno de los presentes. Mientras Alec les daba los pormenores del plan, introdujeron ambos vehículos en marcha atrás en el caminito privado, para que estuviesen fuera de la vista cuando pasase Francisco José con su auto.

”Aquí está el revólver, vuelto a cargar; no parece que se hubiese disparado ningún tiro, dijo Alec. Tú, Pete, debes imitar el estilo de Leo; de todos modos se te conoce como un conductor imprudente. Avanza como loco por la ruta, entra al camino y al sendero interior. Justo antes de arremeter contra la doble puerta, asómate y dispara un tiro hacia cualquier sitio donde no puedan notar pronto el balazo. Luego tira el revólver al suelo, con una bala de menos. Parecerá asesinato, pero nadie será culpado. ¿Tienes valor suficiente para hacerlo todo?”.

—Sí, no duden un solo instante que Pete tuvo ese valor. Dijo que se asomaría y dispararía contra la pared, por debajo del banco de taller, a la derecha, donde tanto de día como de noche hay sombra siempre. Pero Pete agregó un detalle más que no mencionó. Luego que Francisco José y esta joven pasaron con su coche, se prepararon. Raoul llevó el Cadillac a la verja de Sunnington Hall, donde esperó el momento de lanzarse a perseguir al otro auto. Pete, disfrazado, conducía el Mercer...”

—¡Un momento! —exclamó Jill—. Cuando el Mercer nos pasó a Jim y a mí, ¿fue Peter Laird el que vimos? Si Raoul conducía el Cadillac, ¿quién era la otra persona que lo acompañaba?

—Usted no vio ninguna otra “persona”, señorita. Lo que vio fue el cadáver del señor. ¿No es cierto que esa otra persona no se movía salvo cuando lo hacía el auto?

—Después del choque, recuerde, Francisco José no corrió hacia el caminito interior. Tuvieron tiempo de colocar el cadáver en el suelo, junto al auto estropeado. Aquí es donde entró la improvisación en que Peter venía pensando. Peter no se lastimó ni golpeó en el choque contra la puerta; había chocado otras veces. Pero tampoco tiró el revólver al suelo; intencionalmente, se lo guardó en un bolsillo.

”Esto iba a ser asesinato, sin ninguna duda. Por eso al principio Pete fingió creer que era suicidio, creyendo en todo momento que lo era. Luego podría “descubrir” que no había ningún revólver, con lo cual tenía que parecer homicidio. Ninguno de los otros cayó en la cuenta de que habían ideado una situación imposible. Y Pete montó un buen espectáculo.

”Bueno —expresó Clay—, la madre aseguró que Pete podía demostrar que era un buen actor si lo necesitaba. ¿Y qué pasaba con Alec mientras ocurría todo eso?”.

—No había auto para el cerebro-jefe. Por lo tanto, fue sencillamente a pie a la ciudad, hasta que pudo tomar el auto de alquiler que lo condujo a la casa. ¿Entienden todo ahora?

—No todo. Jim ha insinuado que este segundo plan de Alec estaba al mismo tiempo destinado a comprometerme a mí...

—Bueno, señor Blake. Jim no podía estar seguro de que así fuese; pero le pareció posible. Alec sabía que usted estaba aquí el miércoles por la noche. Peter Laird sabía que la supuesta Yvonne Brissard se hallaba ausente, luego probablemente lo sabía Alec también. Y él lo envidiaba, señor Clay Blake. Los hombres como usted, de quienes se enamoran las mujeres...

—Con Sylvia Laird y Flossie Yates, detrás de él, no podía tener motivo de queja...

—Tal vez no, señor; pero en este mundo, los criminales de nacimiento no piensan así. ¿Desea saber algo más?

—Bueno, sí. A veces he pensado que Alec era demasiado untuoso cuando me elogiaba. Pero no es a eso a lo que voy. Dejemos lo que pensara de mí; ¿por qué se enloqueció y quiso matar a Jim?

Haciendo gala de toda la afabilidad de que era capaz el Honesto Zack se volvió hacia el caballero mencionado.

—Si usted da con la clave en cuanto a eso, Francisco José, creo que habremos agotado el tema.

—Después de visitar la oficina del diario, el miércoles por la mañana —dijo Jim—, volví también el jueves. Hasta ese momento no sospechaba lo más mínimo de Alec Laird, tan afanoso por colaborar. Empezó hablándome de Charley Emerson. Me dijo que cuando se negó a permitir que Charley se ocupase del artículo relativo al crimen, Charley salió de su oficina “como una exhalación”. Con toda inocencia, yo pregunté: “¿Puede alguien salir de aquí como una exhalación?”. Hasta horas después, esa tarde, cuando recordé la forma veloz en que Mathilde Laird y su hijo salieron al parecer de allí, no comprendí algo más, aparte de la identidad del asesino. El asesino pensó que yo me había referido a aquella salida milagrosa, y lo demostró muy fugazmente. Por eso lo primero que hizo fue enviar a dos siniestros personajes para que me liquidaran.

—Tenemos noticias de algunos siniestros personajes que han pululado en torno a Alec Laird —comentó el teniente Trowbridge—, como le dije a Francisco José aquel jueves por la tarde. Pero, dado que era propietario de un periódico y debía estar acosado por numerosos pedigüenos, nadie prestaba atención. Francisco José le informó a una sola persona dónde almorzaría: se lo dijo el director gerente...

—... quien también me dijo a mí —agregó Jim— que él, Alec y el jefe local iban a celebrar una conferencia antes del almuerzo. Tal como ahora conocemos las cosas, Bart Perking se lo contó a Alec Laird, quien me eligió para blanco de su francotirador. Una vez que esto fracasó...

”Cuando eso fracasó —prosiguió Jim—, adiviné que haría una nueva tentativa. Sin duda no sabía qué pocas eran las pruebas que teníamos contra él. Aun encontrar el balazo bajo el banco de taller, en el caminito entre el galpón y el autódromo, no podía comprometer al cerebro-jefe. Pensaba únicamente que yo debía haber

descubierto su juego; como realmente sucedía entonces. Haría otra prueba, y la haría él mismo”.

—Tendió la trampa. El teniente Trowbridge pasó por su oficina a últimas horas de la tarde, ese jueves. Alec se enteró de que esa noche yo iría solo, conduciendo un auto, y a qué hora. Le explicó el Honesto Zack que yo había descubierto algo que quería comunicar a primera hora del viernes. Y eso lo determinó a obrar.

”Una vez más, por supuesto, sus incautos fueron Peter y Raoul. Éstos no tuvieron la menor idea de lo que se proponía. Dijo que dudaba que aun un Cadillac nuevo pudiese alcanzar a un Chadwick 1910 en buen estado; y lo expresó como un desafío. Se dieron cuenta de que algo le fallaba en el cerebro sólo cuando extrajo su propio revólver 38 y me descerrajó un balazo a quemarropa. Hay mucho de bueno tanto en Peter como en Raoul; les resultó un gran consuelo saber por el Teniente que no habría cargos contra ninguno de ellos. Pero ahí termina todo”.

—No, no termina —protestó Jill—. ¿Qué hay de Flossie Yates y su parte en el asunto? Nos prometió eso, ¿no?

El teniente Trowbridge, saboreando sus recuerdos, soltó una risita ahogada.

—Me esforcé desesperadamente por quebrar las defensas de Flossie —dijo al fin—. Vaciló una o dos veces. Pero ninguno de mis ataques tuvo éxito verdadero hasta que puse en tela de juicio su pretensión de ser realmente una respetable mujer casada. Se levantó en el aire como los hermanos Wright y tuvo que confesar la verdad acerca de su estado civil.

—¿La verdad?

El Honesto Zack adoptó un aire de hombre sabio.

—Alec Laird y Florence Yates —dijo— fueron casados en secreto por un juez de paz en Shreveport hace quince años, cuando Alec tenía veinticinco años y ella un poco menos. Eso fue una década antes de que él se casara con la señorita Sylvia de Vere, de Charleston. No hace falta adivinar quién le compró a Flossie esa linda casa de Explanada. Esto va a causar toda clase de bochinchas cuando los abogados empiecen a repartir la herencia de Alec, pero, gracias a Dios, eso no es asunto mío. En las novelas, todos los personajes, unos más santos que otros, siempre terminan siendo hipócritas que llevan una doble vida. Alec Laird llevaba una doble vida hacía quince años o más; me alegra ver que eso puede ocurrir también en la vida real.

Luego de una larga pausa, en que mucho se pudo decir, pero no se dijo, Jill se puso de pie.

—Jim —sugirió— ¿te gustaría llevarme a pasear un poco por el parque? No es tarde, sabes.

Cruzando la *porte cochère* que daba al sur, por el caminito de grava que conducía al este, salieron al encuentro de una cálida fragante noche y el brillo de una luna sin neblina. Jill, con el rostro arrebatado, caminó un corto trecho y luego posó una mano en el brazo de Jim.

—Sabes Jim... —le dijo.

—¿Sí, mi amor?

—Has analizado todo este asunto y lo has resuelto antes que ningún otro tuviese la menor sospecha. Estoy tan orgullosa de ti, que casi puedo perdonarte por arriesgar tu vida cada vez que se te presente la ocasión.

—Y yo estoy tan orgulloso de ti por ser tú —le aseguró él—. He estado cantando hosannas en voz alta el día entero. Pero, aunque todos se sienten felices, queda un punto especial por ajustar. Constance y Clay van a casarse lo antes posible. ¿Cuándo iremos al altar tú y yo?

—¡Oh, Jim! ¿Es necesario? Me encantaría ser tu esposa, como bien sabes. Pero, ¿no sería muy precipitado? ¿No debería haber una especie de período de prueba, que nos demuestre si congeniamos realmente uno con otro?

—Si no sabemos ya hasta que punto congeniamos, ¿cuándo diablos pretendes que nos enteremos? El jueves por la noche, cuando el revoltijo llegó a su término, tanto Constance como tú me pidieron que me quedase hasta la mañana. ¡Cuántas cosas hemos descubierto tú y yo respecto de uno y otro, en el transcurso de una *nuît enchantée*...!

—Aunque ya he demostrado que soy absolutamente desvergonzada e indecente en cuanto a ti se refiere —protestó Jill—, ¿no podrías por lo menos fingir lo contrario?, ¿no podrías dejarme una pizca siquiera de recato? Con todo... podrías quedarte aquí esta noche, si no te sabe mal. A la mañana, cuando hayamos despejado nuestras cabezas de otras preocupaciones, siempre nos quedará tiempo de volver a hablar de matrimonio.

—Cada generación, Jill, abriga cierto rencor hacia la precedente. De momento tú eres joven y plena de vigor. Pero un día, antes que el paso de muchos años haya nevado nuestras sienes, seremos mayores nosotros también. ¿Qué dirán de nosotros?

—Dirán —replicó ella gozosa— que fuimos mojigatos y... ¿cuál es la nueva palabra?, inhibidos. ¡Eso! Dirán que fuimos tan mojigatos e inhibidos, que no supimos disfrutar en absoluto. Es lo que siempre dicen, ¿no?



NOTAS PARA EL CURIOSO

1

Nueva York

Puesto que la casa Harper ha publicado mis novelas durante cuarenta años — entregué el manuscrito de la primera al difunto Eugene P. Saxton en el verano de 1929—, el lector puede estar seguro de que los detalles de fondo acerca del antiguo edificio en Franklin Square son tan exactos como puedan surgir del estudio de los dos libros titulados *La Casa Harper*, uno por J. Henry Harper (1912) y otro por Eugenio Exman (1967), así como de las evocaciones personales de una dama, la señora de Frances Zajic, que trabajó allí y los recuerda muy bien.

En la biblioteca de la actual Harper, con oficinas en la calle 33 Este, N.º 49, pude leer el tomo correspondiente al año 1912 de la colección completa del *Weekly*. La mayoría de las observaciones políticas atribuidas al Coronel Harvey en el capítulo I se pueden hallar en los editoriales publicados durante esa triple campaña presidencial. Aunque no dice editorialmente que consideraba al gobernador Wilson culpable de la más negra ingratitud, su conducta posterior, cuando se convirtió en un republicano tan fanático como había sido antes demócrata, demuestra que esto era lo que pensaba. Y el nuevo Cadillac con arranque automático surge con mucha publicidad desde enero en adelante.

Esta historia no se detiene en Manhattan. Pero los diversos volúmenes del *Valentine's Manual of Old New York* (nuevas series, editadas por Henry Collins Brown, 1916-1926) proporcionan detalles y fechas sobre la estación Pennsylvania, la Biblioteca Pública y el edificio Woolworth, que no fue inaugurado oficialmente hasta 1915.

Y el New York-Atlanta-New Orleans Limited, n.º 37, fue un tren que existió de verdad; su horario puede hallarse en la Guía de Ferrocarriles para octubre de 1912.

2

Washington

Tampoco se detiene aquí el relato. El fondo y la atmósfera provienen, en parte, de mis propios y vívidos recuerdos de infancia, ratificados, en lo posible, por la investigación; mi padre fue electo para el Congreso en ese mismo año de 1912.

Los Departamentos del Capitolio no existían exactamente como se los describe ni en el sitio asignado. Entre sus ocupantes estaba el Representante W. N. Carr, de Pennsylvania, su esposa y su pequeño pero ruidoso vástago. Visitando Washington muchos años después, no me sorprendió hallar que esa casa había desaparecido desde hacía tiempo. Pero con bastante sorpresa descubrí la actual Corte Suprema muy cerca de ese lugar.

Los tranvías en esa época eran realidad también. No tenían trolley aéreo entonces; todos sus cables corrían bajo tierra. Cuando, ya oscurecido, el coche tomaba una curva, sus luces se apagaban y luego volvían a encenderse.

La estación Unión y la Biblioteca del Congreso subsisten más o menos igual.

3

Nueva Orleans

Enumerar la multitud de libros sobre Crescent City sería solamente repetir la lista incluida al final de mi novela anterior, *Papa La-Bas*, Pero nuevamente me asiste el placer de manifestar mi gratitud por la invalorable y generosa ayuda de la señorita Margaret Ruckert, de Nueva Orleans, quien comparte mi gusto por la investigación de antiguallas y el relato de detectives.

La señorita Ruckert eligió la ruta, a lo largo del Viejo Canal Basin, por la cual Jim Blake y los demás hacen el camino desde la calle Rampart hasta Canal Saint-John; el Basin no existe más. Ella proporcionó también el nombre de la auténtica escuela secundaria a la cual había concurrido el teniente Trowbridge, así como el del real —e indiscutido— candidato al Congreso por el segundo distrito de Louisiana. El más reciente era Henry Garland Dupré, quien se mantuvo tanto tiempo en ejercicio que una dama, entonces muy joven, pensó que debía ser elegido representante vitalicio.

Todos los automotores que aparecen en estas páginas fueron tomados del texto y las fotografías en colores de una obra a la vez fascinante y exhaustiva: *The Treasury of Automobile*, por Ralph Stein (New York, Golden Press, 1966). Y, aunque no puedo asegurar que hubiera en Nueva Orleans una máquina de jugar ni *base-ball* entonces o más tarde, he visto algo semejante en mi propia ciudad natal.

El Hotel Grunewald

Esta hostería, ahora llamada Roosevelt, ha sufrido tantos cambios desde 1912 que un pasajero de entonces apenas podría reconocerla. Pero los viejos *habitués* todavía lo recuerdan con cariñosa nostalgia.

El vestíbulo y la Gruta fueron descriptos según tarjetas postales conservadas en la Biblioteca Pública de Nueva Orleans. Debo agradecer a mi hija Bonita, de Appleton-Century-Crofts, el haber encontrado esas viejas postales y haberlas reproducido para mí en su color original. *Vive le soleil d'antan!* El espíritu del Saint Charles, que todavía felizmente funciona como Sheraton Charles, como el del hotel Grunewald, no han desaparecido jamás.

5

Las personas

Aparte del Coronel George Harvey y unos pocos más mencionados sólo como referencias de época, ningún personaje de este libro existió nunca; espero no haber influido para que algún otro pueda existir. Un chiflado de Milwaukee atentó realmente contra Theodore Roosevelt el 14 de octubre de 1912. El resto es fantasía.

No obstante, aunque esa gente es imaginaria, todos los personajes de un escritor pueden unirse como retazos de personas que realmente ha conocido. En Jim Blake y Clay Blake tal vez podamos encontrar sus amigos tanto como los míos. Durante el cuarto de siglo que viví en Inglaterra conocí actrices que me sugirieron a Constance Lambert, y también una o dos jovencitas no muy diferentes de Jill. Tampoco se encuentra uno siempre cara a cara con un asesino, pero al margen de nuestra vida puede muy bien acechar algún potencial Alec Laird.

Los dos casos criminales citados por Jim en el Capítulo 7 —Kate Townsend acuchillada en su burdel, y la muerte por cloroformo de la pequeña Juliette Deitsh— son auténticos procesos, muy célebres en su tiempo. Uno u otro se nombran en casi todos los libros sobre Nueva Orleans, y ambos aparecen admirablemente analizados en el de Robert Tallant, *Ready to Hang*.

6

El Conde de Monte Carlo

Si algún lector se asombra de que Jim Blake haya escrito una novela de espionaje en 1911, le señalaré que tanto William Le Queux (1864-1927) como E. Phillips Oppenheim (1866-1946) lo precedieron. También Conan Doyle, con sus relatos sobre las aventuras de espionaje y contra-espionaje de Sherlock Holmes, había cultivado el mismo tema y en fecha más antigua.



COLECCIÓN DE «EL SÉPTIMO CÍRCULO»

1. *LA BESTIA DEBE MORIR (The Beast Must Die)*, Nicholas Blake, 1945^[36]
2. *LOS ANTEOJOS NEGROS (The Black Spectacles)*, John Dickson Carr, 1945
3. *LA TORRE Y LA MUERTE (Lament for a Maker)*, Michael Innes, 1945
4. *UNA LARGA SOMBRA (The Long Shadow)*, Anthony Gilbert, 1945
5. *PACTO DE SANGRE (Double Indemnity)*, James M. Cain, 1945
6. *EL ASESINO DE SUEÑO (The Murderer of Sleep)*, Milward Kennedy, 1945
7. *LAURA (Laura)*, Vera Caspary, 1945
8. *LA MUERTE GLACIAL (Corpse in Cold Storage)*, Milward Kennedy, 1945
9. *EXTRAÑA CONFESIÓN (Novosti dnia)*, Anton Chejov, 1945
10. *MI PROPIO ASESINO (My Own Murderer)*, Richard Hull, 1945
11. *EL CARTERO LLAMA DOS VECES (The Postman Always Rings Twice)*, James M. Cain, 1945
12. *EL SEÑOR DIGWEED Y EL SEÑOR LUMB (Mr. Digweed and Mr. Lumb)*, Eden Phillpotts, 1945
13. *LOS TONELES DE LA MUERTE (There's Trouble Brewing)*, Nicholas Blake, 1945
14. *EL ASESINO DESVELADO*, Enrique Amorim, 1945
15. *EL MINISTERIO DEL MIEDO (The Ministry of Fear)*, Graham Greene, 1945
16. *ASESINATO EN PLENO VERANO (Midsummer Murder)*, Clifford Witting, 1945
17. *ENIGMA PARA ACTORES (Puzzle for Players)*, Patrick Quentin, 1946
18. *EL CRIMEN DE LAS FIGURAS DE CERA (The Waxworks Murder)*, John Dickson Carr, 1946
19. *LA GENTE MUERE DESPACIO (The Case of the Tea-Cosy's Aunt)*, Anthony Gilbert, 1946
20. *EL ESTAFADOR (The Embezzler)*, James M. Cain, 1946
21. *ENIGMA PARA TONTOS (A Puzzle for Fools)*, Patrick Quentin, 1946
22. *LA SOMBRA DEL SACRISTÁN (Black Beadle)*, E. C. R. Lorac, 1946
23. *LA PIEDRA LUNAR (The Moonstone)*, Wilkie Collins, 1946
24. *LA NOCHE SOBRE EL AGUA (Night Over Fitch's Pond)*, Cora Jarret, 1946
25. *PREDILECCIÓN POR LA MIEL (A Taste for Honey)*, H. F. Heard, 1946
26. *LOS OTROS Y EL RECTOR (Death at the President's Lodging)*, Michael Innes, 1946
27. *EL MAESTRO DEL JUICIO FINAL (Der Meister des Jüngsten Tages)*, Leo Perutz, 1946

28. *CUESTIÓN DE PRUEBAS (A Question of Proof)*, Nicholas Blake, 1946
29. *EN ACECHO (The Stoat)*, Lynn Brock, 1946
30. *LA DAMA DE BLANCO (2 tomos) (The Woman in White)*, Wilkie Collins, 1946
31. *LOS QUE AMAN, ODIAN*, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, 1946
32. *LA TRAMPA (The Mouse Who Wouldn't Play Ball)*, Anthony Gilbert, 1946
33. *HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE (Till Death Do Us Part)*, John Dickson Carr, 1946
34. *¡HAMLET, VENGANZA! (Hamlet, revenge!)*, Michael Innes, 1946
35. *¡OH, ENVOLTURA DE LA MUERTE! (Thou Shell of Death)*, Nicholas Blake, 1947
36. *JAQUE MATE AL ASESINO (Checkmate to Murder)*, E. C. R. Lorac, 1947
37. *LA SEDE DE LA SOBERBIA (The Seat of the Scornful)*, John Dickson Carr, 1947
38. *ERAN SIETE (They Were Seven)*, Eden Phillpotts, 1947
39. *ENIGMA PARA DIVORCIADAS (Puzzle for Wantons)*, Patrick Quentin, 1947
40. *EL HOMBRE HUECO (The Hollow Man)*, John Dickson Carr, 1947
41. *LA LARGA BÚSQUEDA DEL SEÑOR LAMOUSSET (The Two of Diamonds)*, Lynn Brock, 1947
42. *LOS ROJOS REDMAYNE (The Red Redmaynes)*, Eden Phillpotts, 1947
43. *EL HOMBRE DEL SOMBRERO ROJO (The Man in the Red Hat)*, Richard Keverne, 1947
44. *ALGUIEN EN LA PUERTA (Somebody at the Door)*, Raymond Postgate, 1947
45. *LA CAMPANA DE LA MUERTE (The Bell of Death)*, Anthony Gilbert, 1948
46. *EL ABOMINABLE HOMBRE DE NIEVE (The Case of the Abominable Snowman)*, Nicholas Blake, 1948
47. *EL INGENIOSO SEÑOR STONE (The Ingenious Mr. Stone)*, Robert Player, 1948
48. *EL ESTRUENDO DE LAS ROSAS*, Manuel Peyrou, 1948
49. *VEREDICTO DE DOCE (Verdict of Twelve)*, Raymond Postgate, 1948
50. *ENIGMA PARA DEMONIOS (Puzzle for Fiends)*, Patrick Quentin, 1948
51. *ENIGMA PARA FANTOCHES (Puzzle for Puppets)*, Patrick Quentin, 1949
52. *EL OCHO DE ESPADAS (The Eight of Swords)*, John Dickson Carr, 1949
53. *UNA BALA PARA EL SEÑOR THOROLD (The Public School Murder)*, R. C. Woodthorpe, 1949
54. *RESPUESTA PAGADA (Reply Paid)*, H. F. Heard, 1949
55. *EL PESO DE LA PRUEBA (The Weight of the Evidence)*, Michael Innes, 1949
56. *ASESINATO POR REFLEXIÓN (Murder by Reflection)*, H. F. Heard, 1949
57. *¡NO ABRAS ESA PUERTA! (Don't Open the Door!)*, Anthony Gilbert, 1949
58. *¿FUE UN CRIMEN? (Was it Murder?)*, James Hilton, 1949
59. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS (The Poisoned Chocolates Case)*, Anthony Berkeley, 1949
60. *EL QUE SUSURRA (He who Whispers)*, John Dickson Carr, 1949
61. *ENIGMA PARA PEREGRINOS (Puzzle for Pilgrims)*, Patrick Quentin, 1949
62. *EL DUEÑO DE LA MUERTE (Trial and Error)*, Anthony Berkeley, 1949

63. *CORRIENDO HACIA LA MUERTE (Run to Death)*, Patrick Quentin, 1949
64. *LAS CUATRO ARMAS FALSAS (The Four False Weapons)*, John Dickson Carr, 1950
65. *LEVANTE USTED LA TAPA (Lift up the Lid)*, Anthony Gilbert, 1950
66. *MARCHA FÚNEBRE EN TRES CLAVES (Dead March in Three Keys)*, Peter Curtis (Norah Lofts), 1950
67. *MUERTE EN EL OTRO CUARTO (Death in the Wrong Room)*, Anthony Gilbert, 1950
68. *CRIMEN EN LA BUHARDILLA (The Attic Murder)*, Sidney Fowler, 1950
69. *EL ALMIRANTE FLOTANTE (The Floating Admiral)*, "Detection Club", 1950
70. *EL BARBERO CIEGO (The Blind Barber)*, John Dickson Carr, 1950
71. *ADIÓS AL CRIMEN (Goodbye to Murder)*, Donald Henderson, 1950
72. *EL TERCER HOMBRE - EL ÍDOLO CAÍDO (The Third Man - The Fallen Idol)*, Graham Greene, 1950
73. *UNA INFORTUNADA MÁS (One More Unfortunate)*, Edgar Lustgarten, 1950
74. *MIS MUJERES MUERTAS (My Late Wives)*, John Dickson Carr, 1950
75. *MEDIDA PARA LA MUERTE (Measure for Murder)*, Clifford Witting, 1951
76. *LA CABEZA DEL VIAJERO (Head of a Traveller)*, Nicholas Blake, 1951
77. *EL CASO DE LAS TROMPETAS CELESTIALES (The Case of the Angel's Trumpets)*, Michael Burt, 1951
78. *EL MISTERIO DE EDWIN DROOD (The Mystery of Edwin Drood)*, Charles Dickens, 1951
79. *HUÉSPED PARA LA MUERTE (Tenant for Death)*, Cyril Hare, 1951
80. *UNA VOZ EN LA OSCURIDAD (A Voice From the Dark)*, Eden Phillpotts, 1951
81. *LA PUNTA DEL CUCHILLO (The Knife Will Fall)*, Marten Cumberland, 1951
82. *CAÍDOS EN EL INFIERNO (Headlong from Heaven)*, Michael Valbeck, 1951
83. *TODO SE DERRUMBA (All Fall Down)*, L. A. G. Strong, 1951
84. *LEGAJO FLORENCE WHITE (Folio on Florence White)*, Will Oursler, 1951
85. *EN LA PLAZA OSCURA (Above the Dark Circus)*, Hugh Walpole, 1951
86. *PRUEBA DE NERVIOS (A Matter of Nerves)*, Richard Hull, 1952
87. *EL BUSCADOR (The Follower)*, Patrick Quentin, 1952
88. *EL HOMBRE QUE ELUDIÓ EL CASTIGO (The Man Who Got Away With It)*, Bernice Carey, 1952
89. *EL RATÓN DE LOS OJOS ROJOS (The Mouse With Red Eyes)*, Elizabeth Eastman, 1952
90. *PAGARÁS CON MALDAD (Do Evil in Return)*, Margaret Millar, 1952
91. *MINUTO PARA EL CRIMEN (Minute for Murder)*, Nicholas Blake, 1952
92. *VEREDICTOS DISCUTIDOS (Verdict in Dispute)*, Edgar Lustgarten, 1952
93. *PELIGRO EN LA NOCHE (Don't Go Out After Dark)*, Norman Berrow, 1952
94. *LOS SUICIDIOS CONSTANTES (The Case of the Constant Suicides)*, John Dickson Carr, 1952

95. *EL CASO DE LA JOVEN ALOCADA (The Case of the Fast Young Lady)*, Michael Burt, 1952
96. *¿ES USTED EL ASESINO? (Monsieur Larose, est-il l'assassin?)*, Fernand Crommelynck, 1952
97. *EL SOLITARIO (La Brute)*, Guy Des Cars, 1952
98. *EL CASO DEL JESUITA RISUEÑO (The Case of the Laughing Jesuit)*, Michael Burt, 1952
99. *BEDELIA (Bedelia)*, Vera Caspary, 1953
100. *PESADILLA EN MANHATTAN (Nightmare in Manhattan)*, Thomas Walsh, 1953
101. *EL ASESINO DE MI TÍA (The Murder of My Aunt, Richard Hull)*, 1953
102. *BAJO EL SIGNO DEL ODIO*, Alexander Rice Guinness (Alejandro Ruiz Guiñazú), 1953
103. *BRAT FARRAR (Brat Farrar)*, Josephine Tey, 1953
104. *LA VENTANA DE JUDAS (The Judas Window)*, John Dickson Carr, 1953
105. *LAS REJAS DE HIERRO (The Iron Gates)*, Margaret Millar, 1953
106. *MIEDO A LA MUERTE (Fear of Death)*, Anna Mary Wells, 1953
107. *MUERTE EN CINCO CAJAS (Death in Five Boxes)*, John Dickson Carr, 1953
108. *MÁS EXTRAÑO QUE LA VERDAD (Stranger Than Truth)*, Vera Caspary, 1953
109. *CUENTA PENDIENTE (Payment Deferred)*, C. S. Forester, 1953
110. *LA ESTATUA DE LA VIUDA (Night at the Mocking Widow)*, John Dickson Carr, 1953
111. *UNA MORTAJA PARA LA ABUELA (A Shroud For Grandmama)*, Gregory Tree, 1954
112. *ARENAS QUE CANTAN (The Singing Sands)*, Josephine Tey, 1954
113. *MUERTE EN EL ESTANQUE (Rose's Last Summer)*, Margaret Millar, 1954
114. *LOS GOUPI (Goupi-Mains rouges)*, Pierre Very, 1954
115. *TRAGEDIA EN OXFORD (An Oxford Tragedy)*, J. C. Masterman, 1954
116. *PASAPORTE PARA EL PELIGRO (Passport to Peril)*, Robert Parker, 1954
117. *EL SEÑOR BYCULLA (Mr. Byculla)*, Eric Linklater, 1954
118. *EL HUECO FATAL (The Dreadful Hollow)*, Nicholas Blake, 1954
119. *EL CRIMEN DE LA CALLE NICHOLAS (The Key to Nicholas Street)*, Stanley Ellin, 1954
120. *EL CUARTO GRIS (The Grey Room)*, Eden Phillpotts, 1954
121. *LA MUERTE TOCA EL GRAMÓFONO (Death Plays the Gramophone)*, Marjorie Stafford, 1954
122. *BLANDO POR DENTRO (Soft at the Centre)*, Eric Warman, 1955
123. *LA MUERTE BAJA EN EL ASCENSOR*, María Angélica Bosco, 1955
124. *LA LÍNEA SUTIL (The Thin Line)*, Edward Atiyah, 1955
125. *EL CÍRCULO SE ESTRECHA (The Narrowing Circle)*, Julian Symons, 1955
126. *SCOLOMBE MUERE (Scolombe Dies)*, L. A. G. Strong, 1955
127. *SIMIENTE PERVERSA (The Bad Seed)*, William March, 1955

128. *SOY UN FUGITIVO (I'm a Fugitive From a Georgia Chain Gang!)*, Robert Burns, 1955
129. *CLAVES PARA CRISTABEL (Clues for Christabel)*, Mary Fitt, 1955
130. *SUSURRO EN LA PENUMBRA (The Whisper in the Gloom)*, Nicholas Blake, 1955
131. *EL FALSO ROSTRO (False Face)*, Vera Caspary, 1955
132. *EL CASO MÁS DIFÍCIL (Per Hills Schwerster Fall)*, Richard Katz, 1956
133. *EL 31 DE FEBRERO (The 31st of February)*, Julian Symons, 1956
134. *LA MUJER SIN PASADO (La femme sans passé)*, Serge Groussard, 1956
135. *UN CRIMEN INGLÉS (An English murder)*, Cyril Hare, 1956
136. *EL SIETE DEL CALVARIO (The Case of the Seven of Calvary)*, Anthony Boucher, 1956
137. *EL OJO FUGITIVO (The Fugitive Eye)*, Charlotte Jay, 1956
138. *EL MUERTO INSEPULTO (Dead and not Buried)*, H. F. M. Prescott, 1956
139. *MI HIJO, EL ASESINO (My Son, the Murderer)*, Patrick Quentin, 1956
140. *EL BÍGAMO (The Man with Two Wives)*, Patrick Quentin, 1957
141. *EL RELOJ DE LA MUERTE (Death Watch)*, John Dickson Carr, 1957
142. *EL MUERTO EN LA COLA (The Man in the Queue)*, Josephine Tey, 1957
143. *EL CASO DE LA MOSCA DORADA (The Case of the Gilded Fly)*, Edmund Crispin, 1957
144. *TRASBORDO A BABILONIA (Change Here for Babylon)*, Nina Bawden, 1957
145. *LA MARAÑA (A Tangled Web)*, Nicholas Blake, 1958
146. *LA PUERTA DE LA MUERTE (Lying at Death's Door)*, Marten Cumberland, 1958
147. *EL HOMBRE EN LA RED (The Man in the Net)*, Patrick Quentin, 1958
148. *FIN DE CAPÍTULO (End of Chapter)*, Nicholas Blake, 1958
149. *PATRICK BUTLER, POR LA DEFENSA (Patrick Butler for the Defence)*, John Dickson Carr, 1958
150. *LOS RICOS Y LA MUERTE (The Rich Die Hard)*, Beverley Nichols, 1958
151. *CIRCUNSTANCIAS SOSPECHOSAS (Suspicious Circumstances)*, Patrick Quentin, 1959
152. *ASESINATO EN MI CALLE (Murder on My Street)*, Edwin Lanham, 1959
153. *TRAGEDIA EN LA JUSTICIA (Tragedy at Law)*, Cyril Hare, 1959
154. *LA COLUMNATA INTERMINABLE (The Endless Colonnade)*, Robert Harling, 1959
155. *VIOLENCIA (Violence)*, Cornell Woolrich, 1960
156. *LA SOMBRA DE LA CULPA (Shadow of Guilty)*, Patrick Quentin, 1960
157. *UN PUÑAL EN MI CORAZÓN (A Penknife in My Heart)*, Nicholas Blake, 1960
158. *FANTASÍA Y FUGA (Fantasy and Fugue)*, Roy Fuller, s.d., 1960
159. *EL CRUCERO DE LA VIUDA (The Widow's Cruise)*, Nicholas Blake, 1960
160. *Las PAREDES OYEN (The Listening Walls)*, Margaret Millar, 1960
161. *LA DAMA DEL LAGO (Lady in the Lake)*, Raymond Chandler, 1960
162. *MUERTE POR TRIPLICADO (Death in Triplicate)*, E. C. R. Lorac, 1960

163. *EL MONSTRUO DE OJOS VERDES (The Green-Eyed Monster)*, Patrick Quentin, 1961
164. *TRES MUJERES (Three Women)*, Wallace Reyburn, 1961
165. *EVVIE (Evvie)*, Vera Caspary, 1961
166. *LUGARES OSCUROS (The Dark Places)*, Alex Fraser, 1961
167. *ASESINATO A PEDIDO (Murder by Request)*, Beverley Nichols, 1961
168. *LA SENDA DEL CRIMEN (The Progress of a Crime)*, Julian Symons, 1962
169. *VUELTA A ESCENA (Return to the Scene)*, Patrick Quentin, 1962
170. *PESE AL TRUENO (In Spite of Thunder)*, John Dickson Carr, 1962
171. *EL GUSANO DE LA MUERTE (The Worm of Death)*, Nicholas Blake, 1963
172. *SEMEJANTE A UN ÁNGEL (How Like an Angel)*, Margaret Millar, 1963
173. *SANATORIO DE ALTURA*, Max Duplan (Eduardo Morera), 1963
174. *CLARO COMO EL AGUA (The Nose on My Face)*, Laurence Payne, 1963
175. *EL MARIDO (The Husband)*, Vera Caspary, 1963
176. *EL ARMA MORTAL (Deadly Weapon)*, Wade Miller, 1964
177. *LA ANGUSTIA DE MRS. SNOW (The Ordeal of Mrs. Snow)*, Patrick Quentin, 1964
178. *Y LUEGO EL MIEDO (And Then Came Fear)*, Marten Cumberland, 1964
179. *UN LOTO PARA MISS QUON (A Lotus for Miss Quon)*, James Hadley Chase, 1964
180. *NACIDA PARA VÍCTIMA (Born Victim)*, Hillary Waugh, 1964
181. *LA PARTE CULPABLE (Guilty Party)*, John Burke, 1964
182. *LA BURLA SINIESTRA (The Deadly Joker)*, Nicholas Blake, 1965
183. *¿HAY ALGO MEJOR QUE EL DINERO? (What's Better Than Money?)*, James Hadley Chase, 1965
184. *UN LADRÓN EN LA NOCHE (A Thief in the Night)*, Thomas Walsh, 1965
185. *UN ATAÚD DESDE HONG KONG (A Coffin From Hong Kong)*, James Hadley Chase, 1965
186. *APELACIÓN DE UN PRISIONERO (Prisoner's Plea)*, Hillary Waugh, 1966
187. *BESA AL ÁNGEL DE LAS TINIEBLAS (Kiss the Dark Angel)*, Maurice Moiseiwitsch, 1966
188. *EL ESCALOFRÍO (The Chill)*, Ross MacDonald, 1966
189. *PELIGRO EN LA CASA VECINA (Danger Next Door)*, Patrick Quentin, 1966
190. *ESCONDER A UN CANALLA (To Hide a Rogue)*, Thomas Walsh, 1966
191. *TRAS ATLÁNTICO "ASESINATO" (S.S. Murder)*, Patrick Quentin, 1966
192. *NO HAY ESCONDITE (No Hiding Place)*, Edwin Lanham, 1966
193. *EL ÁNGEL CAÍDO (Fallen Angel)*, Howard Fast, 1966
194. *FUEGO QUE QUEMA (Fire, Burn!)*, John Dickson Carr, 1966
195. *AL ACECHO DEL TIGRE (Waiting for a Tiger)*, Ben Healey, 1966
196. *EL ESQUELETO DE LA FAMILIA (Family Skeletons)*, Patrick Quentin, 1967
197. *LA TRISTE VARIEDAD (The Sad Variety)*, Nicholas Blake, 1967
198. *LOS RASTROS DE BRILLHART (The Traces of Brillhart)*, Herbert Brean, 1967
199. *UN INGENUO MÁS (Just Another Sucker)*, James Hadley Chase, 1967

200. *DINERO NEGRO (Black Money)*, Ross MacDonald, 1967
201. *LA JOVEN DESAPARECIDA (Girl on the Run)*, Hillary Waugh, 1967
202. *UNA RADIANTE MAÑANA ESTIVAL (One Bright Summer Morning)*, James Hadley Chase, 1967
203. *UN FRAGMENTO DE MIEDO (A Fragment of Fear)*, John Bingham, 1967
204. *EL CODO DE SATANÁS (The House at Satan's Elbow)*, John Dickson Carr, 1967
205. *LA CAÍDA DE UN CANALLA (The Way the Cookie Crumbles)*, James Hadley Chase, 1967
206. *EL OTRO LADO DEL DÓLAR (The Far Side of the Dollar)*, Ross MacDonald, 1968
207. *CAÑONES Y MANTECA (Gun Before Butter)*, Nicholas Freeling, 1968
208. *LA MAÑANA DESPUÉS DE LA MUERTE (The Morning After Death)*, Nicholas Blake, 1968
209. *FRUTO PROHIBIDO (You Find Him - I'll Fix Him)*, James Hadley Chase, 1968
210. *PRESUNTAMENTE VIOLENTO (Believed Violent)*, James Hadley Chase, 1968
211. *LA HERIDA ÍNTIMA (The Private Wound)*, Nicholas Blake, 1968
212. *EL HOMBRE AUSENTE (The Missing Man)*, Hillary Waugh, 1969
213. *LA OREJA EN EL SUELO (An Ear to the Ground)*, James Hadley Chase, 1969
214. *FIN DE CAPÍTULO (End of Chapter)*, Nicholas Blake, 1969
215. *30 MANHATTAN EAST (30 Manhattan East)*, Hillary Waugh, 1969
216. *LOS RICOS Y LA MUERTE (The Rich Die Hard)*, Beverley Nichols, 1969
217. *EL ENEMIGO INSÓLITO (The Instant Enemy)*, Ross MacDonald, 1969
218. *OSCURIDAD EN LA LUNA (Dark of the Moon)*, John Dickson Carr, 1970
219. *EL FIN DE LA NOCHE (The End of the Night)*, John D. MacDonald, 1970
220. *EL DERRUMBE (The Breakdown)*, John Boland, 1970
221. *TRATO HECHO (You Have Yourself a Deal)*, James Hadley Chase, 1970
222. *¡TSING-BOUM! (Tsing-Boum!)*, Nicholas Freeling, 1970
223. *CORRA CUANDO DIGA: ¡YA! (Run When I Say Go)*, Hillary Waugh, 1970
224. *Y AHORA QUERIDA... (Well Now - My Pretty)*, James Hadley Chase, 1970
225. *MUERTE Y CIRCUNSTANCIA (Death and Circumstance)*, Hillary Waugh, 1970
226. *VENENO PURO (Pure Poison)*, Hillary Waugh, 1970
227. *LA MIRADA DEL ADIÓS (The Goodbye Look)*, Ross MacDonald, 1970
228. *LA ÚNICA MUJER EN EL JUEGO (The Only Girl in the Game)*, John D. MacDonald, 1970
229. *BESA Y MATA (Kiss and Kill)*, Ellery Queen, 1971
230. *ASESINATOS EN LA UNIVERSIDAD (The Campus Murders)*, Ellery Queen, 1971
231. *EL OLOR DEL DINERO (The Whiff of Money)*, James Hadley Chase, 1971
232. *PLAZO: AL AMANECER (Deadline at Dawn)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1971
233. *ZIGZAGS*, Paul Andreota, 1971
234. *LOS JUEVES DE LA SEÑORA JULIA (I giovedì della signora Giulia)*, Piero Chiara, 1971

235. *LAS MUJERES SE DEDICAN AL CRIMEN (A Lessons for Ladies)*, Ben Healey, 1971
236. *SÓLO MONSTRUOS (Beyond This Point Are Monsters)*, Margaret Millar, 1971
237. *MEDIODÍA DE ESPECTROS (The Ghosts' High Noon)*, John Dickson Carr, 1971
238. *ALGO EN EL AIRE (Something In The Air)*, John A. Graham, 1971
239. *EL ÚLTIMO TIMBRE (The Last Doorbell)*, Joseph Harrington, 1971
240. *UN AGUJERO EN LA CABEZA (Like a Hole in the Head)*, James Hadley Chase, 1971
241. *CARA DESCUBIERTA (The Naked Face)*, Sidney Sheldon, 1972
242. *NO QUISIERA ESTAR EN TUS ZAPATOS (I Wouldn't Be in Your Shoes)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1972
243. *EL ROBO DEL CEZANNE (The Aldeburg Cézanne)*, John A. Graham, 1972
244. *COSTA BÁRBARA (The Barbarous Coast)*, Ross MacDonald, 1972
245. *ACERTAR CON LA PREGUNTA (Ask the Right Question)*, Michael Z. Lewin, 1972
246. *EL PULPO (La pieuvre)*, Paul Andreota, 1972
247. *MANSIÓN DE MUERTE (Deadly Hall)*, John Dickson Carr, 1972
248. *PELIGROSO SI ANDA SUELTO (No Safe to be Free)*, James Hadley Chase, 1972
249. *EL FIN DE LA PERSECUCIÓN (Run Down the World of Alan Brett)*, Robert Garret, 1972
250. *RETRATO TERMINADO (Final Portrait)*, Vera Caspary, 1972
251. *LA DAMA FANTASMA (Phantom Lady)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1973
252. *SI DESEAS SEGUIR VIVIENDO (Want to Stay Alive?)*, James Hadley Chase, 1973
253. *¿QUIERES VER A TU MUJER OTRA VEZ? (If you want to see your wife again)*, John Craig, 1973
254. *EL TELÉFONO LLAMA (The Phone Calls)*, Lillian O'Donnell, 1973
255. *ACTO DE TERROR (Act of Fear)*, Michael Collins, 1973
256. *EL HOMBRE DE NINGUNA PARTE (Man from Nowhere)*, Stanley Ellin, 1973
257. *LA ORGANIZACIÓN (The Organization)*, David Anthony, 1973
258. *EL CADÁVER DE UNA CHICA (The Body of a Girl)*, Michael Gilbert, 1973
259. *LA SOMBRA DEL TIGRE (Shadow of a Tiger)*, Michael Collins, 1973
260. *EL SÍNDROME FATAL (The Walter Syndrome)*, Richard Neely, 1973
261. *¡PÁNICO! (Panic)*, Bill Pronzini, 1973
262. *PEÓN DAMA, (Queen's Pawn)*, Victor Canning, 1973
263. *CITA EN LA OSCURIDAD (The Black Path of Fear)*, Cornell Woolrich, 1974
264. *TRAFICANTE DE NIEVE (The Snowman)*, Arthur Maling, 1973
265. *ESTÁS SOLO CUANDO ESTÁS MUERTO (You're Lonely When You're Dead)*, James Hadley Chase, 1974
266. *SANGRE A LA LUZ DE LA LUNA (Blood on a Harvest Moon)*, David Anthony, 1974
267. *SIN DINERO, A NINGUNA PARTE (You're Dead Without Money)*, James Hadley Chase, 1974
268. *LA AMANTE JAPONESA (The Japanese Mistress)*, Richard Neely, 1974

269. *NO USES ANILLO DE BODA (Don't Wear Your Wedding Ring)*, Lillian O'Donnell, 1974
270. *ACUÉSTALA SOBRE LOS LIRIOS (Lay Her Among The Lillies)*, James Hadley Chase, 1974
271. *EL HOMBRE XYY, (The XYY man)*, Kenneth Royce, 1974
272. *LA EFIGIE DERRETIDA (The Melting Man)*, Victor Canning, 1974
273. *LA ESPECIALIDAD DE LA CASA (The Specialty of the House)*, Stanley Ellin, 1975
274. *LA ESTRANGULACIÓN (Stranglehold)*, Gregory Cromwell Knapp, 1975
275. *EL SUDOR DEL MIEDO (The Sweat of Fear)*, Robert C. Dennis, 1975
276. *ACUPUNTURA Y MUERTE (The Acupuncture Murders)*, Dwight Steward, 1975
277. *DING DONG (Dingdong)*, Arthur Maling, 1975
278. *CASTILLO DE NAIPES (House of Cards)*, Stanley Ellin, 1975
279. *EL LLANTO DE NÉMESIS*, Roger Ivnnnes (Roger Pla), 1975
280. *TÉ EN DOMINGO (Tea on Sunday)*, Lettice Cooper, 1975
281. *ASESINO EN LA LLUVIA (Killer in the Rain)*, Raymond Chandler, 1975
282. *LA CABEZA OLMECA (The Olmec Head)*, David Westheimer, 1976
283. *CRESTA ROJA (Firecrest)*, Victor Canning, 1976
284. *EL BUITRE PACIENTE (The Vulture is a Patient Bird)*, James Hadley Chase,
285. *EL GRITO SILENCIOSO (The Silent Scream)*, Michael Collins, 1976
286. *EL ORÁCULO ENVENENADO (The Poison Oracle)*, Peter Dickinson, 1976
287. *CON LAS MUJERES NUNCA SE SABE (You Never Know With Women)*, James Hadley Chase, 1976
288. *CIELO TRÁGICO (The Dreadful Lemon Sky)*, John D. MacDonald, 1976
289. *LUCHAR POR ALGO (Something Worth Fighting For)*, Reg Gadney, 1976
290. *HAY UN HIPPIE EN LA CARRETERA (There's a Hippie on the Highway)*, James Hadley Chase, 1976
291. *CINCO ACCESOS AL PARAÍSO (Five Roundabouts to Heaven)*, John Bingham, 1976
292. *LA NOVIA VISTIÓ DE LUTO (The Bride Wore Black)*, Cornell Woolrich, 1976
293. *LAMENTO TURQUESA (The Turquoise Lament)*, John D. MacDonald, 1976
294. *LA MUERTE DEL AÑO (This Year's Death)*, John Godey, 1977
295. *PRISIONERO EN LA NIEVE (Snowbound)*, Bill Pronzini, 1977
296. *GOLPE FINAL (Knock Down)*, Dick Francis, 1977
297. *TRAFICANTES DE NIÑOS (The Baby Merchants)*, Lillian O'Donnell, 1977
298. *SERENATA DEL ESTRANGULADOR (Strangler's Serenade)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1977
299. *UN AS EN LA MANGA (An Ace Up My Sleeve)*, James Hadley Chase, 1977
300. *LA DAMA DE MEDIANOCHE (The Midnight Lady and the Mourning Man)*, David Anthony, 1977
301. *CÁLCULO DE PROBABILIDADES (The Probability Factor)*, Walter Kempley, 1977
302. *LA MARCA DE KINGSFORD (The Kingsford Mark)*, Victor Canning, 1977

303. *DISQUE 577 (Dial 577 R-A-P-E)*, Lillian O'Donnell, 1977
304. *PECES SIN ESCONDITE (Goldfish Have No Hiding Place)*, James Hadley Chase, 1977
305. *NO ME APUNTES CON ESO (Don't Point That Thing at Me)*, Kyril Bonfiglioli, 1978
306. *OPERACIÓN LEÑADOR (The Woodcutter Operation)*, Kenneth Royce, 1978
307. *EL ESQUEMA RAINBIRD (The Rainbird Pattern)*, Victor Canning, 1978
308. *LA FORTALEZA (Stronghold)*, Stanley Ellin, 1978
309. *EN EL HAMPA (Spider Underground)*, Kenneth Royce, 1978
310. *LA HERMANA DE ALGUIEN (Somebody's Sister)*, Derek Marlowe, 1978
311. *TOC, TOC. ¿QUIÉN ES? (Knock, knock, Who's There?)*, James Hadley Chase, 1978
312. *LA MÁSCARA DEL RECUERDO (The Mask of Memory)*, Victor Canning, 1978
313. *PRÁCTICA DE TIRO (Target Practice)*, Nicholas Meyer, 1978
314. *SI USTED CREE ESTO... (Believe This, You'll Believe Anything)*, James Hadley Chase, 1978
315. *MIENTRAS EL AMOR DUERME (While Love Lay Sleeping)*, Richard Neely, 1979
316. *EL PAÍS DE JUDAS (Judas Country)*, Gavin Lyall, 1979
317. *MUÉRASE, POR FAVOR (Do Me A Favour - Drop Dead)*, James Hadley Chase, 1979
318. *LA HORA AZUL (The Blue Hour)*, John Godey, 1979
319. *EN EL MARCO (In the Frame)*, Dick Francis, 1979
320. *PREGUNTA POR MÍ, MAÑANA (Ask for Me Tomorrow)*, Margaret Millar, 1979
321. *FIGURA DE CERA (Waxwork)*, Peter Lovesey, 1979
322. *UNA NOVIA PARA HAMPTON HOUSE (A Bride for Hampton House)*, Hillary Waugh, 1979
323. *TRABAJO MORTAL (Leisure Dying)*, Lillian O'Donnell, 1979
324. *JUEGO DIABÓLICO (Schroeder's Game)*, Arthur Maling, 1979
325. *VIAJE A LUXEMBURGO (The Luxembourg Run)*, Stanley Ellin, 1979
326. *ASUNTO DE FAMILIA (A Family Affair)*, Rex Stout, 1980
327. *ZURICH / AZ 900, (Zurich / AZ 900)*, Martha Albrand, 1980
328. *POR ORDEN DE DESAPARICIÓN (In Order of Disappearance)*, Simon Brett, 1980
329. *CONSIDÉRATE MUERTO (Consider Yourself Dead)*, James Hadley Chase, 1980
330. *EL CABALLO DE TROYA (The Trojan Horse)*, Hammond Innes, 1980
331. *AMO Y MATO (I Love, I Kill)*, John Bingham, 1980
332. *TENGO LOS CUATRO ASES (I Hold the Four Aces)*, James Hadley Chase, 1980
333. *OLIMPIADA EN MOSCÚ (Trail Run)*, Dick Francis, 1980
334. *EL ASESINATO DE MRS. SHAW (The Murder of Miranda)*, Margaret Millar, 1980
335. *AL ESTILO HAMMETT (Hammett)*, Joe Gores, 1980
336. *UN LOCO EN MI PUERTA (Madman at My Door)*, Hillary Waugh, 1980
337. *LOS EJECUTORES (The Terminators)*, Donald Hamilton, 1980

338. *EL TOQUE DE SATÁN (Satan Touch)*, Kenneth Royce, 1981
339. *CRÍMENES IMPERFECTOS (Mes crimes imparfaits)*, Alain Demouzon, 1981
340. *EL NEGRO SENDERO DEL MIEDO (The Black Path of Fear)*, Cornell Woolrich, 1981
341. *DETRÁS, CON UN REVÓLVER (After You With the Pistol)*, Kyril Bonfiglioli, 1981
342. *LA ESTRELLA DESLUMBRANTE (Star Light, Star Bright)*, Stanley Ellin, 1981
343. *LA ESPECTADORA (The Watcher)*, Kay Nolte Smith, 1981
344. *RIESGO MORTAL (Risk)*, Dick Francis, 1981
345. *LA FOTO EN EL CADÁVER (Photo Finish)*, Ngaio Marsh, 1981
346. *NINGÚN ROSTRO EN EL ESPEJO (No Face in the Mirror)*, Hugh McLeave, 1981
347. *LA PRUEBA DECISIVA (Murder Mistery)*, Gene Thompson, 1981
348. *UN CADÁVER DE MÁS (One Corpse Too Many)*, Ellis Peters, 1981
349. *EL LARGO TÚNEL (Adieu, La Jolla)*, Alain Demouzon, 1981
350. *CAMBIO RÁPIDO (Quick Change)*, J. Cronley, 1982
351. *LOS ENVENENADORES (The Poisoners)*, Donald Hamilton, 1982
352. *HUELGA FRAGUADA (The Renshaw Strike)*, Ian Stuart, 1982
353. *VÍCTIMAS (Victims)*, B. M. Gill, 1982
354. *EL CASO DE LA MUERTE ENTRE LAS CUERDAS (Case with Ropes and Rings)*, Leo Bruce, 1982
355. *ASESINATO EN EL CLUB (Rubout at the Onyx)*, H. Paul Jeffers, 1982
356. *EL CASO PARA TRES DETECTIVES (Case for Three Detectives)*, Leo Bruce, 1982
357. *CONTRAGOLPE (Counterstroke)*, Andrew Garve, 1982
358. *Y SI VINIERA EL LOBO... (Wolf! Wolf!)*, Josephine Bell, 1982
359. *ROSTROS OCULTOS (Hidden Faces)*, Peter May, 1982
360. *TANTA SANGRE (So Much Blood)*, Simon Brett, 1982
361. *UN CASO PARA EL SARGENTO BEEF (Case for Sergeant Beef)*, Leo Bruce, 1982
362. *EL FALSO INSPECTOR DEW (The False Inspector Dew)*, Peter Lovesey, 1983
363. *LOS DESTRUCTORES (The Ravagers)*, Donald Hamilton, 1983
364. *CABEZA A CABEZA (Neck and Neck)*, Leo Bruce, 1983
365. *ENGAÑO (Dupe)*, Liza Cody, 1983
366. *LOS INTIMIDADORES (The Intimidators)*, Donald Hamilton, 1983
367. *SANGRE FRÍA*, Leo Bruce (novela anunciada para esta colección, pero finalmente publicada en la serie «Grandes maestros del suspenso» de Emecé)



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Firmó también muchos de sus libros, con los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] *Los anteojos negros*. (N.º 2 de «El séptimo círculo»). <<

[2] *El crimen de las figuras de cera*. (N.º 18 de «El séptimo círculo»). <<

[3] *Hasta que la muerte nos separe.* (N.º 33 de «El séptimo círculo»). <<

[4] *La sede de la soberbia*. (N.º 37 de «El séptimo círculo»). <<

[5] *El hombre hueco*. (N.º 40 de «El séptimo círculo»). <<

[6] *El ocho de espadas*. (N.º 52 de «El séptimo círculo»). <<

[7] *El que susurra*. (N.º 60 de «El séptimo círculo»). <<

[8] *Las cuatro armas falsas*. (N.º 64 de «El séptimo círculo»). <<

[9] *El barbero ciego*. (N.º 70 de «El séptimo círculo»). <<

[10] *Los suicidios constantes*. (N.º 94 de «El séptimo círculo»). <<

[11] *El reloj de la muerte*. (N.º 141 de «El séptimo círculo»). <<

[12] *Patrick Butler por la defensa*. (N.º 149 de «El séptimo círculo»). <<

[13] *Pese al trueno*. (N.º 170 de «El séptimo círculo»). <<

[14] *Fuego que quema*. (N.º 194 de «El séptimo círculo»). <<

[15] *Mis mujeres muertas*. (N.º 74 de «El séptimo círculo»). <<

[16] *La ventana de Judas*. (N.º 104 de «El séptimo círculo»). <<

[17] *Muerte en cinco cajas*. (N.º 107 de «El séptimo círculo»). <<

[18] *La estatua de la viuda*. (N.º 110 de «El séptimo círculo»). <<

[19] *El codo de Satanás*. (N.º 204 de «El séptimo círculo»). <<

[20] *Oscuridad en la luna*. (N.º 218 de «El séptimo círculo»). <<

[21] Juego de palabras casi intraducible. *Mrs. McCool* dice *Scotch* como al *Whisky* en lugar de *Scots* (*escoceses*). <<

[22] “Voz del pueblo, voz mía”. Juego de palabras, en base al conocido adagio *Vox populi vox Dei* (Voz del pueblo, voz de Dios). <<

[23] *Crescent City* es el nombre de Nueva Orleans. <<

[24] Farrista, calavera. (*N. del T.*) <<

[25] En los estados del sur de Estados Unidos, llámase así a las ensenadas pantanosas de aguas generalmente estancadas. (*N. del T.*) <<

[26] “Para pasar el rato”. En francés en el original. (*N. del T.*) <<

[27]

*“Cuando el viento ruge con siniestro empuje,
el murciélago ronda en la altura,
y la negra nube fúnebre querube,
navega en la noche sombría y oscura...
Cuando en plena noche, de la luna el coche
pasea en el cielo su larga agonía,
bailan los espectros, porque para espectros
toda media noche es un mediodía...”.*

<<

[28]

*“Después todos ellos, entre mil destellos,
vuelven a sus tumbas para reposar,
mientras que la abuela, que aún sigue en vela,
da un beso a la nieta que dormida está.
Se cumple el horario, y en el campanario
tañen las campanas que anuncian el día...”.*

<<

[29] Aseada, esmerada. (*N. del T.*) <<

[30] Gran amante. <<

[31] Vestido mañanero, casi *deshabillé*. <<

[32] Sic, en francés en el original. <<

[33] ¡Entendido! —Entendido. Hasta más ver, querida artista. (*N. del T.*) <<

[34] Sopa de mejillones. (*N. del T.*) <<

[35] Plato fuerte, en este caso, número sensacional. (*N. del T.*) <<

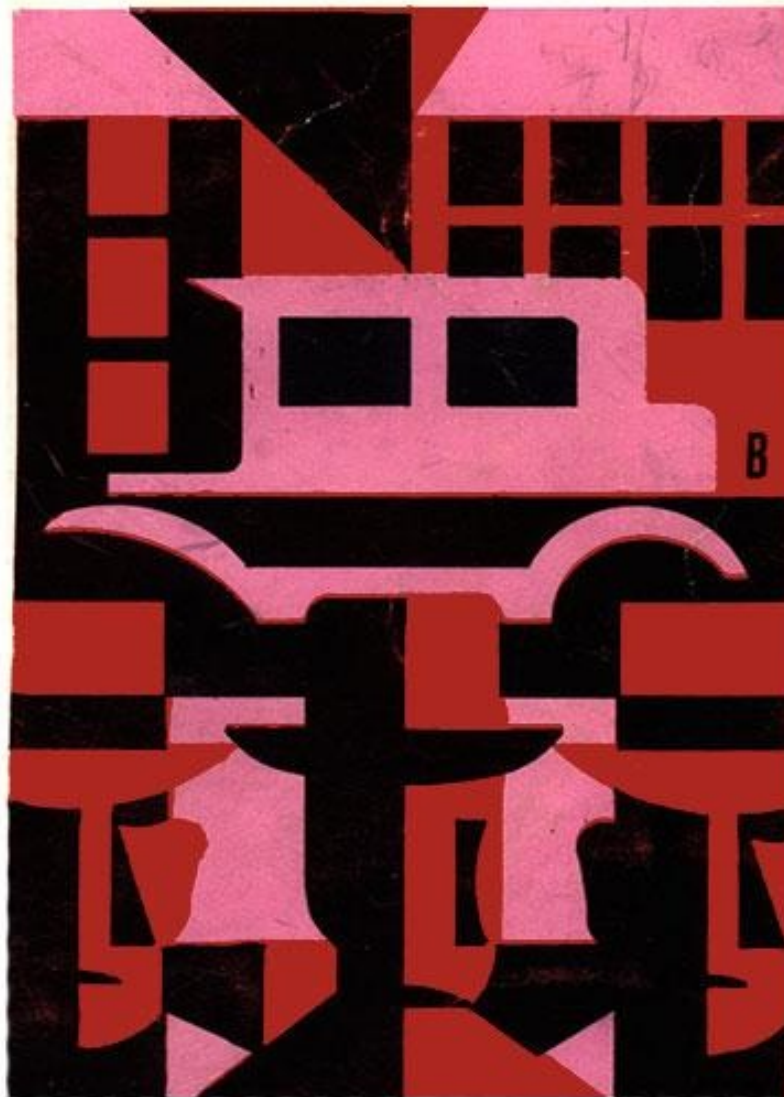
[36] El año va referido siempre a la fecha de la publicación de la obra en esta colección, no al año de su edición original. (*N. del E. D.*) <<

EL SÉPTIMO CÍRCULO

MEDIODIA DE ESPECTROS

por

JOHN DICKSON CARR



se

Lectulandia

